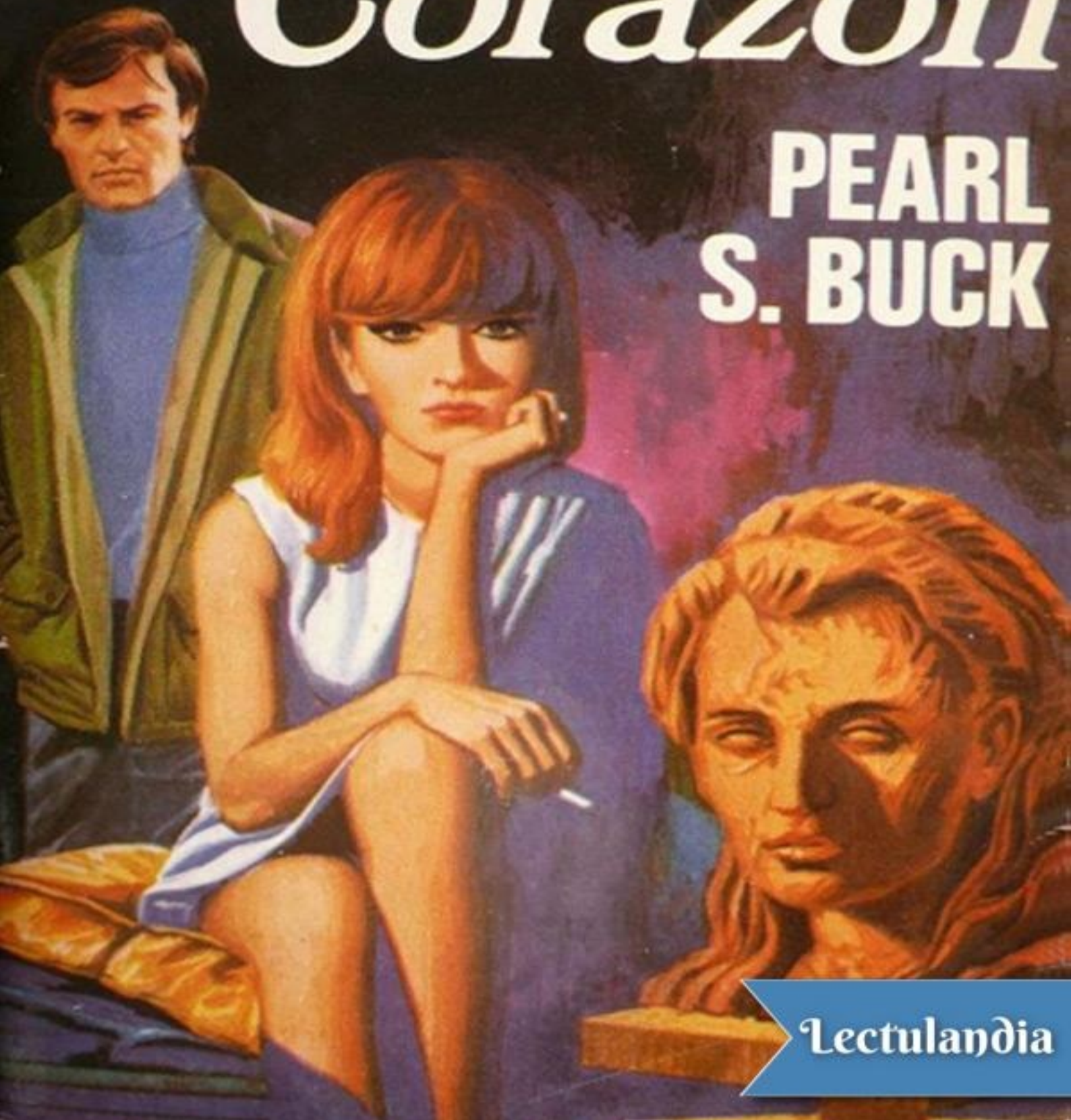


Orgullo de Corazón

PEARL
S. BUCK



Lectulandia

Susan Gaylord necesitaba amor, hijos, un hogar y, además, un trabajo. Sus manos y su inteligencia no se contentaban con ocuparse de los quehaceres domésticos, en el cuidado de la casa y de la familia, sino que, al mismo tiempo, había de modelar figuras humanas en arcilla, bronce y mármol. Así, llegó a convertirse en una gran escultora.

Esta novela se basa en el conflicto que las cualidades de Susan crean a todas las personas que ella conoce e incluso a sí misma. Pearl S. Buck nos ofrece aquí una novela genuinamente norteamericana.

Lectulandia

Pearl S. Buck

Orgullo de corazón

ePub r1.0

Titivillus 01.05.15

Título original: *This proud heart*

Pearl S. Buck, 1938

Traducción: Enrique de Juan

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

I

«Susan Gaylord se casa». La joven oyó las palabras tan claramente como si una voz las hubiese pronunciado, como si lo estuviese diciendo todo cuanto la rodeaba: los árboles, el pájaro posado en el olmo que se alzaba no muy lejos de donde ella y Mark estaban sentados, en el bosque del Vagabundo. Un pequeño y primaveral grillo lo dijo también con su monorrítmico cantar. Y la voz de Mark, llena y profunda, se lo estaba pidiendo humildemente:

«Susan, ¿quieres... podrías casarte conmigo?».

Susan sabía que aquél era el día y la hora elegidos por Mark para hablarle. No había sorpresas en aquel hombre que ella conocía desde que, siendo muchacho, un muchacho alto y tímido, acudía a pie desde una granja de los alrededores para asistir a las clases del quinto curso. Se habían acompañado mutuamente durante la época de estudiantes, ella siempre alegre, él siempre alto y tímido, observándola con el rabillo del ojo. Pero desde el primer día había sabido ella que Mark la miraba con interés.

—Quiero casarme —repuso Susan echando hacia atrás la cabeza—, y quiero casarme contigo.

El joven empezó a temblar. Susan sintió sobre los hombros las grandes y temblorosas manos de él. Estaba decidido. Iba a casarse. Había resuelto que, entre todas las cosas que deseaba llevar a cabo en la vida, el matrimonio figuraba en primer lugar.

El muchacho la atrajo hacia sí. Susan sintió la poco familiar presión del cuerpo de Mark contra el suyo. No era pequeña, ni siquiera poseía la ligereza de la mayoría de las muchachas. Pero ante el contacto del cuerpo de él, la joven se sintió disminuida, y se alegró de que Mark fuera fuerte, sin que por ello se sintiera trastornada, aunque él la besaba apasionadamente, con todo su ardor.

—Deseaba hacer esto desde el primer día que nos encontramos en el quinto curso —dijo Mark.

—Pues ni siquiera intentaste besarme cuando jugábamos a prendas —repuso, riendo, la muchacha.

—Odio los juegos de prendas —se limitó a contestar Mark—. Cuando yo beso, quiero que sea de verdad.

Y mantuvo a Susan estrechamente abrazada un momento.

—Ya lo veo —murmuró la joven.

Permanecieron silenciosos un buen rato. Susan se inclinaba sobre él sin sentir ya la menor inquietud. Hubiera sido difícil saber lo que deseaba en aquel instante. Una vez, hacía mucho tiempo, el viejo profesor Kincaid le había dicho durante una clase de Literatura: «Podrías escribir si quisieras, Susan». Pero su padre la llevó por entonces a Nueva York para que viera una obra teatral, y ella ambicionó ser actriz. Durante años se había imaginado a sí misma actuando en un escenario, intentando exteriorizar una psicología que no era la suya. Ella podía ser todo cuanto quisiera.

Pero, además, estaban sus manos. Le gustaba sentir entre su dedos materiales que tuvieran que ser elaborados, materiales más tangibles que la música, aunque sabía música, pues su padre se la había enseñado. La joven experimentaba cierta inquietud al no saber aún lo que sus manos debían hacer, pues le gustaba todo, lo deseaba todo. He aquí por qué decidió casarse y tener muchos hijos.

Susan hizo una momentánea pausa en sus pensamientos, y recordó lo que había sentido la semana anterior, cuando modelaba la cabeza de su hermana. Sus manos se habían mostrado hábiles y rápidas en el trabajo, y la joven gritó alegremente, dirigiéndose a su hermana:

¡Te he logrado, Mary! ¡Contéplate!

Mary se acercó y contempló la cabeza modelada por Susan, mientras ésta aguardaba a que emitiese su opinión. Susan estaba convencida de que Mary, asombrada, gritaría llena de admiración: «¡Es exactamente igual que yo, Susan! ¡Es maravilloso!». Pero lo que hizo Mary fue levantar las manos y aplastar la húmeda arcilla para deshacer la cabeza.

—¡Me has hecho muy fea! —dijo apasionadamente Mary—. ¡Me has jugado una mala pasada! —Y echándole a llorar se alejó corriendo.

Susan, demasiado sorprendida para hablar, manoseó la arcilla hasta convertirla en una masa informe. Pero estaba convencida de que lo que sus manos habían realizado era la cabeza de Mary, gustarle a ésta o no. Las palmas de sus manos le ardían al recordarlo, y sus dedos se abrían y se cerraban dominados por una fiebre especial.

—¡Mark! —exclamó después la joven echándose hacia atrás para mirarle—. ¿Te importará que, después de casados, yo siga estudiando en serio escultura? Naturalmente, jamás dejaré que me absorba demasiado.

—Mi deseo es que hagas siempre lo que quieras —contestó el joven, y de pronto, en sus claros y suaves ojos azules apareció una tímida mirada—. No soy demasiado bueno para ti, Sue —añadió—. Los de mi familia no son nada; yo tampoco lo soy. Tú, en cambio, eres la muchacha más lista de la ciudad.

—¡Tonterías! —exclamó la joven alegremente—. ¿Quién soy yo sino la hija de un pobre profesor?

Susan deseó ser alguien inmediatamente. Luego besó a su novio de nuevo, rápidamente y con vehemencia, tras de lo cual se echó a reír y le cogió de la mano.

—¡Corramos! —gritó, y los dos jóvenes corrieron hacia sus casas a través del bosque.

«Voy a casarme —pensó la muchacha al compás de sus ligeros pies—. ¡Voy a casarme!».

—Hubiera preferido que no te casases tan pronto —dijo la señora Gaylord a su hija—. Al casarse, queda una atada para siempre.

—Deseo casarme —se limitó a responder Susan.

Su madre no contestó. Estaban trabajando solas en el cuarto de costura, cortando e hilvanando el vestido de novia de Susan. Habían permanecido solas desde que

lavaron los platos del desayuno, y durante todo aquel tiempo la joven estuvo diciéndose a sí misma que su madre tenía que decirle algo. Debía de ser algo indirecto y de significado especial, pues su madre solía mostrarse muy tímida cuando se trataba de asuntos matrimoniales. Una vez, hacía años, cuando Mark había empezado a visitarla, su madre intentó decirle algo. Susan había subido la escalera a medianoche, ruborizada por una excitación que no comprendía, y al entrar en su habitación vio que su madre la estaba esperando, envuelta en su bata de color castaño y con los rizadores en el cabello para que se le marcaran las ondas del día siguiente.

—Creo mi deber decirte algo —le anunció su madre acompañando las palabras con una mirada de angustia.

—¿El qué, mamá? —preguntó Susan mirándola fijamente.

—Son cosas referentes a tu edad —repuso la señora Gaylord.

Susan, al darse cuenta de la timidez de su madre, se ruborizó, a la vez que el corazón empezaba a latirle con fuerza.

—¿Te refieres a Mark? —preguntó Susan con cierta rigidez.

—Me refiero a ese joven y a otro cualquiera.

—No te preocupes, mamá —se apresuró a responder Susan—. Mark y yo nos llevamos muy bien. Además, sé cuidar de mí misma.

—Bien —exclamó la madre suspirando—. Ya sabes de lo que se trata...

Y dicho esto besó a su hija precipitadamente, con el rubor manchándole las mejillas. Al salir, el cordón de su bata quedó cogido entre la puerta y el marco.

—¡Oh, haz el favor! —dijo desde fuera.

—Ya está —contestó Susan libertándola.

Y aquella mañana, Susan sonrió traviesamente. La noche anterior había hecho reír a Mark al decirle: «Cuando mamá sepa que estoy verdaderamente prometida, pensará que debe decirme algo».

—¿Sobre mí? —preguntó Mark dando pruebas de cordura—. Parece que estoy viendo a tu padre enarcando las cejas y preguntándome: «¿Por qué quiere usted casarse con mi hija, joven?». Y si me lo preguntara, te aseguro que no sabría qué decir. Ya sabes que no aprobé el curso de literatura que tiene a su cargo.

—A mamá no le importa que aprobases o no —contestó la joven sonriendo a su novio—. No; de lo que ella quiere hablarme es de la vida.

—De las realidades de la vida y todo eso, ¿no? —preguntó Mark con la mayor solemnidad.

Susan hizo un signo de asentimiento con la cabeza y los dos jóvenes rompieron a reír.

—¿Le has dado unos toques en la parte de atrás del cuello? —preguntó su madre de pronto.

—Ya está hilvanado —contestó Susan.

La señora Gaylord preparó la máquina y empezó a coser la falda.

—Tienes una verdadera noción del arte modisteril —dijo a regañadientes la señora Gaylord dirigiéndose a su hija—. Lo preparaste tan de prisa que no debería estar bien, y, sin embargo, lo está. No comprendo cómo lo hiciste.

—Equivocada o no, así lo sentí entre mis dedos —contestó la joven.

Sí, ella conocía aquella inexplicable sensación de apasionada perfección de una línea previamente concebida por su cerebro. La sentía muchas veces, la mayoría de ellas, cuando estaba modelando. Pero lo mismo podía sucederle cuando cosía, cuando confeccionaba un pastel, al colocar un ramo de flores en el florero. Siempre sabía cómo había de hacerse cada cosa representada en su cerebro, y su dedos eran rápidos y hábiles esclavos obedientes a su imaginación.

Susan sonrió y dijo:

—Tengo la obligación de hacerme el traje de novia lo mejor posible.

Podía haberlo comprado hecho, pues su padre le había dicho a la vez que le entregaba cien dólares: «Compra lo que quieras, Susan. Es lo que he cobrado por mis últimos veinte poemas. ¡Dios mío, qué barato vendemos los poetas! Me satisface mucho que tu novio se atenga a algo positivo en vez de dedicarse a hacer versos».

Su padre enseñaba literatura en la pequeña Universidad en cuyo claustro vivían, aunque, al decir de él, la poesía era su verdadero trabajo, si bien no lograba convencer de ello a nadie. Pero, eso sí, cuando ganaba algún dinero con la poesía, éste no podía ser empleado en lo que llamaba el pan nuestro de cada día.

La joven tomó los cien dólares de su padre sintiendo un verdadero agradecimiento hacia él, y fue a ver todos los trajes de novia expuestos en las tiendas de la ciudad. Cuanto más los miraba, con mayor claridad veía el imaginado por ella, que, por supuesto, no se parecía a ninguno de aquéllos.

El suyo debía hacérselo ella misma. En consecuencia, compró unos cuantos metros de pesado raso cremoso, aunque no demasiado acusado el color. La tela resultaba de un blanco cálido. Luego pagó diez dólares por un fino encaje muy estrecho y otros diez por un tul tan tenue que parecía niebla pura.

—¿No desea usted un patrón? —preguntó el dependiente que la atendió.

—No, gracias —contestó la joven.

Al colocar la tela sobre su propio cuerpo, Susan olvidó que estaba haciendo su traje de boda, imaginándose que se trataba de una obra más duradera. Incluso se olvidó de Mark. Estaba haciendo algo, y cuando se dedicaba a hacer algo, no hacía más que aquello. Una armonía henchía todo su ser. La joven acarició el raso apoyado contra su fuerte y juvenil muslo.

—No puede negarse que cae muy bien —murmuró su madre dejando escapar un suspiro.

—¿Estás cansada? —se apresuró a preguntarle Susan al oírla.

—No —contestó la señora Gaylord cerrando la boca.

Hacía bastante calor bajo el poco alto techo del cuarto de costura, y la madre de la

joven se levantó los lentes y se enjugó su redondo y arrugado rostro con el blanco delantal.

De súbito, quebrando el silencio de la estancia, la joven tuvo la sensación de que la armonía que reinaba en su espíritu era rota por una discordancia procedente del exterior. Fue algo así como el zumbido de una abeja que chocase contra el cristal de una ventana. Susan levantó la cabeza. Su hermana Mary estaba tocando la *Consolación*, de Mendelssohn, lenta y cuidadosamente, pero consideraba becuadros los sostenidos de la tonalidad. Susan titubeó un momento mientras escuchaba con el oído atento. Las notas equivocadas le producían verdadero dolor de oídos. Dejó el raso sobre una silla y corrió rápidamente hacia la puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó su madre.

Susan no se detuvo en contestar. Debía llegar a donde estaba Mary antes de que le tocase el turno al otro sostenido. La joven experimentaba en aquel instante una especie de terror casi físico, y abrió rápidamente la puerta del salón.

—¡Mary! —dijo con la mayor amabilidad.

Susan era siempre muy amable con su hermana, cinco años más joven que ella. Mary, sentada ante el piano, volvió sorprendida su moreno rostro hacia Susan. Sus delgadas manecitas permanecían aún sobre el teclado.

—Querida, tú... ¿Me dejas que te lo enseñe? —Susan empujó gentilmente a su hermana a un lado de la banqueta y empezó a tocar la melodía de una manera llana y suave—. Aquí y aquí —dijo—. ¿No oyes? Es como si dijera: «No estés triste nunca más. Recuerda, ¡oh!, recuerda toda la alegría de que has gozado». Así que éste es el mayor, no el menor. Escucha.

Tocó la melodía con verdadero alivio, satisfecha de poder borrar el dolor que le había producido la falsa nota.

Repitió el fragmento para confortarse a sí misma, hinchando la melodía cuanto pudo, olvidada de Mary, gozando interiormente con verdadera fruición.

—Nunca lo tocaré yo así —murmuró Mary.

La voz de su hermana sonó en el oído de Susan descorazonada, humilde.

—¡Claro que tocarás! —replicó la joven alegremente, levantándose de la banqueta del piano—. ¿Quieres probar a ver si lo haces bien ahora? Yo te enseñaré.

Pero de pronto tuvo la sensación del malestar de Mary. Después de todo, Mary tenía quince años y ella había cumplido ya los veinte.

—No, lo mejor será que estudies sola —dijo—. Puedes hacerlo. Adelantas mucho en la música.

Quería que Mary se sintiera de nuevo feliz, quería que todos cuantos la rodeaban fueran felices.

—Iba a dejarlo ya —afirmó Mary cerrando el libro y frunciendo sus pequeños y rojos labios.

—Muy bien, querida —contestó Susan sonriendo—. Me vuelvo a mi costura. ¿No quieres venir a ver mi vestido?

—Ahora iré —repuso Mary con expresión seria y sin mirar a su hermana.

La muchacha se echó hacia atrás con ambas manos su liso y negro cabello y salió de la estancia lentamente. Susan volvió de nuevo a reunirse con la montaña de raso.

—¿Qué pasaba? —le preguntó su madre.

—Mary hacía una nota becuadro —repuso Susan.

La madre no contestó. El calor pareció aumentar de pronto bajo el techo de la habitación.

—Sé que no puedes remediarlo —dijo la señora Gaylord a su hija tras de una breve pausa—. Pero Mary se ha tornado muy sensible en los últimos tiempos. Está en la edad de ello. Si yo me encontrase en tu lugar, no la corregiría por nada del mundo.

—¡Pero si no la he corregido, mamá! —se apresuró a contestar Susan—. No me gusta corregir a nadie. Sólo que esa nota falsa era irresistible. Me producía estremecimientos a la vez que me reseca la boca y me humedecía las palmas de las manos. Es una estupidez, lo sé, mamá, pero no puedo remediarlo.

—Entonces, lo mejor será que te vayas cuando oigas algo así —murmuró la madre, y pasado un momento, añadió—: Tienes mucha tendencia a mostrarte mandona con las demás, Sue. Debes procurar dominarte.

Susan no contestó, resentida por la amonestación de su madre. A menudo percibía aquella nube que se alzaba entre ella y los demás, una pequeña nube que surgía cuando menos se lo esperaba. El tiempo le había hecho adquirir la experiencia de que si no contestaba ni intentaba sincerarse, si dejaba que los acontecimientos siguieran su curso, la nube se disipaba. Y ella debía ser feliz. Pero no podía respirar en medio de una nube.

—¿Quieres que vaya a hacer la salsa, mamá? —preguntó de pronto.

—Ve si quieres —contestó su madre, que añadió—: No sé en qué consistirá, pero la salsa del estofado te sale a ti mucho mejor que me ha salido a mí nunca.

La joven se inclinó para besar a su madre.

—¡Qué tontería! —exclamó sonriendo.

Pero su madre no le devolvió la sonrisa. Susan deseaba a menudo que su madre sonriera. ¿Por qué no había de hacerlo si todo salía a pedir de boca? Pero entre ella y su madre se alzaba con rara frecuencia la mencionada nube. Cuando ella y Mark estuvieran casados, ella entraría en la cocina, luego de haberse puesto un delantal, y no existiría ninguna clase de nubes entre ellos. Sentía un verdadero cariño por la casa donde había nacido y crecido, pero el hogar que formaría con Mark sería el suyo propio, sería algo que ella habría formado.

«¡Quiero casarme!», se repitió a sí misma con apasionado anhelo.

La joven yacía entre los brazos de Mark a la luz de la luna, bajo la sombra del roble que se alzaba cerca del pórtico. Habían sacado una alfombra para sentarse en el suelo, y contemplaban la luna, que brillaba al final de la calle. Toda la casa estaba

iluminada. Su madre se encontraba en la cocina mientras su padre permanecía en la salita corrigiendo sus poemas. Los dos jóvenes le oían gemir de cuando en cuando. «¡Oh, Dios! ¡Oh, buen Dios!»». La joven sabía que su padre se echaría hacia atrás y cerraría los ojos, permaneciendo inmóvil un rato antes de que pudiera continuar, torturado por el anhelo de una perfección que jamás había podido conseguir. En cuanto a Mary, se hallaba en el salón, tocando de nuevo el piano. Susan se irguió y escuchó atentamente, durante unos instantes, con el corazón en vilo.

—¡Gracias a Dios! —exclamó, y una sonrisa apareció en sus labios.

—Amén —murmuró Mark—. Pero ¿por qué das gracias a Dios?

—Mary ha tocado bien ahora —repuso Susan.

Mark no comprendió a lo que su novia se refería. Pero no importaba. Mary tocaba con dedos inhábiles, pero no fallaba los sostenidos, y la joven tornó a reclinarsse, invadida toda ella por un delicioso bienestar que nada tenía que ver con Mark. ¡La corrección era tan consoladora y reconfortante! Contemplar una cosa que reúne sus verdaderas proporciones, sea lo que fuere, dibujar su verdadero, firme y sencillo contorno... producía una satisfacción y un contento que iluminaban al mundo.

Pero Mark no contestó. Miraba a su novia y Susan pudo darse cuenta de que él no la comprendía. Pero ella no podía explicárselo, pues no tenía nada que ver con él y, además, era un instinto que no podía expresarse por medio de palabras. Por lo tanto, la joven se sintió impedida a hablar rápidamente de otra cosa.

—Tengo mi vestido de boda casi terminado —bisbiseó.

—¡Amor mío! —murmuró Mark—. No existe nadie como tú. No conozco a ninguna mujer de esta ciudad capaz de hacerse su vestido de boda.

—¡Es tan agradable hacer cosas, sean las que fueren! —exclamó Susan.

—Pero tú lo haces todo perfectamente —dijo Mark presa de cierta turbación—. Tocas el piano y cantas; pintas, cocinas, modelas. —Se detuvo un momento y luego añadió humildemente—: No soy bastante bueno para ti.

Susan odiaba aquella humildad. Hacía que su novio le resultara repulsivo. Ella no quería casarse con un hombre que se sintiera empequeñecido a su lado. Debía de hablar de otra cosa para olvidarse de aquella repentina sensación de desagrado.

—Deseo modelar tu cabeza, Mark —dijo de pronto—. Tienes una cabeza muy bella. Deja que te mire.

Se incorporó y volvió la cabeza de Mark para que le diera de lleno la luz de la luna. Luego fue pasando sus manos suavemente por ella, tomando con los dedos nota de todos sus rasgos. Pronto supo cómo debía empezar a modelar la cabeza; una firme y fuerte presión sobre la arcilla para trazar la firme y plástica curva de la base del cráneo, mientras que con los fuertes pulgares hacia dentro, marcaría los amplios agujeros de los ojos. Sintió el acostumbrado y profundo deseo. La luz de la luna y el roble desaparecieron de su vista. Hasta Mark pareció empequeñecido. En aquel instante sólo existía para ella la dura y grave cabeza que tenía entre las manos. Y pensó con verdadero anhelo en la masa de húmeda arcilla que conservaba bajo un

trapo, en el cuarto que había junto al dormitorio. Dio un respingo, pero se tranquilizó en el acto. ¡Qué ridículo resultaría abandonar a su novio en una noche de luna para modelar su cabeza en arcilla! Entonces atrajo la cabeza de Mark contra su pecho. Era mejor, infinitamente mejor, mantener aquella tibia y real cabeza apoyada contra su seno. Debía procurar que no se le escapara la realidad de una cosa por el afán de modelar su imagen.

Las luces de la casa fueron apagándose una tras otra. El piano dejó de sonar y la cocina quedó envuelta en densas sombras. Unos instantes más tarde su padre y su madre se asomaban al pórtico.

—¡Hola, felices mortales mojados por el rocío! —gritó el señor Gaylord a las sombras que envolvían a Susan y Mark.

A la luz de la luna, su plateado cabello brillaba suavemente mientras su bello rostro era como una mancha de blancura. El descontento que siempre se reflejaba en sus ojos no se percibía, borrado por la blanca luz de la luna.

—¡Buenas noches! ¡Buenas noches! —contestó Susan.

—¡Buenas noches, señor Gaylord! —gritó Mark haciendo eco a la voz de su novia.

—Me voy a la cama —murmuró el señor Gaylord con acento triste—. Es la hora de la nueva generación.

Los dos jóvenes se echaron a reír, y el señor Gaylord permaneció un momento más en el pórtico.

—Sospecho que a la antigua ya no le queda mucho que hacer —añadió, acompañando sus palabras con un bostezo.

—Vosotros podéis buscar otro roble —repuso Susan.

—¿No hay ahí demasiada humedad, Susan? —preguntó su madre en aquel instante—. Podíais sentaros en el cuarto de estar.

—¡Oh, quita allá! ¡Vamos a la cama, Jenny! —dijo el señor Gaylord empujando a su esposa hacia dentro.

La casa se quedó de pronto quieta y silenciosa, sumida en la densa oscuridad de la noche. La joven apoyó la cabeza en el hombro de Mark y empezó a soñar.

—¿En qué estás pensando, Susan? —preguntó Mark al fin.

—En todo —contestó Susan—. Pero no, no pienso. Sólo siento y veo.

—¿Y qué es lo que ves, si puede saberse?

Susan se recogió un instante en sí misma y procuró fijarse bien en lo que veía para poderse lo explicar a él. Se trataba de cien escenas distintas... La pequeña casa en que vivirían; cortinas azules; una mesa dispuesta con la succulenta comida condimentada por ella; niños saludables con los ojos de ella y la boca de Mark; la cabeza de Mark en arcilla, acabada y exactamente igual a como la veía; ella ofreciendo una fiesta a sus amigos, muy contentos de hallarse en su casa; y, además de todo esto, como brillantes nubes incendiadas por los rayos del sol, los años futuros.

—Deseo ser la mejor esposa del mundo, Mark —susurró—, y también la mejor madre. Deseo hacer un sinfín de cosas en piedra y bronce, cosas que sean eternas. Deseo ver el mundo y la gente... No existe nada que yo no desee hacer.

Mark permaneció un instante silencioso.

—Si no se tratara de ti, pensaría que estabas loca —dijo al cabo—. Pero tú no te pareces a nadie. —Hizo una pausa para continuar un momento después—. Harás siempre lo que quieras. Ya me contentaría yo con poseer la mitad de la seguridad que tú sientes en ti.

La joven sintió la sombra de una ligera nube que se interponía entre ella y la luna.

—Todo lo que yo deseo es a ti —murmuró rápidamente.

Avanzó una mano en la oscuridad, buscando la cabeza de Mark, y la deslizó lentamente por su cabello, su orejas, su garganta y su barbilla, olvidándose de seguir hablando. A la mañana siguiente se levantaría temprano y empezaría la cabeza de Mark...

—¡Querida! —murmuró Mark moviendo los labios en busca de la mano de su novia.

—¡Querido! —respondió Susan tocando los labios de él con sus dedos, tan sensibles como los de los ciegos.

Tenía que grabar bien en su memoria la curva de los labios, para poderlos modelar a la mañana siguiente. Al pensar en ello, se puso en pie súbitamente.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Mark, sorprendido.

Se había enderezado sin darse cuenta y al oír la voz de Mark se sintió un tanto perpleja.

—No lo sé. Nada —balbuceó, sentándose de nuevo junto a él.

—Eres una muchacha muy rara —dijo Mark—. Cuando empiezo a hacerte el amor, huyes de súbito.

Susan recordó las palabras que su novio había pronunciado antes. Se sintió avergonzada y un poco asustada.

—¡Oh! ¡Te amo, te amo! —murmuró haciendo un esfuerzo.

Pero Mark parecía haberse enfriado. Los brazos que la rodeaban no eran tan firmes y apasionados como instantes antes.

—A veces me pareces una persona desconocida —murmuró el joven.

—¡Oh, no, Mark! —protestó Susan. ¿Qué significaba aquella nube en la gloriosa noche?—. ¡Ámame siempre! —le suplicó.

—¡Claro que te amaré siempre! —repuso Mark con la mayor convicción.

—¡Ámame, ámame! —insistió Susan—. Te pertenezco a ti, sólo a ti. —Se apretó contra él. Tenía que ser de Mark por encima de todo. Ninguna otra necesidad tan profunda en ella en aquel momento como ésta—. Nos casaremos muy pronto —murmuró—. El mes que viene, en vez de en junio.

Mark la abrazó y la retuvo entre sus brazos, azorado y confundido ante aquel inesperado cambio de planes, aturdido por el deseo.

—¿Por qué no? —contestó—. Mañana mismo arreglaré las cosas.

Permanecieron juntos, solos en la noche, la tibia tierra bajo ellos y la sombra del oscuro roble sobre sus cabezas. Mark fue el primero en ponerse de pie.

—Debo irme —murmuró—. Es tarde ya.

—Sí —contestó Susan con escasa firmeza, permaneciendo aún unos instantes echada, mirándole fijamente.

—¡Susan, levántate! —murmuró Mark.

Anduvieron hasta la verja. La luna estaba alta y su luz era tan brillante que se besaron rápidamente, como si temieran ser vistos desde las otras casas que habían a lo largo de la calle, desde las ventanas o desde las mecedoras que aún quedaban en los pórticos delanteros. Mark saltó la cerca y le sonrió.

—¡Mañana! —dijo.

—¡Mañana! —contestó Susan.

La joven permaneció inmóvil, dominada por una especie de raptó triunfal, observando cómo él se alejaba, cómo su figura se iba haciendo cada vez más pequeña. Ella le quería más que a nada del mundo.

Y entonces, mientras le miraba alejarse, sintió que un deseo se apoderaba de ella. Esperó un momento más, hasta que ya en la curva de la calle, Mark se volvió y desapareció. Inmediatamente giró sobre sus talones y entró en la casa como una flecha, subiendo la escalera rápidamente hasta llegar a su habitación. No era muy tarde, escasamente medianoche. La joven cerró con suavidad la puerta y se dirigió hacia el montón de suave masa que guardaba en la pequeña habitacioncita. Encendida una luz que colgaba del techo, puso manos a la obra. La joven temblaba de felicidad. ¡Al fin podría hacer la cabeza! Cogió una pelota de arcilla, luego un poco más. Con aquello sería suficiente. Empezó a modelar la cabeza exactamente como la tenía grabada en su imaginación. Al principio toscamente, con amplias y generosas líneas. Estuvo trabajando durante horas, canturreando en dos o tres ocasiones: «¡Oh, eso será — la gloria para mí!».

Pero no sabía ni lo que estaba cantando. Se sentía feliz, completamente feliz, sola en aquella casa, sola en el mundo. La cabeza le iba saliendo bien. Ya se parecía a Mark. La colocó sobre el tronco de madera que utilizaba como pedestal y se apartó para contemplarla.

Una vez delineada, podía dejar el trabajo para el día siguiente. Pero no, no podía esperar. Modelaría los labios con el mayor cuidado, ya que sus dedos los recordaban con perfecta exactitud. Susan manoseó el barro, dándole la forma, absorta en el recuerdo de los labios de Mark. ¡Así eran! ¡Qué alegría y satisfacción produce ejecutar bien una cosa! Dio un paso hacia atrás y bajó la pantalla. Sí, era la boca de Mark. ¡Había modelado su boca! La joven suspiró como se suspira después de haber logrado la realización de una cosa. Mark había interrumpido el idilio, pero ella había retornado sin la menor vacilación hacia su más profundo y solitario ser. Ya podía dormir. Se había liberado. Fue al cuarto de baño y se lavó, ya medio dormida, y diez

minutos más tarde, yacía en su lecho, entregada a un profundo y reparador sueño sin pesadillas.

—¡No comprendo por qué tenéis que adelantar la fecha de la boda! —dijo la señora Gaylord azorada, durante el desayuno.

Susan estaba acostumbrada a ver reflejado en el bello y marchito rostro de su madre aquella especie de azoramiento. Pero hasta que no lo vio aparecer, no lo recordó. La joven había entrado bailando en el comedor, a la vez que decía como si cantara una canción:

—¡Mark y yo vamos a casarnos el mes que viene!

E instantáneamente la nube apareció en el rostro de su madre.

—La vida de casada es ya de por sí bastante larga —dijo la señora Gaylord.

—¡Oigámosla, oigámosla! —exclamó su esposo, desgranando un racimo de uvas.

—¿No estás de acuerdo conmigo? —le preguntó su mujer.

—Lo estoy. Pero esta vez no es asunto nuestro —replicó el señor Gaylord.

—Aún eres una niña, una muchacha —afirmó la madre con acento quejumbroso—. No comprendo esa prisa por perder la libertad.

—Mark y yo creemos que los dos seremos mucho más libres cuando estemos casados —repuso Susan—. Voy por los huevos.

—Bien, haz lo que gustes —murmuró la madre suspirando—. Pero, querida, ¿cómo vas a hacer todo el trabajo que te queda aún?

—No te preocupes, mamá. Ya lo haré —contestó Susan.

Mary, en cuyos grandes y negros ojos había una solemne mirada, contempló a todos con su acostumbrado mutismo. Cuando estaba sola con su madre acostumbraba a hablar libremente de sus pequeñas cosas personales. Pero jamás lo hacía delante de Susan y de su padre. Iba a ser la única dama de honor de Susan, y parecía a la vez disgustada y alegre. Susan reparó en la expresión de sus ojos e hizo un alto en la puerta de la cocina.

—Ahora le toca el turno a tu vestido, Mary —dijo alegremente—. ¡Oh, parece que lo estoy viendo, con volantes de color de melocotón bajo un gran sombrero!

Mary sonrió penosamente, como si le fuera imposible imaginarse su pequeño y moreno rostro sobre un cerco de volantes de color de melocotón y bajo las alas de un gran sombrero. Cuando la dejaban elegir sus ropas, la muchacha escogía invariablemente los más tiesos y serios adornos, sintiéndose desesperada ante su propia fealdad. Aquellos volantes la harían parecer una ciruela pasa.

—¡Tonta! —exclamó Susan, echándose a reír—. ¡Con tus ojos!

Mary no dijo nada, pero sorbió ligeramente.

—¿Dónde tienes el pañuelo? —le preguntó su padre al oírla, mirándola por encima de sus papeles.

La muchacha dio un respingo en su asiento. Parecía que su padre no se enteraba

de nada, pero de pronto hacía preguntas como aquélla. Resultó, sin embargo, que Mary no tenía ningún pañuelo. Entonces Susan, que venía de la cocina con los huevos, le puso en las narices un pequeño y limpio pañuelo a la vez que le sonreía.

—Usa tu propio pañuelo, querida —dijo la madre con expresión ausente, mirando a través de la ventana—. Aquí está Mark —añadió de pronto—. Debe de haberle sucedido algo para venir tan temprano.

Pero Susan le había visto también y estaba esperándole a la puerta principal de la casa.

—¡He empezado tu cabeza! —gritó la joven sin aliento, cuando Mark estuvo a su lado—. ¿Quieres verla?

—Tengo que darme prisa —repuso Mark—. Bésame aquí, Sue. He estado pensando en lo de casarnos antes de la fecha convenida en un principio. Supón que no consiguiera un aumento. ¿Qué ocurriría?

—¡Oh, no pensemos en esas cosas y hagamos lo que nos hemos propuesto! —exclamó la joven con energía—. Te diré cómo podemos lograrlo, y no pidas ningún aumento, tengo una idea. La señora Fontane desea un Cupido para su jardín. Iré a verla y le diré que yo puedo hacérselo. Le pediré ciento cincuenta dólares por él.

—¡Ciento cincuenta! —exclamó Mark—. Es mucho dinero. Yo no gano eso en un mes. Es mucho más de lo que supondría el aumento de mi sueldo hasta junio.

—¡Y así nos casaremos! —murmuró Susan, tratando de coaccionarle con semejante perspectiva.

Mark titubeaba, la mirada fija en los brillantes y oscuros ojos de su novia.

—No me gusta eso de tener que aceptar tu dinero —susurró.

—¡Oh, tonto! —dijo Susan desdeñosamente—. ¿No compartiremos todo lo demás?

—¡Eres terriblemente bonita! —murmuró el joven. La levantó en vilo con un rápido abrazo—. ¡Vamos! Tengo que correr.

Mark se marchó, y Susan se dio cuenta entonces de que no había subido a ver su cabeza. Pero no importaba. Trabajaría en ella un poco más y así quedaría más perfecta. La joven regresó bailando al comedor.

—¡Todo está arreglado! —exclamó dedicando toda su atención a los huevos.

—En nuestros días nadie aprecia la poesía —dijo de pronto el señor Gaylord con entonación triste—. Estaba leyendo la página de anuncios del periódico. «Se desea un hombre para criado —leyó—. Deberá cuidar del establo, conducir un coche, encender el horno y ayudar al jardinero». Mira, he aquí un trabajo propio para un poeta fracasado —añadió—. «Se desea un matrimonio. La esposa tendrá que cocinar, remendar y ayudar al trabajo general de la casa». ¿Qué te parece, querida Jenny?

El señor Gaylord enarcó sus espesas y negras cejas y miró a su esposa. Pero ésta no le prestaba la menor atención. Años atrás se había sentido profundamente alarmada ante la seriedad con que su marido leía los anuncios de la Prensa, pero al fin sabía que aquella seriedad no significaba nada y que tenía la misma importancia que

sus bromas. Y como no podía explicar la diferencia que existía entre ambas, optó por no hacer caso.

—No tienes por qué preocuparte por lo poco que ganas con tu poesía, papá —dijo Susan, con acento tranquilo—. Ya lo tenemos todo resuelto.

Cuando acabaran de desayunarse y lavar los platos, iría a ver a la señora Fontane para preguntarle si todavía deseaba el Cupido.

Su padre saltó de la silla.

—¡Entonces, adelante con la boda! —gritó, haciendo que su hija se pusiera también en pie.

Padre e hija bailaron como dos locos durante unos instantes, ante la solemne mirada de Mary, que mordía en silencio su tostada. La señora Gaylord se sirvió una tercera taza de café al tiempo que sus labios se movían distraídamente. Murmuraba algo, y al darse cuenta de ello, Susan se detuvo.

—¿Qué decías, mamá? —murmuró.

La señora Gaylord, sobresaltada al oír la voz de su hija, alzó la mirada.

—Se está acabando la bobina de seda —dijo—. Deberíamos haber comprado dos bobinas blancas.

—No te preocupes, mamá. Iré a comprarla cuando terminemos el desayuno —respondió Susan.

—Bien, ya hemos terminado —exclamó el señor Gaylord—. Tengo cincuenta poetas esperándome en el aula sexta. ¡Dios mío! Algunos de ellos son todavía peores que Mark, aunque por ahora no he podido olvidarle. Tuve un verdadero placer en calabacear a ese joven.

—Sé que hizo todo cuanto pudo —replicó indignada Susan—. Mark hace siempre todo lo que puede.

—¿Dónde lo habré metido? —gritó el señor Gaylord, buscando afanosamente en sus bolsillos—. ¿Dónde está mi lápiz rojo? —preguntó poseído de una repentina excitación—. ¡No servirá de nada explicar esa clase si he perdido mi lápiz rojo!

Susan se puso en pie y empezó a buscar en los bolsillos de su padre.

—Mark no puede remediarlo si no sirve para poeta —dijo con fiereza—. No debías ensañarte con él, papá. Aquí está tu lápiz. Lo tenías en el bolsillo del chaleco.

—¡Gracias a Dios! —exclamó fervorosamente el señor Gaylord—. ¡Ahora vuelvo a ser yo! No me ensaño con él, Susan. Probablemente será mejor marido no teniendo nada que ver con la poesía. Lo que yo digo es que hacer todo lo que se puede no tiene la menor relación con la poesía. La poesía es algo que fluye de uno como un manantial. Pero si no existe, no fluye por muchos esfuerzos que se hagan. Hasta la vista, Sue.

Besó a su hija en la mejilla y salió. En cuanto su padre estuvo fuera, Mary se levantó de la mesa lentamente y fue en busca de su cartera de libros, regresando a poco al comedor, donde permaneció unos instantes callada, mientras su madre le arreglaba la estrecha cinta de su negro cabello. Susan, camino de la cocina con un

montón de platos, se detuvo y envió un beso al cuello de su hermana menor.

—Esta noche tendré yo algo para probarte, Mary —prometió a su hermana.

—Muy bien —repuso Mary con voz clara y sin entonación.

Junto al fregadero, mientras metía y sacaba rápidamente los platos de la hirviente y espumosa agua, Susan pensaba con ternura en su hermanita. Quizá pudieran ser amigas cuando Mary fuera mayor. Las muchachas de quince años son siempre ariscas. Procuraría hacer lo mejor posible el traje de Mary, que así podría llevarlo a las fiestas. Sería un conjunto formado por pequeños volantes sobre los hombros a fin de ocultar sus pequeños y huesudos brazos, y otro volante alrededor del cuello para evitar el contraste entre el demasiado cálido color con el de su poco atractiva piel. Susan deseaba con todo su corazón que Mary, que ya se hacía mayor, dispusiera de vestidos elegantes y bonitos. Después de la boda, cuando tuviese un poco de tiempo, le haría un pequeño traje de raso. Tenía muchas cosas que hacer, pero a ella le sobraría tiempo para llevar a cabo todas las cosas que pensaba realizar en lo futuro, pues dispondría de una larga vida. Nadie moría joven en su familia. Su vida prometía ser tan larga como la de sus antepasados. Tendría tiempo de sobra para hacer todo lo que se proponía, y de hacerlo de una forma completa y perfecta. Sintió de pronto una gran paz interior. «¡Oh, eso será — la gloria para mí!», cantó en voz baja, mientras se secaba las manos.

Subió un momento a su cuartito de trabajo para contemplar una vez más la cabeza de Mark. Una vez allí, quitó el húmedo trapo que la cubría y permaneció absorta ante el busto, sintiendo que sus manos se iban hacia él, como atraídas por un imán. A fin no pudo contenerse y durante unos momentos estuvo modelando afanosamente, sintiéndose culpable a medias, pues tenía otras cosas que hacer. Por último dejó de trabajar y cubrió la cabeza de nuevo. Entonces corrió a lavarse las manos, se puso el sombrero y el abrigo, y bajó la escalera. Ya abajo, sacó la cabeza por la puerta del salón, donde su madre estaba quitando el polvo, y dijo:

—Voy a comprar el hilo.

—¡Jesús! —exclamó la señora Gaylord—. ¿Ya has terminado de lavar los platos?

—¿Cree usted que podrá hacerlo? —preguntó la señora Fontane con expresión de duda—. No querría afear mi jardín.

—No tendrá usted obligación de quedarse con la estatua si no le gusta —repuso Susan—. Pero estoy segura de que podré hacerlo.

—Ciento cincuenta dólares es mucho dinero para una muchacha —afirmó la señora Fontane con una sonrisa.

—Si le parece demasiado... Pero es que no iba a hacer sólo un Cupido —se apresuró a añadir Susan—: Mi idea es colocarlo sobre el estanque, como si se estuviese contemplando a sí mismo reflejado en el agua, con sus pequeñas alas desplegadas, ¿comprende usted?, y el arco y las flechas inclinadas hacia abajo. Estará

arrodillado sobre un viejo templete y en su hombro se posará una mariposa.

—Bien —exclamó la señora Fontane—. Si me gusta, no pondré reparos al precio, puede estar usted segura.

La señora Fontane formaba parte de la colonia de veraneantes, cuyos componentes, ricos y brillantes, compraban antiguas casas y granjas y se gastaban un capital en acondicionarlas para pasar en ellas un mes o dos durante el verano.

—¡Adelante, muchacha! —exclamó al fin la señora, Fontane—. Sospecho que me he vuelto loca, ya que soy una de las raras personas que pueden lograr que David Barnes me haga algo realmente bueno. Pero sería divertido que usted me hiciese algo que me gustara de veras.

—Me opondré a que lo acepte si no le gusta —replicó tercamente Susan. Hablaba con voz segura y tranquila y las rodillas no le temblaban aunque la procesión iba por dentro—. Hasta la vista, señora Fontane. —Tendió la mano a la dama—. Muchas gracias por su amabilidad.

—Hasta la vista, muchacha —repuso la señora Fontane—. ¿Dice usted que tardará un mes?

—Un mes a lo sumo —contestó Susan—. Para entonces tiene ya que estar vaciado. ¿Sabe usted? Habrá que enviarlo fuera.

—Me gustaría disponer de él cuando los lirios florezcan —dijo la señora Fontane.

—Lo tendrá usted —prometió Susan.

Claro que podría tenerlo. Siempre había hecho todo lo que se proponía.

Cuando el canoso mayordomo cerró la puerta tras ella, la joven echó a correr por la calle cantando entre dientes: «¡Oh, eso será — la gloria para mí!».

¿Qué aspecto tenían los niños desnudos? Iría a casa de Lucile Palmer y vería a Tommy. Seguramente su madre le estaría bañando en aquel momento y ella podría darse perfecta cuenta de cómo era un niño robusto y de la forma de sus rodillas...

Se encaminó con rápido paso hacia el pequeño chalé donde vivía Lucile. Ella y Lucile habían sido condiscípulas en la Escuela Superior, pero Susan había continuado estudiando mientras su amiga lo abandonó todo para casarse con Hal Palmer, compañero de estudios de ambas, y Tommy había nacido al año siguiente de contraer matrimonio. Hal trabajaba en la zapatería de Baker, y se mostraba muy amable con ella.

—Es un placer venderte un par de zapatos —decía siempre—. Tienes los pies grandes y, sin embargo, poseen estilo. En la mayoría de los pies de las mujeres hay siempre algún error. —Le cogía con la palma de la mano sus pies, ampliamente formados, y murmuraba con verdadera admiración—: ¡Qué empeine tan alto!

—¡Lucile! —gritó Susan ante la abierta puerta del chalé.

Los platos utilizados para el desayuno continuaban todavía sobre la mesa del comedor.

—¡Adelante! —contestó la voz de Lucile—. ¡En el cuarto de baño!

Susan se encaminó al cuarto de baño, donde encontró a Lucile, con todo su rubio

cabello, luchando afanosamente con el mojado y escurridizo Tommy.

—Está empeñado en meterse otra vez en el agua —gritó la madre—. Y tiene tanta fuerza que no hay modo de sujetarle.

Tommy, enfurruñado y guardando un silencio hostil, se escapó de entre las manos de su madre y volvió a meterse en el baño. Susan se echó a reír, y cogiéndole con sus manos, le mantuvo en alto. El niño la miró gravemente, como un querubín, y luego sonrió. Una docena de impresiones se grabaron instantáneamente en la imaginación de Susan: la cabeza del niño, sus ojos, el aspecto de su cabello; su tibio, redondo y firme cuerpo; sus regordetes hombros; sus abiertas manos, parecidas a estrellas; sus fuertes piernecillas. Le fue bajando poco a poco y le depositó en el suelo. El niño se había olvidado del baño, y permanecía como un corderito mojado, mirando con curiosidad a Susan, mientras ésta le secaba y le vestía.

—¡Qué hermoso eres, Tommy! —exclamó Susan sonriendo—. ¿Cómo puedes dedicarte durante el día a otra cosa que no sea jugar con él, Lucile? Desearía tener docenas de ellos.

—Sí, parecen muy bonitos cuando sólo se los ve un rato —repuso Lucile en tono de lamentación—. Pero cuando se les tiene todo el santo día junto a una, resultan una verdadera pejiquera y acaban por importarle a una menos que un comino.

Susan escuchaba sonriente mientras observaba con la mayor atención los grandes ojos de Tommy. Pero no creía nada de todo lo que Lucile iba diciendo con impaciencia. Ella sabría arreglárselas a las mil maravillas; su hijos no le proporcionarían a ella la menor molestia.

—Ahora tengo que darle de comer —prosiguió Lucile—. Y luego espero de la Providencia que se me duerma, aunque probablemente no lo hará.

—He venido corriendo hasta tu casa —afirmó Susan—. Deseaba verle.

—¿Asistirás esta tarde a la partida de *bridge*? —preguntó Lucile a su amiga—. Hoy la celebramos en casa de Trina.

Susan movió la cabeza.

—Tengo mucho trabajo —repuso—. Mark y yo nos vamos a casar más pronto de lo que esperábamos.

—¿De veras? —preguntó Lucile—. ¿Cuándo lo decidisteis?

—Anoche —contestó Susan.

—Eso es influencia de la luna llena —murmuró Lucile con expresión picaresca—. Conozco muy bien las tonterías que la luna obliga a cometer. Hal se me declaró una noche de luna, y yo le acepté, aunque al principio no tenía la menor idea de hacerlo. Eso es lo que sucede cuando se sale a pasear bajo la luz de la luna, y tú has caído en la trampa.

—No he caído en ninguna trampa —replicó Susan, y echándose a reír, añadió—: Deseo estar casada.

—Te arrepentirás de ello —gruñó Lucile recogiendo el cabello.

—No, no me arrepentiré —contestó Susan, que se encontraba ya a mitad de

camino de la puerta—. Hasta la vista, Lucile.

Pero al pasar por el pequeño comedor se detuvo y miró la mesa. Su acostumbrado anhelo de belleza y orden se sobrepuso a toda otra consideración. Debía ayudar un poco a Lucile. Además, resultaban tan feos los platos sucios... Juntó rápidamente todos los platos y entró de puntillas en la cocina, dejando correr el agua para lavarlos. Eran tan pocos que resultaba absurdo que Lucile no los hubiera quitado de en medio antes. Andando de puntillas por el comedor, limpió la mesa y colocó en su centro un pequeño jarrón con flores artificiales. ¡Flores artificiales! Lucile debía avergonzarse. A falta de otra cosa, había todas las flores naturales que se quisieran al final de la calle, allí donde empezaba el bosque. Salió de puntillas y se dirigió hacia su casa poco menos que bailando, con una feliz sonrisa en los labios y la forma de Tommy todavía tibia en la yema de sus dedos. Subiría a su cuarto de trabajo en cuanto llegara a casa y modelaría sumariamente la figura aquella misma mañana. Ya cosería por la tarde.

Su madre estaba quitando el polvo del comedor.

—¿Ya estás de vuelta? —preguntó al ver a su hija.

—Sí, mamá —contestó Susan—. Y aquí tienes el hilo.

Una vez en su cuartito de trabajo, junto a la cabeza de Mark, Susan dio forma toscamente a la figura de un grueso niño arrodillado. Sería un placer el modelar tirabuzones, hacer hoyuelos y manos como estrellitas, a la vez que seguía trabajando en la cabeza de Mark. Haría que el rostro del niño se pareciera un poco a Mark. Sería el hijo de Mark en bronce, mirándose a sí mismo en un estanque. Algún día construiría ella un estanque en su propio jardín para que su hijo se arrodillase junto a la orilla y se mirase en la clara y transparente agua. Y, sin darse cuenta, empezó a tararear suavemente: «¡Oh, eso será — la gloria para mí — la gloria para mí!». Iba a casarse muy pronto.

Llegó el momento de casarse. Los muros que se habían alzado entre ella y Mark acababan de ser derribados por unas palabras recitadas y firmadas, por el firme asentimiento de ella, por el serio asentimiento de Mark, que estaba muy pálido. Susan presentó la mano para que él le pusiera el anillo, el aire se llenó de música, y los dos se volvieron y avanzaron por el pasillo hacia la puerta. Estaban casados.

—Temí que fueras a desmayarte —murmuró Susan al atravesar el umbral de la puerta de la iglesia, un momento antes de que la gente suspirara, sonriera y se volviese para marcharse. ¿Por qué los asistentes a una boda nublan la alegría de ésta con suspiros?

—Sentí una cosa extraña —murmuró Mark—. Parecía como si yo fuera otro.

Estaban tan acostumbrados desde hacía tiempo a los muros, que ahora que éstos habían desaparecido, ahora que se habían disuelto como niebla matinal, dejándolos mutuamente visibles, ellos construían sus propias murallas de timidez. Se sintieron

sumergidos en un sueño de irrealidad mientras los muros eran derruidos con palabras, gritos, carcajadas, bromas y felicitaciones. La gente decía una y otra vez: «Esperamos que seáis muy felices».

Sus voces eran alegres, pero en su ojos había una sombra de duda.

Sí, tan pronto como ella y Mark estuvieran solos, tan pronto como pudieran iniciar su vida, serían felices. Susan había apoyado su mano sobre el brazo de Mark, pero no se trataba de la mano de ella ni del brazo de él. Ambos jóvenes eran dos muñecos bellamente vestidos, que sonreían mientras la gente iba pasando ante ellos. No serían reales hasta que todo aquello terminase, hasta que ella y Mark estuvieran solos.

—Ven a cortar el pastel —murmuró la madre.

La joven apretó el brazo de Mark.

—Tenemos que cortar el pastel de boda —murmuró, y volviéndose, anduvo hasta el comedor, siempre con Mark a su lado.

El pastel lo había hecho ella misma, mientras su madre mariposeaba alrededor engrasando los moldes y encendiendo el horno.

—Creo que no deberías hacer el pastel de tu boda —había dicho su madre.

—Me gusta hacerlo —contestó la joven.

Y ahora estaba hundiendo el cuchillo en la rica y oscura masa. La gente había ido entrando en el comedor y Susan oyó que Lucile decía con su chillona voz:

—¡Oh, es delicioso, Susan! —Y sonrió al decirlo.

Pero aquel instante no era tan apacible como lo había sido el de la cocina, cuando mezcló el azúcar, la manteca y la yema de huevo. Vivió todos los momentos de la confección del pastel; cuando hizo el almíbar, cuando tamizó la harina, cuando batió las claras de huevos, cuando preparó las ricas pasas... en fin, todo lo necesario para la minuciosa confección de la dorada y sabrosa torta que más tarde sacó del horno. Y en cada uno de aquellos instantes había pensado: «Estoy haciendo mi propio pastel de boda». Pero, al cortarlo y dividirlo mientras escuchaba las bromas y el runrún de las conversaciones, el pastel resultaba un pastel cualquiera. Sólo había sido distinto en el momento de hacerlo.

Los invitados comían, bebían y charlaban. Susan buscó los ojos de Mark.

—¿Ahora? —dijeron los labios de él con un simple movimiento.

Susan hizo un gesto afirmativo y se deslizó hacia fuera. Hacía días que tenían planeada la forma de escapar. Lo harían por separado, reuniéndose en un lugar donde él habría dejado previamente su pequeño y ruidoso coche.

Susan corrió a su habitación, se puso una falda y un jersey, y bajó de nuevo la escalera, atravesando la cocina y saliendo al patio trasero.

Nadie la vio. Es decir, sí, la vio su padre, que salió de la cocina con los faldones de su levita flotando al viento.

—¡Susan! —dijo el señor Gaylord con un profundo bisbiseo. La joven se detuvo en seco y su padre se acercó a ella jadeando—. Precisamente deseaba... Tengo que

decirte... Puedes contar conmigo lo mismo que antes.

—Ya lo sé, papá —contestó Susan.

Hicieron una pausa mientras se miraban el uno al otro.

—Bien —exclamó el señor Gaylord de pronto—. Sospecho que Mark estará esperándote.

—Sí —contestó Susan—. Debo irme, papá.

—Sí, claro —murmuró el padre—. Bien, hasta la vista, hija.

Susan depositó un beso en la mejilla de su padre y echó a correr. Cuando volvió la cabeza, su padre continuaba inmóvil, en el mismo sitio en que le había dejado. Le saludó con la mano, pero él no se movió, y la joven corrió hacia donde la esperaba Mark, sentado ante el volante de su coche y con el motor en marcha.

—¿No te vio nadie? —preguntó.

Susan movió la cabeza y se echó a reír.

—Nadie, excepto papá —repuso.

Mark inclinó la cabeza y la besó rápidamente, y el coche se puso en marcha con una pequeña sacudida. La joven se sentía extraña y excitada al mismo tiempo. El beso de Mark no había logrado que se sintiera aún cerca de él. De pronto, el coche se atascó.

—¿Qué es esto? —exclamó Mark mientras manejaba los mandos.

Susan miró hacia abajo.

—Aquí —dijo la joven echándose a reír—, el freno...

Mark se había olvidado del freno.

—Te has casado con un estúpido —dijo con acento lastimero.

Susan movió la cabeza y sonrió.

—Papá hace lo mismo —afirmó—. Maldice y jura cuando el coche no se mueve.

—Y tú entonces vas y sueltas el freno, ¿no? —murmuró Mark.

Avanzaban con gran estrépito a través del día primaveral, acariciados por el fuerte aire que soplabla. La joven sentía martillar en su cerebro las palabras pronunciadas por Mark: «Te has casado con un estúpido. Te has casado con un estúpido». Pero estaba equivocado. Se había casado con él.

«Estoy casada», pensó y, soñadora, miró hacia delante; no hacia las montañas, los árboles y los verdes prados, sino hacia los brillantes días venideros.

Mas, aunque ya se encontraban solos, seguía alzándose entre ellos un muro interior de timidez que había que derribar, aunque quizá se cayera por sí mismo. Iban a permanecer solos durante una semana en la orilla de aquel lago, en la pequeña cabaña que les había prestado el padre de Susan. El señor Gaylord había construido la cabaña para toda su familia cuando Susan era todavía una niña. Pero no habían ido por allí muy a menudo. Su madre sintió pronto odio contra la quietud, la soledad, los mosquitos, los búhos que poblaban la noche y contra el viejo hornillo enmohecido. Así que no volvieron a aparecer por la cabaña. Sólo su padre había ido algunas veces, por un día. Jamás se quedó más tiempo.

—Sospecho que no soy lo suficientemente mayor para permanecer solo —había dicho en tono de broma.

—Eres un adulto, ¿verdad? —le preguntó una vez Susan siendo aún niña.

—No estoy seguro —contestó el padre gravemente.

Pero había continuado conservando la cabaña.

—Quizá se nos ocurra ir por allí algún día —dijo en otra ocasión.

Susan y Mark habían estado allí dos días antes de su boda para llevar comida y libros, y para barrer y quitar el polvo. La joven había pensado mientras empaquetaba los libros que eligió para llevarse a la cabaña: «¿Debo llevarme un poco de arcilla o una caja de pinturas? ¿Qué’ ocurrirá si deseo hacer algo en la cabaña?». Pero no, ella no debía tocar ninguna de aquellas cosas en su luna de miel.

No sabía cuándo necesitaría hacer uso de todas aquellas cosas. Quizá no las necesitase nunca más. Así que las empaquetó no para que la ayudasen a pasar la luna de miel, sino para llevarlas a la casa que ella y Mark habían elegido como hogar. El cuartito junto a su alcoba quedó vacío y triste después que Susan lo metió todo en una gran maleta. El Cupido había sido terminado a su tiempo, se arrodillaba ya entre los capullos de lirios del jardín de la señora Fontane. En cuanto a la cabeza de Mark, Susan misma la llevó a su nueva casa para colocarla en el desván.

No estaba terminada, algo de ella estaba mal. La boca era perfecta, pero los ojos no acababan de quedarle bien. Hiciera lo que hiciese, continuaban mirando como cuencas vacías.

—No es real, no habla —le dijo a Mark una vez que se encontraban en la pequeña y nueva casa, disponiéndola para que los recibiera en aquel nuevo día de su vidas que al fin había llegado.

—¿Que no habla? —le preguntó extrañado Mark.

—Cuando una figura me queda perfecta, creo oírla hablar —repuso Susan.

—Pues a mí me parece que la semejanza conmigo no puede ser mayor —afirmó Mark, contemplando la cabeza atentamente.

Y tras haberla contemplado durante un rato, añadió de pronto:

—Parece como si estuviera muerto.

Susan no contestó. Le fue imposible hacerlo, pues Mark tenía razón. Era exactamente el rostro de un muerto, y la joven envolvió rápidamente la cabeza en un trapo mojado.

—No está acabada, eso es todo —murmuró—. Yo la volveré a la vida. Ya verás.

Aquello sería lo primero que haría cuando regresaran a la ciudad, cuando empezaran su nueva vida.

Pero, en la cabaña, aquella silenciosa y perfecta máscara le obsesionaba sin razón aparente. Era como el rostro de algún muerto recuerdo. La joven no dejaba de pensar en ella cuando miraba a Mark, que le ayudaba a deshacer los paquetes. Estaban el uno frente al otro, pero ella no veía su rostro, sino la máscara que había hecho.

—¡Somos unos tontos! —exclamó la joven de repente—. Hemos estado soñando

con este momento durante días y días y ahora que ha llegado, nos sentimos extraños el uno al otro.

Mark clavó la mirada en Susan, pero no sonrió.

—Siento como si todavía fuésemos nosotros —murmuró.

En sus ojos continuaba el vacío. Ella... ella debía hacer que apareciera en ellos la realidad. El rostro de su marido no debía ser la máscara de arcilla que ella: no había concluido, la máscara que patéticamente, humildemente, esperaba ser terminada y que le dieran, vida.

—¡Vamos! —exclamó con sentido práctico—. Desempaquetemos todas las cosas y preparemos la cena, y luego nos iremos a nadar a la luz de la luna.

—¡Eso es! —exclamó Mark entusiasmado.

Hacer algo juntos los convertiría en seres reales. Se darían cuenta de que ellos eran los que habían planeado aquel instante hacía tanto tiempo. Esto era lo que importaba. Tenían planeado aquel momento desde hacía tanto tiempo que no podían dejarlo del mundo de sus sueños. Aunque había llegado al fin, aunque lo estaban viendo, parecía como si todavía hubiera de llegar. Mark siguió a su esposa mientras ésta iba colgando sus prendas en los clavos que había detrás de una cortina de cretona, mientras preparaba la mesa de pino, mientras freía la carne, mientras hacía el café. Él en cambio, no sabía qué hacer.

Susan se mostraba tan rápida en sus movimientos, tan exacta... Parecía hacer todas las cosas al mismo tiempo.

Y el joven se sentía indefenso ante la rapidez de su mujer.

—¡Eres maravillosa! —exclamó—. Yo... Haces que me sienta inútil.

La joven estaba disponiendo en un vaso lleno de transparentes aguas las hojas rosas que llevaba prendidas a la cintura cuando dejó la casa de sus padres. Luego colocó el vaso sobre la mesa. Pero al oír que Mark decía: «¡Eres maravillosa!», corrió a su lado y enterró su rostro en el pecho de él.

—¡Oh, no! —suspiró apretándose contra su pecho—. No me llames así.

Mark se mostró asombrado.

—¿Por qué? —exclamó—. ¿No te gusta que te llamen maravillosa?

—¡No, no, no! —gritó Susan medio ahogándose.

—Bien —murmuró Mark con voz entrecortada—. Bien. Pero no comprendo... Mucha gente...

Susan levantó la cabeza y olfateó el aire:

—¡La carne se está quemando! —gritó—. No creo que dejar que se queme la carne sea prueba de que soy una mujer maravillosa.

La joven corrió a retirar la carne del fuego, y Mark no pudo ver si reía o lloraba.

—¡Siento más hambre que en toda mi vida! —gritó Susan alegremente.

Ambos se afanaban en torno a la comida, casi tranquilos a la luz de la vela.

—También siento yo hambre, querida —repuso Mark.

Habían sido devueltos a la vida real, aunque no del todo. Susan, mientras

contemplaba los ojos de su marido, pensó: «Es la fluctuante luz de la vela la que los sombrea de ese modo hasta hacerlos parecer vacíos. En realidad no lo están. Yo le amo tal como es. Es mi marido». Por encima de su amor hacia él, por encima de la mujer casada con Mark que ya era, su activo pensamiento siguió hablándose a sí mismo. «La cabeza mira exactamente como él mira ahora. Quizás haya yo hecho cuanto se podía hacer. Quizá nunca vuelva a la vida, o quizás yo no sepa hacer la vida. Me pregunto si soy una verdadera escultora».

«¡Oh!, sí, moldearía seres vivos», se dijo resueltamente. Al terminar de cenar se pusieron en pie y fueron a sentarse juntos en el pequeño pórtico, desde donde podían contemplar el lago mientras Mark fumaba su pipa. Se sentaron muy juntos, en silencio, dándose cuenta al cabo de su mutua presencia.

—Esto es el principio —murmuró ella.

—El principio de nuestra vida —contestó Mark.

En el silencio de la noche, bajo la luz de la luna, cada uno se fue haciendo más claro al otro, más próximo. El color individual desapareció de sus rostros, de sus ojos, de su carne, y sólo quedaron líneas. La joven sintió el ser de su marido, anhelante, tibio, tímido y expectante.

—¡Ahora al lago! —exclamó de pronto.

Se desnudaron a la luz de la luna, y su cuerpos aparecieron tan blancos como si fueran de mármol. Mark era como una estatua de mármol, y, debía de ser tan frío al tacto como una estatua de mármol. Pero al mirarse su propio cuerpo, Susan observó que también ella parecía de mármol, pero no estaba fría. Mark permaneció inmóvil contemplándola, y Susan notó que la timidez le dejaba como yerto.

—¡Vamos! —gritó la joven—. ¡Corramos hacia el lago!

La joven deseaba que hubiera vida y movimiento en sus dos blancos y tallados cuerpos. Echaron a correr cogidos de la mano, se arrojaron al agua y nadaron juntos por el lago. Pero pronto volvieron a la orilla. Mark tiritaba.

—Está demasiado fría —dijo—. Encenderemos el fuego.

Regresaron a la cabaña y echaron la barra de la puerta para protegerse de la noche y de la oscuridad de los bosques, y Mark apiló unos cuantos leños en la chimenea; Susan se arrodilló entonces y encendió las secas teas, no tardando en empezar a arder los troncos. Ambos permanecieron arrodillados ante el fuego unos instantes. Luego Susan notó que Mark la hacía ponerse de pie y que la apretaba contra él, echándole la cabeza atrás para que pudiera recibir sus besos. No obstante, en aquel breve segundo, antes de que su marido la besara, Susan pensó rápidamente: «He aquí la mirada que yo necesitaba para la máscara. Mark ha tomado vida».

La inacabada cabeza permaneció en el desván, donde Susan pensaba establecer su cuarto de trabajo. Pero descubrió que no necesitaba una habitación para ella sola. Era su hogar, aquella casa, aquella pequeña casa situada al final de la calle donde ella

había jugado de niña. Al mirar a través de las ventanas delanteras, podía contemplar todo lo que le era familiar desde que tuvo uso de razón: las hileras de pequeñas casas blancas, el verde follaje del claustro en un extremo, y por encima de las copas de los árboles, la cúpula del salón de actos de la Universidad donde su padre enseñaba, y a la que ella y Mark asistieron por espacio de cuatro años. Susan había amado la Universidad, pero más tarde sintió hacia ella un profundo desprecio, sabiéndola pequeña y provinciana, limitada por sus favorecedores: dos granjeros con suerte, un abogado y el presidente del Banco de la ciudad. Y, sin embargo, se sentía atraída por las fieras y crudas discusiones que se suscitaban entre los miembros del claustro, todos atacados de pobreza, y a los que conocía no sólo como dogmáticos y apasionados profesores que enseñaban a los alumnos, sino como personas que poseían los defectos de que abominaba su padre, el cual solía criticar a sus compañeros después de cada reunión de profesores: «Ese Sanford es un títere. Sabrá mucho de astronomía, pero no entiende más que de estrellas».

¡Pobre profesor Sanford! Era cierto que vivía en las estrellas. Pero todos los profesores vivían en algún sitio distante de aquellas casas donde sus pálidas esposas luchaban para cultivar su espíritu al mismo tiempo que echaban hijos al mundo y hacían los trabajos domésticos sin la ayuda de una criada. Susan las conocía muy bien a todas, y nunca las miraba desde las ventanas delanteras de su casa sin sentirse profundamente compenetrada con ellas. La joven las apreciaba de veras y sentía verdadera pena cuando en ellas pensaba. Todas intentaban con el mayor ahínco vivir como creían que era bello vivir, sus caras eran tan pequeñas... tan pequeñas y estaban tan próximas unas a las otras que constantemente tenía que sofocar el llanto de sus hijos o bien sus propias risas, gritos y sollozos. Sólo contaban con el silencio para mantenerse apartadas unas de otras, y ellas necesitaban, vivir aparte, pues no eran ignorantes y la docencia constituía una necesidad para ellas. Sabían convertir la pobreza en un juego, y lo hacían. Pero, en cierta ocasión la pequeña señora Sanford había unido sus manos con ademán de asombro. Era el día de la recepción que la Universidad ofrecía a los graduados. La señora Sanford lucía el usado vestido de encaje negro que llevaba cada año y miró a Susan un poco tímidamente a la vez que le preguntaba:

—¿Qué piensas hacer, Susan?

—Todo —contestó alegremente la joven.

Y entonces la señora Sanford cruzó de nuevo sus pequeñas y estropeadas manos, aquellas manos de limpias y rotas uñas. Era lunes, y a primera hora de la mañana habían hecho la colada familiar, saliendo luego al jardín para tender rápidamente la ropa de color sin mirar a los demás patios, donde otras esposas estaban haciendo lo mismo que ella.

—¡Oh, Susan! —exclamó la buena mujer—. Me asustas, querida. ¡Resulta tan terrible saber lo que una desea y no poder conseguirlo! A veces pienso que es mejor no saber nada; es mejor no saber leer que saber y no tener libros para hacerlo; es

mejor no desear cantar que hacerlo con toda el alma y no disponer de dinero para costearse los estudios.

Susan no supo qué contestar, y la señora Sanford sonrió y le dio unos cuantos golpecitos en el brazo.

—Pero tú tienes mucho talento, querida. Yo sé que triunfarás en la vida.

Alguien gritó entonces:

—Estoy seguro de que la señora Sanford va a cantar para nosotros.

—¡Oh, querida, nadie desea oírme cantar!

—Sí —exclamó Susan—. Sí, haga el favor, señora Sanford. Me gusta mucho oírla cantar.

—¿De veras? Entonces lo haré.

Todos permanecieron inmóviles escuchando a la señora Sanford, que cantó con pequeña y anhelante voz *Kennst du das Land*^[1]. Susan había oído cantar muchas veces a la señora Sanford. ¿Por qué, entonces, le entraban ganas de llorar cuando lo recordaba? Cada vez que miraba por las ventanas delanteras de la casa se acordaba del aspecto que ofrecía la señora Sanford el día que cantó en el salón de actos de la Universidad.

Pero las ventanas del oeste daban a los bosques del Vagabundo. Ella y Mark se habían prometido en ellos. Aquel día Mark le preguntó: «¿Adónde iremos, Sue?». Y ella contestó: «Siempre he deseado ir a los bosques del Vagabundo. Vamos ahora».

No había jugado en ellos cuando eran niños debido a una superstición infantil, que iba pasando de generación en generación, y la cual hablaba del fantasma de un vagabundo que habitaba en el bosque, un vagabundo que se había ahorcado allí hacía mucho tiempo, en su solitario campamento, a la vista de una calle llena de hogares y de niños. Las luces de las casas debían de haberle hecho guiños mientras cenaba. Se encontró junto a él una olla de guisantes medio llena, así que si se ahorcó no fue porque tuviera hambre. Cerca de él había también un montón de leña, con la que hubiera podido encender fuego. Incluso se descubrió en sus bolsillos el suficiente dinero para poderle dar sepultura. Por lo tanto, tampoco se había ahorcado por pobreza. Asimismo se encontró un sobre en el que había escrito: «Entiérrenme, pero no hagan funeral». No existía, pues, una razón que justificara el que se hubiera ahorcado a la vista de la gente. Era un tipo tan raro que las madres se sintieron realmente aliviadas al saber que se había ahorcado, ya que ellas no podían hacer nada por él, y dijeron sobre las cabezas de sus hijos: «Siempre es bueno que una persona así se quite de en medio. No sabe una lo que hubiera sido capaz de hacer». Y los niños, al oír a sus madres, convirtieron en un fantasma al desgraciado vagabundo y jamás volvieron a poner los pies en el bosque donde había muerto.

Pero Susan y Mark fueron a él porque querían estar solos. Había plena seguridad de que nadie los interrumpiría en el bosque del Vagabundo.

—¿Tienes miedo? —preguntó Susan sonriendo a su novio.

—No, estando a tu lado —repuso Mark contestando con otra carcajada a la risa de

su novia.

Ya que su hogar formaba parte de aquellos bosques, Susan encontraba el lugar hermoso y tranquilo, y algunas veces, por la tarde, mientras esperaba que Mark regresara a casa, se paseaba entre los árboles recordando a medias la vieja historia, aunque sin experimentar miedo alguno, pues ella y Mark habían hecho el bosque suyo. Era un bosque extraño, profundo, silencioso, lleno de flores que nadie recogía. Jamás encontró a nadie en él.

Pero Susan tampoco iba mucho al bosque, pues siempre tenía algo que hacer en casa. Aún no estaba lista del todo, aunque al día siguiente al de su regreso, todos los amigos que fueron a visitarlos le habían dicho con el mayor calor y entusiasmo: «No sé cómo te las has arreglado, Susan. Parece que llevaras viviendo en esta casa desde hace años». Y ella y Mark, riendo y cogidos de la mano, recibieron aquellas muestras de admiración como si formaran parte de la profunda y sencilla felicidad que disfrutaban. Ninguno de los dos había hecho nada extraordinario, pues todo el mundo se casa; sabían que su hogar era pequeño, y, sin embargo, habían tenido un éxito entre sus conciudadanos.

Cuando todo el mundo se marchó, en aquella primera noche de estancia en su nuevo hogar, Susan y Mark hicieron juntos una ronda por toda la casa, para acostumbrarse a ella, para verla de nuevo: el cuarto de estar, el comedor, la cocina, el vestíbulo, la escalera, los dos dormitorios, el pequeño despacho de Mark y el pequeño cuarto de baño de losetas amarillas. Mark se disponía a continuar subiendo la escalera hacia el desván, pero Susan le detuvo.

—No subas —exclamó—. No hay nada. Todavía no he pensado lo que voy a hacer ahí.

Era verdad que ni siquiera había estado arriba desde que llevó la cabeza sin acabar y sus útiles de trabajo. Así, pues, descendieron de nuevo a la planta baja, para comprobar si la chimenea del cuarto de estar tiraba bien. Mark encendió el fuego, aunque no servía de nada, pues la noche era tibia, por lo que dejaron la puerta abierta; a lo largo de la calle podían ver las luces que salpicaban la oscuridad, las luces de las casas de sus amigos. ¡Nada más agradable! La joven sintió una alegría que emanaba de las paredes de su casa, de las luces, de sus amigos, de su hogar, de su esposo. Abajo de la calle, en la esquina, estaban sus padres, y Mary, y toda su feliz infancia, su cercana y feliz infancia. Tenía mucha suerte. ¿Por qué le había dicho su padre adiós? No había tenido que abandonar nada cuando se marchó con Mark. Todo seguía allí, en el mismo sitio.

Si lo deseaba, no tenía más que bajar corriendo la calle, doblar la esquina, abrir la puerta, y se encontraría de nuevo en su niñez.

Pero ella no deseaba volver. Miró a Mark con expresión vehemente.

—¡Soy feliz! —murmuró. Estaban sentados ante el fuego, calientes y bien comidos—. «¡Oh, esto será — la gloria para mí!» —cantó entre dientes.

Mark se echó a reír.

—La primera vez que te oí cantar eso —dijo— tenías cinco años y estabas haciendo un vestido para una muñeca, sentada en el escalón más alto del pórtico.

—¿De veras? —exclamó la joven—. ¡Qué buena memoria tienes, querido!

—No te das cuenta de cuando cantas, ¿verdad? —preguntó Mark a continuación.

Susan movió la cabeza.

—Lo hago sin darme cuenta —repuso.

El separarse por la mañana les producía tal dolor que los dos empezaban a ponerse nerviosos en cuanto Susan servía a su marido la segunda taza de café. Mark miraba entonces el reloj.

—¡Diez minutos! —decía solemnemente.

Susan volaba entonces hacia el reloj y lo colocaba de forma que su esfera no pudiera ser vista, y luego empujaba su silla hasta juntarla con la de él. En aquellos instantes experimentaba la sensación de que la casa estaría vacía sin la presencia de su esposo.

—¡Si por lo menos hicieras algún trabajo en casa! —exclamaba la joven con acento triste—. Si fueras pintor o escultor...

—Te has casado con un muchacho del montón —respondía Mark moviendo su café—. Sospecho que tendré que ir a la oficina todo el tiempo que viva, Sue.

—Solamente hay uno como tú en el mundo —exclamaba la joven inclinándose para besar la mano de su marido, y añadía tras de mirarle con expresión aguda e intensa—: Tendré que recordarte durante tres horas y media.

—¡Si por lo menos estuviera seguro de que hoy vendré a casa para almorzar! —respondía con voz doliente Mark—. Pero un cliente desea echar un vistazo al viejo caserón de los Greinger.

—¡Oh, Mark! —balbuceaba la joven—. ¡Todo el día fuera!

—Temo que sí, querida.

Se ponía en pie y colocaba de nuevo el reloj con la esfera mirando hada ellos.

El momento de partir era una verdadera agonía para los dos, y el instante en que Mark volvía la esquina producía una profunda sensación de angustia a Susan. Sin embargo, una vez transcurridos ambos instantes, la vida continuaba tibiamente alrededor de la joven, en forma de las cien cosas que estaba obligada a llevar a cabo. Susan se afanaba por toda la casa, haciendo limpieza, modelando su posesiones sobre una base de orden. Más tarde visitaba cada habitación como si estuviese pintándolas, mirando cada una en su totalidad, estudiando cada detalle de las mismas, la forma de los adornos del respaldo de un sillón, la caída de una cortina, el tono de color de un cuadro, la gracia de una flor. La casa era un conjunto formado por la suma de la perfección de cada estancia. Pero esta perfección no era estática, sino viva, y participaba fielmente de su vida y de la de Mark. Era el hogar de ambos, donde vivían ella y Mark. Susan hizo del despacho de Mark un lugar adecuado para él, con

un largo sofá donde cabía su alto cuerpo, y en el que colocaba los almohadones aplastados y bajos, pues a Mark le gustaba permanecer con la cabeza baja cuando se encontraba cansado. La mesa escritorio era sólida y estaba siempre en perfecto orden. Los cuadros que adornaban las paredes eran claros y sencillos. No dejaba de ser extraño que ella pudiera imaginar el fondo de la vida de su marido mejor que el suyo propio. Cambiaba sus muebles todos los días, sin saber nunca cómo quedarían mejor. ¿Estaría mejor su tocador junto a la ventana, o frente al lecho? En cuanto a las flores, ¿dónde las pondría, aquí o allí?

Siempre estaba insatisfecha y descontenta, intentando hacer una cosa y otra, sin que acabase de descubrir lo que deseaba.

Antes de que se diera cuenta, el reloj marcaba las doce, y Susan se sentía culpable al ver que las horas habían transcurrido tan rápidamente sin él. Su marido estaba de vuelta casi antes de que ella lo hubiera echado de menos. La joven oía su voz, que le llamaba desde el vestíbulo.

—¡Al fin no se presentaron, querida! Ya estoy en casa.

—¡Oh, Mark!

Volaba a la cocina y empezaba todas las cosas a la vez. Era verdaderamente cómico ver lo de prisa que podía hacerlo todo: las chuletas, los guisantes, la ensalada, poner la mesa, arreglar un jarrón con flores. ¡Nada de flores artificiales en su casa!

—¡Listo! —exclamaba la joven quince minutos después.

—¡No hay nadie como tú! —afirmaba Mark disponiendo una silla para que se sentara Susan.

—¡Tonterías! —respondía la joven—. No me gusta..., no me gusta que digas eso.

—Pero si es verdad —afirmaba Mark con calor—. ¿Qué es lo que yo he hecho? Me he lavado las manos, me he cepillado el cabello, me he cambiado de corbata. Por cierto que esta corbata tiene una mancha. Mira.

—Ya la limpiaré después —se apresuraba a decir Susan.

—Y cuando bajo ya tienes el almuerzo preparado —seguía Mark—. Por eso digo que no hay nadie como tú.

La joven sonreía y no contestaba. ¿Por qué no le gustaba a Susan que su marido dijera que no había nadie como ella? Tales palabras hacían que se sintiera solitaria. Y ella deseaba ser como todo el mundo. Pero Mark hablaba con calor, parecía muy feliz y comía con excelente apetito.

—Han telefoneado diez minutos antes de las doce diciendo que no les interesaba la casa de Greinger —dijo—. Pensé telefonearte, pero luego me dije: «Iré a casa tan pronto como pueda».

—¿Por qué no quieren la casa de Greinger? —preguntó Susan—. Esa vieja casa es muy bella.

—Pero está demasiado lejos para los criados —contestó Mark.

—Quizá les gustara la casa de verano de los Marsey —dijo Susan.

—¿Está en venta? —preguntó Mark.

—Me parece que he oído decir que, como el señor Marsey ha muerto, su familia piensa irse a vivir al extranjero —repuso Susan—. No recuerdo dónde lo he oído, pero...

Subió los escalones de dos en dos, cogió el teléfono y comunicó con la oficina, mientras Susan esperaba abajo.

—El patrón me ha dicho que es una idea excelente —dijo Mark cuando regresó al lado de su esposa—, y le he contestado que la idea era de mi mujer.

—¡Oh, Mark! —exclamó la joven con acento de reproche—. He pensado en ello por casualidad. Igual se te hubiera ocurrido a ti.

—Bien, bien —dijo Mark con brusquedad—. Pero lo que ocurre es que yo nunca pienso en las cosas.

Susan miró a su marido con el corazón encogido.

—¿He hecho algo malo? ¿Por qué estás enfadado conmigo, Mark? —murmuró.

Mark se puso en pie de pronto, se acercó a ella y la besó.

—¿Por qué te sientas tan lejos de mí? —preguntó a su esposa, y tirando de la silla, la colocó junto a la de ella—. Nos sentaremos siempre el uno al lado del otro —añadió.

Susan había leído en alguna parte que el amor es una fuerza que desarrolla el espíritu. Personas que no creían que pudieran hacer nada sobresaliente en la vida, escribieron poemas, obras musicales o llevaron a cabo grandes tareas mientras estaban enamorados. Pero esto no rezaba con Susan. La joven se envolvía en el amor de Mark como en una amplia y caliente capa, y no llevaba a cabo nada grande, ni siquiera en sueños. Ni una sola vez subió al desván y mucho menos se le ocurrió modelar algo. Sus manos se daban por satisfechas con realizar el trabajo de su casa, que cada día amaba más. Cuando la había limpiado y añadido toda la belleza que era capaz imaginar, se metía en la cocina, y allí, ayudada por un libro de recetas culinarias, planeaba y hacía, y una vez todo terminado, esperaba llena de contento y satisfecha de sí misma a que Mark regresara al hogar.

La joven se sentía envuelta en el amor de su marido de la misma manera que por las paredes de la pequeña casa de la linde del bosque.

Siempre estaba contemplando el bosque. Era un bosque engañoso. Desde el final de la calle parecía sólo un grupo de árboles que daba sombra. Pero si se adentraba uno en él, se advertía de pronto que, durante millas y millas, era profundo y tupido, y se extendía sobre un terreno abrupto y rocoso donde era imposible que existiera ninguna granja. No tardaba en encontrarse un arroyo que corría entre rocas de tono negruzco, y el bosque continuaba al otro lado.

Mark odiaba el bosque. Susan le había conducido allí la tarde del domingo anterior, y él había caminado junto a su esposa con expresión hosca, guardando un profundo silencio.

—¿No te parece hermoso? —exclamó la joven elevando su rostro hacia los sombríos árboles, más oscuros por la plenitud del verano.

—Me producen una extraña sensación —contestó Mark—. ¿Cómo no lo noté el día que te pedí que te casaras conmigo? Pero aquel día no veía sino a ti.

Sobre ellos cayó la soledad, pese a que iban cogidos de la mano. Llegaron junto al arroyo y contemplaron cómo fluía entre las negras rocas de sus márgenes.

—Debe de haberse necesitado un millón de años para que el agua haya producido una erosión como ésta en la dura roca —murmuró Mark.

Inmediatamente de haberlo dicho, la soledad de un millón de años cayó sobre ellos. Permanecieron durante un rato contemplando el agua y, de repente, oyeron un crujido y el ruido que hacía algo al caer. Un poco más allá, donde el río se curvaba, una roca desprendida había rodado hasta el cauce. La roca desprendida arrastró durante unos momentos otras rocas más pequeñas y algunos arbolillos. Pero después de unos ruidosos instantes, la roca quedó tan inmóvil como si hiciera años que descansaba en el lecho del arroyo, y la corriente se dividió suavemente y fluyó por ambos lados.

—Vámonos a casa —dijo Mark—. Nos hemos metido demasiado adentro. Siempre he oído consejos sobre este lugar.

—Una vez dijiste que no te daba miedo andar por aquí si estabas a mi lado —le recordó Susan.

—Y no tengo miedo —repuso Mark—. Sólo que... ¿Por qué no paseamos a la luz del sol?

Tomaron el camino de su casa. Cuando salieron de la tupida sombra de los árboles, el sol estaba todavía muy alto. Vieron a la gente que regresaba del golf o de merendar al aire libre. Un poco más allá, Lucile y Hal caminaban hacia su hogar. Tommy andaba firmemente entre ellos. Al verlos, Lucile agitó una mano y Hal gritó:

—Os hemos echado de menos en el club esta tarde.

Mark se quitó el sombrero y Susan los saludó con la mano, e inmediatamente subieron los escalones que conducían a su casa.

—Deberíamos ir al club más a menudo —dijo Mark—. No quiero que la gente crea que somos ariscos.

—¡Oh, no lo creen! —exclamó Susan con calor—. Ya nos conocen.

Susan se olvidó de ellos al punto y entró cantando en la cocina, dispuesta a preparar la cena.

—¡Es igual! —dijo Mark pocos minutos después—. Es muy fácil que la gente piense, dada tu manera de ser, que eres arisca.

La joven dejó de desmenuzar la naranja para la ensalada. Mientras lo hacía había estado pensando en lo exquisitamente que estaba hecha, dividida en los segmentos de los gajos, que encerraban el vivo color de la pulpa. Se detuvo cuando sólo había desmenuzado una naranja y miró a Mark.

—¡Cómo! ¿Qué es lo que quieres decir? —preguntó extrañada.

Sus mejillas estaban ligeramente coloreadas y se sentía un poco enfadada con su marido.

—Nada. Pero esa forma de hacer las cosas... la manera como sales adelante... Una especie de... La gente no siempre comprende, Susan.

Susan continuó desmenuzando la naranja que tenía entre las manos. Su marido acababa de ofenderla, pero ella prefirió no decirle nada.

—¡Oh! Todo el mundo me conoce en esta pequeña ciudad —dijo al fin con voz sosegada—. Me conocen de siempre, lo mismo que a Lucile y a las demás muchachas y muchachos.

Susan se sintió de súbito alejada de Mark. Una vez siendo aún muy niña, había oído que un maestro decía a otro: «Sue es una extraña criatura, ¿verdad? No es como las demás niñas».

Susan encendió la luz y Mark pudo verle la cara.

—Sospecho que no sé lo que me digo —murmuró el joven lentamente—. Tú... Deseo que seas tú misma en todo momento.

—No puedo ser nada más —contestó Susan—. Vamos, Mark, siéntate.

Y cuando estuvieron sentados, Mark dijo:

—Es la mejor ensalada de fruta que he probado jamás, Sue. Eres una cocinera maravillosa.

Un puñado de palabras brotó del cerebro de la joven, pero se detuvieron en la punta de su lengua. Poco faltó para que las dejara escapar cual si hubieran sido la áspera punta de la lengua de una serpiente. «Cuidado, Mark. Hay una naranja agria entre ellas. Ten cuidado».

Si hubiera dicho estas palabras, Mark la habría mirado con expresión inocente y sorprendida. Pero las retuvo. Era un esfuerzo que sabía hacer muy bien. Había aprendido a contener el flujo de sus palabras cuando se sentía ofendida. Siendo todavía una niña pudo comprobar más de una vez el miedo que le entraba a su madre siempre que ella soltaba todo lo que le venía a las mientes. Y la primera vez que vio el miedo reflejado en el rostro de su madre, se refugió en su cuarto para llorar: «¡Jamás, jamás asustaré a nadie porque me sienta herida por algo!», se dijo con pasión, y la joven recordó siempre su promesa.

—Repíte entonces —dijo a su marido llenando el plato que él le tendía.

Pero no fueron más al bosque. Mark no quería ir, y ella no quería ir sin él. De súbito, sin motivo justificado, se acordó de algo. Arriba, en el desván, se encontraba la cabeza inacabada. Aunque subía algunas veces para limpiar y quitar el polvo, no se le había ocurrido nunca ponerse a modelar. Pero el sentimiento que le produjo Mark, hizo que subiera al día siguiente. Durante un largo rato permaneció allí, contemplando pensativamente la vacía habitación. Pero no pensó en amueblarla. Ni siquiera levantó la tela que cubría la cabeza inacabada.

—Tienes todo lo que una mujer puede desear —le dijo un día su madre examinando el cuarto de estar—. Un buen marido y un lindo hogar en la mejor vecindad de la población.

—Sí, lo tengo todo —contestó Susan sonriendo.

—¡Mark es tan juicioso! —continuó la señora Gaylord.

Se había negado a quitarse el sombrero. «He de marcharme en seguida», solía decir siempre. Podía estarse allí una hora o dos, pero si conservaba el sombrero puesto, tenía la sensación de que iba a marcharse de un momento a otro.

—Tengo un montón de trabajo esperándome —continuó.

—Iré contigo —repuso Susan—. Yo he terminado por hoy.

—¡Oh, no! —se apresuró a responder su madre—. Tú tienes ahora tu propia casa. No querría que Mary pensara que yo no puedo arreglármelas sola.

—Precisamente pensaba ir a verte —añadió Susan sonriendo—. Además, tengo ya toda la casa arreglada y ordenada, excepto el desván, pues no sé todavía lo que voy a hacer allí.

—Te ha quedado muy bien la casa —dijo su madre con ansiedad, admirando el buen orden con que estaban dispuestos todos los objetos—. La llevas maravillosamente bien. Siempre tuviste mucha maña para estas cosas.

—Se cuida ella sola —repuso Susan—. Es la casa más fácil de cuidar del mundo. Vive al compás de nosotros. Las cosas se colocan en su sitio así.

Movió las manos y arqueó las cejas, pero su madre no sonrió.

—Ahora te sobra tiempo para todo —afirmó su madre con suficiencia—. Pero ya verás cómo más tarde necesitas ayuda. Bien, hija mía, he de irme.

—Espera; voy a buscar mi sombrero —dijo Susan.

—Es una casa verdaderamente preciosa —murmuró la señora Gaylord deteniéndose en la acera recién construida para contemplar la fachada de la casa—. Pero a mí no me gustaría vivir tan cerca de esos negros bosques.

—Pues a mí sí —contestó Susan—, aunque creo que Mark piensa como tú.

La joven anduvo al lado de su madre por aquel camino tan familiar a sus pies. Pero ya se había liberado de ella. Cuando iba a su antigua casa lo hacía impulsada por su propia voluntad. Entró en la casa e inmediatamente corrió a realizar su antiguo y habitual trabajo, consistente en lavar los platos, barrer y quitar el polvo.

—Precisamente lo había dejado todo por hacer —murmuró la madre—. Quería ir a la tienda muy temprano, ya que es sábado y la gente se echa encima de las cosas. Luego, al ver que hacía tan buen día, se me ocurrió hacerte una visita. Bien, si tú te quedas aquí abajo, yo me voy arriba a hacer las camas.

La señora Gaylord subió pesadamente la escalera y Susan se ató una toalla alrededor del cabello y voló por las habitaciones. Era muy agradable poner orden en las cosas y limpiar. La joven cantaba mientras trabajaba. Cuando era niña, le parecía

muy penoso tener que hacer aquello día tras día, mientras su imaginación rebosaba de las muchas cosas que pensaba hacer en esta vida. Pero, en realidad, nunca había sido penoso, pues dentro de ella existía algo que se sentía plenamente satisfecho cuando trabajaba. Estaba creando y cambiando. Las habitaciones adquirirían cierta forma y cierta atmósfera bajo el poder de sus manos.

Cuando casi había terminado su trabajo, oyó el golpe de una puerta al ser cerrada.

—¿Eres tú, Susan? —gritó la voz de su padre a través del hueco de la escalera.

—¡Sí, soy yo, papá! —contestó la joven.

Y cuando llegó corriendo a la puerta alta de la escalera encontró a su padre reclinado sobre la barandilla, con el cabello en desorden y fumando en su vieja pipa de cerezo.

—Querría oír aquello de Sibelius —murmuró—. Mary no será capaz de tocarlo nunca por más que lo intente. Hace días que me ronda por la cabeza la melodía y no hay forma que la olvide.

Susan, sonriendo, tomó asiento ante el viejo piano vertical de su padre y abrió las páginas de *Finlandia*. El señor Gaylord se tendió en el sofá y se cubrió los ojos con el brazo.

—¡Empieza! —ordenó a su hija.

Susan tocó la obra llena y profundamente, olvidándose de todo lo demás, como ocurría siempre que hacía algo. Sí, olvidaba incluso a Mark. La joven estaba construyendo una estructura musical, rebosante toda ella de firme e inefable dolor. Susan sabía muy bien cómo se había de llenar. Como era tan joven, el dolor le parecía todavía bello. Aunque aún no había tenido ocasión de sufrir en la vida, sabía, gracias a un instinto más fuerte que la experiencia, cómo hacer el dolor. Cuando terminó de tocar el fragmento, todo su cuerpo temblaba.

Esperó un momento antes de volverse hacia su padre. Éste no tenía ya el brazo sobre el rostro y permanecía echado, con los ojos cerrados y los labios fuertemente apretados en torno a su pipa, tan apretados que parecían blancos.

—¡Papá! —murmuró Susan.

—¡Vete! —exclamó el padre—. ¡Vete, vete! —Susan vio que algunas lágrimas brillaban bajo las negras pestañas de su padre—. ¡Esa música...! —murmuró.

La joven salió de la habitación y bajó la escalera. La casa estaba silenciosa. Al llegar ante la puerta de la habitación de su madre se detuvo un momento y escuchó. No se oía el menor ruido. Susan abrió entonces suavemente la puerta y miró el interior. En la cama, todavía deshecha, su madre yacía dormida; su respiración era tan apacible como la de una niña. La joven cerró suavemente la puerta del cuarto y salió de aquella casa para regresar a la suya.

II

Cierto día, a media mañana, Susan pasó revista a su sala de estar y comprendió que el trabajo de ordenar su casa había llegado al fin. Todo estaba terminado, no había nada más que hacer. La casa relucía, los cristales de las ventanas estaban tan transparentes como el agua, los suelos brillaban, todo se encontraba en su sitio. No había espacio en que pudiera colocar algo más. El último cojín, la última cortina estaban ya hechos, y colocar más hubiera resultado excesivo. El pequeño armario ropero rebosaba de ropa blanca, a la que ella misma había hecho las vainicas. En el exterior, el jardín aparecía perfectamente cuidado, y como se hallaban en pleno verano todo él estaba en flor. Mark se había encargado del jardín, pero en los días soleados Susan salía también para arrancar hierbas y plantar. Incluso el día anterior había segado el césped. Pero Mark se enfadó por ello.

—Pensaba hacerlo esta noche después de cenar —dijo—. Le eché una mirada ayer. No corría tanta prisa.

—Lo hice para entretenerme —repuso Susan en son de disculpa—. No tenía nada que hacer esta tarde y no me gusta salir de casa. Por esto segué la hierba.

—No lo hagas otra vez —le advirtió su marido—. No es trabajo propio de una mujer.

Susan miró a través de la ventana y no contestó. Le había resultado muy agradable afeitar los largos e iguales tallos de la hierba.

—No lo haré más —dijo al cabo.

Pero aquel día no tenía otra cosa que hacer. Se acercó a la ventana y miró al exterior. El no tener nada en qué ocupar sus horas hacía que se sintiera inquieta. Más abajo, en la calle, Lucile empujó un cochecito de niño hasta el pórtico y luego entró rápidamente en su casa. Susan oyó el portazo. En el cochecito iba el segundo hijo de Lucile, una niña, nacida hacía seis meses. «¡Qué fastidio! —había exclamado Lucile—. ¡Otro hijo! ¡Y Tommy empeñado en que le saque a pasear! No parece sino que Hal no pudiera costear una criada. Los hombres son muy egoístas».

Susan no contestó entonces a Lucile, pues se acordaba de Hal, dócil y siempre cansado. Era imposible que obligase a Lucile a hacer algo que no fuera estrictamente necesario.

En el interior de la casa de Susan todo era orden y silencio. Cuando se volvió, la casa entera la miró con la brillante y plácida mirada de un niño bien cuidado. Pero ¿qué haría ahora? El día anterior había llevado a Mary un nuevo vestido que acababa de hacerle, envuelto en papel de seda y atado con cintas de raso amarillas. La joven había trabajado varios días en el vestido, confeccionado en tejido metálico de color de oro pálido, que compró con dinero que aún le quedaba del que había cobrado de la señora Fontane. El elegante vestido le caía a la muchacha perfectamente. En los ojos de Mary brilló más cordialidad de la que solía brillar en ellos cuando se posaban en su hermana.

—¡Es precioso, Sue! —exclamó la muchacha.

Sin saber por qué, Susan sintió unas cálidas lágrimas bajo sus párpados.

—¿De veras te gusta?

Deseaba oírsele decir de nuevo. Quizás algún día pudieran ser amigas.

—Me gusta. ¡Es precioso! —repitió Mary.

—¿Podría no gustarte? —exclamó su madre dejando escapar un suspiro—. Es muy bonito, Susan. No comprendo cómo has podido hacerlo.

En aquel momento, su padre empujó la puerta y entró en la habitación donde se encontraban las tres mujeres. Al ver el vestido se detuvo en seco y levantó la cabeza.

—¡Cielos! —exclamó asustado—. ¡Espero que no tendré que pagarlo yo!

—Deberías avergonzarte de ti mismo —le repuso su esposa—. Lo ha hecho Susan.

—¿Lo has hecho tú, Sue? —preguntó el señor Gaylord a su hija—. Has conseguido que Mary parezca guapa.

Sus ojos tenían una expresión tan maliciosa que las lágrimas fueron muy bien disimuladas.

—Les ha gustado —dijo Susan a Mark al llegar la noche—. No puedes figurarte lo bonita que estaba Mary con él.

—¡No faltaba más que no les hubiera gustado! —exclamó Mark—. Es muy elegante. Pero no sé cómo supiste hacerlo.

El acento de su voz era dulce y tierno, y en sus ojos, al mirar a Susan, apareció una expresión de humildad. La joven se estremeció ligeramente.

—Era muy fácil de hacer —afirmó tratando de defenderse de la humildad de su marido.

No quería que Mark se mostrara humilde delante de ella. No, de ningún modo, pues en tal caso, aquella humildad le haría a ella diferente de él...

En la calle se oyó el llanto de la niña de Lucile. La niña se desgañitaba a más y mejor. Si ella tuviese un niño, no lo dejaría a la intemperie para que llorase y llorase durante horas. Se volvió de pronto, abrió la puerta y bajó rápidamente los escalones. Podría decir, para disculparse, que iba a visitar a la madre. Subió en silencio los escalones de la casa de Lucile y miró el cochecito. ¡La pobre criatura estaba completamente envuelta en la red! Puso bien ésta, cogió a la niña entre sus brazos y le arregló los pañales. Las cintas del gorro eran de tieso organdí y le apretaban debajo de la barbilla. Susan se las desató. Luego trató de calmar a la niña meciéndola suavemente entre sus brazos. Una enorme y profunda ternura la invadió al contemplar aquel suave e indefenso cuerpecito. Mientras lo sostenía entre sus brazos, el pequeño cuerpo se curvó hasta adoptar la posición que había tenido en el vientre de su madre. Aquella indefensión era demasiado... Producía a la vez dolor y tristeza. ¡Qué indefenso se nace! Susan contempló el pequeño rostro.

La niña había dejado de llorar y miraba a Susan moviendo su pequeña boca. Si ella modelara un rostro de niña, ¿cómo podría expresar aquel desamparo, aquella

desnuda e indefensa resignación, aquella sumisa resignación, como si el recién nacido conociera ya la eterna indefensión de su vida, no sólo la de entonces, sino la de siempre?

—¡Como, Susan! —gritó de pronto la voz de Lucile con acento enojado. La joven acababa de aparecer en la puerta—. ¿Por qué diablos...?

—¡Lloraba con tanto desconsuelo! —repuso con entonación humilde.

—Bien. ¡Pero a esta hora tiene que echar un sueñecito!

—Había terminado mi trabajo y pensé salir un momento...

Lucile le quitó la niña de los brazos, la colocó de nuevo en el cochecito y bajó la red.

—¡Vamos! La niña no se dormiría nunca si la entretienes, y si no se duerme, está de mal humor todo el día.

A la brillante luz del sol el rostro de Lucile mostraba una expresión dura y hostil.

—Lo siento —murmuró Susan disculpándose—. Lloro tanto...

—Conforme. Pero no creo que sea asunto tuyo, Sue.

—No —se apresuró a responder Susan—. No, desde luego que no lo es. Tienes razón, no es asunto mío. No he debido venir —añadió—. Tú no has terminado aún tu trabajo.

—Nunca lo termino a tiempo desde que tengo los dos niños —repuso Lucile—. Pero puedes entrar. Cuando acabe de arreglar las cosas, será ya hora de dar de comer a la niña.

—No, quizá venga más tarde —contestó Susan.

Sonrió a su amiga, y cuando hubo bajado el corto tramo de escalones, agitó una mano. Lucile era una vieja amiga y ella no debía tener en cuenta nada de cuanto le había dicho.

Pero cuando llegó a su casa permaneció un rato inmóvil. Aquella larga y profunda mirada de los ojos de la niña era como una mirada de la especie. No se trataba de la solitaria mirada de una sola alma. Había sido una mirada humana que la niña no era aún lo suficientemente individual para disimular. Más tarde, cuando buceara en las profundidades de su ser, reforzaría y escondería aquella desnudez. Pero sus ojos eran aún microscopios que magnificaban y revelaban el principio de la vida.

Susan estaba sentada en el escalón más alto del pequeño pórtico delantero de la casa, frotándose las rodillas mientras contemplaba fijamente, sin verlo, el jardín. Se había olvidado de Lucile. Lo que recordaba era a la niña; la sentía dentro de sí, se sentía sumergida toda ella en la inmensidad de lo que aquel ser representaba. Y el deseo se alzó en ella, profundo y ciego; el intolerable, dulce, oscuro y solitario deseo que no podía compartir con nadie. Se puso en pie y subió lentamente la escalera de su casa, cruzó la puerta de su dormitorio y subió hasta el desván. Entonces empezó a remover el húmedo barro hasta darle la forma de un niño recién nacido en cuyas facciones, inacabadas, hechas en un minuto, se reflejaba una inmensa, inexplicable e indefensa resignación.

La casa huyó bajo sus pies y el techo se desvaneció sobre su cabeza. En aquel momento no recordaba a nada ni a nadie. Todos los meses transcurridos no estaban allí. Los mismos años de su vida habían desaparecido. Se encontraba haciendo un niño de arcilla, modelando en la arcilla la misma vida. Curvaba el barro para darle la forma de un recién nacido, el yugo del vientre notándose todavía en su curvada espalda, en sus piernas encogidas, en sus débiles brazos. Sólo la solemne cabeza era ancha y estaba libre, un poco ladeada, haciendo frente a la desconocida vida con terrible resignación. Cuando terminó su esbozo, la joven lo contempló medio asustada. No sabía lo que había hecho. Sentía miedo de su obra. Aquel rostro vuelto hacia ella preguntaba: «¿Por qué he nacido?».

—No lo sé —contestó Susan en voz alta.

Su voz produjo un eco en la vacía habitación y, de pronto, se dio cuenta de que la envolvía la oscuridad. Miró por la ventana y descubrió que más allá del bosque la oscura puesta del sol era demasiado roja...

«He estado trabajando todo el día», se dijo, quitándose precipitadamente la blusa de trabajo y arreglándose el cabello. Mark estaba a punto de llegar.

¡Mark! Ni una sola vez había pensado en él. Pero en aquel momento sintió que de nuevo tenía la casa bajo sus pies y el techo encima de su cabeza, y sin volverse a mirar lo que había estado haciendo, echó a correr escalera abajo.

Le pareció, mientras preparaba a toda prisa la comida para Mark, que había permanecido lejos de su casa largo tiempo. Arriba, lo que había hecho seguía allí; era una presencia. Estaba allí, separado de ella, y, sin embargo, era una parte de ella. La joven se sentía exhausta, solitaria, y, no obstante, contenta. El haber permanecido tanto tiempo separada de Mark hizo que experimentara una súbita impaciencia por verle, que sintiera hambre de su mano, de sus labios, de saber que se hallaba, sólida y cordial, en la casa. Se esforzó en preparar rápidamente todas las cosas, y cuando al fin llegó Mark y oyó su fuerte y caluroso grito: «¡Sue! ¿Dónde estás?», corrió hacia él y se echó en sus brazos.

—¡Oh, Mark! —murmuró—. ¡Oh, Mark!

¿Qué sería de ella si Mark no fuera por la noche a casa?

—¡Qué día más largo el de hoy! —exclamó Mark—. Cuando no puedo venir a casa para almorzar resulta terrible.

Para ella, en cambio, el día había transcurrido tan rápidamente como un soplo de viento. Susan, con el rostro hundido en el hombro de su marido, pensó: «Hoy ha sido un día en blanco para nosotros». No había vivido con su marido en absoluto, y no quería vivir un día sin él. Debía vivir cosida por completo a Mark. La joven levantó la cabeza con un movimiento impetuoso.

—¡Mark! —gritó—. ¡Por favor, Mark, por favor, quiero tener un hijo!

—¡Caramba! —exclamó Mark con acento de verdadero asombro. Luego la miró emocionado y sonrió levemente—. ¡Qué niña eres, Sue! —añadió con cierto titubeo, echándose a reír—. De todos modos, tendremos que esperar a después de cenar —

concluyó.

—¡Magnífica cena! —exclamó Mark retrepándose en su silla y llenando la pipa—. Salgamos al pórtico, Sue.

La luna llena colgaba sobre el bosque, y ambos se sentaron bajo su blanco reflejo. Mark tomó asiento en una de las dos nuevas sillas de mimbre. Pero Susan prefirió hacerlo en el escalón más alto, apoyando la cabeza en las rodillas de su marido. El brillo de la luna era tan intenso que hacía palidecer las luces de las casas. Mark se inclinó ligeramente y volvió la cabeza de su mujer de modo que la luz de la luna le diera de lleno en el rostro.

—¿Qué es lo que te ha hecho decirme que te gustaría tener un hijo? —preguntó. Susan movió la cabeza.

—No lo sé. Quizá la niña de Lucile. La he mecido un poco entre mis brazos y se me encaracolaba en ellos.

Mark acarició el cabello de su mujer.

—Lucile ha hecho que me dé miedo dejar que tú tengas uno —dijo—. Hal está muy disgustado de los sentimientos de ella. Dice que los niños fueron dos accidentes. Tommy llegó antes de que Lucile estuviera dispuesta a tenerlo. Habían resuelto no tener ninguno hasta que Hal pudiera permitirse sostener una criada. Yo no puedo todavía, Susan, bien lo sabes. Tiene uno que estar seguro de...

—Yo no dejaría que la cuestión de si podemos o no pagar a una criada influyera sobre lo que yo deseo de la vida —afirmó Susan con voz reposada.

Mark no contestó, pero la joven oyó que su marido daba una fuerte chupada a su pipa. La grande y firme mano de Mark acarició de nuevo el cabello de su esposa. Estaban muy juntos, tan juntos, que Susan estuvo a punto de decir: «Hoy he estado modelando un niño recién nacido, Mark. Quizá eso...». Pero antes de que ella pudiera decirlo, Mark habló de nuevo.

—A veces me pregunto por qué te casaste conmigo —dijo.

La antigua y odiosa humildad volvía a temblar en su voz.

—¡Te amo, Mark! —se apresuró a responder Susan.

—Lo sé. Aunque ignoro por qué —contestó Mark con tristeza—. Soy un tipo muy vulgar.

—¡De ningún modo! —gritó Susan.

—Sí, lo soy —insistió Mark—. Esta calle está llena de individuos como yo. Hal, Tom Page, Bob Shaplin... Todos estamos cortados por el mismo patrón.

—¡Oh, no! —exclamó la joven—. Tú no te pareces en absoluto a ellos.

—Somos buenos y honrados trabajadores, y no seremos otra cosa hasta que muramos. Yo seré igual a mi padre, que se aburrió toda la vida en la misma pequeña casa de la granja en que él y mi madre empezaron su vida de casados, siempre esperando mejorar, pero sin que jamás lo logaran. Todos nosotros somos lo mismo.

Hal ha dicho hoy, que en cuanto obtenga un ascenso...

—Pero yo te quiero a ti, y no a Hal, ni a Tom, ni a Bob.

—Y yo no sé por qué me amas. Tú eres diferente. Tú no eres como Lucile, y...

—¡Yo no soy diferente! Soy lo mismo que ella. ¡No quiero ser diferente!

—No puedes remediarlo.

—¡Oh, no, no! ¡Eso me haría sentirme muy sola!

Susan apoyó los brazos en las rodillas de su marido y se aproximó a él. No, no le diría cómo había pasado el día. Jamás se lo diría.

—Tengamos un hijo, Mark —murmuró—. No quiero que nadie me ayude. Ahora no tengo ni la mitad del trabajo que puedo hacer. Deseo vivir siempre ocupada.

—¿Quieres decir... ahora? —preguntó Mark.

Susan sintió que la mano de su marido temblaba sobre su cuello.

—Sí —murmuró Susan llevando la mano de él hasta su garganta. Sentía latir su corazón bajo la palma de la mano de Mark—. ¡Ahora, ahora! —murmuró.

Mark esperó durante algunos minutos. Luego se inclinó sobre su mujer y la miró. Susan, por su parte, observaba el juvenil y anguloso rostro de Mark, todo líneas y planos a la luz de la luna. El joven no dijo nada y Susan esperó en silencio largo rato, mirando hacia el oscuro bosque que se extendía más allá de la casa. De pronto, Mark se puso en pie e hizo que su esposa le imitara, y rodeándole la cintura con el brazo, los dos entraron en la casa.

Fuera, en la calle, se oía el aparato de radio de un vecino: «¡Porque tú tomarás el camino alto y yo tomaré el camino bajo!». Mark cerró la puerta y echó la llave, y los dos subieron en silencio la escalera.

Susan pensaba a veces en la curvada figura que tenía en el desván, con su interrogadora cabeza apartándose de su cuerpo y que parecía encontrarse todavía en el claustro materno. Pero alejaba rápidamente de sí aquel pensamiento. Una vez, recordando la humildad de Mark, subió escalera arriba dispuesta a destruir la figura, a hacerla pedazos y a reintegrar la arcilla a su estado primitivo. Pero cuando la tuvo ante sí no pudo hacerlo. Aquella figura había llegado a ser una criatura. Poseía una vida que ella no podía destruir. Era extraño que en su cerebro se hubiese, introducido la idea de que una criatura no podía ser destruida porque estaba provista de vida. La joven contempló durante largo rato la figura, estudiando cuidadosamente su rostro. Dentro de su propio cuerpo se estaba desarrollando una forma humana con la misma seguridad que sus dedos habían modelado aquella forma que tenía ante sus ojos. Tan bien concebida estaba una como otra. Allí, en el desnudo desván, le era imposible decidir cuál de las dos creaciones era más perfecta. ¿Podía el hijo de su sangre y de su cuerpo ser más sensible que la forma salida de su cerebro? Se separó rápidamente del esbozado cuerpo, deseosa de verse libre de él.

Porque, a la sazón, Susan deseaba tan sólo ser cuerpo. Sentía alegría ante la

rigidez con que su cuerpo se había apresurado a concebir. Al enterarse Mark, mostróse complacido.

Aquella noche echaron cuentas. Mark, que había conseguido un aumento de cinco dólares semanales, dijo que dejaría aquel dinero aparte para pagar al médico. Susan permanecía sentada a su lado, con la barbilla apoyada en una mano mientras su marido contaba los centavos.

—Tendremos bastante dinero —dijo al cabo Mark, levantando la vista de los pliegos de papel llenos de pequeñas cifras—. Me alegra. Me hubiera disgustado mucho no poder ganar los gastos que se originarán cuando nazca el niño. Pero... ¿estás segura de que serán suficientes cincuenta dólares para la canastilla y para todas las cosas que se necesitarán en este momento?

Susan hizo un signo de asentimiento con la cabeza.

—Completamente segura —repuso.

Pensaba arreglárselas para que hubiera suficiente. Se lo haría todo ella, y así no pasaría de aquella suma.

—Además, me será muy fácil ganar un poco de dinero haciendo algo —dijo.

—¡No, eso sí que no! —se apresuró a contestar Mark—. Nada de eso. Yo proveeré de todo lo necesario para el hijo.

—Y yo también —murmuró Susan.

—Ya sabes tú lo que quiero decir —replicó Mark con firmeza, tendiendo el papel a su mujer—. He aquí tu presupuesto —añadió—. Dentro de estos límites dispones de completa libertad, querida.

A la mañana siguiente, cuando hubo conseguido que la casa la mirase con su suave mirada mañanera, Susan tomó asiento junto a la ventana y empezó a estudiar atentamente el presupuesto calculado la noche anterior por su marido. Cincuenta dólares... Dentro de sus límites tenía completa libertad. Sería curioso ver lo que se podía hacer con aquella cantidad, qué finas telas podían comprarse, a qué materiales se podía dar delicadas y pequeñas formas... Sería verdaderamente agradable. Pero ella ya había curioseado por los departamentos especiales de los almacenes y sabía perfectamente lo que representaban cincuenta dólares... «Nuestros hijos tendrán que conformarse con lo que les demos», había dicho Mark la noche anterior, apretando los labios.

La joven estaba sola aquella mañana y contemplaba el verde oscuro del bosque. ¿Y por qué no había de dar ella algo? No había ninguna razón para que ella no aportase también lo que pudiera. ¿Por qué habría de ser sólo Mark el que buscara todo lo necesario? Una mujer da más de su cuerpo y de su tiempo que un hombre. ¿Por qué iba a tener ella prohibido dar por otros medios lo que pudiera? La pequeña y soleada habitación de la parte de atrás podía convertirse en cuarto de los niños, amueblándola con muebles en miniatura, de acuerdo con las necesidades del niño. Y no habría necesidad de escatimar lo más mínimo. No sería justo para el niño si, pudiendo ella ganar algún dinero, no lo ganaba. La joven se puso en pie de pronto.

Mark le fijaba límites a ella y ella se los fijaba a su vez al niño. Mark tenía que comprenderlo. Ya lograría ella que lo comprendiera... Y después de haber contemplado durante largo rato el bosque, Susan bajó la escalera, se vistió con su traje de mezclilla verde, se puso un pequeño sombrero de color castaño y se dirigió con firme y seguro paso hacia la casa de la señora Fontane, y cuando llegó ante la puerta tocó el timbre sin el menor titubeo.

—¿Quiere hacer el favor de decirme si está en casa la señora Fontane? —preguntó resueltamente a la criada, tocada con una cofia blanca, que salió a abrirla.

La señora Fontane entraba en aquel momento en la casa con sus brazos cubiertos materialmente de flores.

—¡Oh, pero si está usted aquí! —exclamó al ver a Susan—. Precisamente estábamos hablando de usted. Querida, todo el mundo está entusiasmado con mi Cupido. En cuando venga por aquí David Barnes se lo enseñaré. Venga conmigo al jardín. Dora, ponga estas rosas en agua.

Susan sintió que el brazo de la señora Fontane se enroscaba al suyo y mientras se dejaba arrastrar hacia el jardín, la cálida voz de la dueña de la casa le repitió una y otra vez que todo el mundo estaba encantado con su Cupido.

—¡Todos quieren ahora tener un Cupido, querida! —dijo la señora Fontane.

La señora Fontane hizo enérgicos ademanes con la mano que le quedaba libre a las damas que aparecían sentadas indolentemente cerca del estanque.

Sus vestidos eran una mancha de color azul, amarillo o rojo que resaltaba contra el seto, de un verde oscuro que había tras ellas.

—¡Aquí está la muchacha del Cupido! —exclamó la señora Fontane dirigiéndose a sus amigas.

Cuando llegaron cerca del grupo, todas las damas se levantaron, deferentes y amables. Todas ellas miraron a Susan sonrientes y cordiales mientras la joven iba estrechando sus suaves y pequeñas manos, adornadas con anillos, y oía el alegre gorjeo de sus voces.

—¡Cómo me gusta ese niño que se mira en el estanque!

—¡Hizo usted algo más que un Cupido!

—¿Qué modelará usted para mí?

—¿Qué es lo que usted desea? —preguntó Susan con entonación brusca a la que le había dirigido la última pregunta, a la vez que se prometía a sí misma no decir nada a Mark de aquella visita.

—Se hace llamar señora de Mark Keening —dijo en aquel momento la señora Fontane con su fuerte voz—. Pero, en realidad es Susan.

Todas la acogieron con alegría y entusiasmo.

—¡Oh, Susan! Venga a ver mi jardín y hágame algo para él... una fuente, por ejemplo.

—¿Hace usted cabezas, Susan? ¡Tengo un hijo adorable que posee una cabeza semejante a la de un joven Cristo!

Susan, embriagada por aquella efusiva cordialidad, contestó afirmativamente a todo.

—Sí, naturalmente, iré a ver su jardín. Me gustará mucho conocer a su hijo.

Aquel espléndido jardín, rodeado por la suave brisa de setiembre y lleno de bellas y ricas mujeres, era como una página de un libro de cuentos. ¿Por qué se mostraban los ricos tan cordiales, tan amables? Susan se acordó de pronto de la pobre y atareada señora Sanford, siempre con una expresión de ansiedad y angustia en su rostro. Pero la señora Fontane decía en aquel momento:

—Está extraordinariamente dotada. Algún día hará algo que nos sorprenderá de veras.

Medio asustada ante aquellas palabras, Susan levantó la vista, encontrándose sus ojos con la alentadora y amable sonrisa de la señora Fontane.

—¡Oh, nada de eso...! —empezó a decir la joven.

—Sí, lo hará usted —repitió la señora Fontane con acento convencido, abanicándose con su sombrero—. Algún día —continuó la dama— mostraré este Cupido a la gente y les diré: «Sí, pertenece a la primera época de Susan Gaylord. Ella vivía aquí, ¿saben ustedes? Tuvo aquí su hogar durante su niñez...». ¡Oh, me he clavado en el pulgar una espina de rosa!

Dio un respingo y se llevó el dedo a la boca.

—Déjeme ver —exclamó Susan.

Y cogiendo la mano de la señora Fontane, juntó delicadamente sus dedos pulgar e índice y le extrajo la espina.

—¡Mirad qué manos tiene! —exclamó la señora Fontane, tomando las manos de Susan y volviéndoselas una y otra vez—. ¿Han visto ustedes alguna vez dos manos como éstas?

Todas las damas se inclinaron sobre las manos de Susan con el mayor interés. Ni siquiera Mark había contemplado sus manos con aquella atención.

—¿Observan ustedes las puntas de sus dedos? —preguntó la señora Fontane—. Son anchas y fuertes y, al mismo tiempo, delicadas como las antenas de un insecto. Puede una doblarle los dedos en cualquier dirección.

Y uniendo la acción a la palabra, inclinó el índice de Susan hacia atrás como si fuese un muelle. Susan miraba sus manos como si no le perteneciesen. ¿Sería verdad que había algo extraordinario en sus manos? La señora Fontane las depositó en el regazo de la joven y le dio un golpecito amistoso.

—Cuando me trajo el Cupido comprendí en el acto lo que era usted —dijo la dama con firmeza—. No me importa decir que al principio temí que me trajera algo verdaderamente monstruoso. Pensé que era usted la hija más o menos talentada de un habitante de nuestra ciudad. Pero cuando vi el Cupido, me dije que no tenía la menor importancia el lugar donde hubiera usted nacido, quiénes fueran sus padres o con quién se casara usted. Algún día...

—No pienso dejar nunca esta ciudad —se apresuró a contestar Susan—. Aquí

están mi hogar, mis amigos, mi familia. No creo que yo pudiera vivir en otra parte.

La señora Fontane sonrió a la vez que bostezaba de modo aparatoso.

—Es usted una niña todavía, Susan Gaylord —afirmó—. ¡Oh, querida! Me está entrando sueño. Desearía que todas ustedes estuvieran ya en sus casas. Susan, lléveselas usted y vea lo que desean.

Todas se echaron a reír. Dos de las damas se estaban peleando en aquel momento, con la mayor naturalidad, por culpa de Susan.

—Venga primero a ver mi jardín, Susan —dijo una de ellas.

—No, no, Diana. Ya sabe usted que Michael empieza a ir a la escuela dentro de quince días.

—Estoy segura de que puedo hacer ambas cosas a la vez —dijo Susan interviniendo en la discusión—. Trabajo muy de prisa cuando ya sé lo que he de hacer.

—Bien, entonces Michael primero y luego mi jardín —dijo la primera que había hablado.

La metieron en un coche que arrancó a toda velocidad mientras la señora Fontane murmuraba:

—¡Está usted lanzada, Susan! ¡Sólo Dios sabe cómo terminará usted!

Recorrieron varias millas a través del campo hasta que el coche se detuvo ante una enorme y blanca casa, el núcleo principal de la cual había pertenecido a un granjero que primero tuvo que hipotecarla y más tarde la perdió por no poder pagar la hipoteca. Susan entró en un vestíbulo con paneles de marfil, y desde allí pasó a una estancia con cortinas de cretona donde un muchacho de catorce o quince años, con una enorme cabeza de pelo rubio y rizado, estaba cómodamente retrepado en una silla leyendo un libro.

—¡Michael! —gritó su madre.

El muchacho levantó la cabeza del libro.

—¿Qué? —preguntó.

Su voz era áspera, pero su cabeza parecía la de un ángel.

—¡Helo aquí! —exclamó la madre sin poder disimular su admiración—. ¿Se puede criticar a una madre por desear conservar su belleza en bronce o en otro material?

—No —repuso Susan. El antiguo, amedrentador y bello deseo volvió a surgir en ella como el agua de una fuente cerrada que acabara de abrirse—. No —repitió—. Es muy guapo.

—¡Cállese! —murmuró el muchacho por encima de su libro.

—¡Cállese usted! —contestó Susan—. Déjeme ver su cabeza. Su madre quiere que la modele y yo la modelaré.

—¡Pues yo no lo permitiré! —replicó el muchacho con resuelta determinación—. Me siento asqueado. Ella habla así incluso en la escuela, delante de mis compañeros. No quiero que hagan mi cabeza.

—No podrá usted evitarlo —dijo riendo Susan—. La haré y, además, le enseñaré a usted cómo se hace. Es muy divertido. Podrá usted manejar la arcilla si quiere. Yo haré primero su cabeza en arcilla y luego en bronce. Debe ser en bronce. —Añadió dirigiéndose a la madre.

Las dos damas permanecían mudas. Susan se dio cuenta de la rápida admiración que había despertado en ellas y procuró acrecentarla.

—Vaya a mi casa esta tarde —dijo a Michael—. A las dos. Trabajaremos en el desván usted y yo solos.

—Iré montado en mi caballo —dijo al fin.

—Perfectamente —repuso Susan, y dejó de preocuparse por Michael—. Ahora, ¿dónde está el jardín? —preguntó a renglón seguido.

—Ha sabido usted manejarle muy bien —murmuró la madre de Michael—. No puede tener usted idea de lo difícil que es. Descanso cuando se va a la escuela. Hasta la vista, Susan. ¿Cuándo podré ver la cabeza?

—Dentro de una semana —repuso la joven—. En arcilla, claro está.

—Y... ¡Oh, querida! Casi me olvidaba de ello. ¿Cuánto me cobrará?

Susan aspiró fuertemente y soltó la cifra.

—Doscientos dólares —dijo sin el menor titubeo.

La madre de Michael la miró un segundo y luego contestó rápidamente:

—Doscientos. Muy bien, señorita Gaylord.

Era imposible decir si a la dama le había parecido poco o mucho la cantidad pedida. Pero era lo mismo, decidió Susan ya en el jardín de la otra amiga de la señora Fontane.

—¿Ve usted? —decía en aquel momento la aguda y áspera voz de la señora Vanderwelt—. La maleza forma aquí un arco natural. Así que una fuente quedaría muy bien.

—Sí —contestó Susan contemplando el arco—. ¡Una fuente...! —Ella había tenido siempre ideas propias sobre el agua y la piedra. Las cosas que la gente compraba como fuentes y llamaba así eran siempre bastante feas... El agua debía ser empleada como formando parte del todo, no como algo aparte—. ¿Me permite usted pensar en ello? —dijo—. No quiero hacer una fuente simplemente, sino un conjunto en el que intervengan la piedra y el agua.

—¿De veras? —preguntó la señora Vanderwelt—. Me parece una idea fascinadora. ¿Y cuánto cree usted que...?

—No tengo ahora la menor idea ni podré decírselo hasta que haya hecho el proyecto —contestó Susan—. Si pudiera usted indicarme el máximo que se propone gastar...

—Pongamos quinientos dólares. ¿Le parece bien?

—Perfectamente. Lo tendré presente.

Volvió sola en el coche, y cuando llegaron ante la puerta de su casa, el chófer negro le abrió la portezuela para que bajara, y Susan subió los escalones que

conducían al pórtico.

Volvía a encontrarse en su sala de estar, donde había estado pocas horas antes, y con su sombrero todavía puesto. Sobre la mesa seguía aún el papel con las cifras escritas por Mark. Cincuenta dólares, había escrito, y entre paréntesis, añadió: «Límite de Susan». Pero ella se había ganado aquella mañana setecientos dólares, o, por lo menos, tenía la esperanza de ganárselos pronto. Pero no era esto lo que le asustaba en aquel instante. Era algo más amplio, más sin límites que el dinero: las frágiles paredes de aquella casa, de la casa de Mark, que él se había esforzado con tanto entusiasmo en alzar a su alrededor, las había derribado ella aquella mañana. Había ido más allá de ellas. Aquella habitación parecía tan pequeña como un armario comparada con la gran estancia donde Michael estaba sentado. ¡Ah, pero ella amaba aquella habitación! Ella y Mark la habían hecho para vivir juntos. Se puso en pie resueltamente. No existía ninguna razón que le impidiera decir a Mark con la mayor sencillez: «Querido, puesto que hay algo que yo puedo hacer, ¿por qué no hacerlo?». Y entonces le diría lo del dinero.

Fue a la cocina y se preparó un poco de pan con leche y una manzana. No era el dinero —aunque en realidad sí era el dinero— lo que hacía difícil decírselo a Mark. Pero, en resumidas cuentas, si se hubiese tratado tan sólo del dinero, no hubiera tenido importancia. Pero se trataba de algo más que el dinero, de algo mucho más importante. De pronto, sola en la tranquila casa, todo desapareció de su imaginación, quedando en ella únicamente la idea de la cabeza del muchacho y un arco de oscura maleza. La joven olvidó incluso que necesitaba dinero para su hijo. Agua y piedra. ¿Cómo podrían unirse ambas cosas teniendo como fondo el verde oscuro de los viejos setos, y tener apariencia hierática incluso en el jardín de una mujer rica? Susan cogió el taco del calendario de la cocina y un lápiz, y empezó a esbozar. En mitad de su sueño oyó el timbre de la puerta, que sonó; estridentemente, y corrió a abrir. Ante ella apareció Michael, alto y delgado, destacándose sobre el fondo formado por un caballo de color castaño que un *groom* sujetaba por la brida.

—Sólo he venido para ver la arcilla y el estudio —dijo el muchacho con expresión belicosa—. ¿Dónde está el desván?

—En la parte alta de la casa, naturalmente —contestó Susan guiando al muchacho.

¿Resultaría un niño difícil? Susan abrió la puerta del desván con cierta prevención y el muchacho miró en torno suyo.

—Aquí no hay nada —dijo.

—Estamos usted, yo y la arcilla —contestó Susan—. ¿Qué más esperaba usted?

La joven se recogió las mangas, se puso la blusa, y volviendo la espalda al muchacho, empezó a amasar la arcilla.

—Es un niño muy raro —oyó que decía su visitante.

—Se trata de un recién nacido —repuso Susan.

Michael no contestó. Cuando Susan volvió la cabeza vio que el muchacho había

levantado el trapo que cubría la inacabada cabeza de Mark.

—¿Por qué hizo la cabeza de un muerto? —preguntó con acento de horror.

—No es un muerto —se apresuró a contestar Susan—. Lo que ocurre es que no está terminada.

—¿Es que usted no acaba nada? —preguntó el muchacho sin dejar de contemplar la cabeza.

—Claro que las acabo —afirmó Susan—. La de usted la terminaré. ¡Acérquese!

El muchacho cubrió la cabeza de Mark, se acercó a Susan y contempló la masa de arcilla que la joven había preparado.

—No me gusta que las manos se me pongan pegajosas —dijo.

—Entonces tendrá usted que entretenerse con otra cosa —repuso Susan—. Ese trabajo es muy pegajoso.

—Puedo dibujar —sugirió el muchacho—. Dibujo mucho.

—¿Y qué dibuja usted?

—Casi siempre caballos.

Susan se limpió las manos y empezó a buscar entre sus cosas hasta que encontró papel de dibujo, lápices al pastel y chinchetas. Colocó el papel sobre la pared, cerca de la ventana, y alargó al muchacho los lápices.

—Puede colocarse aquí y dibujar su caballo.

El muchacho cogió los lápices, y sin decir una palabra empezó a dibujar. Susan, por su parte, al notar que la luz caía de lleno sobre la cabeza del muchacho, empezó a modelar rápidamente la arcilla, tratando de que la inerte materia fuera pareciéndose poco a poco al modelo.

Era muy difícil captar el parecido, pues en el rostro del muchacho se dibujaban rápidos y suaves ángulos y aparecían inesperadas expresiones infantiles. Las mejillas eran redondas como las de un niño, pero la expresión de la boca era voluntariosa y dura como la de un joven. No obstante, los labios eran llenos y suaves. Michael no le dirigió la mirada ni una sola vez, y Susan estuvo trabajando en silencio durante casi una hora. El muchacho abandonó de pronto los lápices.

—Ya he trabajado bastante por hoy —exclamó—. Lo terminaré mañana.

Susan dejó su trabajo y se acercó a él.

—¡Cómo! ¿Sólo ha dibujado usted el bosque? —preguntó—. Creí que estaba dibujando su caballo.

—Me colocaré galopando por el bosque sobre mi caballo —explicó—. Así que he dibujado primero el bosque, bajo esa brillante nube, pues mañana ya habrá desaparecido. Además, mi figura, en mitad del cuadro, se verá muy pequeña.

Michael había dibujado la masa de árboles, intensamente oscuros bajo el brillante cielo.

—Está muy bien —dijo Susan—. Realmente bien.

El muchacho aceptó el elogio en silencio y se acercó para contemplar la cabeza.

—¿Ése soy yo? —preguntó.

—Lo será —contestó Susan—. ¿Le gusta a usted?

Michael movió la cabeza.

—Su aspecto es inmundó. Pero, en realidad, no sé cómo soy. Ahora me marchó. Vendré mañana y acabaré el caballo.

—Le esperaré —contestó Susan.

Michael se fue. Susan, que había vislumbrado en el último instante una relampagueante línea del perfil del muchacho, se apresuró a trasladarla con mano firme al barro. Luego se lavó las manos y se acercó a la ventana. El muchacho había montado a caballo y se alejaba al paso. Susan miró entonces el dibujo que había hecho. Era sorprendente la exactitud con que había sabido reflejar en el papel las sombras del bosque bajo el cielo de la tarde.

Era muy difícil decir a Mark, con expresión triunfante, tal como ella hubiera deseado: «Mark, hoy he ganado algún dinero». Cualquiera otra mujer de las que ella conocía se lo hubiera dicho a gritos a su esposo, Lucile, cuando ganaba dos dólares al *bridge*, no se cansaba de decir: «Hal se sentirá muy contento. Este mes he ganado cerca de doce dólares, casi lo suficiente para pagar a la muchacha que viene a casa para cuidar a los niños cuando yo he de salir». Pero ella había ganado demasiado y con extrema facilidad. Mark preguntaría sin duda: «¿A cuánto asciende lo ganado?». Y cuando se lo dijera, la oscura y muerta mirada que tanto odiaba aparecería en los ojos de su marido al añadir: «Es más de lo que yo puedo ganar en tres meses, tal vez en cuatro». Y Susan se avergonzaba de poder hacer más de lo que él hacía. Rebajarle, aunque fuera de una manera inconsciente, le resultaba insoportable. Pero, además, existía aquello que estaba más allá del dinero y de lo cual no podía hablar a Mark, pues no sabía cómo hacerlo. Se trataba de aquel deseo, el más fuerte y poderoso que ella había conocido en su vida, de aquella necesidad, de aquella secreta satisfacción que la separaba de su marido, sin saber a ciencia cierta por qué, excepto que estaba sola y que deseaba permanecer sola, ya que no necesitaba a nadie, ni siquiera a él. No podía decírselo a Mark. Podía hablarle del dinero, pero no de aquello.

Ya en la cocina, moviéndose del hornillo a la mesa y de la mesa al aparador, Susan fue preparando la comida a gusto de Mark. Pero aquel trabajo ocupaba sólo una parte de su espíritu, era sólo un juego para sus manos. Incluso éstas no trabajaban de la misma forma que lo hacían cuando modelaba. Por encima de la sencilla tarea que representaba para ella hacer una empanada con el pollo frío que había quedado de la noche anterior, una ensalada de gelatina y un postre, su mente continuaba negándose a hacer frente al problema suscitado entre la clase de mujer que era y la clase de mujer que deseaba ser para Mark. En primer lugar, Mark tenía que ser feliz. Pero ¿cómo podría ella hacerle feliz siendo la especie de mujer que era? Allí tenía los paréntesis que él había puesto: «(límite de Susan)».

La joven contempló, a través de la ventana de la cocina, el cielo que veía por encima del bosque. El sol se había puesto ya, pero en el ocaso podía verse un oscuro brillo, mientras que del cielo pendía el lucero vespertino, enorme y cercano. La

estrella era ancha, y permanecía inmóvil, solitaria y llena de significado. Susan se sintió también solitaria de pronto. Y, sin embargo, no estaba sola. Paseó la mirada por la cocina y durante un momento le pareció extraña... un lugar de tránsito, como si algún día tuviera ella que salir de allí. Pero arrojó de su mente semejante pensamiento.

«Debo decírselo todo a Mark —decidió rápidamente—. Mark debe estar enterado de todo lo que me concierne. Esto es lo que me proporciona una seguridad. —Y al llegar aquí pensó—: Pero ¿es que no estoy segura?».

Bajó con ímpetu la persiana y así ocultó a su vista la única estrella del cielo.

Se había encerrado en la cocina, pero Mark gritó de pronto desde la puerta:

—¿Verdad que hay algo que se está quemando?

La joven corrió al horno y sacó la empanada. Uno de sus extremos mostraba un tono excesivamente tostado.

—¡Llegas a tiempo! —exclamó Susan—. ¡Oh, Mark!

Y dejando la empanada sobre la mesa, se arrojó en los brazos de su marido.

Mark era tan amable y bueno... ¿Por qué había creído que le sería difícil decírselo?

—Promete... prométeme que no te ofenderás si te digo algo... —murmuró después de cenar.

Tal vez hiciera demasiado fresco para sentarse en el pórtico bajo la oscuridad de la noche, pero Mark la envolvió en su propio abrigo de mezclilla en tanto que él se puso un suéter.

—Ya han salido todas las estrellas —dijo Mark—. Cuando vine sólo había una muy grande sobre el bosque. Salgamos siquiera una noche más. Pronto llegará el invierno. —Y a continuación, añadió—: ¿Crees que puedes decirme algo que me ofenda?

Susan se arrodilló ante su marido con los ojos fijos en su rostro, que aparecía disminuido a la luz de las estrellas.

—Puedo ofenderte más que nadie en el mundo, y tú puedes ofenderme a mí también más que nadie en el mundo, puesto que nos queremos —murmuró.

Mark le devolvió la mirada, pero Susan no podía ver sus ojos, sino sus mejillas, su mentón, su frente, sus oscuras cejas y la línea de su nariz y de su boca.

—¿Y qué es lo que tienes que decirme? —preguntó Mark.

—¿Me lo prometes?

—No puedes ofenderme, Susan, pues te conozco demasiado.

—¡Oh! Pero prométemelo.

—Te lo prometo. Pero no hay necesidad. Ven aquí y siéntate sobre mis rodillas.

Susan se sentó en las rodillas de su marido, sintiendo que los brazos de él le rodeaban el talle.

—Mark, he pensado mucho sobre lo que hablamos anoche... y sigo creyendo que debo compartir... que he de hacer lo que pueda... Y entonces he pensado en mi trabajo de escultora... He ido a ver a la señora Fontane y he tenido la gran suerte de que se encontraran en su casa varias amigas tuyas, dos de las cuales me han hecho encargos.

—Espera. Apártate un momento para que pueda encender mi pipa —exclamó Mark.

—El Cupido es realmente precioso, Mark —prosiguió Susan, levantándose.

La cerilla se encendió. Mark dio dos o tres chupadas a su pipa y luego volvió a sentar a Susan sobre sus rodillas.

—¿Y bien? —murmuró Mark.

—Tengo que hacer una cabeza para una de ellas y una fuente para la otra.

—¿Se trata de veraneantes? —preguntó Mark.

—Sí —contestó Susan.

—¿Y... cuánto?

—Mark... haz el favor de no enfadarte. Setecientos.

—¡Setecientos! —exclamó Mark—. ¡Cómo, Sue!

La joven se apresuró a cubrir la boca de su marido con la mano.

—No digas lo que ibas a decir... No remediaría nada. ¡Oh, Mark! Déjame instalar una habitación para los niños en el cuarto de atrás y tener un coche y una cuna buenos. ¿Por qué no permitirme este capricho si es factible?

Mark presionó la mano de su mujer contra sus labios, la besó y luego la soltó para llevarse la pipa a la boca. Susan, con el corazón aliviado, se echó hacia atrás. Su marido no parecía disgustado. ¿Por qué había temido que resultara difícil convencerle?

—Esto confirma lo que yo siempre he pensado, Sue —dijo Mark golpeando la pipa para sacar la ceniza y dejándola en un rincón con el mayor cuidado.

—Me prometiste que no te enfadarías.

—No es cuestión de que me enfade o no —afirmó Mark—. Lo que yo deseo es ser justo contigo en todo momento, querida. Deseo ser justo y no sé cómo lograrlo.

—Continúa siendo para mí como siempre has sido, Mark —murmuró Susan—. Yo amo nuestra vida.

Pero Mark no parecía oírla. Sus brazos la estrechaban fuertemente.

—Quiero que siempre hagas lo que te parezca mejor —susurró el joven—. Continúa como ahora y establece tu estudio en el desván. Eso es lo que realmente deseas hacer. Lo he comprendido en el acto.

Susan se enderezó, desasiéndose de los brazos de su marido.

—¡Pero si yo no deseo establecerme en el desván! —continuó asombrada—. Lo que yo quiero son cosas para el niño, no para mí. No sé lo que quieres decir.

—La que se siente ofendida ahora eres tú, Susan. Tú, sí —gritó Mark—. Mas lo que yo trato de hacerte comprender es que en modo alguno quiero que creas que por

haberte casado conmigo no puedes hacer lo que desees. Si hay cosas que tú desees hacer, cosas que yo ignoro cómo se hacen, hazlas.

—Mark... —empezó la joven, pero se detuvo.

—Yo no siento el menor disgusto cuando puedo satisfacer tus deseos —murmuró Mark con voz triste.

—¡Oh, querido, querido, querido! —gritó Susan estrechándose contra él en la oscuridad.

—Ya sé que tú eres diferente —murmuró Mark con la cabeza apoyada en el seno de su esposa—. Siempre he estado convencido de que eras diferente. ¿Qué razón tendría yo para...?

—¡Chitón! —exclamó Susan—. No digas eso. Estropearías mi trabajo. Jamás volvería a tocar la arcilla ni a coger un pincel.

—¡Lo harás! —afirmó Mark levantando la cabeza de su esposa—. Ahora escúchame, Sue. Hemos ido demasiado lejos. Lo que yo te estoy diciendo es...

—Lo que haces es decir una cosa y sentir otra. Te sientes lastimado hasta la médula de los huesos, aunque ignoro por qué. Tendré que descubrir el motivo y dejar de hacer lo que te molesta. ¿Se trata del dinero?

—No —contestó Mark con calor. Susan estaba de pie a su lado, con una mano apoyada en el hombro de su marido—. Por lo menos, no sólo es el dinero —añadió Mark.

—¿Te sentirías más satisfecho si no utilizase ese dinero en el niño? —preguntó Susan—. Mark, necesito saber la verdad.

—Bien —exclamó Mark con acento titubeante, saliendo de la oscuridad—. Un hombre tiene la obligación de mantener él solo a su familia, y será un pobre diablo si no puede atender a las necesidades de su propio hijo.

—Entonces no saldré de mi límite —dijo resueltamente Susan.

—¡Oh, no hagas caso de mi suspicacia! —repuso Mark—. En realidad, no sé lo que me pasa. Lo ignoro. No puedo explicártelo.

—Y si no me lo dices, ¿cómo puedo saberlo yo? —preguntó Susan.

Mark no contestó. Entre ellos se produjo un largo silencio preñado de terror.

A poco, sin embargo, Mark empezó a hablar de nuevo con la mayor tranquilidad, perfectamente dueño de sí mismo.

—Escucha, Sue. Esperaré a ver qué es lo que siento. No tengo el menor derecho a prohibirte que hagas lo que puedas para el niño porque yo no puedo hacerlo. Gastaremos en el niño cien dólares, tú cincuenta y yo otros cincuenta. Es decir, pagaré la mitad —y Mark buscó la mano de su mujer.

—Y si eso tampoco te gusta, ¿me lo dirás al menos? —preguntó Susan.

—Te lo prometo —contestó Mark atrayendo la cabeza de su mujer y apoyándola sobre su hombro.

—No dudes ni un momento en decírmelo si no te gusta —insistió Susan—. Tú lo eres todo para mí en este mundo.

Mark empezó a cargar de nuevo su pipa.

—No estoy seguro de si lo que me molesta es sólo la cuestión del dinero — agregó—. Apártate un momento mientras enciendo una cerilla.

—Entonces, ¿qué es? —preguntó Susan, poniéndose en pie.

—¡Maldito si lo sé! —contestó Mark—. Siéntate otra vez. Te quiero cerca de mí.

Pese a encontrarse de nuevo entre los brazos de su marido, Susan no pudo entregarse por completo al placer de sentirse estrechamente abrazada.

«Debo descubrirlo por mí misma», pensó.

Pero no despegó los labios; también guardó silencio Mark, y Susan se sintió muy sola entre los brazos de su esposo.

La luna había desaparecido del cielo. Una tras otra, las luces de las casas fueron apagándose, y la noche se cubrió de densas sombras. Pero más negro que la noche era el bosque bajo las estrellas.

—Entremos —dijo al cabo la joven, sintiéndose poseída por una repentina inquietud—. Me siento cansada.

—No debes sentirte cansada —dijo amablemente el marido—: No es propio de ti sentirte cansada.

Susan no contestó. Dejó que su marido la llevase medio en vilo hasta la cama. Deseaba apoyarse en él aquella noche de todos los modos que pudiera hacerlo. Permitted que Mark la desnudase, que le preparara el baño, y, cuando ella tuvo puesta la camisa de dormir, que le cepillase su largo cabello. Susan no le dejaba nunca que le cepillara el cabello, aunque sabía que a él le gustaba hacerlo, pues ella lo hacía más hábil y rápidamente. Las lentas y grandes manos de su marido la irritaban porque, sin saber por qué, arañaban su piel demasiado delicada. Pero aquella noche le dejó. Mark se mostraba tembloroso y apasionado.

—¡Tienes un cabello precioso! —murmuró, y súbitamente enterró su rostro en él—. ¡Precioso, precioso! —Y después de un momento, continuó—: No he sabido nunca de qué color es. Me parece castaño, caoba, dorado... de los tres colores.

La atrajo hacia sí, pero Susan continuó sintiéndose solitaria, aunque no sola. Quizá debido a que ya nunca estaba sola, pues tenía a Mark, se sentía precisamente más solitaria, más alejada de él, como si estuviese atareada con algo que él no podía compartir.

Sí, ella y Mark no parecían estar nunca aislados, pese a que su intimidad no era tan completa como lo había sido durante los primeros tiempos. A veces, durante la noche, Susan pensaba que aquello se debería al hijo que se estaba formando, que crecía dentro de ella, haciéndose hora tras hora un ser aparte, distinto. Aquel niño debía compartir la pasión de ambos, así que Susan empezó a sentirse tímida ante la pasión y tímida ante Mark.

—Es el niño —murmuró la joven separándose de Mark.

—No debes hacer nada que no desees hacer —repitió Mark dejando que Susan se apartara de él.

Sin duda algo había cambiado entre ellos. No quedaba otra cosa que hacer que continuar viviendo y dar cima al trabajo que había prometido. Terminaría despacio la cabeza de Michael trabajando con más cuidado que lo había hecho nunca.

Michael entraba ya con toda naturalidad en la casa y subía la escalera a saltos hasta llegar al desván, sin ni siquiera llamar a Susan. Cuando ésta entraba al desván sin decir más que: «¡Hola!», empezaba a dibujar. Michael nunca tocó la arcilla, y cada dibujo que hacía era distinto de los anteriores. El primero que hizo continuaba todavía clavado en la pared con unas chinchetas, cerca de la ventana. Había trabajado en él durante tres días, encerrado en un profundo mutismo, y en el dibujo podía admirarse el bosque, grande, oscuro, brillante, y al fondo, el caballo galopando hacia el bosque, llevando a Michael como jinete, el cabello flotando al viento, la cabeza levantada y el cuerpo en dirección a la arboleda. Caballo y jinete resultaban muy pequeños, pero el muchacho se las había ingeniado para que pareciera que iban a gran velocidad. Nada de lo que hizo después estaba tan bien terminado como el primero de sus dibujos. Todo lo demás acusaba cierta pereza e incertidumbre, como si no supiese exactamente lo que deseaba hacer. Susan no le preguntó ni una vez al muchacho: «¿Qué hace?». Le dejaba solo, mientras ella trabajaba en silencio, absorta en el estudio del rostro de su modelo.

Llegó el tiempo en que Michael tenía que marcharse al colegio, y Susan entonces trabajó algunos días de memoria, hasta que por fin acabó la cabeza. En una o dos ocasiones se le borró el rostro del muchacho, sin que le fuera posible recordarlo por más esfuerzos que hizo. En tales momentos se dedicaba a contemplar los dibujos de Michael, comparando unos con otros, sin comprenderlos e intentando comprenderlos, y entonces volvía a su memoria el rostro del muchacho. Por fin terminó la obra, y la madre de Michael se presentó a verla antes de que fuera enviada a vaciar. La dama permaneció largo tiempo contemplando el retrato de su hijo.

—Es exactamente igual a él —dijo al cabo—. Sólo que... no puedo imaginar lo que está haciendo. No comprendo su mirada. ¿Qué es lo que hace, Susan?

—Cabalga hacia el oscuro bosque —contestó Susan.

—¡Qué raro! —exclamó la madre de Michael.

Susan no hizo el menor comentario y cubrió la cabeza con un paño.

Pero cuando volvió a quedarse sola, levantó de nuevo el trapo, permaneciendo largo tiempo ante el busto, aunque sin pensar demasiado; sólo permitía que los sentimientos se fueran formando en ella como niebla, hinchándose, desvaneciéndose, volviéndose a hinchar de nuevo y acabando por arrastrarla. Entonces, en el silencio del estudio, Susan oyó la voz de Michael que gritaba con toda claridad a través de sus labios de arcilla, y aunque sólo llegó a percibir sonidos, no palabras, fue suficiente. Supo así que su obra estaba terminada y era buena. Sin embargo, al escuchar, se sintió presa de un súbito temor y separada de todos, incluso de Mark. La joven se volvió, corrió escalera abajo, y entrando en el despacho, tomó asiento y escribió a la señora Vanderwelt que no podía hacerle la fuente.

Lo mejor que podía hacer, se dijo, era dar al niño aquello que estuviera más en consonancia con lo que Mark podía darle a su vez.

Cuando hubo escrito y cerrado la carta, permaneció un tiempo reflexionando y fue descartando muchas de las cosas que había pensado comprar para el niño, era tan importante para él disponer de un buen equipo como empezar la vida bajo la tutela de unos padres en cuyo amor no hubiera nubes. El amor era muy extraño y muy sensible a cualquier cambio y situación. Ella había soñado una vez con un amor tan robusto como la misma vida, tan duradero como el tiempo. Pero se daba cuenta de que su amor debía ser protegido, alimentado y conservado. Dos personas que se aman mutuamente no se muestran nunca sencillas y naturales entre sí. Tienen que permanecer siempre alerta para que su amor no se sienta lastimado o bien disminuya. El amor podía convertirse en algo tan frágil, ser dañado de una manera tan fácil e irreparable por cosas intangibles... Puesto que Michael no subiría más al desván, tampoco lo haría ella.

Susan pasó más tiempo del que disponía en perfeccionar la cabeza de Michael. Pero desde el instante en que decidió no ganar tanto dinero, necesitó más horas para hacer las cosas que en un principio había pensado comprar hechas. Cuando terminó el otoño y empezó el invierno, Susan compró algunas telas y se puso a coser. También adquirió ovillos de lana azul celeste para hacer algunas cosas de punto. Su madre le llevó una maleta llena de ropas de niño, amarillentas ya, pero limpias, mientras la siempre silenciosa madre de Mark la condujo un día a lo que había sido el pequeño dormitorio de Mark, ahora silencioso y vacío, y una vez allí, abrió un cajón y dijo:

—Si necesitas algo...

Pero Mark era hijo único, y Susan observó que los ojos de su suegra contemplaban con profundo amor las pocas prendas que le quedaban de la infancia de su hijo, por lo que se apresuró a contestar:

—No las necesitaré, mamá. Puede usted guardarlas.

—Me gustaría ayudarte —murmuró la madre de Mark.

—Si necesitara algo, recordaré su oferta —dijo Susan.

La madre de Mark, que era muy huesuda y silenciosa, nunca salía de su casa, y Susan decía a menudo a Mark:

—¿Por qué no vas a ver a tu madre?

Mark se había distanciado un tanto de aquellos dos viejos campesinos a causa de la irritación que le producía su constante apego a lo que siempre habían sido.

—¡Están orgullosos de ti! Ve a verlos, Mark —le decía Susan.

Pero Mark contestaba con cierta impaciencia:

—Voy allí y me encuentro siempre con que todo está igual. No tienen nada que decirme y yo no tengo nada que decirles a ellos.

Al contemplar la ancha cabeza de la madre de Mark, la joven pensó: «Sería un

maravilloso retrato hecha en piedra: cráneo de roca, ojos profundos, boca ancha». Pero inmediatamente alejó de sí tal ocurrencia. Ella no volvería a subir al desván; por lo menos, durante largo tiempo: quizá no subiera nunca más.

—¿Por qué no vas a ver a tus padres más a menudo? —preguntó a Mark una noche.

—¿Qué es lo que han hecho por mí? —preguntó Mark a su vez—. Lo poco que soy me lo debo a mí mismo.

—Te dieron la vida —arguyó la joven.

—Poco es la vida desnuda —replicó Mark.

«Vida desnuda», pensó la joven recordando a la madre de su marido.

Había dado a su hijo todo lo que era capaz de dar, pero Mark creía que no era bastante. Sin embargo, le había dado la cosa más preciosa que una mujer puede dar... Constituía todo lo que una mujer puede dar, y era la cosa más preciosa.

Susan dio a luz a John en la estrecha habitación de un hospital. El médico la miró sonriendo.

—¿Es usted tan experta como si fuera madre de diez hijos!

Susan sabía que no era cierto. Pero mientras se paseaba inquieta por la habitación, esperando el momento de dar a luz, se había hecho la idea de lo que tenía que sucederle y se prometió ni gritar ni lamentarse en voz alta. En otra habitación, una mujer decía a gritos: «¡Oh! ¿Es que me voy a morir? ¡Sí, me voy a morir!». Pero como Susan quería tener un hijo, lo había concebido y estaba a punto de nacer, le pareció estúpido el grito de aquella mujer, y mantuvo los labios cerrados cuando llegó el momento supremo.

—¿Cómo estás, querida? —preguntó Mark asomando el rostro por la puerta.

—¡Espléndidamente! —se apresuró a contestar Susan, con los ojos brillantes de dolor y las manos sudorosas.

Pero la hora siguiente la pasó en silencio.

—¿Cómo! ¡Pero si se puede decir que no siente usted dolores, señora Keening! —dijo la enfermera.

«¡Qué tonta!», pensó Susan.

De nuevo estaba echada en la cama. John había nacido. La joven tenía dolorido todo el cuerpo. La enfermera mantuvo un momento en alto aquella pequeña cosa de cabeza oscura envuelta en una manta. Nadie supo los dolores que Susan había sufrido. Pero se sentía muy satisfecha de no haber gritado.

Mark, que se acercó de puntillas para besarla, susurró:

—El médico dice que nunca había asistido a un parto tan feliz.

Susan, incapaz de hablar, sonrió. Hasta entonces no empezó a ceder el dolor, que había dejado su cuerpo, débil y purificado, sobre la orilla. La joven estuvo durmiendo día y noche durante dos semanas, y al fin se despertó, tan vacía de sueño como de dolor, para volver a casa. Antes de salir de ella había cerrado la puerta del desván, y cuando regresó, no se le ocurrió abrirla.

La habitación de John era el corazón de su casa, aunque no había en ella nada más que la cuna, una mesa y una silla.

Pero pasado algún tiempo, Susan se cansó de prestar atención al cuarto y lo olvidó para descubrir entonces a John, al niño. La joven que no había vivido hasta entonces con un niño pequeño, descubrió que el suyo tenía personalidad desde que empezó a vivir. A menudo, Susan pensaba que al dar la forma se da al mismo tiempo el ser. No descubría en el niño el más ligero parecido con ella ni con Mark, ni ciertamente con nadie. El niño había dado un salto atrás, hacia el desconocido pasado, heredando de personas muertas hacía mucho tiempo una estructura cuadrada y compacta, unas manos de dedos cortos y cuadrados, una cabeza redonda, unos brillantes ojos castaños y una boca tan risueña y serena que la joven no podía menos de sonreír al observar la expresión concentrada que solía dibujarse en el rostro infantil. Una vez que tenía a John en su regazo se acordó del niño de arcilla que se encontraba en el desván y sintió tentaciones de ir a verlo. No miraría nada más que el niño y saldría inmediatamente del cuarto. Como lo pensó lo hizo, y al contemplar su antigua obra descubrió que la arcilla se había resquebrajado un poco al secarse, formándose en el rostro pequeñas y finas arrugas que le daban una expresión de prematura vejez. Pero la cabeza continuaba erguida y parecía formular la antigua pregunta: «¿Por qué he nacido?». Susan cubrió rápidamente la figura y se apresuró a bajar la escalera.

Pero al crecer, John se encariñó más con Mark que con su madre. La joven se pasaba todo el día cuidando al niño, pero éste nunca saltaba a su brazos con la rapidez que lo hacía a los de su padre, que sentía verdadero delirio por su hijo. Cuando llegaba a la casa, no corría en busca de Susan, como siempre había hecho hasta entonces, sino que se dirigía directamente al cuarto del niño, y algunas veces el rumor de risas en la habitación era lo que avisaba a Susan que su marido estaba ya en casa. El cariño que unía a padre e hijo era algo íntimo y cordial, y a menudo, oyendo la risa de ambos, Susan hacía por no mezclarse en sus alegrías y continuaba su trabajo en la cocina. Cuando sucedía esto, la joven acababa por hacer una pausa en su trabajo y miraba a través de la ventana. Entonces las paredes de la cocina parecían dejar de rodearla, mientras ella caminaba sola por el denso bosque. Desde el nacimiento de John, Susan se había ido sintiendo cada vez más solitaria. Era como si hubiese dado fin a una tarea y no hubiese empezado otra. Los días fueron sucediéndose, aportando a sus manos un trabajo rutinario mientras su espíritu esperaba.

—He tenido muy abandonadas a mis amigas —dijo una noche a Mark cuando estaban sentados a la mesa—. Me siento un poco desplazada de todo. Voy a organizar una tertulia en casa, Mark.

—Me parece muy bien —contestó éste—. Hace un siglo que no ves a nadie. ¿De veras te encuentras bien?

—Estoy más fuerte que nunca —repuso Susan.

Lo cierto era que la joven se sentía un tanto inquieta debido a un exceso de energía sobrante, pues John no consumía toda la que ella poseía. La madre de Susan decía a veces a su hija con expresión de tristeza:

—No te canses demasiado, Susan. Es tiempo de que te procures ayuda.

—¡Oh, mamá! John es tan bueno que no me da apenas quehacer —contestaba Susan con súbita impaciencia.

Su padre se dejó caer un día por su casa. Susan oyó el ruido de su bastón en el vestíbulo, y cuando salió a recibirle le encontró de pie, con su gorra sobre una oreja.

—He vendido un poema —dijo—. Me han dado veinte dólares por él. Tu madre dice que tienes exceso de trabajo —añadió mientras buscaba en su bolsillo.

—¡Por Dios, papá! —exclamó Susan—. ¿Tengo aspecto de fatigarme por exceso de trabajo? Lo que me ocurre es que no sé en qué emplear el tiempo que me sobra. ¡Mírame!

El señor Gaylord miró a su hija y sonrió.

—¡Pareces tan abrumada de trabajo como la estatua de la libertad! —contestó—. Bien, entonces... ¿Por qué no vas a casa a tocar para mí?

—Tengo a John —arguyó Susan.

—Llévalo contigo —replicó el padre—. ¿Por qué no? Le irá bien. ¡Déjale que oiga algo de música!

—Tienes razón —respondió Susan después de un momento—. ¿Por qué no?

Cogió al niño y le llevó con ella, y el padre hizo un nido de almohadones sobre el sofá de su ático.

—Acuéstale ahí. Puedes olvidarle —dijo—. ¡Ahora, a la música!

Y mientras tocaba y tocaba, Susan se olvidó del niño.

Pero la música no hizo sino aumentar su inquietud y su sensación de soledad. «Quizá necesite vivir entre la gente —se dijo—. Debo buscarme una tertulia».

—¿Vives completamente bien? —le preguntó su padre cuando ella cerró el piano—. Me refiero a si eres feliz.

—¡Oh, sí! —contestó sonriendo la joven—. ¿Por qué no iba a ser feliz? Tengo todo cuanto puedo desear. A Mark le van bien las cosas. El otro día vendió la finca de los Grainger a un escultor. ¿Verdad que es interesante?

—Tenerlo todo a veces no es suficiente —murmuró el señor Gaylord.

—¡Susan, Susan! —gritó la madre desde abajo—. ¿Vas a bajar?

—¡Sí, ahora mismo, mamá! —contestó Susan cogiendo al soñoliento John.

En el dormitorio de la planta baja, la señora Gaylord colocó a su nieto sobre sus rodillas y lo estuvo meciendo hasta que se durmió profundamente.

—Tienes suerte con un hijo tan saludable —murmuró la madre, y luego, con el mismo susurro de voz, añadió—: Me alegra mucho que lo tengas. Una pareja, para ser feliz, necesita al cabo de un año o dos de matrimonio alguien más que les haga compañía. En especial la mujer. Al principio, cuando empieza la vida de casado, uno se apoya en el otro, pero cuando la casa ya está toda arreglada y el hombre se va a su

trabajo, la mujer siente que necesita a alguien más. —Hizo una torpe pausa—. Vamos, me imagino que tú y Mark sois como los demás.

—No lo sé —contestó Susan, que se apresuró a añadir—: Somos muy felices.

—Tenéis, que serlo —dijo la madre—. Sé que en la familia de Mark son todos muy sencillos. Pero son sólidos. Creo que esta especie de hombre son los que hacen los mejores maridos. Siempre he pensado que tu padre hubiera sido mucho más feliz si su padre no hubiese sido un músico profesional. Eso ha hecho que en su interior se sintiera titubeante toda la vida, y te aseguro que eso no ha resultado muy cómodo para mí.

—¿Cómo era en realidad el abuelo? —preguntó Susan.

De su niñez recordaba una voz enfadada y gruñona, una enorme y enmarañada cabeza plateada y unas temblorosas manos que se movían sin cesar.

—Lo he olvidado ya —repuso la señora Gaylord—. Murió hace años. Nunca me preocupé de él ni él se preocupó de mí. Jamás entendí lo que decía. Siempre hablaba de cosas cuyo significado yo ignoraba. A mí me gustan las cosas claras.

El niño, que permanecía en el regazo de su abuela, abrió los ojos y sonrió amistosamente a ambas. Las dos mujeres le contestaron con otra sonrisa, olvidándose de su charla, de acuerdo por un momento con él. Luego la abuela suspiró.

—No se da una cuenta y ya son mayores... Susan; Mary quiere que la enviemos a otro colegio, aunque sabe que aquí no le cuestan nada los estudios por ser vuestro padre profesor. Tu hermana es mucho más difícil de manejar que lo eras tú.

—No sabe lo que quiere —afirmó Susan—, eso siempre resulta difícil. Déjala ir, mamá.

—No sé si lo podremos arreglar... —murmuró la madre con expresión incierta—. Es tan tonta la razón que da para irse...

—¿Cuál es la razón?

—Dice que no quiere ir al mismo sitio que tú fuiste, ni hacer las mismas cosas que tú hiciste; es decir, ser presidenta de clase y pronunciar el discurso de despedida, y todo lo demás.

—Puede no hacerlo, si así lo desea.

—Naturalmente. Ya se lo he dicho yo. Pero se empeña en irse a un sitio donde nadie la conozca.

—Entonces será preferible que se marche —repuso Susan tomando el niño de brazos de su madre—. Bueno, he de irme a casa. Mark debe de estar esperándome ya.

—¿Crees que será mejor dejarla marchar? —preguntó la señora Gaylord a su hija, acompañándola hasta la puerta.

—Yo la dejaría ir —contestó Susan.

El profundo y absurdo dolor que existía en ella se aguzó sin causa aparente alguna, pues verdaderamente era una solemne tontería enfadarse con Mary porque ésta deseaba libertarse de su hermana mayor.

Al día siguiente, Susan llamó una por una a todas sus amigas y las invitó a ir a su casa.

—Hace mucho tiempo que no nos vemos —les dijo por teléfono—. Os echo de menos y siento nostalgia de vosotras. Además, John es ya lo que se llama un adulto.

Durante el día todo fueron prisas y trabajos en su casa. Arregló rápidamente a John y voló por la cocina como si bailara.

—Estoy contenta de tener tanto trabajo —gritó alegremente a Mark a la hora del almuerzo—. Creo que, en realidad, tengo la mitad del trabajo que necesito.

Pero dispuso del suficiente tiempo para hacer los platos preferidos de Mark, que éste engulló con placer.

—Estoy sorprendido —exclamó éste—. Hoy no esperaba otra cosa que piltrafas.

—No me ha llevado más de media hora prepararte el almuerzo —afirmó Susan—. Y es tan agradable hacerlo...

Había dejado para la tarde el placer de colocar flores en su floreros, y a ello se dedicó con todo su entusiasmo en cuanto Mark se marchó a su trabajo, convirtiendo cada jarrón en un verdadero cuadro de color y armonía. Luego se vistió e hizo lo mismo con John, a quien puso unos pantaloncitos de lino azul. A las tres en punto, con su hijo en los brazos, estuvo a punto para abrir la puerta a sus amigas, y a poco de llegar éstas, la pequeña casa estaba llena de conversaciones y risas, y de súbitos y pequeños gritos de sorpresa y alegría. La cúspide de aquel día eran sus amigas, que llenaban por completo la casa.

—¿Te has divertido? —preguntó Mark tomando un emparedado.

Se habían marchado todas las amigas de Susan y en la casa volvía a reinar la quietud y el silencio.

—John ha sido muy bueno —repuso Susan, atareada con los platos.

Después del ruidoso bullicio de la tarde, el silencio parecía cosa de muerte.

Mark tomó un paño de cocina y empezó a secar los platos, que Susan lavaba rápida y hábilmente.

La joven hizo una pausa en su tarea y se volvió a su marido, con las manos todavía llenas de jabón.

—Tengo la impresión de que ellas no se comportan realmente como yo —murmuró.

—¡Cómo! —exclamó Mark, acercándose a ella con intención de abrazarla.

Pero Susan movió la cabeza.

—No, Mark. No te acerques. Tengo mojadas las manos. Además, no puedo decir el porqué de esa diferencia.

Mark continuó secando los platos.

—¿Dijeron algo? —preguntó.

—No, no. Al contrario. Lo admiraron todo; les gustaron mucho los emparedados

y la torta. La partida de *bridge* fue maravillosa. —Hizo una pausa para reflexionar—. Pero durante todo el tiempo tuve la sensación de que no les gustaba el conjunto porque me las había arreglado yo sola con John.

—Olvídalas —dijo rápidamente Mark—. Eso es que se sienten culpables. La mayoría de las mujeres son perezosas y piden ayuda en cuanto tienen un poco de trabajo.

—Lucile dijo una cosa muy extraña —prosiguió Susan—. Gritó de pronto: «Muchachas, creo que tendríamos que boicotear a Susan por hacer los trabajos de su casa en condiciones más difíciles que nosotras. Es una esquirol». Claro que se echó a reír al decirlo. Todas se rieron.

—Olvídalo, querida —repitió Mark—. Escucha, Susan. Quizá tengamos que vivir lejos de la ciudad, donde el mundo está perfectamente enterado de todo lo que le concierne a uno.

Pero Susan continuó:

—Yo le respondí: «Tú tienes ahora dos hijos. Estoy segura de que cuando yo tenga dos también necesitaré ayuda». Pero no creo que la necesite, Mark. Deseo tener trabajo, mucho trabajo. Ahora no tengo ni la mitad del que necesito y puedo hacer.

—Olvídalo —dijo Mark por tercera vez—. Me gusta a mí, y eso basta.

Se acercó a Susan y la tomó entre sus brazos, y la joven sintió el cuerpo de su marido, sólido y fuerte, contra el suyo, y experimentó una sensación de agradecimiento.

Después de todo, ella tenía a Mark y a John. Pero había esperado demasiado de una persona como Lucile. Ella debía sentirse satisfecha con lo que tenía, con Mark y con John. Por el momento se sentía un poco menos solitaria. Si conseguía que las paredes de su casa se aproximaran más a ella, si lograba que su casa fuera suficiente sólo para ellos, tal vez no se sintiera sola. Soñar es lo que hace que la gente se torne solitaria.

Un día sonó el timbre de la puerta, y cuando abrió se encontró a Michael en el umbral. El joven vestía pantalones de montar y una chaqueta azul. Había crecido unas pulgadas y su cuerpo era más recio.

—¡Hola! —dijo el recién llegado con voz agradable y sonriendo.

—¡Cómo, Michael! —exclamó Susan.

—He visto el busto que me hizo usted y he decidido venir a verla —dijo—. Está mejor que nunca. ¿Qué más ha hecho usted?

—Nada —contestó Susan—. A menos que considere usted algo el haber hecho un niño.

Pero Michael había pasado ante ella y se dirigía directamente a la escalera para subir al desván.

—¿Se refiere usted a aquel niño inacabado que vi una vez? —preguntó el joven

—. No lo he olvidado.

—No. Me refiero a un niño de veras.

—¡Oh, eso...! —murmuró con indiferencia Michael. Estaba ante la puerta del desván y la sacudía con fuerza—. ¡Cómo! ¿Está cerrada? —dijo con impaciencia.

—Sí. La tengo cerrada —repuso Susan.

—Ábrala —le ordenó el muchacho.

Susan abrió la puerta y los dos entraron al mismo tiempo. Michael miró los dibujos hechos por él, que Susan había conservado en la pared tal como el muchacho los dejó.

—¡Son cosas viejas! —exclamó Michael—. No son tan malas para haberlas hecho un niño, ¿verdad? ¿Sabe usted? Creo que el trabajar al lado de usted, fue lo que me hizo abrir los ojos sobre mi vocación de pintor.

—¿Y ha seguido usted pintando? —preguntó Susan.

Michael hizo un signo de asentimiento.

—He estado tomando lecciones desde entonces. Ya no voy al colegio. Creo que desperdicio el tiempo haciendo otra cosa que no sea pintar. Ahora me voy a París. Pero no me dedicaré a hacer arte francés. Sólo quiero aprender cómo se pinta allí. Luego volveré para pintar aquí. ¡Dios mío, cuántas cosas veo cada día que podrían pintarse! Apenas si nadie ha pintado habiendo tanto que pintar en América. Estos bosques no están mal, ¿verdad? Debería hacer un retrato. —Hablaba con tanta naturalidad y aplomo, tan rebotante de energía, que Susan se sintió empujada y torpe a su lado—. Ahora, en serio. ¿Qué es lo que ha hecho usted? —insistió.

—Ya se lo he dicho: nada —replicó Susan.

—¿Ni una obra?

—Ni una obra —contestó Susan.

No mencionó a John, pues en aquel instante no se acordaba de él. De pronto le pareció que durante todo aquel tiempo había estado completamente ociosa. Michael la miró con una expresión acusatoria en sus azules ojos.

—Debería usted sentirse avergonzada —dijo al fin el joven.

Se volvió y contempló la figura del niño y la cabeza de Mark.

—¡Lo mismo que estaban antes! —murmuró—. ¡Inacabadas!

—Inacabadas —repitió Susan.

—¿Y es usted feliz? ¿Está satisfecha de no haber hecho nada? —preguntó el joven volviéndose para mirar a Susan.

Michael permanecía ante ella atravesándola con la mirada, su largo y juvenil índice dirigido hacia ella, y Susan no pudo mentir.

—No mucho —repuso débilmente. Y entonces, como si Michael fuera un adulto, empezó a decir con la mayor humildad—: Las circunstancias de mi vida...

Pero Michael no escuchaba, no le interesaban lo más mínimo las circunstancias de su vida, y empezó a hablar como si Susan no lo estuviera haciendo.

—David Barnes, el escultor que ha adquirido una casa cerca de aquí, la vieja

mansión de los Greinger, estuvo cenando anoche en casa. Vio la cabeza de usted y exclamó: «¿Quién ha modelado esto?», y cuando mi madre se lo dijo, añadió: «Dígale que venga a verme».

—¡Oh, Michael! ¿Lo dijo de veras?

—Sí. Por eso, en parte, he venido a verla. ¿Querrá usted?

—No lo sé.

—Sí, irá usted.

—¿Que iré? No se lo prometo.

—Irá usted mañana.

—No lo sé.

—Se arrepentirá usted hasta el final de sus días si no lo hace.

Susan se volvió para decir que no sería así, pero no pudo despegar los labios. Sus ojos estaban llenos de lágrimas y sentía su corazón acongojado por un sentimiento que no acertaba a comprender.

—Hasta la vista —dijo amablemente Michael—. Llamaré esta noche a David Barnes para decirle que irá usted a su casa mañana a las tres de la tarde. Ya sabe usted quién es David Barnes. El año pasado hizo una enorme estatua que ganó el premio de Chicago. La llama el *Titán Primitivo*.

Cuando Michael se hubo marchado, la joven permaneció sola en el desván, sumergida en una sensación tan profunda, tan enorme, que nada de cuanto había conocido hasta entonces tenía la menor semejanza con ella.

«No puedo dejar a John ni puedo llevarlo conmigo —pensaba. Pero su subconsciente hacía planes con gran rapidez—. Puedo pedir a mamá que venga a cuidar de John un rato. Más tarde, si tengo trabajo, podré hallar el medio de que alguien venga con regularidad a casa».

Bajó la escalera, bañó y dio de comer a John y preparó cuidadosamente la comida, y cuando Mark llegó a casa, no le dijo nada de lo que estaba más que segura que iba a hacer.

La joven se puso rápidamente los guantes ante la puerta del cuarto de estar, a la vez que le echaba un vistazo. Todo estaba en orden. Arriba, en su cuna, John dormía profundamente. Su madre se hallaba sentada en el sillón, con los zapatos quitados y los pies apoyados en un taburete, hojeando una revista.

—Si se despierta antes de que yo regrese, dale un poco de jugo de naranja y un trozo de torta. Pero yo volveré pronto —dijo Susan.

—¿Te hago algo para cenar? —preguntó su madre fijando la mirada en un cuadro que representaba una apetitosa ensalada.

—Todo está listo para que lo metas en el horno. Pero yo volveré antes de que llegue la hora.

—Perfectamente —repuso su madre volviendo las páginas de uno de los cuentos

de la revista; su rostro quedó vacío de toda expresión cuando empezó a leer el relato.

Susan cerró la puerta tras ella y salió a la brillante tarde primaveral, caminando hasta la parada del autobús. Le pediría al conductor que la dejara tan cerca de la casa de los Greinger como le fuera posible. Luego caminaría bajo los viejos y copudos abetos, y entonces, entonces... No podía imaginar lo que ocurriría. Pero iba a la casa donde un gran escultor trabajaba; ella le oiría hablar de lo que estaba haciendo y le podría formular todas las preguntas para las que ella no tenía la menor respuesta y a las que ninguna de las personas que ella conocía era capaz de responder. Toda su vida había sido como la de alguien que hubiera vagabundeado solo por un oscuro bosque, y ahora estuviera llegando a la luz. Al fin iba a saber cómo y qué era lo que ella tenía que hacer.

Pero cuando llegó a la puerta de la casa de Barnes notó que pisaba otro terreno y tuvo miedo. ¿Qué era lo que estaba empezando en aquel momento y cuál sería su final? Aún tenía tiempo de volver al autobús antes de que éste se alejara envuelto en una nube de polvo. Le hubiera sido posible desandar el camino si no hubiese permanecido despierta parte de la noche anterior imaginando aquel momento, y temiéndolo, pero a la vez segura de que tenía que llegar, pues lo había deseado demasiado para negárselo ahora a sí misma.

—¿Qué te pasa? —había preguntado Mark entre sueños, una vez que ella encendió la luz, incapaz de resistir el realismo de su pesadilla.

Necesitaba estar segura de que se encontraba en su habitación, en su cama y de que tenía cerca la cómoda y sus cajones.

—Nada —contestó Susan, apagando la luz.

Caminaba, pues, tal como lo había soñado; atravesaba la verja, avanzaba entre pilares medio desmoronados de rojos ladrillos, por el ancho camino enarenado que conducía a la vieja casa de estilo colonial. Subió los escalones que conducían a la puerta y tocó el timbre. Nada se había hecho aún en la casa para restaurar su decadente apariencia. Los escalones estaban gastados y las maderas del piso crujían bajo los pies de la joven. Pero su sueño se interrumpió en la puerta. No había soñado lo que podía haber al otro lado. El escultor tal vez fuera alto, arrugado y corpulento, como sus propias obras, una especie de titán, ya que creaba titanes.

Pero la puerta se abrió y en el umbral apareció un hombrecito provisto de una tupida barba negra. Era unas pulgadas más bajo que Susan, y tenía la figura panzuda y los hombros redondos. Susan observó sus manos, cuadradas y fuertes como las de un minero, con las uñas sucias.

—¿Qué desea usted? —preguntó el hombre.

—Soy Susan Gaylord —repuso la joven—. Me envía Michael.

Los ojos de David Barnes brillaron bajo sus pobladas cejas y su encrespado pelo negro. Era tan peludo como un gorila.

—¿De modo que es usted esa muchacha? —exclamó—. Entre. La cabeza es buena, aunque está horriblemente vaciada. Usted lo hubiera hecho mejor.

—No sé nada —contestó Susan avergonzada—. Encontré el nombre del vaciador en un manual para escultores.

Barnes no dijo nada, y Susan le siguió hasta lo que fue en otro tiempo el salón de baile de los Greinger. La estancia estaba llena de canastos, cajas y figuras a medio desempaquetar.

—Siéntese —dijo el escultor.

Susan, azorada, lo hizo.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que quiere usted? —preguntó el escultor abruptamente.

—No lo sé —repuso Susan—. No estoy segura de desear algo.

David Barnes se frotó la nariz con uno de sus gruesos dedos.

—Entonces será lo mejor que permanezca aquí y mire alrededor hasta que lo sepa —contestó Barnes, irritado—. Volveré dentro de un rato. Si al regresar no la encuentro, pensaré que no desea nada de mí.

Apartó el canasto en que estaba sentado y anduvo por la habitación tan torpemente como un marinero, hasta que al fin salió por la puerta, dejando a Susan sola. Las figuras de mármol y bronce, que no parecían existir cuando la joven entró, empezaron a cobrar vida, cada una con su propio significado. Una tras otra, todas las estatuas comenzaron a hablar a medida que Susan las iba observando. Había dos bailarines, un hombre y una mujer, que surgían del montón de virutas y harpillera en que habían estado envueltos. Eran naturales de alguna isla salvaje, con los cuerpos largos y estrechos, los rostros planos y los ojos oblicuos y llenos. La mujer estaba inclinada hacia atrás, con la cabeza colgando, y el hombre se doblaba sobre ella. Se hablaban entre sí, no a Susan, murmurando palabras que la joven no podía comprender. La joven permaneció ante ellos algún tiempo, contemplando cómo su suaves y ligeros músculos se movían o estaban a punto de moverse bajo la oscura y suave piel. El escultor los había sorprendido en alguna parte en aquella posición, en un templo o en una playa de los mares del Sur. Susan se aproximó más a la figura de la mujer, silenciosa y expectante, con las manos juntas y la cabeza echada hacia atrás, como si esperase algo. Pero bajo las delicadas cejas los ojos estaban llenos de ansiedad y esperanza, y con el cálido mármol de su cuerpo parecía preguntar:

«¿Nadie le ha visto? ¿Nadie le ha visto viniendo hacia mí?».

Detrás había una figura de tamaño natural, y al acercarse a ella, Susan vio que se trataba de Michael, con su hermoso cuerpo desnudo y las manos cruzadas. Alrededor de la joven había diversas canastas semiabiertas, y Susan tuvo la sensación de las presencias allí encerradas. Apenas pudo resistir a la tentación de desempaquetarlas para dejarlas libres y poderlas contemplar.

Sobre una mesa había un montón de barro. Susan se acercó a él, separó un trozo y empezó a amasarlo con sus manos, nerviosa, impaciente, poseída por una especie de fiebre, aplastando una y otra vez la densa masa, hasta que al fin la abrió. La masa yacía pegada a sus manos, con la impronta de sus dedos, y la joven empezó rápidamente a darle una forma.

—¿Qué está usted haciendo?

La voz era tan afilada que Susan dio un salto y se volvió, encontrándose con el barbudo rostro de Barnes.

—No lo sé —contestó la joven, dejando la arcilla.

Barnes tomó la forma y la contempló unos instantes. Aunque hecho toscamente, era su propio rostro, y el escultor se reconoció.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó de pronto.

—Enseñarme todo lo que debo saber —suplicó la joven.

David Barnes dejó la masa de barro y empezó a moverse entre sus propias figuras, que eran mucho mayores que él.

—¡Una mujer! —Oyó Susan que murmuraba—. ¡Que este don le haya sido concedido a una mujer! —Se detuvo en su paseo y la miró con expresión furiosa—. Es usted fuerte de todos modos. Parece usted tan fuerte como un hombre.

—Lo soy —contestó la joven.

—Y tendrá usted que serlo mucho más todavía —añadió el escultor, y sacando una arrugada gorra de mezclilla de color castaño de su bolsillo añadió—: Bueno, vamos.

—¿A dónde? —preguntó Susan.

—Adonde guarda usted sus cosas —repuso el escultor—. Necesito ver algo más que esa cabeza tan abominablemente vaciada. Tengo que enseñarle a usted desde el principio. Tendrá usted que aprender a hacerlo todo por sí misma, el vaciado y lo demás. Hay muchos que creen que son demasiado grandes para entretenerse en eso. Hacen pequeños modelos, palmotean en pequeñas masas de barro, y luego lo envían a otra parte para que se lo acaben. Yo, no. Mis obras son mías desde el principio al fin. Por eso son como son.

—No he hecho nada que pueda enseñarle a usted —repuso Susan.

—Debe de haber hecho usted algo —gritó Barnes quitándose la gorra y guardándosela de nuevo en el bolsillo.

—No, no he hecho nada —dijo Susan con acento triste. Olvidaba las habitaciones que había barrido, las comidas que había condimentado, las camas que había hecho. Olvidó a Mark y a John, y al fin acabó por decir—: Hice dos pequeñas cosas: una cabeza y un niño, y las dos están sin acabar.

David Barnes volvió a sacar la gorra de su bolsillo y se la encasquetó hasta las orejas.

—¡Toda esta dilación! —murmuró saliendo de la estancia.

Susan le siguió. Al pie de la escalera había un pequeño y sucio automóvil. El escultor subió a él y esperó unos instantes hasta que Susan se sentó a su lado. El automóvil arrancó con terrible estruendo, bajaron por el camino de la finca y salieron a la carretera que conducía a la casa de Susan.

La joven no sabía la hora que era, pero no importaba. Cuando abrió la puerta de su casa, observó que su madre estaba dormida en el cuarto de estar, con la revista en

el suelo. Al subir la escalera seguida de David Barnes oyó que John pedía a gritos que le sacaran de su cuna. Pero Susan continuó subiendo. Detrás de ella avanzaban los pesados pasos del escultor, el cual jadeaba un poco cuando ella abrió la puerta de la vacía, estancia. La joven señaló con una mano.

—Ya ve usted que no he hecho nada —murmuró.

Pero Barnes no contestó. Se acercó a donde estaba el niño, encaracolado en la posición que había tenido en el vientre de su madre, y ahora cubierto de polvo, y lo contempló durante largo rato.

Luego se aproximó a la cabeza de Mark y quitó el trapo que lo cubría.

—¡Ya! —exclamó después de un momento de observarlo—. Esto no lo logró usted.

—No —repuso Susan.

—Trató usted de infundirle vida.

—Sí.

—Quizá no valiera la pena —dijo el escultor—. Lo raro en nuestro oficio es que no se puede hacer nada a menos que el modelo valga la pena.

Susan no contestó, incapaz de decir: «Es mi marido». Pero en aquel momento no le importaba de quién se tratara.

El escultor se volvió de pronto y le dijo, mirándola fijamente:

—Escuche. Pienso irme a París a finales de verano. Lo mejor que puede usted hacer es acompañarme allí. Hasta entonces vaya a verme dos veces por semana. Empiece desde mañana.

La joven no pudo hablar. El escultor le pedía que hiciera una cosa imposible y que, sin embargo, ella sabía que debía llevar a cabo.

—No me acompañe —añadió el escultor llegando hasta la puerta. Una vez en ésta se volvió de nuevo y contempló la vacía habitación—. Debería usted avergonzarse de sí misma —afirmó.

Su acento era frío y cortante y en sus ojos había una expresión de enfado. Sin decir más abandonó la casa.

A poco, Susan oyó la voz de John y volvió a la realidad. Corrió al cuarto del niño y, sacando a John de la cuna, empezó a arrullarle. Pero el niño tardó en consolarse del abandono en que lo habían tenido durante bastante tiempo. En vez de callarse, empezó a gritar más fuerte, y Susan oyó que su madre subía la escalera y abría la puerta.

—¡Cómo! ¿Ya estás en casa? No te oí llegar —dijo sorprendida.

—Acabo de hacerlo —repuso Susan meciendo a su hijo entre los brazos.

—¿Le pasa algo a John? —preguntó su madre sintiéndose un tanto culpable—. Creo que me quedé un poco traspuesta. No le he oído gritar hasta ahora.

—Voy a lavarle la cara y a llevarle abajo —repuso Susan—. Lo que le pasa es que tiene hambre.

La señora Gaylord bostezó.

—Entonces me marchó a casa para hacerle la cena a tu padre.

—Sí. Y gracias, mamá.

—No hay de qué. Es agradable sentarse en casa de otro algún tiempo. John es un niño muy bueno. —Miró a su nieto con sus pequeños ojos rebosantes de afecto—. Bien, hasta la vista, querida.

—Adiós, mamá —contestó Susan con la boca llena de imperdibles, sosteniendo firmemente al niño mientras le ponía bragas limpias.

Le llevó abajo y le dio jugo de naranja y una galleta. Cuando el niño terminó de comer, le colocó en su lugar de juego, con todos los juguetes, y empezó a hacer la cena de Mark. El niño la miraba de vez en cuando con cierta expresión de extrañeza y luego seguía jugando tranquilamente con sus juguetes. A poco llegó Mark y, tras de dar un beso a su mujer, cogió al niño, paseándolo por la casa y jugando con él. Más tarde le dio las sopas de leche que Susan había preparado en un tazón. Luego subieron juntos la escalera y juntos, Mark y ella, bañaron al niño, y Susan le hizo un bucle en lo alto de la cabeza enroscando el pelo alrededor de su dedo. Inmediatamente le depositaron en su cunita, sonrosado y limpio, y apagaron la luz.

El matrimonio bajó la escalera de nuevo, y Susan fue a la cocina en busca de la cena que había preparado. Mark se sentó a la mesa para cenar. El joven empezó a hablar en el acto de todo lo que le había sucedido durante el día, del tiempo que había perdido con gentes que no se decidían a comprar las casas que visitaban, del error cometido en una cuenta y que le entretuvo durante una hora o dos, y de las afirmaciones de su patrón, que había dicho que el negocio estallaría dentro de un año o dos si las cosas «seguían presentándose tan bien».

Todo se producía con la misma exactitud de cada noche, y Susan escuchaba y atendía a sus obligaciones con tranquila serenidad. Pero de pronto, Mark fijó en ella su mirada.

—¡Caramba! —exclamó—. No escuchas una palabra de lo que estoy diciendo y, además, no comes. Parece como si no estuvieses aquí.

—Sí —se apresuró a responder la joven—. Estoy aquí... Mark, ¿te importaría que tomase algunas lecciones de modelado?

—¿Por qué va a importarme? —repuso alegremente Mark—. Haz lo que te guste. Te divertirá, ¿no es así?

—Sí —se limitó a responder Susan.

—No sales bastante de casa —siguió diciendo Mark con acento amable—. No te sucedería eso si fueses de visita a casa de tus amigas. ¿Cuándo vas a visitar a Lucile?

—¡Oh, no! No tengo la menor gana de hacer visitas —repuso Susan.

—Entonces —concluyó Mark generosamente—, puedes ir donde gustes.

—Tendré que pagar las lecciones —murmuró la joven.

—Muy bien —repuso Mark con indiferencia.

No habían vuelto a hablar de dinero desde el nacimiento de John. Mark no preguntaba nada, limitándose a entregar a Susan cuanto ganaba, excepto cinco

dólares que se reservaba para su gastos. No quería saber lo que ella hacía con el dinero, así que ignoraba si lo que entregaba a su esposa era o no suficiente. Tampoco sabía lo que, si no era bastante lo que él le entregaba, tendría que añadir Susan de lo suyo. Aquella noche, Mark habló más de lo que tenía por costumbre, y Susan permaneció escuchando y escuchando.

—Así que, como te iba diciendo, Susan, el patrón...

Su voz siguió sonando una y otra vez en los oídos de Susan en tanto ella le miraba a la cara. Quizá estuviera un poco más delgado, y sin duda se quedaría calvo antes de que se hiciera viejo.

Al día siguiente procuraría encontrar alguien que pudiera quedarse con John durante un par de horas dos veces por semana, una muchacha que no fuera conocida en la calle, una extraña al barrio que no dijera nada porque nada le importase. Iría a una agencia de colocaciones.

Terminada la cena, Mark la ayudó a quitar los platos y a fregarlos, y de pronto exclamó:

—No me has besado todavía desde que he venido a casa. Los dos hemos estado tan atareados con el niño...

La tomó en sus brazos y Susan permaneció en silencio mientras Mark la apretaba contra él. La joven sintió un impulso de separarse, de suspirar y decir: «¡Oh, Mark, estoy cansada!». Pero Mark, tan indefenso como un niño, había enterrado el rostro en el cuello de ella, apoyando la cabeza en su hombro, y entonces Susan le abrazó con todas sus fuerzas. Sí, ciertamente, le quería mucho.

—¡Oh, Sue! —exclamó Mark sin aliento—. Tú haces que valga la pena el pasar todos los inconvenientes del día.

Allí, abrazados estrechamente, Susan no dudó de que era cierto lo que acababa de decir su marido. Ella no debía olvidar jamás cuánto representaba para Mark, cuánto le amaba él y cuánto le amaba ella.

Susan encontró una mujer inglesa de aspecto asustado y rostro pálido, y la contrató para que fuera a su casa dos veces por semana a tener cuidado de John. La joven había contemplado el grupo de mujeres y muchachas que pasaron rápidamente ante ella mascando goma y vestidas con trajes chillones, hasta que vio un par de tímidos ojos de tono azul pálido en un delgado y blanco rostro.

—Me gustaría hablar con ésa —dijo Susan a la corpulenta mujer que estaba sentada tras la mesa escritorio.

—Venga usted aquí, Jane Watson —exclamó la encargada.

Jane Watson se adelantó. Iba vestida con un traje negro de algodón, llevaba guantes del mismo color y género, y un paraguas.

—La señora desea una mujer dos veces a la semana para que cuide de un niño.

—¡Oh, sí! —exclamó Jane Watson con calor—. Me gustan mucho los niños.

—Su marido hace poco que murió —dijo la encargada a Susan—. Antes no había trabajado nunca. Tendrá usted que tenerlo en cuenta.

De esta forma entró Jane en la casa, deslizándose como una sombra dos veces a la semana; colgaba sus cosas en el armario de la cocina y se ponía un delantal blanco sobre su traje negro. Era tan callada y silenciosa como una muda, pero ni una sola vez falló, y era una presencia en la casa, un guardián a la que Susan podía confiar la parte de su vida encuadrada por las cuatro paredes de su casa, mientras ella volaba por la calle para vivir la otra parte.

—¿Dónde te metes? —le preguntó un día Lucile—. Ven alguna vez a casa, Susan. ¡No te he visto en todo el verano!

Susan se limitó a mover la mano y a sonreír.

—No tardaré en ir —prometió.

Y un día se detuvo a visitar a Lucile. Pero ahora se daba prisa en marcharse, pues su corazón la impulsaba lejos de allí. De pie en el pórtico, Lucile, con una expresión de extrañeza en su lindo rostro, vio alejarse a Susan.

A veces, David Barnes estaba en el gran estudio que había sido el salón de baile de los Greinger, pero otras no se encontraba allí. El hecho, sin embargo, no representaba diferencia alguna, pues Susan había empezado a trabajar sobre su antigua idea de la fuente. El escultor dejó escapar un silbido al saberlo.

—¡Una fuente! —dijo con un bufido—. ¡Una fruslería de jardín!

—Siempre he deseado ver lo que yo podía hacer con agua y piedra reunidos —murmuró Susan un tanto avergonzada—. Pero si usted cree...

—Haga lo que guste —replicó el escultor—. ¿Qué importa lo que yo piense?

Así, sin cambiar ninguna otra palabra con el escultor, Susan dio comienzo a la fuente, en la que habría un adolescente con las manos juntas formando cazoleta para coger el agua, que brotaría con fuerza de una roca. Pero la figura del muchacho la preocupaba un tanto. Necesitaba un modelo y carecía de él. Sólo conocía las líneas del cuerpo de Mark, y recordándolas, empezó a hender el bloque de mármol que había elegido en el taller del escultor.

Hasta entonces sólo había trabajado con barro, pero de súbito, cual una red insaciable, se posesionó de ella el deseo de esculpir en lugar de modelar. Se había pasado horas observando cómo David Barnes esculpía su titán, hasta que al fin exclamó:

—Tengo que trabajar en piedra. Me equivoqué al hacerlo con otra cosa.

—¡Hum! —gruñó el escultor—. El barro es más fácil, especialmente para una mujer.

—No tengo dinero para comprar piedra —continuó la joven—. Pero seguramente podría vender la fuente por bastante dinero cuando estuviera terminada.

—Elija un trozo de mármol de los que hay ahí —dijo el escultor—. Ya me lo pagará usted. Es el mejor mármol que existe. Me lo proporcionó Kinnaird. ¿Conoce usted a Kinnaird?

—No —repuso Susan.

—Es mármol para hombres —afirmó el escultor.

Barnes la había llevado de un bloque al otro.

—Elija uno —dijo de nuevo—. Pero no vaya demasiado de prisa. Siéntalo primero, observe su calidad y sus colores. Un bloque es distinto del otro. Algunos son fríos, otros tienen una vena de podredumbre en el corazón. Ha de correr usted el riesgo.

Durante horas. Susan caviló junto a las piedras, estudiando detenidamente cada bloque. Finalmente, eligió un pequeño y cálido bloque blanco, y apoyando en él la mano, preguntó al escultor:

—¿Había elegido usted ya éste?

El escultor movió la cabeza para decir que no y continuó con su trabajo, enviando por encima de su cabeza una lluvia de pequeñas partículas. Hacía años que trabajaba en los titanes, y aquél era el décimo, la figura de Galileo. Un día tendría un museo de Historia esculpida en piedra.

Titubeando, luego de haber observado al maestro, Susan empezó su propia escultura.

Al principio el trabajo resultó bastante fácil y sencillo. Veía con toda claridad, a través del mármol, la figura que deseaba hacer. La joven hizo un esbozo de la obra, más tarde una docena, y finalmente, bajo la mirada irónica del escultor, terminó un completo y exacto dibujo de la figura que pensaba esculpir.

—¡Esbozos, esbozos y esbozos! —murmuraba para sí el escultor—. Un esbozo no es otra cosa que pereza. Haga realmente lo que desea.

Susan lo había dibujado con el mayor cuidado, y al verlo, Barnes exclamó:

—El cuerpo de la figura es demasiado tieso. Es el cuerpo de un empleado de Banco, de un agente de seguros o de un vendedor. Es un verdadero funcionario del Estado, un crítico o un sargento de la Armada. No puede usted hacer fuentes con tales individuos —concluyó secamente.

Pero Susan no sabía dónde encontrar otro modelo, así que empezó a desbastar el bloque de mármol. De pronto se sintió insatisfecha del boceto que había dibujado. Dejó el martillo y el cincel y contempló largo rato la figura dibujada. Era exactamente igual al cuerpo de Mark, y Mark no era de los que se agachan para coger agua de un manantial. ¿Dónde podría encontrar ella un cuerpo de muchacho, un muchacho que todavía no fuera un hombre, un muchacho guapo y ligero? No allí, en su ciudad. Sus convecinos la tomarían por loca.

—¿Qué le sucede? —preguntó el escultor deteniendo el rápido ritmo del cincel.

—No dispongo del cuerpo que necesito —repuso la joven—. No me atrevo a esculpir la figura en el mármol hasta que la vea con mis propios ojos. No me gusta eso.

Y partió el dibujo en dos mitades.

—¿Y por qué no busca usted lo que desea? —preguntó Barnes.

La joven no podía decir que ignoraba cómo hacerlo. Podría llevarlo a cabo de un modo u otro. ¿Qué importaba lo que pensara la gente? Pagaría a un estudiante de la pequeña y olvidada Universidad. Todos eran pobres. Pero Susan no podía imaginarse a ninguno de ellos en posesión del bello cuerpo que necesitaba, pues todos eran hijos de gente pobre. Además, vivía en la ciudad. En aquel instante oyó un ruido de pisadas de caballo al pie de la antigua y estropeada terraza. Michael saltaba del caballo y subía los escalones. El escultor y Susan se miraron.

—¿Por qué no? —exclamó desenfadadamente David Barnes—. ¡Michael, Michael! —gritó.

La puerta se abrió de golpe y Michael asomó la cabeza.

—¡Hola! —dijo cortésmente—. Escuche, Susan. Mi madre desea verla. Una amiga suya quiere que le haga usted el busto de su hijo.

—No puedo aceptar ningún encargo ahora.

—Entra de una vez y desnúdate —le ordenó Barnes—. Susan necesita que le sirvas de modelo.

Michael entró con una sonrisa en los labios y, obediente, se quitó el cinturón y la camisa de cuello abierto, y de dos puntapiés lanzó al aire sus zapatos, quedándose descalzo, pues no llevaba calcetines.

—No podré estar mucho tiempo —dijo con acento amable.

—Estarás por lo menos media hora —replicó Barnes—. Vamos, Susan Gaylord, empiece.

—Colóquese como si se hubiese inclinado para coger con las manos el agua que brota de una roca —dijo Susan.

Michael se inclinó con gracioso movimiento, poniendo las manos en cazoleta como si fuera a beber agua.

—¡Dios, qué sed tengo! —exclamó con los labios entreabiertos—. Hace mucho calor. Barnes, quiero terminar su retrato. Tendrá que venir a posar para mí al atardecer.

—¡Maldito cuadro! ¡Parezco un mono sentado entre pálidas velas encendidas! —dijo con un gruñido—. Cada vez que lo contemplo temo que mi barba sea alcanzada por las llamas.

—Le esperaré —repuso sonriendo Michael.

Susan no los oía. Tratava de captar cada una de las líneas de aquel duro y juvenil cuerpo, de la hermosa cabeza vuelta hacia un lado. Pero ella conocía ya aquella cabeza, aunque la de ahora era más ancha, diferente, había cambiado. Y sus manos... Debía procurar hacerlas bien. Sus rodillas, gracias a Dios, eran suaves y derechas como las de una muchacha. Además, Michael tenía las caderas estrechas. Susan miraba al joven viendo ya su cuerpo trasladado al mármol, su cabeza en mármol, la curva de su cintura y de sus flexionados muslos en mármol. Aquél era el cuerpo que debía surgir del bloque de piedra. Apartó la mirada del modelo y empezó a trabajar en el mármol, dándole la forma que buscaba. Cuando de nuevo miró alrededor y cesó

el ruido del mallete, en la habitación se hizo un profundo silencio. No supo el tiempo que había permanecido sola, pero el amarillo sol de la tarde se extendía a lo largo de la terraza. Debía volver rápidamente a su casa.

Pero el mármol ya no era un simple bloque de piedra. De él empezaba a brotar una cálida figura humana. Aturdida, volvió a coger el cincel, pero lo dejó de nuevo... Debía regresar a su casa para meter a John en la cama y hacer la cena a Mark. Era el trabajo que le correspondía hacer en aquel momento.

Cuando Mark llegó a su casa aquella noche, la cena ya estaba lista y John, bañado y con la ropa de dormir, terminaba de cenar. Mark jugó un poco con su hijo y luego él y Susan subieron para meterle en la cama, volviendo a bajar para cenar. Mark, como de costumbre, contó lo que le había sucedido durante el día. Cuando hubo contado todo lo que recordaba, añadió alegremente:

—¿Te has divertido en tu lección?

—Sí, me he divertido —contestó la joven.

—¿Y qué has hecho? —preguntó Mark.

—He estado picando piedra durante toda la tarde como un presidiario.

Mark se echó a reír y ella le hizo coro, y debido a las risas el joven no cayó en la cuenta de que Susan no daba más explicaciones sobre lo que había hecho aquella tarde.

El verano llegó a su término sin que Susan se percatara de ello. Jane acudía cada vez más temprano y se marchaba más tarde, y cuando Susan regresaba a casa al atardecer, siempre con prisas, pues era tarde, encontraba la verdura lavada y la mesa puesta, y a John bañado y cenado.

—No tenía en qué emplear el tiempo, señora —decía Jane en son de disculpa—. Algo tenía que hacer para distraerme. No necesita usted pagarme más de lo convenido.

Y Susan, como sabía que la casa y John estaban atendidos, se quedaba en el estudio hasta el atardecer, mientras duraba la luz, con la sola preocupación de que Mark la encontrara en casa cuando llegase de su trabajo. Michael posó varias veces más, hasta que la joven se supo su cuerpo de memoria, y partiendo del cuerpo del joven, hizo la figura más esbelta, más joven todavía que la del modelo, de modo que el muchacho del grupo no era Michael, sino un producto de la imaginación de la joven. Durante todo este mismo tiempo, David Barnes permaneció tras ella, aunque afectaba no prestar mucha atención a lo que la joven hacía.

Pero sí miraba, vigilando a Susan a la vez que continuaba su propio trabajo. Permanecía silencioso o bien gritaba de súbito, furioso porque Susan había trazado una línea equivocada o cometido un desliz con el cincel. Pero nada le ponía tan furioso como ver que a Susan le faltaba el aliento.

—¡No está usted haciendo un maldito objeto de adorno! —gritaba—. ¡Usted no

es una artista de las que hacen artículos para regalos! ¡Apriete ahí, apriete! ¡Recto, fuerte y claro!

El escultor no tocaba la figura, ni siquiera para mostrar a Susan lo que quería decir. Pero no tenía misericordia con ella, y por ser mujer no le ahorra el menor esfuerzo.

—¡Olvide para siempre que es usted mujer! —exclamaba—. ¿Quiere? Haga una línea más profunda, más firme. ¡Así, así, así!

Susan, apretando el cincel, iba bajando el brazo.

—No me haga usted oír ningún tintineo —gritaba con expresión salvaje el maestro—. Cuando se llega al sitio que se ha de llegar, se siente como si el cincel fuera la yema de nuestro propio dedo. ¡Es un músculo lo que se desea!

Por la noche, los hombros le dolían a Susan al extremo de no dejarla dormir. Pero no quería que tuvieran compasión de ella porque era una mujer.

Cuando la fuente estuvo terminada, el maestro la contempló con mirada distraída.

—Es bastante buena para ser su primera obra —dijo—. Pero necesitará usted aprender anatomía. Usted ha fotografiado un cuerpo con toda exactitud y nitidez. Pero dentro no hay un esqueleto. Cuando este otoño vayamos a París le enviaré a un amigo mío, un cirujano, que fue el que me enseñó cuando yo era un pipiolo como usted. Estuve a su lado hasta que pude realizar una operación de cierta importancia. Tiene usted que conocer el interior del cuerpo humano o, de lo contrario, no hará más que fotografías en piedra.

Susan permanecía en pie, escuchando. La fuente que le había parecido tan bella unos minutos antes, tan semejante a su idea primitiva, resultaba sin el menor valor.

—¡Véndala, véndala! —añadió el maestro con acritud—. Es lo suficientemente buena para venderla.

—¿La firmo? —preguntó humildemente Susan.

—¡No! —exclamó el escultor—. No es lo bastante buena para eso.

La fuente fue adquirida por la señora Vanderwelt, que pagó quinientos dólares por ella. Y cuando fue colocada en su sitio, ante el oscuro boj, Susan experimentó cierto entusiasmo por su obra.

«Aunque no sea perfecta, es mía», se dijo. Y grabó su nombre, con trazos pequeños y profundos en la palma de las extendidas manos. Si años más tarde se avergonzaba de aquella obra, la erosión del agua en las manos habría borrado el nombre.

—No firme nada —dijo el escultor un día de agosto— hasta que haya pasado usted dos años en París. Entonces, si yo estoy satisfecho de su trabajo, podrá empezar a firmar. Pero mientras tanto, será usted incapaz de distinguir lo bueno de lo malo. Al principio todo le parecerá a usted bello, sublime. Tendrá usted que aprender a darse cuenta de lo que haga mal.

—No he dicho todavía que piense ir a París —repuso tranquilamente Susan—. La verdad es que no puedo ir.

Aquel día, el escultor estaba trabajando en su Leonardo da Vinci, su undécimo titán. Un hombre, a quien la joven no había visto nunca, posaba para David Barnes. Susan se preguntó para qué querría el modelo, pues no parecía mirarle nunca. Barnes había dicho al hombre: «Paséese, lea, haga lo que le venga en gana excepto hablar. No quiero oír su voz, ni saber nada de lo que usted piensa. Le pago por su cuerpo. Su espíritu no me interesa. Tengo el mío propio para infundirlo en su cuerpo».

Al oír a la joven, Barnes se volvió hacia ella, que se dedicaba a dibujar los detalles de una pierna, y gritó:

—¿Qué estás haciendo? Ya he escrito a mi maestra hablándole de usted. Quiero que me dé su opinión sobre usted antes de perder más tiempo. Si sólo sirve usted para modelar, no quiero nada con usted. Esculpir es lo único que vale la pena. Su fuente no me decía nada. Es demasiado bonita. Lo mismo podía haber sido hecha de barro.

—Tengo marido e hijo —murmuró Susan.

El escultor le volvió la espalda y estuvo trabajando en su titán por espacio de quince minutos. Pero a poco miró por encima de su hombro y dominando con su voz el ruido que hacía al trabajar, gritó:

—Cualquier mujer puede tener marido e hijos. ¿Qué tiene eso que ver con usted?

No volvió la cabeza para mirarla, pero pareció como si hiciera una pausa en espera de la respuesta, aunque fingía estudiar una línea antes de continuar.

—Quiero a mi marido y a mi hijo —repuso con voz clara Susan.

El escultor tornó a martillear fuertemente y dejó de hablar. Al oscurecer, la joven se marchó un poco antes que de costumbre.

—Adiós —dijo.

Pero Barnes no le contestó.

Estuvieron enfadados hasta el final del verano. Pero al maestro se le pasó el enfado cuando vio que Susan no le tenía miedo. Entonces empezó a hablarle en tono amable, explicando las razones de su proceder.

—Susan, he conocido a muchísimos alumnos, pero nunca hasta ahora encontré ninguno que poseyera el auténtico don. Usted lo posee. Aunque quiera, no puede desperdiciarlo. No puede arrojarlo por la ventana. Está en usted, dentro de usted, es usted. Si en su ignorancia se casó usted muy joven y tiene un hijo, eso no la autoriza a despreciar el don que un dios loco le ha concedido.

—Puedo transmitirlo a mi hijo —repuso Susan.

El escultor hizo un gesto de cólera, a la vez que tratataba de dominarse.

—Escúcheme, Susan. ¿Está usted de acuerdo en que yo sé más que usted?

—Sobre ciertas cosas, sí.

—Sobre una cosa: mi oficio.

Jamás decía arte, pues odiaba la palabra.

—Sí —contestó Susan—. Sobre esa única cosa, quizá sí.

—Por lo que a mí respecta, esto es lo único que me interesa —replicó Barnes—. Y lo mismo le sucede a usted, aunque lo ignore. Déjeme decirle algo. No puede usted

transmitírselo a su hijo: ¿Quién se lo transmitió a usted? ¿Hubo por casualidad algún escultor en su familia? ¿O al menos un pintor?

La joven negó con la cabeza, y antes de que pudiera despegar los labios, el escultor volvió a bombardearla con sus palabras.

—No, nadie se lo transmitió a usted. Puede usted continuar y llenar su casa de chiquillos, pero no serán mejores que los de cualquier otra mujer. Ni siquiera será usted para ellos una buena madre. Una mujer como usted no es nunca buena madre. Piensa usted demasiado en estas cosas.

—Yo puedo ser una buena madre —dijo Susan con expresión ceñuda.

—No se figure usted que yo no entiendo sobre la cuestión de los hijos, sí, entiendo, y mucho por cierto —siguió el escultor—. Los he tenido. Tres chicos y una chica, y ninguno de ellos sabe cómo se coge un cincel, ni desea saberlo.

—¿Y su madre?

—Sus madres querrá usted decir, pues son tres —dijo con ironía David Barnes—. Tres mujeres diferentes, y los hijos son todos iguales.

Susan no contestó ni dijo nada más sobre aquella cuestión. ¿Qué sabía aquel hombre de la pequeña casa situada cerca del bosque, al final de una calle iluminada, de la seguridad del amor de Mark, que le decía que ella sola hacía que valiera la pena de vivir las aburridas y monótonas horas del día en espera de la noche? Si fuera a París... Pero ella no iría a París mientras tuviera a John esperándola, tibio, limpio y sonrosado en su silla alta de la cocina. No, no podía ir.

Al terminar el día, Susan estaba siempre segura de que no iría a París. Pero por la mañana, cuando barría y limpiaba la casa, se decía que hubiera sido mejor no tener en el Banco los quinientos dólares que le dieran por la fuente. Y David Barnes sabía que los tenía, si bien no quiso cobrarle nada por el bloque de mármol. Un día que intentó pagarle, él le contestó irritado:

—No deseo su dinero. Guárdelo. Dispongo de todo el que necesito.

—Sus hijos... —empezó a decir la joven, pero se interrumpió.

—¡Diablos! No les doy nada.

—¿Que no les da usted nada a su hijos? —preguntó Susan.

—No los quiero.

—Usted los tuvo —repuso Susan con acento de reprobación.

—Yo no. Sus madres fueron las que los tuvieron.

Primero sonrió y luego rompió a reír a carcajadas.

La joven le miró un instante, incrédula, sorprendida ante aquella falta de sentimientos en un hombre que amaba la belleza con tan apasionado anhelo.

—¿Dónde están? —preguntó Susan.

—No lo sé —contestó Barnes.

Hablaba con entonación indiferente, pero sus ojos se animaron de súbito.

—¡Vea, Susan, vea! —exclamó. La joven siguió con la mirada la dirección que señalaba el dedo del escultor el cual apuntaba hacia un tosco ángulo del mármol—.

Por eso se inclina la cabeza. No lo había visto hasta ahora.

Su rostro estaba en tensión, completamente absorto en lo que había descubierto, y aunque hacía un momento Susan había sentido un profundo odio hacia él, se inclinó para mirar.

—El mármol falla hacia la curva —murmuró la joven.

—Eso es —repuso el escultor—. ¿Lo ve usted?

Susan asintió. Se miraron el uno al otro con perfecta comprensión, olvidados de todo lo que les había impulsado a discutir.

Pero siguieron discutiendo al día siguiente, pues quedaba el asunto del dinero en el Banco. Susan no podía decir: «No tengo dinero»; ni tampoco añadir: «Quiero gastarlo en mi familia, lo necesitan», pues la joven no sabía mentir. Lo que hizo fue decir simplemente:

—No puedo ir a París porque nadie lo comprendería: ni mi marido, ni mi madre, ni mis amigos. Ninguno comprendería —y añadió—: Nadie excepto mi padre.

—¡Cómo! ¿Qué es eso? —gritó el escultor retorciéndose sus manchadas y toscas manos—. ¿Qué diablos importa si lo entienden o no?

Temblaba de ira, pero de pronto se contuvo y tomó asiento. Entonces, inclinándose hacia delante y apoyando las manos en las rodillas, empezó a hablar con voz persuasiva:

—Susan, ¿no significa nada para usted el que pueda llegar a ser una gran figura de su generación o quizá de todas las generaciones? Pero, no. No debo decírselo así. Susan, existe en usted un profundo deseo, más profundo que el del amor y el de la compañía de su marido, más profundo que el de la maternidad. Es el deseo de crear, a la manera peculiar de usted, las cosas que siente y ve. Nadie puede hacerlo si no es usted. Usted nunca será feliz, ni siquiera como mujer, a menos que satisfaga ese deseo. No, espere; no es usted la que ha de hablar. No le haré más preguntas. Vea, tenía esto para usted. Tres de setiembre. No es para mi barco. Yo me voy la semana que viene. Conozco demasiado las murmuraciones de la gente. Pero usted me dirá algo antes de que yo me marche. No, ahora no quiero oír ni una palabra más.

El escultor se puso en pie y salió de la habitación. Susan entonces cogió el sombrero y se encaminó a su hogar. Al pasar vio a Lucile en el pórtico de su casa, con su tercer hijo en el regazo. Susan se detuvo un momento y subió los escalones. Era un niño.

—Después de todo me alegro que sea un niño —dijo Lucile con acento de orgullo y de descontento a la vez—. Las mujeres lo pasamos tan mal en este mundo, que no me gustaría traer más a él.

Susan se inclinó sobre el pequeño, serio y sonrosado rostro con una sonrisa en los labios, y deslizando sus manos bajo el cuerpo del niño lo apretó contra ella. ¿Qué había en el cuerpo de un niño que se abrazaba? Permaneció inmóvil un instante, confusa y ganada por el sentimiento. Devolvió el niño a su madre, besó la mejilla de Lucile y se marchó antes de que pudiera ver la sorpresa que se reflejó en el rostro de

su antigua amiga. En el extremo de la calle estaba su propia casa esperándola. John sonreiría cuando ella entrara en la cocina y Jane se apresuraría a decir con voz dulce: «Ha sido muy bueno, señora. ¿Me quedo y le sirvo la comida? Lo tengo todo a punto». Luego llegaría Mark... La joven echó a correr y subió rápidamente los escalones con el corazón rebosante de contento por encontrarse allí.

Susan no compareció por el estudio del escultor durante una semana, pero él no le escribió ni pareció darse cuenta de la ausencia. La joven se decía a sí misma que era muy feliz, muy feliz en su hogar. Un día antes de la fecha que David Barnes había elegido para marcharse, Susan fue una vez más a la vieja casa para despedirse de él. Allí le encontró, trabajando solo. Susan entró, como hacía siempre, por la puerta que se abría sobre la terraza. Barnes estaba arrodillado ante el titán, con la luz de la tarde dando de lleno sobre la figura. Martilleaba rápidamente, seguro de su creación, y Susan, al verle, sintió que su pequeña casa se derrumbaba en su interior.

—¿Y bien? —preguntó Barnes al notar que la sombra de Susan se proyectaba sobre el mármol de la estatua.

—He venido sólo para despedirme —repuso la joven.

Sabía perfectamente lo que debía decir.

—¿Así que no viene usted? —preguntó el escultor con voz apagada, tan apagada como la que se emplea ante uno que se está muriendo o que es ya cadáver.

Susan hizo un movimiento negativo con la cabeza y Barnes se puso en pie, dejando a un lado las herramientas y acercándose a la mesa, donde escribió una dirección en un trozo de papel.

—Si alguna vez se da usted cuenta de su error —dijo—, puede escribirme aquí. Pero no me escriba para nada más. No siento ningún otro interés por usted.

E inmediatamente volvió a su trabajo, cogiendo las herramientas y arrodillándose de nuevo ante el titán.

Susan regresó a su casa a través de la luz de la tarde, pero no sabía si era de día o de noche. Conservaba en la mano el trocito de papel, y una vez en su casa subió la escalera hasta el desván, colocando el papel bajo la estatua del niño que nunca había terminado. Luego permaneció un rato inmóvil, contemplando la quieta y vacía habitación. Estaba más vacía que nunca, y siempre estaría lo mismo. Mientras permanecía allí absorta oyó los pasos de Mark en el vestíbulo y su voz que decía:

—¡Susan, Susan! ¡Hoy he llegado más pronto a casa!

La joven bajó dando saltos la escalera y se arrojó en sus brazos.

—¡Mark, Mark, Mark! —gritó una y otra vez apretándose contra él.

—¿Qué es esto, Susan? —exclamó Mark, asustado.

—¡Oh, Mark! —dijo, y luego, sonriendo, se echó hacia atrás y se limpió los ojos—. No te esperaba tan temprano. Nunca me he sentido tan contenta de verte como hoy.

—¿Pasa algo? —preguntó Mark todavía sorprendido.

—¡No, no! —se apresuró a responder Susan—. ¡Es que te quiero, que te quiero mucho!

Se apretaron el uno contra el otro y se besaron como no lo habían hecho en muchos meses. Y aquella noche, Susan se volvió a él en la oscuridad y dijo:

—¡Mark, es tiempo de que tengamos otro hijo! ¡Quiero tener otro hijo!

Mark, caviloso y asustado, repuso:

—¿Estás segura de que lo quieres, Sue?

Y Susan contestó con firmeza:

—Segura, Mark.

Susan durmió sin pesadillas, despertándose cuando ya el sol entraba a raudales en la habitación. Cuando Mark se marchó, la joven se lanzó a arreglar la casa con un entusiasmo y un placer que por el momento la satisfizo plenamente. Se sentía tan satisfecha como un hambriento que hubiera comido hasta saciar su hambre. Subió alegremente la escalera y empezó a volver colchones y a mullir almohadas. Barrió, fregó, quitó el polvo, y más tarde, sentada en los alféizares de las ventanas, se dedicó a limpiar los cristales de las mismas, mientras su cabello flotaba al aire de otoño. Trabajaba con entusiasmo y verdadera alegría, deleitándose en su tarea, en la limpieza, en el orden. Sin embargo, durante todo el tiempo sólo una parte de sí misma parecía actuar, y ella lo sabía. Corrió escalera abajo cuando John apareció a las doce cogido de la mano de Jane, que traía las mejillas arboladas y los ojos inundados de una paz interior.

—Leche y pan —pidió el niño.

—¿Se lo doy yo, señora? —preguntó Jane.

—Hoy se lo daré yo —repuso Susan.

—Volveré esta tarde —dijo Jane, y se marchó cerrando la puerta suavemente tras ella.

Sola con el niño, Susan le lavó, le sentó en su silla y le dio de comer. Mientras comía, John contó todo lo que había hecho aquella mañana.

—Hice una casa, una casa muy grande —dijo.

—¿Sí, querido?

La joven se dedicó al niño por completo, con verdadera adoración, sintiendo hacia él un profundo y doloroso cariño. Era tan hermoso como lo había soñado. Tenía los ojos como los de Mark y la boca como la de ella. Cuando el niño terminó de comer, Susan lo llevó a la cama y lo desnudó para que durmiera la siesta. Ya acostado, John la miró con los fieles y agradables ojos de Mark, y Susan se sintió desfallecer de amor. Pero incluso entonces, aun cuando deseaba ardientemente tener muchos hijos, sabía que una parte de ella esperaba otra cosa que no era aquélla. Desechó, sin embargo, este convencimiento y trató de envolverse en la sencilla y tibia

vida que había elegido.

Al llegar al final del verano, pensó, sintiendo una ligera pena, que echaría mucho de menos a David Barnes, a él y a todo lo que él le había dado en el enorme taller en que estaba convertido el antiguo salón de baile. La noche en que pidió a Mark otro hijo se sentía desolada en una parte de sí misma. Pero los días se deslizaron para ella felizmente, sin otro trabajo por delante que cuidar de la casa, de John y de Mark.

Mark había dicho con alegría:

—He estado muy ocupado este verano, muchacha. Ahora ya tendremos tiempo para hablar de nuevo. La gente no compra muchas casas en el otoño y en el invierno.

Mark no se había percatado de que ella también había estado muy atareada en algo que no tenía nada que ver con él. Mas por entonces logró un nuevo aumento de sueldo y se sintió feliz y floreciente, contándole con todo detalle a Susan cuanto le había ocurrido en los últimos tiempos. Sentados ante la mesa puesta o bajo la luz de la lámpara, Susan cosía y escuchaba llena de satisfacción. Sí, sí, se sentía muy contenta, excepto algunas veces a la hora del crepúsculo, entre dos luces, cuando el aire aullaba en el bosque. Arriba yacía John, bien abrigado y dormido. Todo marchaba a las mil maravillas. Estaban a cubierto de todo, y un día seguía al otro con el antiguo y seguro ritmo que ella había conocido siempre. Pero cuando oía el silbido del viento en la noche, sentía y sabía, sin que acertara a explicarse por qué, que existía algo más que aquello, aunque por el momento se considerase plenamente satisfecha. Incluso cuando ella y Mark subían la escalera, el brazo de él alrededor de la cintura de ella, y el de ella alrededor de la de él, podía ver que los corredores, anchos y vacíos, se extendían ante ella, y que conducían a sitios por los que nunca había andado.

Pero hasta a ella misma le parecía que era otra mujer. Para Navidad supo que iba a tener un nuevo hijo y sintió una inefable alegría. Se lo dijo a Mark, y su marido le tomó gentilmente una mano y se la estrechó.

—A veces me parece un sueño que seas la madre de mis hijos —murmuró—. Tengo la sensación de que podrías ser todo lo que quisieras. No soy bastante bueno para ti.

—No digas eso —contestó enfadada Susan—. No puedo explicarte lo mucho que me molesta el que digas eso.

—¿Aunque lo sienta?

—Aunque lo sientas no debes decirlo —le suplicó Susan.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Pero sí lo sabía. Tenía necesidad de sentirse igual a ella. La joven necesitaba experimentar la sensación de que existía una completa camaradería entre ella y su esposo. Pero cuando no tenía ante ella la presencia corporal de Mark o la de John,

Susan se sentía en el acto completamente solitaria. Muchas veces se preguntó si a otras mujeres les sucedería lo mismo que a ella, que le era necesario levantar una mano y tocar sólida carne, o bien mirarse en unos ojos, oír una voz, pues, de lo contrario, el mundo huía y ella se quedaba sola. Pero no se lo preguntó a ninguna mujer.

«De nada serviría preguntárselo —reflexionó—. Yo soy como me han hecho, y lo que sean las demás no hará que yo cambie».

Pero al mirar el porvenir bajo la influencia de aquel presentimiento que a veces sentía, veíase a sí misma caminando por espacios no alcanzados jamás en su vida. Pero siempre iba sola. Mark no la acompañaba, ni tampoco la acompañaba ningún hijo ni ningún amigo. Susan huía entonces de aquella visión en que se veía andando sola, y se entregaba con todo su ardor al claro presente que vivía. Aquella visión quizá no significara nada. Quizás en todas las vidas humanas los años por venir se aparecen más terribles que el claro presente.

Debía ser y era como cualquier otra mujer. Cocinaba, cosía, leía, tocaba el piano y escuchaba a Mark, tenía cuidado de su hijo John y empezaba a contarle los primeros cuentos, que el niño escuchaba con tanta atención como si los entendiera. Dejaba que Jane le hablase con triste placer de su vida de muchacha londinense, de la vida de una ayudanta de cocina en una gran mansión, cuyo dueño se había marchado al Canadá durante la guerra, pues era demasiado viejo para luchar, y habiéndose casado tarde, no tuvo hijos que dar a Inglaterra. Al fin decidió emigrar con todas sus hijas y su criados.

—Doce criados en total, señora —decía Jane con triste satisfacción—. Y a él por poco si le estalla una vena al ver que era demasiado viejo para ir a la guerra. Así que dejamos Inglaterra. También se llevó el coche y los caballos, pues pensaba que el traqueteo de los automóviles era malo para los niños. Tenía sus ideas, señora. Pero una vez aquí perdió todo su dinero, y entonces sucedió algo terrible. Hay que compadecer a los ricos cuando les sucede una cosa semejante. El pobre está acostumbrado a lo peor, señora. Pero resulta muy cruel para el rico verse reducido a la pobreza. Lo mejor es acostumbrarse a no tener nada. Debe una sentirse agradecida cuando se tiene algo.

Susan contempló el delgado y honrado rostro de Jane y se sintió culpable por tener tanto.

En enero, el cartero le trajo un fino sobre de color azul con el matasellos de París.

—¡Una carta, señora Keening! —dijo el hombre.

Era de David Barnes, y consistía en una sola pregunta que llenaba toda la página. «¿Por qué está usted desperdiciando todo este tiempo?», preguntaba con su negra letra, que cubría todo el papel azul.

La joven sonrió, hizo una pelota con la carta y la tiró. Su hijo nacería en junio. John estaba creciendo. Su hogar estaba perfectamente atendido y su jardín rebosaba de flores en primavera, de modo que los que pasaran por la calle creerían que las

brillantes flores, recortándose contra la madera, eran como banderas ondeantes. Como permanecía en casa todo el tiempo, sus antiguas amigas iban a verla y se sentaban en el sofá cerca del fuego o bien, ya en la primavera, tomaban asiento en el banco del jardín que había construido Mark y hablaban y chismorreaban, suspirando de vez en cuando ante el trabajo que tenían que hacer. Susan las escuchaba y sonreía, pero intervenía muy poco en las conversaciones. Aunque todas eran ya mujeres hechas y derechas, parecían seguir siendo las niñas que Susan recordaba, afanosas por hacer sus deberes, afanosas por juzgar, afanosas por hablar de películas. Susan las quería a la vez que sentía compasión de ellas, y hablaba con ellas de sus problemas, medio avergonzada al no tener nada que ofrecerles a cambio. El invierno se marchó y llegó la primavera, y Susan continuaba aferrada a su felicidad.

Lucile dijo con voz agradable:

—Me gusta mucho encontrarte en casa, Sue. El verano pasado, siempre que venía habías salido.

—Iba a tomar algunas lecciones —contestó Susan.

Estaba trabajando en un parterre de pensamientos y Lucile se había sentado sobre la hierba nueva, junto a ella.

—¿Qué es lo que estuviste haciendo? —preguntó Lucile, mientras aparecía en sus pequeños ojos azules una mirada de astucia.

—¿Que qué estuve haciendo? —dijo Susan ingenuamente—. Durante todo el verano estuve yendo a casa de David Barnes.

—Ya lo sabía —contestó Lucile—. Y he de confesarte que todos nos preguntábamos el por qué. David Barnes tiene la peor de las reputaciones.

—No sé nada de eso —replicó Susan.

—¡Oh, querida! —exclamó Lucile—. ¿Que no sabes nada sobre Vannie Blaine? Todo el mundo está enterado de que fue su amante. Por eso se separó de su marido. Dicen que estaba convencida de que Barnes acabaría casándose con ella. Pero no se casó, a pesar del hijo. Esa clase de hombres no son fáciles de sujetar con el matrimonio. Creo que los artistas no proceden como las demás personas.

—No sé nada sobre eso —insistió Susan.

Para ella, David Barnes era sólo un par de manos sensitivas, prestas, rápidas y fuertes. Era un cerebro que miraba a través de sus sombríos y oscuros ojos azules. Era una voz irritada que le gritaba tratando de inculcarle su propia vitalidad.

Jane llegaba en aquel momento a la verja.

—Tienes suerte al poder tener en casa quien te ayude —dijo Lucile al verla—. He de irme. El pequeño se despertará de un momento a otro. Me gustaría tener una criada. Mark debe de ganar mucho dinero.

—A Jane le pago yo —repuso Susan.

Pero se arrepintió en el acto de haber pronunciado aquellas palabras. ¿Qué importaba quien pagase a Jane? Pero sin duda a Mark no le gustaría que nadie supiera que él no podía sufragar todos los gastos de la casa.

—No podrás sostenerla —dijo Lucile con decisión—. Te darás cuenta de ello cuando tengas dos hijos. Sue, debes procurar no echar a perder a Mark. ¡Dios mío, si yo tuviera que ganar el dinero y además traer al mundo los hijos!

—Pues yo deseo tener seis —afirmó Susan sonriendo.

Bajo sus dedos, una corona de pensamientos amarillos formaba un alegre círculo.

—¡Estás loca de remate! —exclamó Lucile—. Yo tengo tres y no dispongo de un momento libre para mí. Bien, hasta la vista, Sue.

Sola de nuevo, la joven empezó a pensar en Lucile. La ciudad estaba llena de Luciles. Un poco más gordas, un poco más delgadas, viejas o jóvenes, se encontraban en todas partes. ¿Por qué se volvían las mujeres tan iguales unas a otras? O bien, si eran diferentes, se parecían a la madre de Mark, siempre silenciosa y solitaria, siempre sin amigos, o a Mary, seca y arisca a pesar de su juventud. Su propia madre era sólo una variante de Lucile, y todas las Luciles vivían de un modo infantil y vulgar, desconectadas de la vida real, pidiendo una romántica vida que sus desorientados y fatigados maridos no sabían cómo proporcionarles.

La noche anterior, Mark, apoyado en su hombro, había dejado escapar un suspiro.

—¡Eres tan sedante! —murmuró—. Me apoyo en ti de una forma u otra y siempre te muestras callada, sufrida y cordial. Jamás pides nada, Sue. ¿De veras eres feliz?

—De veras —contestó Susan.

Lo era porque cada momento de su vida era suyo. «No dispongo de un momento para mí», había dicho Lucile. Pero todos los momentos de la vida de Susan pertenecían a su vida. Aquel momento, por ejemplo, en que permanecía con las manos apoyadas en la suave y húmeda tierra, formaba parte de su vida. Una hora después estaría cocinando el almuerzo, y aquella hora también formaría parte de su vida.

Jane apareció en la puerta de la casa acompañada de John y pareció titubear.

—Quisiera preguntarle algo, señora —dijo.

—¿El qué, Jane?

—Cuando venga el pequeño, ¿me tomará usted para todo el día?

—No lo creo, Jane —dijo Susan amablemente—. ¡No tenemos mucho dinero y a mí me gusta hacer el trabajo de la casa!

—Creí que la señora se dedicaría de nuevo a la escultura.

Susan guardó silencio unos instantes.

—No sé —contestó al fin—. No puedo decidirlo ahora.

—¡Oh, bien! —contestó Jane—. Esperaré. Ya llegará el momento de hablar, señora.

Se inclinó y tomando la mano de John, atravesó con él la puerta de la verja, mientras el viento de la primavera pegaba su negra falda a sus delgadas piernas. Susan levantó entonces la cabeza y ante ella brilló de nuevo el antiguo relámpago de los largos y vacíos corredores. La calle, la casa, los árboles llenos de capullos se volvieron súbitamente tan irreales, como si estuviesen pintados en el telón de un

teatro. Pero la joven clavó resueltamente el azadón en la tierra y todo volvió a ser real a su alrededor, y de esa forma aquel momento también fue suyo.

El día diez de junio Susan dio a luz una niña, cuyo nombre había decidido por anticipado que sería el de Marcia. Y Mark, que andaba de puntillas para evitar el crujido de su zapatos, encontró sonriendo a su mujer.

—Tienes el aspecto de gozar de la mejor salud —murmuró—. Si alguien me hubiese dicho que eras una mujer que acababa de tener un hijo, me hubiera echado a reír.

Susan apartó una manta y mostró a Mark la niña recién nacida, que tenía el color oscuro y el cabello negro.

—Ahora ya poseo la técnica —dijo Susan sonriendo—. Sé exactamente cómo se hacen. ¡Prepárate, van a venir cuatro más, Mark!

—Tendré que luchar para ellos —contestó el marido.

Mark permaneció un largo rato contemplando el pequeño rostro de la niña, que se hallaba sumida en el más profundo de los sueños. Susan no le preguntó en qué pensaba, ya que no le importaba lo bastante para molestarse en preguntárselo. Además, lo sabía perfectamente. Mark no pensaba nunca cosas extrañas. La joven se dejó llevar por el sencillo contento que sentía y del que parecía estar impregnada. El doble instinto que había en ella estaba casi satisfecho, más satisfecho que se había sentido en muchos meses. Percibió la solidez de la forma de Marcia con un contento que no era sólo de madre. Se trataba de un bello y perfecto cuerpo, con todas las líneas en su sitio, y ella era la creadora de aquella forma humana. Sonrió, dejó escapar un suspiro y se quedó dormida.

Mientras esperaba apaciblemente a que le permitieran volver a su casa, Susan estuvo pensando hora tras hora en todo y en nada. Susan iba recibiendo en su interior todo lo que se detenía, como ave de paso, para alojarse en su cerebro. Vivía la pausa que sigue a la creación. Ya vendrían más tarde otros acontecimientos. Un día abandonaría aquella estrecha cama para volver a todo lo que había constituido su vida anterior, vida que ella sabía que le estaba aguardando. Pero hasta que llegara ese momento permanecía expectante, esperando. Su padre y su madre la visitaban todos los días, pero nunca juntos. Su madre hablaba poco. Tomaba asiento y cogía a Marcia entre sus brazos con sencillo placer, roto tan sólo para murmurar en alta voz, luego de haber contemplado durante un rato el rostro de la pequeña:

—Se parece más a Mary cuando nació que a ti.

Y el padre, mirando a la pequeña, dijo un día:

—Supongo que es como cualquiera otra niña. Sin embargo, aquí traigo un poema: «A Marcia, en su nacimiento». —Se aclaró la garganta y lo leyó en voz alta—. La cuestión es si te interesarán más los veinte dólares que podrían darme por él o el poema.

—¡Oh, prefiero el poema! —exclamó sonriendo Susan.

—Podrías tener ambas cosas —replicó el padre—. Mi lema es: «Saca lo que puedas de todo». De todas formas, no deja de ser preciosa la pequeña... Sue, cuando me jubile, pienso irme a los mares del Sur, esté o no de acuerdo con tu madre.

Susan rió de nuevo y cogió el poema. Desde que tenía uso de razón estaba oyendo hablar a su padre de aquel viaje a los mares del Sur. Siendo pequeña se había impresionado mucho ante semejante proyecto, pues su madre creía a su marido a pies juntillas y cada vez que le oía hablar de irse, exclamaba: «¡Oh, Danny! ¿Qué haré yo allí?». Y Susan, ante la alarma de su madre, temblaba de miedo. Pero los años pasaron y la madre cesó de dar importancia a lo que su padre decía.

—Lo guardaré entre las cosas que más aprecio —dijo Susan refiriéndose al poema.

El padre se sintió halagado, pero se limitó a gruñir:

—Yo tengo otra copia, de todos modos.

Mary se presentó el último día de la estancia de Susan en el hospital —acababa de regresar a la ciudad después del primer año pasado en el colegio—, y se inclinó sobre Marcia. Era una Mary nueva, con mucha madurez y personalidad, vestida con un traje azul oscuro, una blusa blanca y un pequeño sombrero oscuro.

—Parece saludable —dijo con indiferencia, y sentándose junto al lecho de su hermana, encendió un cigarrillo con visible ostentación—. ¿Ha dicho papá algo sobre mí? —inquirió de súbito enarcando las cejas.

Susan negó con la cabeza.

—Lo hará —aseguró Mary—. Está furioso conmigo.

—¿Por qué?

—Porque no quiero seguir estudiando en el colegio. Deseo colocarme. ¡El colegio resulta ahora tan burgués!

Lanzó una espiral de humo, luego otra y otra.

—¿Qué dice mamá? —preguntó Susan con cautela.

—¡Oh, mamá! —exclamó Mary—. No tiene una idea en la cabeza —y quitando la ceniza de su cigarrillo con la uña del dedo meñique, prosiguió—: Parece que yo no pudiera ser feliz más que quedándome quieta y casándome —continuó—. Pero yo deseo vivir mi vida.

Susan miró a Marcia, ahora cogida a sus brazos.

—Esto también es vida —dijo.

—¡Oh, bien! —exclamó Mary—. Pero no a mi manera. —Se puso en pie con movimiento nervioso. Era una muchacha alta, derecha, de tez morena, con un frío, claro y exacto perfil y la pequeña boca fruncida y roja. La forma y la expresión de su boca no había cambiado con los años. De niña tenía ya aquella boca. Ahora no era ni más grande, ni más llena, ni más apasionada—. Susan —continuó—, no me gusta pedirte favores. Pero si papá dice algo, respóndele que sé lo que me hago. ¿Lo harás?

—Si es cierto que sabes lo que te haces... —murmuró Susan con expresión

titubeante.

—Si no lo sé yo, nadie más puede saberlo —repuso Mary—. Bien, hasta la vista, Sue. Es una niña muy robusta.

Susan se sintió un poco fatigada después de que Mary se hubo marchado. Su hermana cansaba hasta al mismo aire que flotaba a su alrededor.

Un día o dos después, su padre dijo con triste acento, mirando a Marcia:

—Creo que hubiera preferido que Marcia hubiese sido otro muchacho. Las mujeres son muy difíciles de manejar en nuestros días. Tu hermana ha adquirido unas maneras demasiado modernas. Desea vivir su vida y marcharse a Nueva York y buscar trabajo allí. A un muchacho se le puede decir que se vaya al diablo, pero no a una muchacha. Y el resultado es que no sé qué hacer con ella.

Susan no replicó, pues ignoraba lo que podía decir. De súbito le acudió a la memoria el recuerdo de Mary tocando una tecla equivocada una y otra vez en el piano, con toda su determinación, ignorante de que estaba equivocada.

De esta forma chocaban con ella las vidas de sus parientes, que luego seguían su curso, y ella vivía atada a todos en parte y a ninguno de ellos en particular. Por fin pudo levantarse, y con Mark a su lado y llevando a Marcia en los brazos, regresó a su hogar. John y Jane estaban esperando en la puerta para darle la bienvenida. La casa la aguardaba también, a punto de recibirla, y Susan entró en ella contenta por encontrarse de nuevo en ella.

Pero en el preciso instante de traspasar el umbral, rodeada por la familiar y cordial atmósfera de la casa, su corazón tembló dentro de su pecho y algo se movió en su interior como Marcia se había movido antes de nacer, un ser confiado en sus entrañas, y sin embargo con vida propia. No se sentía inquieta por nada. Era feliz, pues su naturaleza estaba hecha para la felicidad, siendo absorbida con facilidad por cualquier objeto que tuviera ante ella. Una inesperada rosa amarilla que se abriera en el rosal del pórtico, era para ella tan absorbente como las noticias que había leído la semana anterior en el periódico a propósito de David Barnes, el cual había recibido una oferta de cinco mil dólares por su nuevo titán, Cristóbal Colón, que la ciudad de Nueva York deseaba comprar. Susan se mostraba tan encantada con todas aquellas cosas como podría estarlo con nuevas acerca del Polo Norte o con la aparición del primer diente de Marcia. Pero sabía, no tanto por raciocinio como por instinto, que podía gozar de una felicidad infinitamente mayor que la que ahora experimentaba al entregarse a lo que tenía a su alrededor, y que era capaz de sentir una paz más profunda que la que le deparaba aquella vida que estaba viviendo y con la que, sin embargo, se sentía contenta y satisfecha.

De su instinto surgía un movimiento tan ciego e inevitable como el instinto que lleva al árbol a dividirse en ramas y a las ramas en hojas. Aparte de su completa y perfecta felicidad, la joven empezó a sentir la necesidad de su propio crecimiento interior. Una vez, siendo niña y estando sentada en una iglesia, oyó a un sacerdote que hablaba del desamparado con estas palabras: «Dios prueba al que ama. —Y

añadió—: Las pruebas son enviadas para enseñar al alma humana y prepararla para cosas más altas». Pero Susan no había conocido penas en su vida. Mark era todo bondad y amor. Sus hijos gozaban de perfecta salud y no pedían nada, y los días no eran enturbiados por nada ni por nadie. Hasta Jane solía decir tímidamente: «Aprovéchelo todo mientras pueda, señora. Lo malo viene pronto». Pero todas aquellas cosas no significaban nada. Ella nunca se había visto ante la muerte y le parecía que la vida era interminable, sintiéndose contenta de ver las cosas así. Pues su contento era como tierra que nutre una semilla, la cual crecía saludable y emergía de la tierra. Y el mismo contento que sentía la impulsaba de nuevo a la creación, lo que se traducía en inquietud y desasosiego.

Tenía bastante quehacer, pero por mucho que tuviera, Susan sabía que dentro de ella conservaba una energía aún sin emplear, una función primaria no llevada a cabo. La joven empezó a sentir más allá de lo que su ojos veían. En la forma de un árbol azotado por el viento, en John montando las casitas de la caja de construcción, en Jane inclinada sobre los cacharros de la cocina, en Jane levantándose para contestar a una pregunta de ella hecha desde la puerta, en Jane sobresaltada limpiándose apresuradamente las manos en el delantal. Jane... Jane... Jane carecía en absoluto de curvas. Su cuerpo estaba trazado tan simplemente como una losa de granito, y, sin embargo, cada una de sus líneas no había nacido así, sino que fue hecha desde el interior de Jane; su recta y triste boca, su estoica barbilla, sus nudosas manos, sus delgados y fuertes hombros, sus planos pies de inglesa.

—¡Jane! —gritó un día Susan en la puerta de la cocina.

Jane, sobresaltada, levantó la vista de lo que estaba haciendo y empezó a limpiarse las manos en el delantal.

—¿Qué desea, señora?

John estaba jugando en el jardín bajo el sol del verano y Marcia dormía en su cuna.

—¿Señora? —repitió Jane.

—¿Qué está usted haciendo, Jane?

—Lavando los cacharros, señora.

—Entonces venga arriba conmigo.

Susan oyó los pesados y grandes pies de Jane detrás de los suyos escalera arriba. Jane se quedó en la puerta del desván, sin cesar de limpiarse las manos y los mojados brazos, mirando con ansiedad a Susan.

—¡Quédese usted ahí, no se mueva! —le ordenó Susan.

Había sorprendido de pronto a la Jane esencial levantando la vista de los cacharros y marmitas, temerosa, asustada, humilde, viviendo un momento tras otro en la casa de una mujer feliz, gozando en ella una tímida y preciosa paz prestada por unos instantes a su turbada y trágica vida. Jane miraba a Susan con ojos asustados y suplicantes, de acuerdo con su mirada habitual, y Susan, preparando rápidamente el barro, empezó, bajo un impresionante silencio, a dar forma a la figura con hábil y

seguro movimiento para perpetuar aquella criatura que tenía ante sí. Hacía tiempo que venía incubándose en ella aquel extraño anhelo. Sus manos no olvidaban la habilidad que le prestaba el deseo de hacerlo. Durante los meses transcurridos, aquella habilidad no había sido empleada en nada ni tampoco sintió la necesidad de ello. Pero aquella mañana surgió de pronto, más fuerte que nunca, con mayor deseo que nunca de que la hicieran servir. Susan trabajaba con gran rapidez en tanto que la expresión de los ojos de Jane era cada vez más asustada, aunque no decía nada. Susan tarareaba con una especie de ferviente bisbiseo: «¡Oh, eso será — la gloria para mí!».

El tiempo pasaba y Jane empezó a hacer movimientos que trataba de dominar. Susan, vuelta por un instante a la tierra, gritó:

—¡Está usted cansada! La he tenido posando demasiado tiempo. ¿Qué hora es?

El ardiente sol del mediodía daba de lleno sobre el tejado y Susan se dio cuenta entonces de que tenía el rostro cubierto de sudor.

Jane se apresuró a responder:

—No es que esté cansada, señora. Pero estoy oyendo llorar a la niña y John da golpes queriendo entrar.

Prestó atención y entonces oyó a Marcia que lloraba a más y mejor y a John que gritaba al otro lado de la puerta:

«¡Jannie, Jannie, no puedo abrir la puerta!».

Pero Jane se había marchado ya.

Susan cerró por unos momentos los ojos. No necesitaba apresurarse. Percibió los profundos y fuertes latidos de su corazón. Luego abrió los ojos para contemplar lo que había hecho. Allí, en tamaño natural, con el barro todavía húmedo y oscuro, modelada de una forma tosca y cruel, pero profundamente real, se alzaba Jane, Jane secándose los brazos húmedos. Pero aquella figura era algo más que Jane. Simbolizaba a todas las mujeres iguales a Jane, humildes mujeres que se arrastran en torno al corazón de otras mujeres, limpiando, cocinando, cosiendo, y que se sienten deslumbradas ante las migajas que les arrojan en forma de pequeño salario. Y nacida de aquellos ojos parecidos a cuentas, de aquella boca de labios caídos y medio abierta, de toda la inclinada y frágil y al mismo tiempo irrompible figura, Susan oyó una voz. No era un grito claro y fuerte como el del niño que preguntaba por qué había nacido. No hacía preguntas, porque la posibilidad de hacer una pregunta había muerto hacía tiempo en ella, ya que la pregunta implicaba también una rebeldía, aunque minúscula, y en Jane no existía el menor asomo de rebeldía contra nada. No, era una voz que murmuraba monótonamente algunas palabras en relación con los pucheros y sartenes, sobre la carne que tenía que freírse o cocerse, sobre el suelo de la cocina que debía fregarse, sobre los niños que lloraban y tenían que ser alimentados. Nada más. Sólo la muerte podía interrumpir aquel murmullo. Un día se oiría un suspiro, y lo que había sido una vida casi muda, se convertiría en un simple silencio. Aquélla era Jane,

miles y miles de Janes, y Susan, pensando en esto, se acercó a la ventana que daba al bosque y contempló el encendido verdor del verano. La luminosa y brillante luz del sol se derramaba por todas partes. A través de la ventana podía oír el ruido de un martillo que golpeaba en la casa de al lado. Su hogar, en cambio, estaba ahora sumido en profundo silencio. Jane había sacado de la cuna a Marcia y dado de comer a John. Pero Susan permaneció largo tiempo junto a la ventana sollozando, sintiendo en lo más profundo de su ser un dolor y una tristeza que no alcanzaba a comprender, a no ser que, en cierto modo, llorase por Jane.

No quiso que Jane en carne y hueso posara más para ella. No era necesario. Veía con toda claridad lo que deseaba hacer, y día tras día estuvo subiendo al desván hasta que acabó la figura. Trabajaba con más seguridad y dominio que nunca. Las horas pasadas el año anterior al lado de David Barnes le habían dado una gran seguridad en el oficio. Aprendió sin darse cuenta a modelar fuertemente con los pulgares, tal como él lo hacía en las raras ocasiones en que empleaba el barro, a ser audaz y exigente con los materiales, desechando lo que no le interesaba. Pero en el rostro de Jane trabajó con tal delicadeza como si sus dedos sintieran brotar del barro las facciones. Susan permanecía con los ojos medio entornados mientras sus dedos palpaban y palpaban el barro hasta conseguir producir cada plano huesudo, cada superficie. Todos los días, al abrir la puerta del desván, abría la puerta al éxtasis, y cuando cerraba la puerta se la cerraba a este secreto éxtasis. La estatua vivía desde la cabeza a los pies. Pero Susan no se lo dijo a nadie. No había nadie a quien pudiera decírselo.

Una noche, Susan se desveló. Durante el sueño había sentido una fugaz presión sobre sus párpados, y al despertarse se encontró con la brillante luna, llena y brillante como un sol, en el cielo que se alcanzaba a ver a través de la ventana que había frente al lecho. La joven se incorporó sobresaltada y Mark, con voz soñolienta, dijo:

—También estás tú despierta. Es la luna. —Pasados unos instantes volvió a hablar —: Sue, ¿puedo ir a tu cama?

Ella —¿cómo iba a poderle negar nada?— contestó:

—Claro, querido.

Y se dejó caer de nuevo sobre sus almohadas. Bostezó lentamente. No obstante, tenía conciencia del placer que le hacía sentir el tibio cuerpo de Mark apretado contra el suyo, y cuando él dijo en voz baja: «Apriétame contra ti, Sue», ella le abrazó, impulsada por su cariño, sin que experimentara la menor repulsión. Hizo esto siguiendo una dulce costumbre, pero no estaba preparada para el súbito frío que corrió por el cuerpo de Mark. A la luz de la luna, Susan sintió que las manos de él se aflojaban y que su ardor se desvanecía. Mark permaneció un segundo inmóvil, luego la besó suavemente y apartó la sábana por el lado de ella.

—Duerme, querida —dijo amablemente—. No debí molestarte.

La joven salió al instante de su duermevela.

—¡Pero, Mark, yo no me he mostrado huraña! —murmuró Susan.

—Ya lo sé —contestó Mark con la misma amabilidad de antes. Se tiró de la cama, se puso su bata y buscó las zapatillas—. Voy a ver si leo un rato —dijo—. Esta maldita luna no me deja dormir.

Susan le miró. La voz de su marido era cariñosa, pero comprendió que se había operado un cambio en él.

—Mark, a ti te sucede algo y no quieres decírmelo.

—No me pasa nada —repuso Mark—. Ahora duerme.

Dio la luz y empezó a buscar entre los libros que tenía en el pequeño estante de junto a la cama.

—Mark, tú nunca me has mentido —murmuró Susan.

Estaba ahora tan despierta que comprendió que ya no podría dormir más aquella noche.

—Te quiero —bisbiseó Mark sin mirarla.

—Claro que me quieres, y yo a ti. Por lo tanto, ¿qué es lo que te ocurre?

Susan le miró, observando que sus labios temblaban.

—¡Cómo, Mark! —gritó la joven poseída por un súbito terror.

Nunca había visto llorar a Mark. Saltó de la cama, corrió hacia él y atrajo su cabeza hasta apoyarla en su hombro.

—¡Mark, Mark! —murmuró la joven, y al abrazarle notó que el cuerpo de su marido temblaba y que se ponía rígido al intentar vencer los sollozos—. ¿Qué te sucede? —preguntó—. ¡Vamos, Mark, no puedo soportarlo!

—Nada —balbuceó él—. Pero siento que estás cambiando de algún modo. No soy bastante para ti.

Durante unos instantes, Susan sintió como si ella fuera el hombre y Mark la mujer. Había oído a otras mujeres hablar así de sus maridos. Una vez, durante una partida de *bridge* que se celebraba en casa de Lucile, Trina Prescott arrojó sus cartas sobre la mesa al tiempo que gritaba: «No puedo seguir, muchachas. ¡Soy tan desgraciada! Rog no me hace ningún caso. Ha cambiado». Todas siguieron hablando de aquel problema, compadeciendo a Trina, y Susan acompañó a Trina a su casa, y más tarde Lucile se presentó en la de Susan para seguir hablando del asunto, diciendo en el curso de la conversación: «Las mujeres somos tan tiernas, Sue. ¡No faltaba más que yo me diera cuenta de que Hal no me hacía caso! Sólo podía significar una cosa: que pensaba en otra mujer, y eso es algo que yo no puedo soportar ni en pensamiento. ¡Ya le daría yo! ¿No ha prometido ser sólo para mí?».

Susan había escuchado en silencio aquella conversación de mujeres, sabiendo que era imposible que a ella le sucediera nada semejante en relación con Mark. Pero no había oído jamás que un hombre, con la cabeza inclinada sobre la cabeza de su mujer, llorara porque la había perdido. Esto hacía que Mark le pareciera un extraño y que para ella ya no fuera el alegre y sencillo camarada de abierto corazón que había sido antes. La joven vio, en un terrible segundo, el vacío corredor que se abría ante ella, en

el que el presente no era más que la entrada. Pero Susan no deseaba que su vida cambiase. Ella y Mark llevaban casados cuatro años y en ningún momento había pensado que él no pudiera ser feliz, así que se sintió asustada de veras.

—Siéntate, querido —dijo con acento cariñoso; Mark obedeció como un niño y se apoyó en ella—. Debo de haber hecho algo que te haya molestado, pero lo terrible del caso es que no sé de qué se trata. Así, pues, tienes que decírmelo. Te quiero tanto...

Pasó algún tiempo antes de que Mark pudiera hablar. No se había confesado a sí mismo, ni siquiera con el pensamiento, lo que Susan le preguntaba. Había estado sufriendo en silencio, contra su voluntad, sin saber por qué sufría.

—Siempre has sido perfecta —repitió una y otra vez—. Yo, en cambio, soy un estúpido. Esto es todo. Soy yo y no tú. Tú has dispuesto un hogar bello y agradable para mí. Eres perfecta con los niños. —Hizo una pausa y luego continuó—: Siempre te muestras cariñosa y amable conmigo. Sé que otros se quejan de sus esposas. En cuanto Hal se retrasa diez minutos, Lucile quiere saber la causa, y es tan celosa que le registra los bolsillos. ¡Siente celos hasta de la mecanógrafa de la tienda! Yo los oigo y me digo para mí: «Mi esposa no es así, gracias a Dios».

Susan le escuchaba atentamente, acariciando su hombro. Bajo la delgada tela del pijama de algodón sentía el temblor del hombro de su marido.

—No es por nada que hayas hecho —prosiguió Mark.

—Entonces es por algo que soy —repuso Susan.

Mark tardó en contestar. Se apartó de ella y empezó a dar vueltas por la habitación hasta que encontró su pipa. Una vez encendida ésta, tomó asiento en el alféizar de la ventana, desde el que contempló la luz de la luna.

—Quizá —contestó—. Quizá sea eso.

El corazón de Susan tembló de angustia.

—Eso es mucho peor —dijo con voz tranquila—. Puedo dejar de hacer algo que te moleste. Pero va a ser muy difícil para mí dejar de ser lo que soy. No sabría cómo conseguirlo. No creo que haya pensado nunca en cómo soy. ¡He estado tan atareada toda mi vida y he sido tan feliz!

Mark se puso en pie y la luna proyectó su sombra sobre el suelo de la habitación. El joven anduvo lentamente hasta la cama.

—No creí que nunca pudiera hablar de esto —dijo—. Me es imposible decirte lo que pienso, así que sería mejor que no dijera nada. Pero todo el tiempo he estado pensando que parecía como si no estuviese aquí. Al menos, no estabas toda tú. ¡Lo haces todo tan bien! Lo haces mucho mejor que las demás. Ya lo sé.

—¡Oh, Mark! No sigas —rogó Susan—. ¿Para qué lo hago todo sino para que seas feliz? Pero si lo que hago no te hace feliz, entonces es que no es bueno. ¡He fracasado!

—Sí, me hacías feliz —insistió tercamente Mark—. Pero soy un loco por haberte dicho esto. Vivo con comodidad, estoy perfectamente cuidado, y tú no dejas nada por hacer, excepto... —Hizo una pausa y después de un momento, añadió—: Excepto

quizá darte completamente a mí.

—¿Qué es lo que dices? —exclamó Susan—. ¿Cuándo te he negado nada?

—No me has negado nada. Ya lo sé. Repito que soy un loco al hablar así. Pero siento como si nunca te hubiese tenido por completo. Escucha, Sue. Cuando yo te hablo, te digo todo lo que se me ocurre, te lo digo todo, ¿te das cuenta? No me queda nada escondido. Pero tú te reservas bastante que no me dices, que me ocultas. Prestas atención, pero sólo una parte de ti me escucha. Creo que lo que ocurre es esto: sólo estoy casado con una parte de ti.

Miró a Susan con ojos apasionados, con toda la ansiedad que sentía reflejada en su rostro, anhelando que ella le comprendiera. Y Susan le comprendió, pero por primera vez en su vida deseó apartarse de él. ¿Quién tenía derecho a pedirle que entregara a Mark los más profundos recovecos de su alma? Además, no entraba dentro de sus posibilidades el poder darlo todo. Ella daba lo que Mark era capaz de recibir.

Estuvo a punto de decir: «Si me deseas toda, debes ser capaz de recibirme toda. Si he conservado algo oculto, no puedo remediarlo».

Pero Mark volvió a hablar con voz insegura:

—Es como si yo, al ofrecerte una copa...

Susan podía haber contestado: «La copa es demasiado pequeña». Mas antes de que pudiera decirlo, Mark se interrumpió a sí mismo.

—¡Es terrible! ¡No es eso, no es eso! Lo grave es que no soy bastante para ti. ¡Quizá sea la copa demasiado pequeña!

Susan no respondió. Con una sola palabra podía haber conseguido que Mark llorase de nuevo, temeroso de perderla del todo. Pero no lo hizo, pues esto hubiera significado herirse a sí misma tan profundamente como a él. Y ella no quería herir a nadie. Éste era el gran pecado: tener que herir inevitablemente a otra persona. Durante toda su vida había disimulado y escondido sus propios poderes para no avergonzarse ni lastimar a nadie. Y aunque no debía haber disimulado con Mark, lo hizo, si bien él había conseguido averiguarlo a través de un oscuro camino. Susan estaba como aturdida. Tendría que pensar en ello más tarde, pensar en todo lo que Mark había dicho, y tratar de comprender lo que en realidad significaba. Pero lo urgente en aquel instante era consolar a Mark, conseguir que éste creyera, por medio de su amor, que era bastante para ella y, por tanto, para sí mismo. Que fuera o no lo bastante para ella no era tan importante como hacérselo creer. Susan sonrió a su marido expresivamente, con la mayor cordialidad, prescindiendo de todo menos de este único deseo.

—Ven aquí, querido —dijo con la voz firme y clara—. ¿Sabes que no dices más que tonterías? ¡Soy tan feliz! Eres lo mejor y más querido para mí. Eres el centro de mi vida.

Atrajo a su marido hacia sí. Lo que acababa de decir se aproximaba bastante a la realidad. Mark era el centro de su vida. Porque ella necesitaba alguien como Mark, un

ser real, que viviera próximo, inmediato a ella, que fuera como el centro desde el cual ella pudiera iluminar todos sus verdaderos caminos. Mark era su tierra. Las raíces de ella estaban hundidas en él, oscuras, apretadas y fuertes, y lo que pudiera ser dependía en absoluto de ellas. Susan le atrajo hacia sí con cordiales y cariñosos brazos, sonriendo, bromeando, haciéndole el amor. Y él, excitado y persuadido, se dejó convencer. Susan cerró todas sus otras puertas y vivió en aquella única habitación de su propia casa aquella secreta hora en la noche iluminada por la luna. La joven, por el momento, se sintió tan convencida y persuadida como él. Pero existía una diferencia. Una hora después, Mark se rindió al sueño. Yacía con la cabeza apoyada en el brazo de su esposa, medio dormido, sonriente y con los ojos cerrados.

—Olvida lo que te he dicho antes, querida —murmuró—. Sospecho que estaba cansado. Ayer fue un mal día para mí en la oficina.

Susan se apoyó en un codo y miró a su marido.

—¿Verdad que te amo? —preguntó a su marido.

Mark posó en ella su mirada.

—Sí —repuso con mirada humilde bajo el imperio de la de su mujer—. No sé por qué, pero me amas.

—Prométeme que nunca lo olvidarás.

—Te lo prometo —contestó Mark con acento tan convencido como un niño a quien acabaran de contentar con un caramelo.

Susan le miró entonces.

—Ahora a dormir —dijo—. No, no te muevas. Quédate en mi cama; yo iré a la tuya.

Pero Mark estaba ya dormido. La joven sacó el brazo de debajo de la cabeza de Mark, se acostó en la otra cama y se tapó. La respiración de Mark subía y bajaba con tranquilo ritmo. Pero Susan no pudo dormir. Acababa de tomar una fiera y resuelta determinación. Su voluntad se lo reclamaba a su corazón, a su cerebro y a todo su ser. Mark tenía razón, pero jamás debía saberlo.

«No le fallaré en nada. Puedo serlo todo. Esposa, madre y yo misma». Había obrado con cierto descuido, incluso con pereza, al permitir que Mark se enterase de que vivía atraída por algo que nada tenía que ver con él. Porque existía en ella algo que debía mantener aparte de él. Había de entregarse a él completamente, vivir por entero donde por el momento estaba su vida.

Pero, a despecho de sí misma, elegida como tenía su manera de obrar, en aquella habitación, durante aquella noche, dispuesta a dormir y deseosa de conciliar el sueño, la puerta se cerró, a la vez que en su espíritu se iban abriendo en silencio una puerta tras otra. Y Susan traspuso los distintos umbrales sola mientras Mark dormía dulcemente, seguro de su presencia. La joven permanecía inmóvil, analizándose como nunca lo había hecho.

—¿Por qué no podía mostrarse al mundo tal como había nacido? ¿Por qué no iba ella a hacerlo todo y a serlo todo? No abiertamente y con estrépito, como hacían

algunas mujeres que reclamaban para sí el derecho a la libertad, no tanto para aprovecharse de ella como para sentirse libres. Nada más cierto que Mark no era bastante para ella. Pero ella no podía hacer nada sin él, pues nada era bastante para ella en sí mismo, ni los hijos, ni la casa, ni sus padres, ni la ciudad, ni la belleza de los bosques y del cielo. Sin embargo, no podía vivir sin ninguna de estas cosas. Ni siquiera su vocación le resultaba suficiente. Si le fuera dable vivir como David Barnes, todo el día esculpiendo y modelando, al final del día hubiera llegado a la consecuencia de que aquello solo no le bastaba. Porque, a su manera, David Barnes era tan limitado como Lucile Palmer, y a su manera, vivía la vida tan poco como ella. Aunque la belleza era el alimento del alma de Barnes, éste no sentía hambre de todas las clases de bellezas que existían, sino de una sola clase de belleza. El escultor no comprendía la necesidad de tener y criar hijos, de limpiar y de cocinar, de plantar y de cantar, de dejarse hacer el amor por Mark. Lo único que admitía era aquello que podía trasladar a un montón de barro o a un trozo de piedra. Pero ella... ella necesitaba ser tanto como crear. En ella estas dos cosas no estaban deslindadas. Ella no podía separar nada de su vida, ni tampoco podía hacerlo nadie, ni Lucile, ni Jane, ni Mary, y mucho menos sus hijos o Mark. Lo necesitaba todo y los necesitaba a todos.

«¡Ansiosa! —se dijo a sí misma solemnemente mientras Mark seguía durmiendo con profundo sueño—. Soy más ansiosa que el mismo infierno».

Pero ¿por qué no iba a serlo? ¿Por qué no iba a obtener de la vida todo lo que pudiera? La luna se había ocultado ya y Susan permaneció en la oscuridad durante una hora, sin dejar de pensar en todo aquello. Nadie podía tenerla a ella de una vez. Nadie, ni Mark, ni David Barnes, que la reclamaban cada cual a su manera. Pero ella daría a cada uno su parte. Porque ella seguiría siendo ella misma por encima de todo lo que pudiera suceder. Adónde llegaría, no lo sabía ni se lo preguntaba. Ella obtendría la parte que deseaba de todo. Nadie podría limitarla ni con el amor ni con las censuras. El universo era su universo, con todas sus horas, sus tierras, sus jardines, sus cielos, sus niños, su música, sus pinturas, su gente, y sus estrellas. ¿Quién podría detenerla? Coronaría su vida con la perfección, quería ser todo lo que pudiera, y podía ser todo lo que quisiera.

De pronto la joven observó que el nuevo día se iniciaba ya. La primera luz del alba iba disipando las sombras. Ella no necesitaba elegir entre una cosa y otra, entre las viejas y ridículas finalidades de la mujer. Ella deseaba tener un hogar y lo tendría, y ya que Marcia estaba en el mundo, volvería de nuevo a trabajar.

Con la tranquilidad que le proporcionó la confianza que sentía en sí misma, se quedó dormida al fin, para despertar dos horas más tarde, al oír la voz de Mark que decía alegremente:

—¡Vamos, muchacha! ¿Es que vas a pasarte dormida todo el día?

Susan se despertó. Los rayos del sol se filtraban ya por la ventana. Mark estaba vestido y del piso de abajo subía el apetitoso olor a tocino. Jane, que

subrepticamente iba cada día más temprano, estaba preparando el desayuno. No llegaba ningún ruido del cuarto de los niños, lo que significaba que Marcia había tomado ya su biberón y que John estaba ya en la cocina. Pero Susan no habló de esto. Recordó lo que Mark había dicho durante la noche y, extendiendo sus brazos, atrajo sobre su pecho la cabeza de Mark. Éste murmuró:

—Olvida las tonterías que dije anoche. ¿Lo harás, Sue? No sé lo que me pasó.

—Lo olvidaré —prometió Susan.

Apretó la cabeza de Mark, le besó e inmediatamente saltó del lecho.

—Dos minutos para tomar una ducha y en seguida estoy abajo —exclamó la joven.

Sus ojos, claros y brillantes como los de una niña, sonreían, y cuando Mark la mantuvo en vilo unos instantes, ella se mostró cariñosa y complacida. Jamás olvidaría al Mark de la noche anterior y las palabras que había pronunciado. En lo sucesivo tendría buen cuidado de no malograr ningún momento de intimidad.

Se puso un fresco vestido de lino azul y corrió escalera abajo. Ya en el comedor, tomó asiento ante la cafetera y sonrió a su marido. Debía hacer lo imposible porque Mark continuara adorándola. Y cuando apareció John, le tomó en sus brazos y estuvo haciéndole mimos hasta que el niño sonrió.

—¡Mamá, mamá, me gustas mucho cuando estás alegre! —dijo el niño en tono de lamentación.

Bien, en lo sucesivo procuraría estar siempre alegre en beneficio de John. Acompañó a Mark hasta la puerta y juntos bajaron el sendero del jardín, y cuando su marido se alejó, Susan permaneció con el niño cogido de la mano hasta que aquél volvió la esquina de la calle.

—Y ahora, ¿qué es lo que te gustaría hacer esta mañana? —preguntó a su hijo.

El niño estuvo pensando durante unos instantes hasta que al fin contestó gravemente.

—Hoy quiero hacer tortas de barro.

—Muy bien —repuso su madre—. Te pondremos un delantal y echaremos agua en un cubo, y haz el favor de no estropear ninguna de las tortas que hagas, pues tienes que enseñármelas luego.

Y como tenía que bañar y alimentar a Marcia, Susan se dedicó a esta tarea con todo su entusiasmo. Debía vivir todos los momentos de su vida.

De esta manera empezó la casa a vivir aquel día. Ya en marcha todo, Susan subió resueltamente al desván. Porque aquella casa debía ser lo suficientemente amplia para que albergara toda su vida, y lo que haría arriba también formaba parte de su existencia, aunque Mark y los niños no intervinieran en ella. Susan cerró la puerta y paseó la mirada alrededor. No existía obstáculo alguno que impidiese que ella convirtiera aquel cuarto en un lugar en el que pudiera realmente trabajar. Hasta el momento había sido un lugar ocasional donde durante unas horas, a intervalos de meses, trabajaba con apresuramiento febril en alguna cosa secreta. Pero ya no podía

seguir trabajando de aquel modo. Si se daba enteramente a los demás, también tenía que darse por completo a aquello, a aquello que debía llevar a cabo por encima de todo. El desván no sería ya una habitación para ella sola, sino simplemente una de sus muchas habitaciones, sin la cual no podría considerarse completa su casa. La joven hizo un rápido inventario de sus materiales, descubriendo una vergonzosa falta de ellos. Hizo una lista de todo lo que necesitaba: nuevos lápices —sólo tenía los que Michael había usado y que el muchacho redujo a simples puntas—, nuevas hojas de papel, nuevas herramientas, una nueva clase de arcilla que David Barnes le había recomendado, pues allí no podía rebajar el mármol, sino sólo la arcilla. Adquiriría también un sofá y una butaca. En el cuarto no había otro asiento que una caja. Más tarde pondría una alfombra y cortinillas. Necesitaba más luz, pero la ventana que daba al Norte podía ser agrandada. Mientras planeaba todas estas reformas, se sintió acometida por un afán de trabajar como nunca había sentido antes, empeñada en dominarse. Deseaba hacer algo más importante que fuentes y pequeñas figuras. Quería hacer algo grande, un grupo de figuras.

Pero tanto la casa como el desván eran demasiado pequeños para lo que había imaginado. Podía hacer, sin embargo, un pequeño modelo que representara su idea. La idea sería grande, aunque el modelo fuera pequeño. Más tarde, si así lo deseaba, podría hacerlo de tamaño natural. Algún día podría dejar el desván, y tal vez construirse un estudio o alquilar un local apropiado para su trabajo. Al pensar esto último, de nuevo tuvo la sensación de sus infinitas posibilidades. Ella podía conseguirlo todo. ¿Por qué no?

Se sentó en la caja y empezó a pensar rápidamente, dejando volar su imaginación. Si se mudaran al campo, a una granja por ejemplo, habría espacio suficiente para que ella pudiese trabajar a la vez que los niños dispondrían de amplio espacio para sus juegos. Cuando ella y Mark se casaron, no se les ocurrió pensar en nada semejante. La mayoría de la gente ambicionaba una casa pequeña situada en una calle conocida, cerca de familias igualmente conocidas. Esto era también lo que Mark deseaba.

Susan, repentinamente inquieta, se puso en pie. Comprendió, de súbito, la plena seguridad de que no podría hacer nada en aquella casa. Era demasiado pequeña para ello. Deseaba una casa grande, con sitio para desenvolverse. Apenas tuvo paciencia para esperar a Mark hasta la noche. Durante todo aquel largo día le pareció que sería desperdiciar el tiempo continuar trabajando en aquella casa. En el fondo de sí misma sintió que había acabado con ella, que los lazos que la unían con la casa se habían roto de repente.

—¡Mark! —gritó en cuanto le vio llegar—. ¡Mudémonos al campo!

Mark se detuvo con la mano apoyada en la verja.

—¿Que dejemos esta casa? —preguntó mirándola fijamente.

—Sí —contestó Susan con impaciencia. A Mark le costó bastante comprender la idea de su mujer. Pero ella se había pasado todo el día pensando en el asunto mientras que a él le cogía de sorpresa—. Necesito más sitio. Necesito un sitio a propósito para

trabajar. Además, los niños...

—Ni siquiera has llegado a arreglar el desván —dijo lentamente Mark.

—Es demasiado pequeño hasta para empezar —replicó Susan—. Este verano, cuando vuelva David Barnes, deseo realizar una obra grande, de tamaño natural. Por otra parte, los niños...

—Hay una casa con un granero —dijo Mark después de reflexionar un momento. De pronto pareció muy cansado y echó a andar lentamente hacia la casa—. Espera a que me lave —murmuró.

—¡Oh, sí, querido! —contestó Susan—. Siempre me precipito.

—Es que yo soy lento —balbuceó Mark.

Contrita, Susan entró en la cocina. Tendría que esperar a que él hablase, soportar la cena cuidando de no aludir a su idea. No debía decir nada hasta que él hablase. Mark entró en el comedor y tomó asiento. Al verle, Susan le dirigió una rápida mirada y vio que los ojos de su marido reflejaban una tierna cordialidad.

—Si realmente deseas que nos mudemos —dijo Mark—, podríamos ver una vieja casa que hay en la ladera de una colina, a una milla al sur de la ciudad, cerca de un riachuelo.

—¿Podremos ir a verla después de cenar? —preguntó Susan. Pero de nuevo se detuvo—. No, esperaremos —añadió—. Estás cansado.

—Podemos acercarnos —repuso Mark—. Las tardes son ahora largas.

—Si deseo mudarme, conste que es también por los niños —continuó Susan.

—Ya lo sé —repuso Mark.

—John desea jugar en el bosque todo el día —prosiguió la joven—. Pero a mí me da tanto miedo ese barranco...

Mark levantó súbitamente la cabeza.

—Es verdad —contestó—. Me había olvidado de eso. Bien, iremos esta tarde. De todas formas, me tomaré algún tiempo para pensarlo, Sue. Aunque mantengo mi palabra. Tú tienes que hacer lo que deseas.

—De momento no decidiremos nada —dijo Susan.

Pero ella ya se sentía fuera de aquella casa.

A la caída de la tarde fueron hacia el sur de la ciudad y avanzaron por un camino flanqueado de árboles hasta llegar a una vieja casa de tosca piedra sin desbatar. La casa, recortada contra el cielo del atardecer, de color de púrpura, producía una impresión de solidez y firmeza. No se veía luz a través de sus ventanas. Cuando se acercaron más observaron que las persianas estaban echadas y que las ramas entrecruzadas de un árbol arañaban la puerta, y ambos entraron en el zaguán, empezando a recorrer las habitaciones, que estaban vacías y limpias, salvo el polvillo que se había ido depositando en el suelo. Susan permaneció unos instantes en cada una de ellas reflexionando, escuchando a sus sentimientos. ¿Podría ella vivir en aquella casa? ¿Era aquélla su casa? Ni Susan ni Mark pronunciaron una palabra hasta que salieron al largo pórtico sostenido por columnas.

—El granero está allí —dijo Mark—. También es de piedra.

Señaló hacia la derecha, y Susan vio un edificio enorme de tejado inclinado.

—Ahí habrá sitio suficiente para mí —repuso la joven.

E instantáneamente sintió deseos de vivir allí. Bloques de mármol, bloques de granito. El granero era lo bastante grande para permitirle hacer todo lo que quisiera, por enorme que fuese.

—Me gusta el lugar —murmuró Susan—. ¡Mira las montañas y los viejos árboles! ¿Hay algún pozo cerca de aquí?

—Esta noche no decidiremos —exclamó Mark de pronto.

—No —se apresuró a contestar Susan—. Vendremos a verlo con la luz del día.

Regresaron a su casa bajo la oscuridad de la noche y cuando hubieron encerrado el coche, se sentaron en el pórtico de su pequeña casa.

—Siento —dijo Mark rompiendo el silencio que reinaba entre ellos— como si no hubiéramos vivido en esta casa todo lo que teníamos que vivir.

—No nos iremos de aquí a menos que tú lo desees —contestó tranquilamente Susan.

Pero ella sabía que tenían que mudarse, pues en aquella casa no había sitio bastante para toda ella. La esposa de Mark, la madre de sus hijos, podía vivir en ella y ser feliz, pero no había sitio para Susan Gaylord. La joven pensó de pronto: «Iré sola mañana y veré la casa detenidamente».

Al día siguiente, cuando se presentó sola ante el edificio de piedra, comprendió que aquella casa era su verdadero hogar. Anduvo por todas las habitaciones planeando su distribución.

—Mark —dijo a las doce, cuando regresó su marido del trabajo—, debemos comprar esa casa.

Mark la contempló con sus humildes y fieles ojos.

—Muy bien, Sue —repuso—. Como tú quieras.

Hasta. Mark confesó, una vez hecha la mudanza, que la casa era magnífica, mucho mejor que la otra.

—Mira los niños —murmuró Susan—. Valía la pena de venir a vivir aquí por ellos.

John corría a través del prado en dirección al arroyo. Jane, con el rostro arrugado de placer, llevaba a Marcia en sus brazos.

—¡Señora, hay frambuesas en el jardín de la parte de atrás! Haré mermelada.

Jane, que iba a vivir en una pequeña habitación junto a la cocina, se sentía profundamente feliz. Cuando se habló de la mudanza dijo: «Sería una tontería ir y venir todos los días. No me notará, señora. Se lo prometo».

—Estás complacida —murmuró Mark dirigiéndose a Susan.

—Aquí podré hacer mi trabajo —se limitó a contestar la joven.

Su marido guardó silencio.

Susan depositó sus materiales y herramientas en el enorme y vacío granero. Las vigas del techo estaban cubiertas de telas de araña. Allí, en el suelo, se encontraban los recipientes que en otro tiempo habían contenido la cosecha de la tierra. En lo sucesivo contendrían lo que ella hiciera con su manos. El granero era lo suficientemente espacioso para albergar las más grandes figuras que ella podía hacer. Abrió las grandes puertas del granero, que daban a las montañas, para que entrara la luz y el aire. Sobre los verdes campos que se extendían ante ella estaba John, que era como una mota que se moviera bajo la dorada luz del sol, y más allá de las montañas se alzaba el cielo.

Rodeaba por aquel amplio y nuevo universo, Susan sintió en su interior la antigua y apremiante necesidad de coger la arcilla y darle una forma, de crear un ser. La joven empezó a diseñar las figuras de un hombre y de una mujer, dibujó un niño más pequeño. Aquellos cuatro seres formaban una unidad dentro de aquel universo. La joven los dibujó una y otra vez, durante varios días, llenando enormes hojas de papel, pasando interminables horas en el trazado de una mano, de una boca, en la mirada de unos ojos. Pero la mujer se le resistía. Pasado un tiempo, insatisfecha de su trabajo, dejó a un lado el lápiz y el papel y empezó a trabajar en la arcilla. Quizá le fuera más difícil lograr una forma concreta con la materia sólida. Hizo las figuras más pequeñas que de tamaño natural. Si la mujer le salía bien, utilizaría su primera realización como modelo. Y cuando volviera Barnes, tal vez se decidiera a esculpirla en mármol.

En dos o tres ocasiones, durante los dos años que el escultor llevaba ausente, Susan recibió sus breves y lacónicas cartas, y la semana anterior le había enviado una tarjeta postal en la que decía: «Llegaré a ésa el cinco de julio».

La joven empezó a trabajar en cuanto llegaron los días del verano, sin ver a nadie, entregada por completo a su tarea, que dejaba sólo cuando el coche de Mark volvía por la tarde el recodo del camino. Entonces dejaba inmediatamente lo que estuviera haciendo, aunque en aquel instante una línea esperase ser trasladada desde su imaginación a la realidad de la oscura arcilla. ¡Piedra! Algún día tal vez trabajara solamente en piedra. Cuando divisaba el coche de su marido, se lavaba las manos apresuradamente y corría a la verja para verle llegar.

—¿Qué has estado haciendo durante todo el día? —preguntaba siempre Mark después de besarla.

—¡Oh, no he hecho mucho! —contestaba Susan.

Avanzaban hasta la casa cogidos del brazo, y ella le seguía escalera arriba.

—Ha sido un día de mucho trabajo para mí —decía Mark.

Entonces se metía en el cuarto de baño, se lavaba y volvía a aparecer con su pelo de color castaño húmedo y alborotado.

—¡Estos veraneantes! —exclamó un día con expresión alegre mientras se cepillaba el pelo ante el espejo—. Están consiguiendo que me vaya magníficamente en mi trabajo. Podría haber vendido esta casa por el triple de lo que nos costó.

—Pero no la venderemos nunca —se apresuró a contestar Susan—. Ahora no comprendo cómo pudimos vivir en la otra.

—No lo sabíamos cuando vivíamos en ella —murmuró Mark—. Nos iba muy bien cuando creíamos que aquella casa era nuestro hogar.

La joven no contestó, permaneciendo silenciosa mientras su marido se cambiaba de corbata. Ya conocía a fondo a Mark. Sabía cómo hacerle feliz. Tenía la casi plena seguridad de que Mark era feliz.

El grupo formado por el hombre, la mujer y los dos niños estaba terminado. La mujer capituló de pronto, dejándose trasladar a la arcilla. Al fin se había mostrado dócil, sosteniendo al niño con la cabeza vuelta hacia un lado. Cuando Susan acabó su obra, gritó desde la puerta del granero:

—¡Jane! ¡Jane!

Tenía que enseñar a alguien lo que había hecho, y Jane se acercó corriendo con Marcia en sus brazos y seguida de John, atraída por la alegría que vibraba en la voz de su ama.

—¡Mirad! —dijo la joven solemnemente cuando entraron en el granero.

Jane y John permanecieron juntos, ante las oscuras figuras de barro.

—¿Cómo ha podido usted hacer eso, señora? —murmuró Jane.

En tanto que John preguntaba con acento tímido:

—¿Quiénes son, mamá?

—Son personas, hijo —contestó Susan—. Yo no las conozco, me limité a hacerlas.

Susan miró a Jane y a John, deduciendo, por la actitud de ambos, que se encontraban a muchas leguas de distancia de ella. Pero cuando Mark llegara por la noche a casa le llevaría al granero. Después de todo, Jane era una mujer ignorante y John no pasaba de ser un niño. Sentía verdadera curiosidad por ver la cara que pondría Mark cuando viera lo que ella había hecho. Ahora no podía ocultarle sus obras y deseaba ardientemente compartir con él la emoción que ella experimentaba.

Se pasó toda la tarde ante sus figuras, observándolas con la mayor atención, notando que cada vez se aproximaban más a ella. No podía oír sus voces por separado; pero, en cambio, las oía hablar entre sí, y cuando las miraba, le parecían a punto de moverse, aunque de sobra sabía que las había fijado para siempre en la posición en que estaban. Mientras las contemplaba, Susan pensó que de buena gana las dejaría en libertad si pudiera. Pero no podía.

De pronto oyó por tres veces el ruido de una bocina y poniéndose en pie, corrió al encuentro de Mark.

—¡Ven a ver lo que he hecho! —gritó.

—¿Es que has terminado algo ya? —preguntó Mark, acercándose.

—Sí. El modelo ya está terminado.

—¡Cómo Susan! —exclamó Mark al ver las cuatro figuras del grupo.

El joven las contempló del mismo, modo que lo había hecho su hijo.

—¿Quiénes son? —preguntó.

—Personas —contestó Susan.

La joven permaneció inmóvil mientras Mark seguía mirando el grupo.

—No se miran el uno al otro —dijo Mark—. ¿Por qué las has colocado en esa posición?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Susan—. Las he hecho como son.

—Cada uno mira a un sitio distinto. No se miran el uno al otro, especialmente la mujer. Obsérvala. No mira a su hijo. Una madre miraría a su hijo, Sue, o bien al hombre.

—¿Te parece equivocada su actitud, Mark? —preguntó con ansiedad Susan—. Me ha costado mucho trabajo hacerla. No podía conseguir que me quedara bien, hasta que de pronto me quedó en esta posición.

—¿Somos nosotros? —preguntó de pronto Mark.

—No, de ningún modo —repuso Susan.

—¿Quién te ha servido de modelo? —inquirió, entonces, Mark.

La joven titubeó. Para el cuerpo de la mujer se había contemplado desnuda ante un espejo, estudiando con la mayor atención cada línea de su cuerpo.

—La mujer se parece a ti —prosiguió Mark.

—Nada más que en el cuerpo —se apresuró a contestar seguidamente Susan.

—Más que en eso —continuó Mark—. Hay algo en todo su aspecto que te recuerda. Los ojos, por ejemplo... Te he visto volver la cabeza de la misma forma para mirar a los bosques que se extendían más allá de nuestra antigua casa. A veces, cuando estábamos comiendo y yo te decía algo, tú volvías la cabeza así y mirabas a lo lejos, a alguna cosa que se encontraba más allá de la ventana, en el bosque.

—Si vas a imaginar que todas las estatuas que yo haga se parecen a nosotros, dejaré de hacerlas —repuso Susan con impaciencia—. No quiero correr el riesgo de molestarte cada vez.

—No me siento molesto, puedes estar segura. Ni me lo sentiría tampoco si ocurriera eso que dices.

Pero Susan experimentó una extraña amargura que le produjo escalofríos.

—¿No comprendes que tengo que sentirme libre del miedo de herirte o de lo contrario no podré trabajar? —continuó—. ¡Tengo que sentirme libre! No puedo vivir pensando continuamente: «¿Le gustará esto o no le gustará?».

—Pero si a mí me gusta —insistió Mark—. Ven aquí, Susan —añadió colocando un brazo alrededor de ella—. Creo que es maravilloso. ¡Me siento tan humilde a tu lado! No comprendo cómo has podido hacerlo. Me parece algo de magia. Pero...

—Pero ¿qué...? —exclamó la joven.

Susan continuó encerrada en el círculo formado por el brazo de su marido, pero sin apoyarse en él, ignorando que la mujer que habían modelado sus manos

permanecía del mismo modo, aparte, dentro del círculo formado por el brazo del hombre.

—Es... No puedo expresar lo que siento, Susan. Pero es como si te escapases de mí. Se trata de la preocupación antigua que vuelve. No puedo olvidarlo. No soy lo bastante bueno para ti. Todo conduce invariablemente a esto.

Dejó caer el brazo a lo largo de su cuerpo y luego se metió las manos en los bolsillos. Susan quedó libre.

—Puedo hacerlo trozos en pocos minutos —dijo lentamente la joven—, y así desaparecerá de entre nosotros.

—¡Susan! —gritó Mark con expresión horrorizada—. ¡Has pasado días, semanas enteras trabajando en el grupo!

—Puedo romperlo en un momento —repitió la joven.

—Jamás te lo perdonaría, Sue. Me sentiría muy triste si lo hicieras. No sería feliz si pensara que tú no podías hacer una cosa que te gustaba.

—Pero si yo te hago a ti desgraciado...

Mark la interrumpió:

—Te prometo no decir una palabra más sobre esta cuestión.

—Pero yo sabré lo que piensas —repuso Susan—, y será para mí como unas esposas que sujetaran mis muñecas.

—¡No lo pensaré! —dijo Mark con convicción—. Pensaré en alguna otra cosa, Sue, haz el favor de besarme.

Susan se volvió hacia su marido, sorprendiendo una mirada suplicante y llena de ansiedad en sus ojos. Entonces le rodeó con sus brazos, a la vez que sentía la presión de los de él, que se cerraron en torno a su talle. ¿Por qué le tenía miedo su marido? Había algo en ella que hacía que la gente le tuviera miedo. Pero cuando ella se daba cuenta del miedo que despertaba en la gente, se asustaba a su vez.

Susan se apretó contra Mark.

—¡Abrázame fuerte! —murmuró y, obedientes, los brazos de Mark la estrecharon hasta casi dejarla sin aliento—. ¡Fuerte! ¡Más fuerte!

Susan se apretó aún más contra él, pero Mark no pudo estrecharla más. Pasados unos instantes, Susan dijo:

—Vamos, querido, vamos a buscar a los niños.

La joven cerró la puerta del granero con llave, y ambos se dirigieron hacia su casa.

Cuando entraron Susan subió corriendo la escalera y escondió la llave del granero en una cajita de su escritorio.

«No le llevaré nunca más allí», se dijo.

Se sentía un tanto ofendida, aunque tal vez fuera que estaba cansada. Se cepilló el cabello y se puso un vestido de lino amarillo que hacía que sus ojos parecieran más oscuros que nunca. Luego bajó tranquilamente la escalera. En el ruinoso pórtico, Mark, sentado y fumando, sostenía a Marcia sobre sus rodillas, mientras John,

sentado en el escalón superior junto a su padre, se frotaba las rodillas a la vez que hablaba, exactamente lo mismo que hacía su padre a menudo.

—He intentado con gusanos —decía el niño—. Pero a cierta clase de peces no les gustan los gusanos.

—Entonces tendrás que emplear moscas —repuso Mark con el mayor interés—. Debes enterarte de la clase de moscas que hay en esta estación, hijo, y utilizarlas como cebo.

—¡Mummm! —mascullaba Marcia con la boca cerrada.

La niña tenía entre sus brazos una pequeña y harapienta muñeca sin brazos.

Las voces de su marido y de sus hijos volvieron a Susan a la realidad. Aquellas tres personas de su familia pertenecían al mundo real.

—¿Y bien, queridos? —dijo con voz profunda y cordial—. ¿Estáis listos para cenar?

John se puso en pie de un salto y Marcia dejó caer la muñeca. Los ojos de Susan se encontraron con los de Mark y ambos se echaron a reír. Aquellos dos niños hacían que volvieran a estar muy unidos el uno al otro. Mark se levantó y pasó un brazo por el hombro de su mujer, y toda la vida de Susan se concentró súbitamente en aquel momento. La obra que ella había modelado era frío y simple barro.

Toda la casa estaba llena del pasado y dulce olor que despedían las frambuesas con azúcar que estaban cociéndose. Susan y Jane se encontraban en la cocina preparando la mermelada mientras los niños permanecían fuera tomando el sol, aunque John se permitía entrar a menudo en la cocina.

—¡Huele tan bien! —dijo una vez John.

—¡Eres como los abejorros! —repuso riendo Susan.

Los insectos golpeaban la tela metálica de la ventana de la cocina, frenéticos al ver que no podían alcanzar aquel dulce y apetitoso manjar.

John se acercó a los botes de cristal que contenían la oscura mermelada.

—¡Me comería todo esto! —exclamó.

—Ahora mismo te daré un poco con pan y manteca —dijo alegremente Susan cogiendo una de las hogazas de pan moreno hechas por Jane.

—A Marcia también —repuso John con calor.

Susan cortó el pan y lo untó de manteca en abundancia ante la mirada atenta de los niños. La madre los miró a su vez y se sintió invadida por uno de aquellos momentos de intensa realidad. El tiempo pareció hacer una pausa y la joven abarcó todo por un momento: la gran cocina con su limpio y tosco suelo y sus pequeñas y luminosas ventanas; Jane ante el hornillo, colocando, con un agujereado cucharón de largo mango, el jarabe color púrpura; Marcia, sentada en su alta silla; John, esperando con la mirada fija en las manos de su madre; y ésta... ésta le alargó el pan y el tiempo empezó a fluir de nuevo.

—Aquí tienes —dijo Susan a su hijo—. Cómetelo y te sentirás mejor.

—¿Y no puedo darle nada a las abejas? —preguntó John—. Lo están deseando.

—Pónselo en el escalón y ya verás lo que ocurre —dijo Susan.

El niño salió, y Susan y Jane continuaron llenando bote tras bote, que dejaban a un lado para que se enfriasen y se hiciera la mermelada.

—Como iba diciendo —murmuró Jane continuando una conversación interrumpida— mi marido era tan bueno como el pan. Nunca bebía, excepto el Cuatro de Julio, día en que se tomaba un vaso de cerveza, pues acostumbraba a decir que tenía que celebrar esa fecha, para demostrarme que él era norteamericano y yo inglesa. Se trataba de una simple broma, señora, pues mi marido era un hombre serio y formal que jamás me puso la mano encima. Y como yo siempre digo, ¿qué más se le puede pedir a un hombre?

—Es cierto; ¿qué más puede pedírsele? —murmuró Susan.

—Pero aquí hay muchas que no han tenido la suerte de usted y mía, señora —continuó Jane con entonación plañidera—. Porque el señor, ¿no es cierto, señora?, nunca bebe. Se pasa los días sin probar la bebida. Esto es una cualidad maravillosa en un hombre.

—Tiene razón, Jane —repuso Susan.

Y cuando su mundo se hallaba felizmente circundado por las cuatro paredes de su casa y por el cerco de montañas que se alzaban hacia el cielo, la joven oyó un día el ruido del motor de un coche. Estaba haciendo un vestido de lino rosa para Marcia, pues los ojos de la niña eran tan oscuros como los suyos. Pero en aquel instante sonó el timbre de la puerta. Susan oyó la voz de Jane y a continuación la ronca e impaciente de David Barnes que decía:

—¡He perdido una barbaridad de tiempo buscando esta casa!

Susan se puso en pie de un salto y dejó el vestido. En aquel instante apareció Jane en la puerta y dijo:

—Abajo hay un caballero. Tiene muy mal humor. Pero parece un personaje.

—Bajo en seguida —repuso Susan.

Pero no bajó inmediatamente. Durante unos instantes, luego que Jane hubo salido, permaneció inmóvil en medio de la habitación donde Marcia dormía la siesta. La niña se había despertado y agitaba sus gruesas piernecitas. Susan la cogió en brazos, la cambió de ropa y le cepilló su corto y rizado cabello.

—Alguien ha venido a vernos —dijo a la niña.

Y con ésta en brazos, bajó al cuarto de estar, donde David Barnes permanecía de pie, mirando por la ventana. El escultor estaba más grueso que nunca y ofrecía un desaliñado aspecto con el vulgar traje de mezclilla que vestía.

—Le he hecho esperar —dijo Susan con animación— porque deseaba que conociera usted a Marcia. No se encontraba en el mundo cuando usted se fue.

El escultor se volvió. En la mano llevaba un corto y pesado bastón de espino blanco. De uno de sus bolsillos asomaba la gorra, que sacó con ademán de impaciencia.

—¿Eso es todo lo que ha hecho usted en este tiempo? —preguntó.

—Es bastante, ¿no le parece? —repuso la joven con mirada dura y radiante a la vez.

Susan tomó asiento y colocó a Marcia sobre sus rodillas, pero el escultor permaneció de pie ante ella.

«Ha cambiado —pensó la joven—. Está más viejo».

—¿Ha trabajado usted al menos? —preguntó.

Susan no contestó. Marcia hacía esfuerzos para desasirse de su madre y cuando lo consiguió, echó a correr gritando:

—¡Jannie, Jannie!

—¡Déjala marchar! —exclamó David Barnes—. ¿Quién es Jannie?

—La criada —repuso Susan.

—La niña la prefiere a usted —dijo Barnes—. Es usted mala madre. Ya se lo advertí que lo sería.

—No lo soy —replicó Susan en voz baja.

—Como guste. Pero ahora dígame: ¿qué ha hecho usted en todo este tiempo, si es que ha hecho algo? —preguntó David Barnes.

—Sí, he hecho algo —murmuró Susan.

—Quiero verlo —contestó Barnes con acento imperioso.

No podía hacer otra cosa que lo que Barnes le pedía que hiciera. Su hogar, Mark y los niños habían desaparecido para ella. Quedaba únicamente aquella recia y rechoncha figura, aquella voz imperiosa y exigente, aquellos ojos enfadados que le reclamaban toda su energía. La joven se puso en pie, buscó la llave que semanas antes había guardado en una cajita, y ambos se dirigieron en silencio al granero, donde ella no había vuelto a entrar desde que estuvo en él en compañía de Mark.

Éste había preguntado en diversas ocasiones: «¿Es que no vas a trabajar más en tus figuras, Sue?». Pero ella contestó cada vez: «No creo. Por el momento sólo me interesa estar contigo y con los niños». Un día, bajo la profunda y suave quietud de la noche del campo, Susan había murmurado: «Tengamos más hijos, Mark. Marcia va a cumplir pronto dos años». Pero Mark se apresuró a decir: «No estaré de acuerdo contigo sobre esta cuestión hasta que tú te sientas segura de tu deseo». «Estoy segura», bisbiseó Susan. La cabeza de la joven se apoyaba sobre el brazo —carne y sangre, tibio y seguro— de su marido. «No. Todavía no...», contestó Mark.

Susan abrió la gran puerta del granero y David Barnes atravesó el umbral, volviéndose hacia la luz, hacia donde estaban las cuatro figuras, que contempló atentamente. Susan permaneció junto a él en espera de que hablara. La arcilla se había ido secando lentamente bajo el gran lienzo que cubría las figuras, y ahora, cuando Susan retiró el trapo, las figuras aparecieron incólumes, tan secas que

parecían de una pálida y tostada plata.

Barnes las contempló en silencio largo tiempo, pero Susan siguió esperando. Sobre sus cabezas se oía el arrullo de las palomas que anidaban entre las vigas, y algunas plumas cayeron sobre Barnes y Susan.

—Aún no ha estudiado usted anatomía —masculló el escultor al fin—. La obra es tan buena que no se la merece usted. Pero sus esqueletos no están conformes. Ya le dije a usted que tenía que conocer el esqueleto humano y el sistema muscular. No quiero que haga usted más cosas ñoñas. Conozco a un individuo de Nueva York, y usted tendrá que ir a su casa tres veces por semana para estudiar anatomía. No se dedica a otra cosa.

«Me es imposible», estuvo a punto de decir Susan, pero no lo hizo.

—¿Cómo puede usted decir que no está bien? —preguntó Susan sorprendida—. Copié mi propio cuerpo.

—¡Copia, copia, siempre copia! —gritó el escultor—. Ya le dije a usted que tenía que dejar de copiar. Un escultor construye por dentro. Hace sus estatuas de la misma manera que Dios nos hizo a nosotros.

—Quizá fuera mejor que me dedicara únicamente a hacer niños —repuso Susan. Pero en el acto comprendió lo que el escultor quería decir.

—La única ventaja que tiene usted por ser mujer —continuó Barnes, que parecía no haber oído las anteriores palabras de Susan— es que dispone de un hombre que la mantiene y viste mientras usted trabaja. Yo, en cambio, tuve que ingeniármelas para hacer cosas que se vendieran, si quería mantenerme en condiciones de poder trabajar en lo que deseaba.

—Usted no comprende —replicó Susan con vehemencia—. Yo no soy como usted. Yo soy un ser humano, una mujer que desea...

—Y yo he tenido que hacer el tonto con las mujeres muy a menudo —siguió Barnes sin prestar a Susan la menor atención—. Pobre como era y devorado por el deseo de realizar mi obra, tuve que andar detrás de una mujer y persuadirla para que abandonase a su marido y se fuera conmigo, aunque más tarde creí que jamás me vería libre de ella. Me costó años aprender lo que ahora sé, esto es, que nada ni nadie le importa a uno excepto su propio trabajo. Ya me hubiese gustado que alguien me cogiera por su cuenta para meterme en la cabeza lo que ahora le estoy diciendo a usted, es decir, que a la gente como nosotros nada nos interesa salvo nuestra tarea. Unos cuantos de nosotros estamos hechos así y nos dedicamos a hacer el trabajo del mundo. Los demás sólo pueden permanecer quietos y contemplar lo que nosotros hacemos.

Con sus palabras, el escultor la arrancaba del mundo y la colocaba junto a él, sin cuerpo, convertida en una llama.

—¿Tendré que romper esto en pedazos y empezar de nuevo cuando sepa anatomía? —preguntó Susan.

—¡No, no! —vociferó Barnes—. No posee tanta calidad que no pueda usted

superarlo. Sin embargo, es lo bastante buena para que la acabe usted.

—Pensaba hacerlo en mármol —dijo la joven.

—¡De ninguna manera! —se apresuró a responder el escultor—. Guarde el mármol para sus mejores obras. Le dejé que esculpiera aquella fuente sólo para saber cómo manejaba el mármol. Algún día dará usted de lado el barro y no volverá a tocarlo nunca más. Está usted hecha para esculpir, no para modelar. Pero este grupo puede usted vaciarlo en bronce. Ya me cuidaré yo de que se lo vacíen. Y mire, lo mandaremos a un concurso. Un individuo que yo conozco aguarda una cosa así para el hospital dedicado a la memoria de su padre. Estamos de acuerdo. Ya le hablaré yo.

Anduvo alrededor de las figuras, silbando suavemente y haciendo signos de asentimiento con su enorme cabeza.

—Ha hecho usted algo que vale la pena —dijo—. Ha fotografiado los malditos detalles, pero al mismo tiempo se ha olvidado de sí misma y ha logrado una obra aceptable. La mujer, con el rostro vuelto de esa forma, queda muy bien. Ha dado usted una prueba de inteligencia al hacer que no mire al hombre ni al niño. ¡Oh, Señor! ¡Mucha gente, los tontos, dirán que tendrían que mirar al niño!

Se encasquetó su mugrienta gorra hasta las orejas.

Al llegar la noche, Susan se lo dijo a Mark con la mayor naturalidad.

—David Barnes ha venido hoy a ver mis figuras.

Estaban sentados uno al lado del otro en el ancho y ruinoso pórtico. La noche era como todas las noches, y Susan deseaba que fuera así. Tenía que hacer lo imposible porque no variaran.

—¿Y qué ha dicho? —preguntó Mark.

Su voz era alegre, aunque un poco fría. Susan se acercó más a él y le cogió la mano.

—Ha dicho que estaban muy bien. Pero que aún no sé lo bastante. No poseo los cimientos.

—¡Es un pedante! —exclamó Mark—. Esas figuras son maravillosas. Me gustaría volverlas a ver.

—Dice que me limito a copiar el cuerpo humano, pero que no creo.

—¿Qué diablos quiere decir? —masculló Mark.

—Desea que vaya a Nueva York el martes y empiece a estudiar anatomía. ¿Te importará que vaya? Estaría de regreso a la hora que tú vienes.

En la oscuridad, Susan oyó el ruido que hacía la pipa de Mark, a la que éste daba fuertes chupadas. El joven dijo al fin:

—Ya sabes que mi único deseo es que hagas siempre lo que más te guste. Pero quisiera estar seguro de que ese individuo conoce su oficio.

—Iría solamente dos veces a la semana —continuó Susan sin prestar atención a las palabras de Mark—. Jane cuida a los niños de un modo maravilloso —concluyó.

Mark guardó silencio. Pero Susan había dicho todo lo que tenía que decir. Pasados unos instantes, Susan se puso en pie y se sentó sobre las rodillas de su marido, acurrucándose entre sus brazos, y durante un largo tiempo los dos permanecieron callados.

—Eres muy dulce —murmuró al cabo Mark—. Cuando estás así, te pones muy dulce.

En cuanto Mark salió de su casa el martes siguiente, Susan subió escalera arriba y se cambió su floreado vestido mañanero por otro. Había olvidado que era martes; por lo tanto, no le dijo nada a Mark de su proyectada ida a Nueva York. Su marido la besó como de costumbre y le dijo lo que siempre le decía.

—Todos estaremos en la verja esperándote —repuso Marcia.

—A las seis en punto estaré en casa.

Y John añadió por su cuenta:

—Me gusta que Marcia ande ya un poco, así puede ir por su propio pie hasta la verja.

Fueron por el camino de grava acompañando a Mark hasta la verja, y le dijeron adiós con la mano cuando se alejó en su coche. En cuanto desapareció de su vista, Susan se volvió rápidamente a los niños.

—John, mamá tiene que irse hoy por poco tiempo, y tú tienes que ayudar a Jane a cuidar de Marcia.

—¿Y adónde vas? —preguntó el niño.

—A Nueva York —contestó Susan.

—¿A qué? —volvió a preguntar el niño.

—A trabajar.

—¿Es que ahora te vas a ir todos los días a trabajar como papá? —inquirió el niño con repentina ansiedad.

—No, no. Sólo me iré algunas veces —se apresuró a responder Susan.

Y les dejó al sol. Los niños la miraron con ojos asustados por algo muy superior a lo que ellos podían comprender. Pero se había ido.

Tenía que recorrer una milla hasta la estación de ferrocarril, situada en el extremo sur de la ciudad. Mark podía haberla llevado hasta allí, pero Susan no quería que aquella mañana fuera distinta de las otras. Iría a pie.

Ella era capaz de hacerlo todo... Sí, ella era capaz de hacerlo todo, incluso aquello. Pero cuando fue introducida en la limpia habitación, provista de grandes ventanas, y vio la larga forma tendida bajo un lienzo, creyó que no podría.

«Puedo hacerlo, sin embargo —se dijo a sí misma—. Puedo hacerlo».

Un hombre de rostro amable y voz suave se acercó a ella y le dijo:

—¿La señorita Gaylord? Me llamo Creighton. Mi amigo David Barnes me ha hablado de usted.

Susan estrechó la fina, delgada y ligera mano que le tendían.

—¿Quiere usted venir por aquí? —dijo Creighton. La joven le siguió hasta una pequeña habitación—. Ahora, ¿quiere quitarse el sombrero y ponerse esto? Póngase también los guantes... Procure no cortarse mientras esté haciendo este trabajo.

La joven obedeció, pero le parecía como si de un momento a otro fuera a faltarle la respiración. El médico la miró atentamente.

—¿Es la primera vez que hace usted este trabajo?

—Ni siquiera he visto hasta ahora un muerto —contestó Susan, avergonzada ante el susurro que brotó de su garganta. Se aclaró la voz y siguió con acento más claro—. Me dedico a la escultura, y el señor Barnes dice que debo saber más anatomía.

—¡Dios Santo! —exclamó el señor Creighton sonriendo—. Es muy propio de David arrojar a una muchacha como usted dentro de esta habitación y no preocuparse de nada más. ¿Por qué no empieza usted acudiendo a una simple clase de anatomía o haciendo algo menos fuerte que esto?

—Puedo hacerlo —contestó Susan con acento firme.

La joven se sintió más tranquila cuando al levantar el lienzo el médico, vio que se trataba de un cuerpo bello. Tal vez si hubiera sido el cadáver de un hombre obeso o viejo tal vez... Pero no, el cuerpo había pertenecido a un hombre joven y hermoso, a un joven de rara belleza.

—¿De qué murió? —murmuró Susan.

—De una extraña enfermedad que anidaba en su cerebro —contestó el anatomista.

—¿Y las personas de su familia son normales?

—Le encontraron abandonado cuando aún era un niño. Su cerebro no funcionó nunca bien, y hasta su muerte vivió en una institución del Estado. Por fin servirá su cerebro para algo útil.

Susan contempló el vacío y tranquilo rostro.

—Sí, ahora está perfectamente —añadió Creighton—. Pero le vi dos veces en vida y crea que su rostro reflejaba una verdadera agonía.

—¿Dolor?

—¡Quién sabe! —repuso el anatomista—. Nunca se mostraba dispuesto a hablar. Ahora me voy a mi tarea. Usted debería empezar así.

Y comenzó a cortar rápida y cuidadosamente.

—¡No hay sangre! —exclamó sorprendida.

—No, ha sido preparado —contestó Creighton—. Aquí tiene el manual. Le aconsejo que empiece leyendo una página, hasta aquí, por ejemplo, y luego actúe. Pregúnteme lo que se le ocurra. Yo continuaré lo mío. ¿Está segura de encontrarse bien?

—Sí —contestó la joven.

Tomó asiento y leyó atentamente, tratando de concentrarse en el texto. Leyó hasta el final. Luego se puso en pie y cogió el delgado y agudo cuchillo, delicado y

fuerte... La carencia de sangre la tranquilizaba. La carne era barro; tocar la carne era como tocar barro. Toda la carne no era más que barro. Ella podía tocar el frío barro, y el barro no producía ni dolor ni asco. La piel del cuerpo humano era muy delgada, y cuando se la apartaba a un lado surgía la carne estriada. ¡De qué forma se entretejían los músculos de acuerdo con el hueso, para hacer fuerza y movimientos! Luego estaban los maravillosos y delicados nervios y el exquisito tejido formado por, venas y arterias...

—¿No ha terminado usted por hoy? —preguntó el anatomista al fin—. Es ya tarde.

Susan le miró sorprendida.

—No tenía la menor idea de cómo estaba hecho un codo —dijo—. Ahora ya lo sé.

Por la noche, Susan permanecía despierta mientras Mark dormía tranquilamente. «Antes de que intente hacer nada nuevo he de saber cómo está hecho el cuerpo humano», pensó. A poco saltó de la cama y salió de la casa con los pies desnudos, andando por la hierba bajo el oscuro cielo. No había luna, y las estrellas, enormes, brillaban intensamente. Susan sentía bajo sus pies la hierba húmeda de rocío. En la profunda quietud de la noche, la joven permanecía inmóvil, sintiendo en sí todo el misterio del universo. «Voy a alcanzar el mismo corazón de la creación», se dijo. Pero no sentía miedo.

No podía decirle a Mark lo que estaba haciendo. Pronto se convirtió en un hábito su ida a Nueva York dos veces por semana. Mark había insistido en llevarla a la estación y en ir a esperarla por la tarde, al regreso.

—No puedes andar esa distancia bajo un sol tan fuerte —dijo amablemente; y en dos o tres ocasiones, le preguntó—: ¿Qué haces en Nueva York, Sue?

Y Susan había respondido:

—Estudio anatomía.

Pero una vez su curiosidad fue más apremiante.

—¿Y qué es lo que haces?

—¡Oh! Aprendo cómo trabajan los músculos y los huesos.

—Debe de ser un trabajo muy aburrido —exclamó Mark.

Pero no pudo seguir, pues Susan exclamó:

—¡Oh, mira, Mark! ¡Hay una garza azul en el arroyo!

Una vez o dos al año, una garza azul metía, al pasar, su ala en el arroyo, y aquella mañana era una de esas veces. Mark detuvo el coche, pues le gustaban los pájaros, y juntos observaron cómo el ave hundía su pico y agitaba sus alas sobre la cristalina agua, para, instantes después, con lento y majestuoso vuelo, remontarse hacia la altura.

«Debo creer que Dios la envió», se dijo Susan. Le hubiera sido imposible hacer

comprender a Mark el éxtasis que sentía al ir descubriendo, semana tras semana, cómo estaba hecha la curva de un muslo, el arco de un pie, el bello mecanismo de una mano.

—Creighton dice que podría llegar usted a ser una autoridad científica —afirmó David Barnes un día de finales de verano en que fue al laboratorio para saber lo que la joven estaba haciendo.

—Tiene usted un pulso maravillosamente seguro, *Miss Gaylord* —dijo, sonriendo Creighton.

—Y un corazón frío como el hielo —masculló David Barnes—. Gracias a Dios tiene un corazón frío. Apostaría cualquier cosa a que ni una sola vez ha intentado coquetear con usted, Creighton.

El rostro de Creighton se tornó como una amapola y Susan sonrió. Ninguno de aquellos dos hombres la conocían. Ciertamente que formaban parte de su vida, al igual que Mark. Pero ninguno de ellos la conocía.

—Esta muchacha va a ser una gran escultora —dijo David Barnes con su tosca mano, fuerte y sencilla a la vez, apoyada sobre el hombro de la joven—. Así que no puede desperdiciarse en la ciencia. ¿Qué hace usted todavía aquí, Susan? El verano ha terminado ya. Yo me vuelvo a París y usted se vendrá conmigo.

—No, no —repuso Susan.

—¿No qué?

—Que no iré a París —repitió la joven.

—¿Y por qué no, maldita sea?

—Porque no puedo dejar a Mark y a los niños.

Creighton la miró sorprendido.

—Sí, cometió la tontería de casarse —murmuró amargamente Barnes—. Y aquí la tiene usted, ha nacido con el mayor don que un ser humano puede recibir y se ha atado a un hombre... ¿Quién es él? Se unió legalmente con él, y ahora tiene hijos de él. Pero aunque ella no lo sabe todavía, acabará dejando a su marido. ¡Dios la obligará a hacerlo!

Creighton guardó silencio. Estaba muy ocupado lavando sus delicados instrumentos, examinando sus bordes y secándolos cuidadosamente.

—Lo que usted no comprende es que yo tengo que abarcarlo todo —dijo Susan—. Si no me hubiese casado con Mark y no tuviese hijos, una parte de mí permanecería muerta. En este caso sólo trabajaría una parte de mí misma y mi trabajo no sería bueno.

—Pero para saber lo que eso significa no tenía usted que pasarse toda la vida atada —contestó David Barnes—. Con un par de noches tenía usted de sobra para saberlo.

Susan no contestó. Había cosas que no podía decir a Mark. Ninguno de los dos

podía comprenderlo todo... Pero aquella noche, al dejar los instrumentos, la joven comprendió que había acabado su trabajo allí. Sabía ya lo que deseaba saber y estaba preparada para algo que se encontraba más allá.

—Adiós, señor Creighton —dijo cuando se hubo marchado David Barnes—. Ya no vendré más.

—¿No? —dijo precipitadamente Creighton y a continuación, un tanto confuso, sonrió—. Bien, ha sido muy agradable para mí, *Miss Gaylord*. Algún día cuando sea usted famosa y vea una estatua de usted en alguna parte, me diré que yo la ayudé un poco en su trabajo.

—Cierto que me ha ayudado usted, y mucho —repuso cordialmente Susan.

Había estado trabajando junto a él todo el verano y conocía muy bien al señor Creighton. Él, en cambio, no la conocía a ella.

—Sus visitas han sido muy agradables —repitió Creighton secándose las manos con una toalla—. Jamás había creído que una mujer casada pudiera interesarse por algo que no fuera su familia. Sospecho que es usted diferente de las demás mujeres.

Estas últimas palabras, con las que estaba muy familiarizada, despertaron en ella lejanos ecos. Cuando era todavía una niña con trenzas, oyó una vez decir a su madre: «Susan es diferente, ¿no es verdad?». Y a continuación había añadido: «Algunas veces ni yo misma la entiendo». Y Susan se había escondido en un rincón para llorar tontamente durante un rato, sin saber por qué, sin saber nada excepto que se sentía muy sola.

—Adiós —replicó Susan ofreciendo su mano a Creighton—. Ha sido usted muy amable.

—Nada de eso —murmuró Creighton mientras ella observaba un instante sus inteligentes y un poco asombrados ojos y sentía el contacto de su seca y fina mano. El médico titubeó un momento y luego añadió—: Supongo que se habrá usted dado cuenta de que esto de limitarse a cortar trozos de carne no es un trabajo constructivo. Mas puede partirse de esto para hacer otras cosas. Pero no olvide esto que voy a decirle: se trata de un trabajo fundamental.

—Ya lo sé —asintió Susan, y salió de la estancia, cerrando suavemente la puerta tras sí.

«También parto yo de esto para hacer otra cosa», pensó.

David Barnes, sentado en el pórtico delantero de la casa, golpeaba con su bastón los desgastados escalones mientras decía a Susan:

—¡Quiero que vea usted trabajar a mis grandes compañeros! No ha visto usted a nadie más que a mí.

—¿Y por qué tengo que ver a nadie más? —repuso Susan con voz tranquila—. He de trabajar a mi manera. Quiero hacer cosas americanas, no francesas.

—¡Dios mío! Es usted tan ignorante como una de esas vacas que se ven desde aquí —exclamó el escultor señalando con su bastón hacia la montaña—. Metida en

este rincón del mundo, nadie la conoce ni la conocerá. Tendrá usted necesidad de decir que es la discípula de alguien muy conocido.

—¡Oh, bien! —contestó Susan sin alterar el tono de su voz—. Usted es de sobra conocido.

—¡Pero usted necesita París! —gritó el escultor—. ¡Si no va usted a París, no entenderá jamás de arte!

La joven no contestó. Marcia, escoltada por Jane, se acercaba saltando a lo largo del sendero del jardín. La niña tropezó y se cayó, permaneciendo unos instantes tendida en el suelo, dudando entre echarse a llorar o soportar el golpe estoicamente, hasta que al final se decidió por lo último. Luego luchó por ponerse en pie y, con las manos manchadas de polvo, empezó a trepar por los escalones. Los demás la observaban, y cuando consiguió llegar al escalón superior, su alegre carita se volvió hacia su madre. Susan abrió los brazos, acogió a su hija en ellos y sentándola sobre sus rodillas, miró con arrogancia a David Barnes.

—¡Espere a que sean mayores! —exclamó ásperamente el escultor—. ¡Espere a que se hayan marchado ya de casa... cosa que harán en cuanto puedan, pues serán tan egoístas como lo son todos los seres humanos...! Entonces descubrirá usted que no ha guardado nada para sí misma. ¡Pero será ya demasiado tarde para volverse atrás!

—Usted no se da cuenta de que yo no quiero abandonar nada. Lo tendré todo. ¡Ya lo verá!

—No le será posible tenerlo todo —replicó Barnes. Su voz era suave y cordial. Susan no le había oído hablar nunca así—. Usted no quiere comprenderlo, querida. Pero en esta vida tiene que elegirse quiera uno o no. No hay tiempo para todo. —Cogió su bastón y se puso en pie—. Bien, algún día la veré a usted en París. Me voy con esa ilusión.

—Está usted en lo cierto. Quizás algún día me vea en París —contestó sonriendo Susan—. ¿No le he dicho que lo tendré todo? Tal vez consiga también lo de París.

—No podrá, se lo digo yo. —La voz del escultor era inexorable—. Si tiene lo de París, entonces no tendrá esto. No, no me diga nada. Espere y verá. ¡Yo no me equivoco nunca!

Susan se echó a reír y el escultor empezó a andar por el sendero, franqueando la puerta de la verja y siguiendo por el camino, con su corto cuerpo balanceándose como el de un marinero.

Susan observó su figura, que avanzaba sola por el camino. El escultor desapareció al fin de la vista y Susan continuó meciendo a Marcia entre sus brazos. John no tardaría en regresar de pescar en el arroyo y Mark volvería dentro de poco el recodo del camino. Estaba próximo el ocaso y en el aire se notaba ya la frescura del otoño. Marcia había crecido mucho. Pronto cumpliría los dos años. Era casi tiempo de tener otro hijo. Pero... ¿quería ella tener otro hijo? No estaba segura de ello. Antes deseaba utilizar los nuevos conocimientos que había adquirido. La parecía que había transcurrido mucho tiempo desde la última vez que hizo algo. No tenía prisa por tener

otro hijo. Era joven y habría tiempo para todo.

La verja se abrió de pronto y Mark entró. La joven oyó pasos en la grava del camino y aguzó el oído. Conocía el ritmo de los pasos de su marido tan bien como los latidos de su corazón. Pero el ritmo no era el mismo, había cambiado. Mark avanzaba arrastrando los pies.

—¡Mark! —gritó la joven.

Se puso en pie y dejó en el suelo a Marcia.

—Sí, soy yo —contestó Mark.

Era la voz de un hombre cansado. A menudo se sentía cansado por la noche. Mark era alto y parecía fuerte, pero, en realidad, no estaba dotado de auténtica energía. No existía en su cuerpo aquella fuente de energía inagotable que manaba del resistente cuerpo de su mujer.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Susan.

Mark se aproximó y Susan le vio sonreír débilmente.

—No, querida —contestó Mark, y se inclinó para coger a Marcia, subiendo los escalones pesadamente y tomando asiento—. Creí que al terminarse el verano iba a sentirme menos cansado, pero no es así —murmuró.

La joven se dio cuenta de su palidez y le miró a los ojos, en los que se reflejaban una profunda fatiga.

—Voy a hacer una buena sopa que te reconforte —dijo.

Y al instante se olvidó de todo lo que no fuera Mark.

—Estoy perfectamente, Sue —dijo Mark a la mañana siguiente, mientras se desayunaban—. No me ocurre nada. Es que ha sido un verano muy caluroso.

Susan estuvo a punto de decir: «¿De veras? No lo he notado». Pero se contuvo.

—¿No me engañas? ¿Es cierto que te encuentras bien? —preguntó.

Mark sonrió e hizo signos de asentimiento con la cabeza. La antigua, serena y sumisa expresión de sus ojos y de todo su afable rostro, de grandes facciones, conmovió profundamente a Susan. La joven se inclinó hacia su marido.

—Te quiero más que a nadie del mundo —dijo con acento apasionado.

—¿De veras, querida? —murmuró Mark.

Susan observó que los ojos de Mark se inundaban de lágrimas. Entonces se puso en pie y se acercó a él.

—¿Qué te ocurre, querido? —preguntó con voz suave, apoyando la cabeza de Mark contra su pecho.

—Estoy perfectamente —murmuró Mark—. Tan sólo me encuentro un poco cansado. No debemos asustar a los niños.

John y Marcia les contemplaban con grandes y asustados ojos. Susan volvió a sentarse.

—Vas a disfrutar de unas vacaciones —dijo con firmeza.

Pero antes de que Mark pudiera contestar, Jane entró en el comedor y entregó a Mark un sobre.

—Es un telegrama, señor —dijo con acento de horror—. Sin duda trae malas noticias. Alguien debe de haber muerto.

—¿De quién puede ser? —preguntó Susan.

Mark lo abrió.

—¿Qué esto? —exclamó—. Es para ti, Sue. Lo envía Barnes.

Susan arrancó el telegrama de manos de su marido y leyó rápidamente:

*Hurra por Susan Gaylord Stop Su grupo considerado mejor en concurso
Halfred Mead Stop Venga hoy Nueva York su oficina once en punto Stop
Aplase el pasear por su cuenta.*

BARNES.

Susan miró a su marido casi sin aliento.

—¡Nunca soñé...! Pero no iré.

—Claro que irás —exclamó Mark—. ¡Sube inmediatamente a tu cuarto y arréglate! Por una vez, puedo llegar tarde a la oficina.

—No estaría tranquila un momento sabiendo que tú no estabas bien —contestó Susan.

—Ya te he dicho que me encuentro perfectamente —repuso Mark—. Mira, puedes regresar en un tren de los que salen temprano. Ya me reuniré contigo en la estación y me vendré a descansar... metiéndome en cama si no me encuentro bien.

—¿Me prometes hacerlo así?

—Te lo prometo —contestó Mark sonriendo.

Susan subió corriendo a su dormitorio.

—Tienes buen aspecto —dijo Susan a su marido por la ventanilla del tren—. Si no lo tuvieras no me marcharía, Mark.

—Claro que lo tengo —contestó el joven, y añadió con los ojos fijos en su mujer—: Y tú estás preciosa. Siempre lo estás.

Susan sonrió y le mandó un beso; luego, dando pruebas de su sentido práctico, dijo:

—Creo que los niños estarán bien atendidos. He quedado de acuerdo sobre todos los detalles con Jane.

—Eres una madre perfecta —repuso Mark.

La mirada de su marido era de franca adoración. De pronto el tren empezó a moverse.

—¡Olvídanos por algún tiempo! —gritó Mark—. ¡Diviértete, querida!

Susan estuvo agitando una mano mientras la figura de su marido fue visible. Pero a poco el tren empezó a rodear la falda de una colina y Mark desapareció de su vista.

Susan podía mantener fuera de su mente a Mark y a sus hijos con toda

tranquilidad durante unas horas. Pero tenerles fuera de su mente no significaba fuera de su corazón. Los tenía siempre presentes en su corazón. Estaba sentada junto a la ventanilla y miraba fijamente los campos que se iban deslizando ante ella. Su imaginación se adelantaba a las montañas. Pronto estarían en los suburbios; luego aparecerían los llanos de Jersey y las esculpidas torres de la ciudad. Empezó a fantasear sobre ellas. Alguna vez haría un grupo de hombres que hicieran frente a las cimas de las torres. Reflexionó sobre el problema, estudiando la relación existente entre los seres humanos y aquellas torres construidas por ellos. Las figuras deberían ser más grandes, y colocadas en el fondo, o bien muy pequeñas, sombreadas, inclinadas, aplastadas por lo que los hombres mismos habían hecho. La joven, indecisa, dejó de pensar en ello, guardando la idea en la bodega de su cerebro. Quería que su próxima obra no fuera un grupo, sino una figura sola, ávida, palpitante, con vida circulando intensamente a través de sus huesos y músculos, de su venas y nervios. David Barnes tenía razón. El estudio a que la había empujado tenía un valor incalculable, era un manantial de creación. Al recordar todo aquel verano, Susan sonrió. Creighton no comprendía lo que ella estaba haciendo. Los hombres sólo entienden a las mujeres relacionándolas con sus propias esposas, y la esposa de Creighton, si es que tenía esposa, debía de ser una mujer insignificante, sólo preocupada con su casa y con su cocina y que no podría soportar el trabajo de su marido. Susan creía estar oyéndola decir con ademán relamido: «Mi marido es un hombre de ciencia», mientras en su interior se decía: «No puedo resistir a los muertos. Prefiero no pensar en ellos». Al imaginarla de este modo, Susan no pudo menos de sonreír suavemente.

El tren empezó a circular por las calles, y un olor ligeramente agrio y húmedo entró por la ventanilla. La joven podía ver, relativamente próximas, torres perladas que se alzaban hacia un cielo cubierto por una neblina azul. Respiró fuerte y sus manos se cruzaron. Se sentía contenta de haberse puesto su traje encarnado.

Durante todo el trayecto en taxi a través del denso tráfico, su corazón no dejó de latir con fuerza. Parecía como si dentro de ella hubiese otra criatura. Permanecía sentada con la mayor tranquilidad, pero su corazón estaba de veras trastornado. No sentía excitación alguna, mas su corazón daba saltos dentro de su pecho. Y cuando penetró en la tranquila oficina, muellemente alfombrada, su corazón pareció hincharse y latir más rápido, amenazándola con ahogarle.

—¿Su nombre? —preguntó una voz indolente que salía de detrás de una centralita telefónica.

—Susan Gaylord —contestó, Susan.

Una rubia cabeza apareció por encima de la centralita y unos asombrados ojos de muchacha la miraron fijamente.

—¡Caramba! —exclamó—. Haga el favor de esperar un minuto. Siéntese.

Luego gritó por el altavoz:

—La señorita Gaylord... Susan Gaylord... Sí, está aquí.

Susan tomó asiento en una silla afelpada y esperó. Frente a ella, la muchacha la miraba sin pestañear. Un momento más tarde, un joven de vivo rostro se acercó rápidamente con las manos extendidas.

—¡Señorita Gaylord! Esperábamos un telegrama de usted. Precisamente acabo de llamar a David Barnes para que venga en seguida. Está que echa chispas.

Susan se había puesto en pie.

—No he caído en enviar un telegrama —dijo con timidez—. El señor Barnes me llamó y aquí estoy.

Pero el joven apenas parecía oírla. La cogió del brazo y la condujo a través de un pasillo hasta una brillante habitación de forma cuadrada y repleta de muebles de tono oscuro.

—¡Siéntese, siéntese, por favor! —dijo el joven—. Yo soy Jonathan Halfred... hijo de mi padre... nada más. Ahora dígame algo sobre usted. No encuentro palabras para decirle lo entusiasmados que estamos con su obra. Es sencillamente perfecta, ¿comprende usted? El hospital construido en memoria de mi padre va a ser inaugurado para Año Nuevo y deseábamos un grupo escultórico de importancia para el enorme vestíbulo cuadrado de la entrada, pero nada de lo que llevábamos visto era bastante grande. No me refiero a grande de tamaño, ¿comprende?, sino a grande de significado. Sin embargo, Barnes nos envió su maravillosa obra. Naturalmente, la fundiremos en bronce... Dos veces por lo menos de su tamaño natural.

Susan se sentía abrumada bajo aquel torrente de cordialidad, de entusiasmo, de franqueza y de miradas de admiración.

—Muchas gracias —repuso la joven una vez tras otra—. Muchas gracias, muchas gracias. —Pero de súbito, impulsada por su conciencia profesional, interrumpió a Jonathan Halfred para decirle—: Creo que debo decirle que nosotros, el señor Barnes y yo, no creemos que sea esa obra lo mejor que yo puedo hacer. He aprendido mucho desde que la terminé. Durante todo este verano he estado estudiando anatomía.

—La obra no puede estar mejor —aseguró Halfred.

La joven sonrió, pues sabía que podía mejorarla, pero dejó que el joven continuara prodigándole sus encendidos elogios. Éstos no podían despertar su vanidad, ya que tenía en sí misma, en la sensibilidad de sus propias manos, el conocimiento de lo que era realmente bueno.

En aquel momento se abrió la puerta para dejar paso a David Barnes.

—¡Bien! —exclamó el recién llegado echando hacia atrás su crespo cabello gris—. No se merece usted toda esta suerte, Susan. Pero el caso es que ha venido hasta usted, y he de verla inundada por ella. Ahora que ya puede usted liarse la manta a la cabeza y tomar el barco para París, no se descuelgue con ninguna otra hasta que pueda mostrar al mundo algo realmente de mérito.

Susan no recogió la alusión.

—¿Puedo ver el lugar donde van a colocar mi obra? —preguntó a Jonathan Halfred.

—¡Naturalmente! —contestó éste con acento alegre—. Precisamente tengo que ir allí. —Cogió el teléfono—. Diga a Briggs que venga a buscarme a la entrada de la Avenida dentro de cinco minutos —ordenó.

Cinco minutos después se hallaban los tres en el interior de un coche cerrado en el que no penetraba ningún ruido de la ciudad. Jamás había visto Susan un coche como aquél.

Los dos hombres iban hablando, pero la joven no los oía. Se decía a sí misma que si su grupo no le pareciera lo bastante bueno, lo haría nuevamente. Su primera obra debía ser buena de veras. Se volvió a David Barnes, interrumpiendo, sin darse cuenta, la conversación de los dos hombres.

—Si me parece que la obra no es lo bastante buena, la haré otra vez —dijo—. Ahora puedo hacerla mejor.

—Es lo suficientemente buena para poderla vender —afirmó Barnes—. Pero es usted muy libre de hacer lo que quiera.

Susan no dijo nada más, y permaneció tensa, expectante, hasta que llegaron ante un brillante edificio todavía sin terminar. La joven siguió a los dos hombres hasta la puerta de bronce y permaneció inmóvil ante la entrada del gran vestíbulo, cuya luz se filtraba por una redonda claraboya abierta en el techo.

—Aquí lo tenemos —dijo Jonathan Halfred—. Colocamos aquí el grupo para ver el efecto. Naturalmente, tal como está resulta demasiado pequeño.

Halfred alzó el lienzo que lo cubría y la joven pudo ver el grupo, al que la luz daba de lleno, contemplándolo como si no fuera obra suya. Veía a las figuras como criaturas consideradas en sí mismas, y Susan se volvió a Barnes.

—Tengo que modelar de nuevo estas figuras —dijo.

—¡Oh, ahora...! —empezó a decir Jonathan Halfred, pero la joven no le oía. Estaba hablando con David Barnes.

—Están hechas con la intención de que parezcan personas —dijo—, pero no son personas.

El escultor la miró atentamente y respondió:

—Muy pocos de los que pasen por aquí notarán la diferencia.

—Pero lo sé yo, y eso bastaría para que me sintiera desgraciada por la noche —respondió Susan.

Se miraron fijamente el uno al otro. Jonathan Halfred, asombrado, miraba a ambos como si estuviesen hablando un idioma desconocido para él.

—Haré las figuras mucho mayores —continuó Susan.

—Es usted tonta —murmuró David Barnes entre dientes—. Es usted tonta y nadie puede convencerla, pero el caso es que tiene usted razón. Ya no me necesita usted para nada... Me vuelvo a París.

Giró sobre sus talones y empezó a bajar la escalinata, mientras Susan decía a Jonathan Halfred:

—Prométame que destruiré el grupo. Ya le enviaré yo el que se ha de poner.

—Pero... —murmuró Halfred.

—Prométamelo —insistió la joven—. El nuevo se lo mandaré a tiempo.

—Creo que es una locura —dijo al cabo Halfred, todavía sorprendido—. Pero se lo prometo.

—Ahora tengo que irme a casa —dijo Susan.

—¡Oh, debe usted quedarse a almorzar!

—No —replicó Susan—. Tengo que irme a casa para empezar la obra. Ya sé exactamente lo que deseo.

Sentada en el casi vacío departamento, Susan pensaba en que había sabido darse cuenta de lo que estaba mal y que al mismo tiempo sabía cómo hacerlo bien. De pronto recordó que Mark le había pedido que le telegrafiasse la hora de llegada del tren, y aunque ella pensaba hacerlo así, se había olvidado de hacerlo. Por lo tanto, Mark no sabría la hora de su llegada. Había quedado libre mucho más pronto de lo que esperaba, pero de nada servía permanecer en Nueva York después de saber lo que tenía que hacer. Deseaba llegar a su casa cuanto antes para meterse en el granero y empezar a trabajar. Su imaginación vivía ya en el granero, dando forma al nuevo barro.

Cuando se apeó del tren eran las primeras horas de una tarde de setiembre, y Susan se dirigió directamente a su casa. El aire era fresco y seco, así que pudo caminar de prisa. Dentro de media hora estaría en su casa y mientras caminaba fue haciendo planes sobre lo que haría en cuanto llegase: unos minutos para telefonar a Mark, unos minutos para ver a los niños y oír decir a Jane: «John se ha mostrado hoy muy bullicioso y Marcia no se le ha quedado atrás, y eso que yo les decía...». Inmediatamente se metería en el fresco y frío granero, mezclaría la arcilla y la cogería con sus manos... Nada de esbozos, nada de dibujos. Tenía que sentir la forma entre sus manos. Cerró los ojos y asintió con la cabeza, viendo de nuevo el enorme y cuadrado vestíbulo, el lugar inundado de luz donde iban a ser colocadas sus figuras. Dentro de ella sentía ya palpitar la energía necesaria para hacerlas como debían ser realmente.

El tren se detuvo al fin y la joven saltó al vacío andén; atravesando la desierta estación enfiló el camino que desde un extremo de la ciudad debía conducirla hasta su casa. No recordaba nada de cuanto había visto durante todo aquel día. Su pensamiento estaba lleno por entero con aquella apremiante necesidad que sentía de hacer, de formar a las figuras de su obra. Anduvo rápidamente, llevando el sombrero en la mano. Veinte minutos, quince, diez... Ya estaba en la puerta de la verja y levantó la aldaba. Ante la puerta de la casa había un pequeño coche de color gris, cubierto de polvo, que ella no conocía.

—¡John, Marcia! —gritó avanzando hacia el pórtico.

Se abrió la puerta y apareció su padre.

—¡Papá! —exclamó Susan con verdadera alegría.

—Querida —contestó el anciano gravemente—. Mark está muy enfermo.

Susan le miró desde los escalones.

—Estaba perfectamente cuando yo me fui —contestó con un nudo en la garganta—. Esta mañana no tenía nada.

—Hal le trajo aquí a las doce —continuó el señor Gaylord—. Tú no estabas, y Lucile vino después, y entre los dos le metieron en la cama a la vez que enviaban a buscar al médico. Tu madre y yo vinimos en seguida. Tiene tifus.

Susan pasó rápidamente ante su padre, subió la escalera y entró en la habitación de Mark. Ya no era su verdadera habitación. Junto a la cama se encontraba una enfermera desconocida, y Mark yacía en el lecho con el rostro muy encendido y los ojos medio entornados.

—¡Mark! ¡Querido! —exclamó Susan.

La enfermera se puso en pie.

—¿La señora Keening? —preguntó.

Pero Susan no la veía en aquel instante.

—¡Querido, ya he vuelto! —susurró la joven arrodillándose junto a la cama e inclinándose hacia el enfermo.

Mark abrió los ojos lentamente, inclinó su cabeza hacia Susan, y con voz opaca y ronca murmuró:

—¿Has tenido... un día feliz?

—¿Por qué no me dijiste esta mañana que estabas enfermo, querido? —gritó Susan—. ¡No me hubiera ido a Nueva York!

Pero Mark no contestó. Se pasó su reseca lengua por los labios y miró a la enfermera.

—¡Agua! —pidió.

La enfermera le acercó a los labios un vaso con un poco de agua y Mark bebió un sorbo, cerrando luego los ojos.

—¿Cuánto tiempo hace que estás así? —preguntó Susan.

Dentro de su cuerpo el terror parecía inmovilizar sus músculos y sintió un escalofrío que recorría todo su ser.

—Debería haber guardado cama desde hace días —respondió la enfermera con su clara voz profesional—. La enfermedad venía incubándose en su interior hasta que por fin le dio un colapso. El médico, que está abajo, ha dicho que quería hablar con usted en cuanto llegara. Debe usted bajar a verle y dejar que su marido descanse.

La enfermera cogió una palangana y empezó a refrescar las sienes y las muñecas del enfermo mientras Susan se ponía lentamente en pie sin dejar de mirar a su febril marido, cuya hinchada y roja faz le pareció la de un desconocido.

Susan, tras de asearse ligeramente, se dirigió a la planta baja. Durante todo aquel tiempo estuvo haciendo esfuerzos para acostumbrarse a su mundo habitual y aceptar la catástrofe de aquella hora. Su madre salió de la cocina en aquel instante, con su

redondo y arrugado rostro fruncido.

—He enviado a Jane y a los niños a casa —murmuró—. Johnnie no hacía más que llorar.

—Has hecho bien, mamá —contestó Susan en voz alta.

¿Por qué hablaba la gente en voz baja cuando había un enfermo en la casa? Mark no iba a morir. La joven se dirigió al cuarto de estar, donde se encontraba su padre en compañía del médico, un hombre joven inteligente a quien ella no conocía, pues el viejo médico; que la asistió cuando nacieron John y Marcia había muerto hacía poco. Los niños eran tan saludables que jamás necesitaban al médico.

—Señora Keening, su esposo está muy enfermo —dijo el médico poniéndose rápidamente en pie y volviéndose a sentar en seguida.

—Ha sido una enfermedad súbita... —repuso Susan—. Esta mañana...

—No notaron ustedes los síntomas —dijo el médico—. Sospecho que se trata de una naturaleza muy sufrida.

—Mark no se queja nunca —afirmó Susan—. Pero yo me habría dado cuenta.

El médico carraspeó llevándose una mano a la boca.

—Debe de existir algún foco de infección por estos alrededores —dijo—. ¿Ha hecho usted analizar el agua? Estas viejas granjas tienen a veces un pozo de agua impura e insalubre.

—No —contestó Susan mirando fijamente al médico—. Jamás se me ocurrió hacerlo.

—¿De veras? —preguntó el médico.

Susan se dio cuenta de que él estaba pensando: «Creo que pensar en tales cosas era cometido de usted».

—Yo no hubiera caído en ello —opinó el señor Gaylord.

—Yo sí debí caer —dijo Susan. Aquello era como si le estuviesen clavando un cuchillo—. Fui yo la que quiso venir aquí —continuó sin la menor misericordia consigo misma—. Si nos hubiésemos quedado en nuestra antigua casa, hubiésemos seguido bebiendo el agua de la ciudad y no habría sucedido esto.

El médico tosió de nuevo.

—¡Vamos, Susan! —exclamó el padre—. Esta conversación es del todo absurda. El hecho está ya consumado y de nada sirve lamentarse.

—Yo fui la que quiso venir aquí para poderme dedicar a mi trabajo —continuó la joven con la misma voz de antes.

El médico guardaba silencio.

—Pero eso no importa —añadió rápidamente Susan, inclinándose hacia atrás en su silla—. ¿Qué podemos hacer por él?

—Hay que llevar al enfermo al hospital —dijo el médico.

Susan comprendió que el médico se recreaba en el poder que tenía sobre ella.

—Enviaré en seguida la ambulancia —dijo poniéndose en pie, sin la menor compasión—. Mientras tanto, todos ustedes deben tomar precauciones. Ya les daré

instrucciones.

El médico se marchó al fin y Susan miró a su padre. De pronto, la joven se puso en pie.

—Debo ir a ver lo que puedo hacer —dijo con inquietud.

Se detuvo en su camino hacia la puerta y volviéndose, besó el tupido y blanco cabello que coronaba la cabeza de su padre.

Pero Susan no podía hacer nada. La joven permaneció unos instantes junto al lecho de Mark.

—¿No podríamos...? —empezó a decir.

Pero la enfermera la atajó con acento firme:

—Todo está hecho ya, señora Keening. Yo me encargaré de todo.

Susan bajó de nuevo la escalera y se dirigió a la habitación donde estaba su padre. Éste no se había movido y permanecía sentado tranquilamente junto a la ventana, en el mismo sitio en que Susan le había dejado. La joven se acercó a la ventana y se sentó en el amplio alféizar. La ventana estaba abierta y el fresco aire de los últimos días de setiembre soplaba fuerte. Susan estuvo contemplando un rato el jardín y luego volvió la mirada hacia su padre.

—¿Me he portado mal, papá? —preguntó—. ¿Debía de haber abandonado lo que constituye la mitad de vida? ¿Cómo podía yo pensar que eso le hubiera salvado?

—De nada sirve formular ahora esa pregunta —repuso su padre. El anciano juntó las manos como si fuese a orar y se las contempló—. Cuando por alguna razón olvida uno una parte de su vida —continuó con voz clara y tranquila—, se torna uno una persona completamente distinta. No sólo no hubieses sido la mitad de lo que puedes ser..., sino que el sacrificio te hubiese deformado y retorcido hasta convertirte en una persona completamente diferente. —Hizo una pausa y luego continuó—: Tu abuelo vivió sólo para su música, y su mujer y sus hijos pasaron hambre. Y yo me juré que nunca trataría a mi esposa como él había tratado a mi madre.

La joven no contestó. ¿Qué hubiera sido de ella si hubiera seguido viviendo en la pequeña casa y hubiese ido matando a Susan Gaylord poco a poco, hora tras hora, día tras día?

—Lo que la gente no ve —continuó su padre jugando con sus dedos— es que no se trata de una cuestión de trabajo. El mundo puede vivir muy bien sin el poquito de música o de poesía o lo que la gente como nosotros sentimos que podemos hacer. Pero la cuestión es la siguiente: ¿Qué hacemos entonces tú y yo? —Hizo una nueva pausa y cruzó con fuerza sus dedos—. Mi parecer es éste: abandona tu verdadera vida, si puedes. Si logras hacerlo, es que puedes vivir sin ella, y entonces todo será muy sencillo para ti. La gente te comprenderá y te querrá si no eres diferente de ella. ¡Dios mío, cómo odia la gente a toda persona cuya cabeza se alza más alta que la suya! Te mantendrán todo lo baja que puedan, y no dudarán en cortarte la cabeza con tal de conseguirlo.

El señor Gaylord guardó silencio y Susan permaneció observando las delicadas y

flacas manos de su padre; la joven, con los labios cerrados, oía una y otra vez, en su confusa mente, lo que su padre acababa de decirle. Ella no podía saber ni lo que había sido ni lo que había hecho. Todas las partes de su ser habían vivido tan natural e inconscientemente como viven los niños. Y la mujer que era había sido la mujer que Mark amaba. Esto era todo cuanto sabía, nada más.

Era tal el silencio que reinaba en la casa, que el ruido de las máquinas que estaban abriendo el nuevo pozo hacía que la quietud y el silencio parecieran mayores. Susan había dado orden de cegar el viejo pozo inmediatamente. Nadie bebería más agua de él. Se trasladaron a la casa de sus padres en espera de que el nuevo pozo estuviera terminado.

—¡Quédate aquí hasta que Mark salga del hospital! —le había dicho su padre.

Susan regresaba por la noche a la casa donde había vivido de niña, pero por la mañana quería estar en su propia casa. Porque los días no eran entonces más que horas blancas que corrían entre las visitas que podía hacer a Mark. Mañana y tarde observaba llena de ansiedad el reloj hasta que podía abrir la puerta de la pequeña y blanca habitación del hospital donde Mark yacía inmóvil en la cama. El joven sonreía con expresión soñolienta cuando su mujer se aproximaba, pero hablaba muy raras veces. Y cada día, en una de las dos visitas, Susan se encontraba con el padre o la madre de Mark. No podían ir los dos a la vez a causa de las vacas, que tenían que ser ordeñadas, así como por las demás faenas de la granja.

—¿Cómo te parece que está, Susan? —preguntaba siempre el padre con voz baja y ronca.

—¡Mark se pondrá bien! —contestaba invariablemente Susan, con voz clara y alta.

Pero la madre hablaba muy poco. Cogía la mano de Susan, la apretaba fuerte y le dirigía una sonrisa tan humilde como la de Mark. Algunas veces las dos mujeres se sentaban juntas al lado del lecho de Mark durante la media hora que les permitían estar allí, pero el enfermo no dirigía la palabra a ninguna de las dos. Cuando había pasado el tiempo de la visita, salían ambas de nuevo a la luz del sol de otoño, y Susan decía:

—¡Qué hermoso día! ¿No es verdad? Me alegro por Mark que haga buen tiempo. ¡El aire está lleno de vida!

La madre de Mark asentía, pero añadía estas palabras:

—El aire no sienta a todos lo mismo.

Se sonreían mutuamente y acto seguido se separaban, pues no podían decirse nada más.

Día tras día, Susan se negaba a creer en nada salvo en que cuando Mark pudiera reunir todas sus fuerzas, mejoraría rápidamente. Ella le necesitaba, y él lo sabía. Susan se lo decía a Mark una y otra vez.

—Querido, todo está preparado en espera de que vuelvas a casa de nuevo. Todos estamos esperándote.

Un día llegó una carta de Nueva York, pero Susan la dejó sobre su escritorio sin abrirla. Le era imposible imaginarse que pudiera existir un instante de su vida aparte de Mark. Si no podía permanecer a su lado, al menos podía pensar en él. No le era posible, a menos que se olvidara de su marido, volver a su trabajo.

«Qué mujer tan perversa soy —se dijo un día—. Hasta ahora podía trabajar y olvidarme de que le quiero más que a todo en la vida».

Pero no trabajaba. Si en el oscuro vacío de su cerebro se alzaban sus figuras, las figuras que ella podía hacer, las ahuyentaba. No quería pensar sino en Mark. La joven sentía en ella una extraña superstición. Si conseguía no pensar más que en Mark, éste lograría salvarse. Si no permitía que le abandonase su pensamiento, él no se iría de la vida. Ella podía conservarle en el mundo de los vivos. Creía en esto y no sentía miedo. Le salvaría. Siempre había podido hacer cuanto deseó.

Pero un día el médico le dijo con la mayor gravedad:

—Debo decirle que no me satisface el curso de la enfermedad de su esposo, señora Keening. El enfermo no pone nada de su parte.

Susan, sin embargo, no dejaba que el médico tuviera miedo. A ella le había salido siempre bien todo, y no iba a dejar que Mark muriera.

—Es un caso muy extraño, señora —dijo al fin el médico—. La enfermedad no hace crisis y el enfermo no mejora.

—No está peor —dijo tercamente Susan.

—El ser humano no permanece inmóvil en un punto —replicó el médico—. Si no mejora, es que está peor.

Y un día, inesperadamente, Mark mejoró, pero el mismo día murió. El enfermo habló un poco con su mujer cuando ésta fue a verle.

—¿Cómo están los niños? —preguntó abriendo los ojos.

—Bien, pero todos te echamos mucho de menos —contestó Susan—. Se han quedado solos unos momentos.

—Me siento fatigado..., cansado —dijo Mark con voz tenue.

—Bien, entonces descansa —repuso Susan con voz débil—. Puedes descansar todo lo que quieras, querido. Pero no me olvides.

Mark sonrió y, tras una pausa, preguntó:

—¿Qué estás haciendo ahora?

—Nada —respondió rápidamente Susan—. No puedo empezar nada hasta que tú vuelvas a casa. Necesito tenerte curado y en casa otra vez.

Pero con su lenta y débil voz, Mark insistió:

—¿Y qué es lo que harás?

—... Tengo que hacer mi grupo nuevamente, querido —contestó con acento amable Susan—. Pero no empezaré hasta que tú estés bien del todo.

—La mujer miraba a otro sitio, ¿no es verdad? —murmuró Mark.

—Sí —contestó con voz suave Susan.

Mark no volvió a hablar. Cerró los ojos y mientras Susan contemplaba su inmóvil rostro, desvió la mirada del rostro de ella y la posó en la pared, muriendo instantáneamente, sin el menor estertor.

¿Cómo había podido morir de una manera tan rápida, tan serenamente? Si ella hubiese pensado que tenía la muerte en el corazón, le hubiera zarandeado y le hubiera gritado hasta obligarle a arrojar fuera de sí el pensamiento de la muerte. Pero cuando la joven gritó era ya demasiado tarde. Mark se había ido ya. La enfermera llegó corriendo.

—¿Qué pasa? —preguntó sobresaltada.

—¡Rápido, rápido! —balbuceó Susan.

Pero todo fue inútil. El enfermo se les había escapado de las manos sin el menor esfuerzo, sin respiración trabajosa ni acelerada, simplemente por cansancio.

—Noté que tenía aspecto de fatiga —repuso Susan con la garganta enronquecida y seca. Podía recordar todos los instantes de la última mirada de Mark—. Luego cerró los ojos y volvió la cabeza.

—Dejó de sentir interés por la vida, eso es todo —dijo la enfermera con expresión resentida—. He tenido enfermos de esa clase. Se lucha y se lucha por salvarlos, pero el mejor día se sienten cansados y se nos van de las manos.

Llegó el médico. Sus manos expertas tocaron el pecho y los ojos de Mark, su pulso y sus manos. Luego le cubrió el rostro con la sábana.

—Debe usted irse a su casa, señora Keening —dijo con voz amable—. ¿Llamo a su padre?

—No —contestó la joven—. No es necesario.

No podía moverse. No atinaba con lo que tenía que hacer.

—Venga y échese en la otra habitación, querida —dijo la enfermera.

—No —volvió a contestar Susan.

—¿Llamo un coche? —preguntó el médico.

Éste se mostraba amable, pero la joven comprendió que como ya no tenía nada que hacer allí, deseaba verse libre cuanto antes de aquel asunto.

—No, tengo mi coche —contestó Susan.

—No necesita usted preocuparse por... los detalles —continuó el médico—. Voy a llamar por teléfono a su padre. Lo siento mucho, señora Keening. Hemos hecho cuanto nos ha sido posible. Pero creo que la naturaleza de su marido carecía de la suficiente resistencia, aunque uno no sabe nunca... Bien, si usted me lo permite...

Al fin pudo Susan echar a andar. Atravesó con paso firme el vestíbulo y salió a la tibia luz del sol de un claro día de octubre. Subió a su pequeño coche gris y se dirigió a su casa. No quería ver a nadie. Que los demás hablaran cuanto quisieran. Ella deseaba irse a su casa y subir hasta la habitación en que ella y Mark habían vivido juntos, para, una vez dentro, cerrar la puerta a todos. Mark no podía haberse ido para siempre de la casa donde habían vivido juntos.

Todo estaba en silencio cuando cruzó la verja. Echó de menos un ruido rítmico, aunque sin saber exactamente de lo que se trataba. Se detuvo un momento en el

sendero, intentando recordar. ¿Por qué estaba todo tan silencioso? Mientras la joven permanecía inmóvil, un obrero, vistiendo un mono, salió de detrás de la casa y se acercó a ella.

—¡Bien, señora! —gritó con fuerte y alegre voz el hombre—. ¡Hace media hora que hemos encontrado agua! Sí, señora, a doscientos pies de profundidad y a cincuenta y cinco de la roca corre una vena de agua de la más transparente que jamás vio ni probó usted.

El trabajador le mostró un vaso lleno de agua.

—Demasiado tarde —respondió Susan.

El hombre se la quedó mirando asombrado mientras ella entraba rápidamente en su casa y cerraba la puerta.

Susan había telefoneado para que le llevaran los niños, a pesar de la extrañeza y de las protestas de su madre.

—Susan, no deberías quedarte en esa casa. Vente aquí algún tiempo.

—No —contestó Susan—. Deseo pasar aquí la noche. Y quiero que vengan también los niños. Ahora no hay peligro... Tenemos agua pura para beber.

—Confío en que no estés crucificándote a ti misma, Sue —dijo su padre—. Espero que no le tomes gusto a sufrir.

La joven pensó un momento antes de responder.

—No, no es eso, papá —dijo al cabo—. No, no es eso. Pero aquí me siento mejor que en cualquier otra parte.

Jane llegó con los niños, y Susan cenó con ellos tranquilamente y más tarde ayudó a Jane a meterlos en la cama.

—El beso de buenas noches para papá tenemos que dártelo a ti, ¿verdad, mamá? —preguntó John con la voz vibrante de curiosidad.

—Sí —contestó Susan.

Los besos de los niños cayeron sobre su corazón, pero la joven no lloró. En cambio, Jane derramaba abundantes lágrimas, teniendo que volver la cabeza para que no la vieran los niños.

Susan estuvo leyendo aquella primera noche hasta hora muy avanzada. Cuando terminó de bañarse y se trenzó el cabello como hacía siempre, se echó en la cama, cogió un libro y estuvo leyendo con el mayor cuidado hora tras hora, palabra tras palabra. Ella no había llorado y no lloraría. Fue volviendo las páginas del libro hasta que la venció el cansancio. Entonces cerró el libro y miró el reloj. Eran las tres. Hacía exactamente doce horas que Mark había muerto. La joven contempló la vacía cama de su marido y ciega, dominada por repentina desesperación, se levantó de su propia cama y se arrojó en la de él, amoldando su cuerpo al hueco que el cuerpo de él había hecho en el colchón, apoyando su cabeza en la almohada donde había descansado la cabeza de Mark. Y de súbito, como río que brotase de la roca, sintió que las lágrimas

acudían al fin a sus ojos.

¡Qué extraña es la gente! Creían que su presencia y su abundancia la consolarían o, por lo menos, evitarían que se acordara de que Mark estaba muerto. Se reunían para verla, para hablarle con el mayor interés y afecto de otras cosas. Hal se presentaba todos los días y, una vez y otra, repetía:

—Si hay algo que yo pueda hacer... Algún trabajo de la casa...

—Gracias, Hal —contestaba Susan. Era mejor llorar por las noches, pues así los ojos estaban secos durante el día, cuando la gente iba de visita—. Ya te avisaré —prometía la joven.

Pero Susan no echaba de menos a Mark en las cosas a que Hal aludía. Mark no había realizado nunca mucho trabajo en la casa. Ella no dependía de él en las cosas en que por lo común dependen las mujeres de los hombres. Sin darse cuenta, ella lo hacía todo por sí misma, así que Mark ni siquiera llegó a enterarse de que existieran esos trabajos. Era siempre más sencillo hacerse las cosas una misma y quitárselas de en medio sin ayuda de nadie. No. Ella echaba de menos a Mark en un sentido en que nadie podía sustituirlo. Ella le echaba de menos por la noche, al acercarse la hora en que él solía regresar a casa. Cuando Mark vivía aún, nunca había parado mientes en cómo el día iba ascendiendo hacia la cumbre de las seis de la tarde, que era la hora de la llegada de su marido. Pero, sabiendo ya que él nunca más daría la vuelta al recodo del camino, todo su cuerpo se ponía tenso ante la inútil espera.

«No vendrá nunca más —se decía con resuelta determinación—. Nunca más volveré a oír las tres notas de la bocina de su automóvil». Pero permanecía escuchando hasta las seis como si aún pudiera escucharlas. A partir de este momento, la noche se extendía ante ella sin fin. Pasaba todo el tiempo que podía ayudando a Jane a acostar a los niños. Y cada noche, ellos la besaban alegremente dos veces, una para ella y otra para Mark. Este beso mantenía al padre vivo para los niños, y era ella la que sufría el dolor.

Y al llegar el atardecer, la gente iba a visitarla. Lucile se presentaba casi a diario acompañada por Hal y sus hijos. Hablaban largamente del día, de lo que sus mutuas amigas estaban haciendo, de lo que Susan tenía que hacer, o sea, «espantar los pensamientos tristes».

—Comprendo que ahora no estás para ello, Sue. Pero creo que en cuanto puedas debes asistir a las partidas de *bridge*. Todas están de acuerdo con esto. Puedes hacer muchas cosas para llenar tu tiempo, Sue.

—Sí —contestó ésta vagamente.

Sobre uno de los lados del granero surgió una enorme luna, la primera luna llena después de la muerte de Mark.

Susan y Mark habían observado siempre la luna llena en el cielo. Incluso en las frías noches de invierno, se ponían sus abrigos y salían al exterior, donde tiritaban de

frío y reían mientras contemplaban la luna.

—¡Saldremos a verla toda nuestra vida! —había dicho Mark una vez.

Pero Lucile le preguntaba ahora algo.

—No te he oído. Lo siento —murmuró Susan.

—Decía que no dejes de preguntarme qué era lo que estabas haciendo en Nueva York el día que Mark cayó enfermo —contestó Lucile—. Él insistió una y otra vez en que no debíamos llamarte, pues lo que estabas haciendo tenía mucha importancia.

Susan vio a Mark, desesperadamente enfermo, insistiendo en que no la llamaran.

—Aquella mañana yo no quería irme —repuso Susan—. Pero él se empeñó en que me fuera. Dijo que si me iba volvería pronto a casa y se acostaría.

—Bien. Pero Mark afirmó que la cosa era muy importante —repitió Lucile.

—Entonces lo parecía —repitió Susan, que añadió—: Pero ahora no me parece lo bastante importante para que se hable de ello.

Lucile permaneció silenciosa unos instantes. Susan comprendió que estaba preparando su respuesta.

—Eres muy amable conmigo —dijo entonces Susan—. Estoy mejor y creo que esta noche voy a dormir bien.

Lucile se puso rápidamente en pie y le besó cordialmente en la mejilla.

—Entonces te diré buenas noches, querida Sue. Ya te veré mañana. Oye, en una de las revistas han empezado a publicar un nuevo folletín. Te lo iré trayendo.

Lucile dio un portazo al salir, y Susan oyó chirriar los frenos del coche cuando su amiga lo puso en marcha. Luego, como sucedía siempre al final de cada día, la noche cayó sobre ella. Le quedaba por vivir una larga noche antes de que llegara el nuevo día. Permaneció observando durante un tiempo la redonda y enorme luna que colgaba del cielo. Tenía que acostarse, pero era más fácil permanecer despierta allí, pensar en Mark en aquel sitio, que encerrada en la profunda soledad de su alcoba. Recordó una vez más todas las líneas del rostro de su marido.

Y mientras las recordaba pensó en la cabeza que nunca había terminado de modelar. Hacía meses que no pensaba en ella. Pero aquella noche sintió un acuciante deseo de volverla a ver. Deseó palpar con sus dedos las líneas del rostro de su marido. Fue a la cocina y buscó una lámpara de aceite y cerillas, cruzando el trozo de hierba iluminado por la luna hasta llegar a la inmensa oscuridad del granero.

Entonces encendió la lámpara y la colocó sobre una caja. Luego, se acercó al estante que había emplazado en un extremo del granero y tanteó con sus manos hasta que sus dedos tocaron la forma que tan bien conocía. Llevó la cabeza hasta la luz y una vez allí quitó el lienzo que la cubría. La joven se arrodilló ante la cabeza, abrazándola, mirándola intensamente. Ahora sí que el parecido era exacto. La muerte había hecho que se le pareciera. Por fin estaba acabada la cabeza. La joven, arrodillada, la sostenía entre sus brazos, y tras un breve instante, inclinó su propia cabeza e hizo que su mejilla descansara sobre la mejilla de barro. Sintió el frío su tibia y suave mejilla; los labios del busto permanecían inmóviles. La joven envolvió

de nuevo la cabeza en el trapo y apoyándola en su brazo, cogió la lámpara, fue hasta el estante y la colocó de nuevo en su sitio.

En aquel instante reparó en la curvada forma del niño recién nacido. Entonces tuvo la sensación de otra especie de muerte. Puesto que Mark se había ido para siempre, ella no tendría más hijos. No había pensado antes en ello, pero aquel niño de barro modelado por ella hizo que se acordara de todo. De repente se dio cuenta de que estaba sola en el enorme granero. Dejó la lámpara y la soledad hizo que sintiera un gran terror. Si llamaba, nadie la oiría. Nadie podía oírla. Jane y los niños estaban dormidos y no se despertarían. Su voz no podía llegar a los oídos de nadie. No existía nadie a quien le importase, como a Mark le hubiera importado, dónde estaba ella. Mark no la hubiese dejado ir sola al granero de noche. Podía encontrarse dentro de él un vagabundo como aquel que se había ahorcado en el bosque. Susan, poseída por un miedo infantil, miró alrededor. Sobre ella caían las largas y angulosas sombras de las vigas. Permaneció inmóvil en un pequeño círculo de débil luz, pero en torno suyo todo eran sombras y el más profundo silencio. Sentía tentaciones de coger la luz y echar a correr. Pero ¿por qué tenía que correr? Allí no había un alma.

«Soy una tonta», se dijo en voz alta.

Su voz produjo un eco. Susan oyó que los ecos se contestaban unos a otros. «Tengo que hacer algo. Tengo que hacer algo con las manos o, de lo contrario, me volveré loca», se dijo.

Observó que en el estante, ante ella, se encontraba el dúctil barro esperando. Lo cogió, empezó a amasarlo, y lentamente, la familiar arcilla hizo que le volviera la memoria. Había prometido hacer de nuevo sus figuras. Sobre su escritorio aguardaba un montón de cartas sin abrir. Pocos días antes había recibido un telegrama que leyó, pero que no quiso contestar. Sin embargo, a medida que iba amasando la arcilla, fue recordándolo todo. No deseaba ponerse a trabajar. No podía empezar a trabajar. No podía pensar en ello mientras procuraba mantener vivo a Mark. Pero ahora, mientras sus manos se movían ágilmente, empezó a despertar de su sueño. Su cuerpo no había dormido, pero algo dentro de ella había estado durmiendo como si se encontrara muerta. No muerta de la misma forma que Mark, pues ahora, por sus manos, a través de todos sus huesos, venas, nervios y músculos, la recorría un deseo, el viejo y voraz deseo cargado de electricidad. Susan se puso a trabajar rápidamente, con terrible energía, como si durante mucho tiempo hubiera tenido ante sí un obstáculo y éste hubiera desaparecido de pronto. Olvidó que había sentido miedo. De nuevo lo olvidó todo, hasta que por fin apareció el alba.

Y cuando la aurora surgió en el horizonte, Susan no pudo continuar trabajando. Entonces regresó lentamente a su casa, con los tobillos húmedos de rocío y la niebla del amanecer prendida en su cuello. Se bañó y se echó en la cama para dormir un rato, como si estuviese profundamente embriagada.

Pero al despertarse no pudo volver al trabajo de nuevo. No sentía al menor deseo de hacerlo. La dominaba una gran laxitud, aunque tampoco podía permanecer en la

cama. No tenía otra cosa que hacer que levantarse y vestirse y dejar que el día empezara de nuevo.

—Sue, tienes muy mal aspecto —le dijo su madre—. Si no quieres venir a casa, yo iré a la tuya y me estaré contigo. Mary puede cuidar de tu padre durante una semana o dos.

Susan había llevado los niños a casa de su madre una tarde, antes de Navidad, porque de pronto, a las tres, se dio cuenta de que observaba las manillas del reloj esperando que avanzaran hacia las seis. Su padre bajó en cuanto oyó las voces de los niños, y luego se puso a tallar un trozo de madera para hacerles un barco. El viejo reproducía exactamente las líneas del dibujo que tenía en su mente. John estaba sentado sobre sus rodillas, complacido y silencioso, pero Marcia daba vueltas en torno al grupo cantando:

*Un pequeño barquito... un pequeño,
un pequeño barquito...*

—No quiero quedarme con Mary —gruñó el padre—. Cada vez que llega de la escuela de Comercio de Nueva York, tenemos menos que hablar. Si alguien ha de irse de esta casa, que sea ella.

—Sí —dijo Susan con calor—. ¿Por qué no? Déjala venir a mi casa, mamá.

—Bien, si tú lo quieres... —contestó la madre siguiendo su antigua costumbre de obedecer en todo.

Susan no deseaba realmente tener a Mary en casa. Pero prefería tener a su hermana que a su madre. Mary pensaría en sí misma y no en ella. Mary no notaría su palidez por la mañana. ¿Cuándo podría dormir ella de nuevo largas y profundas horas de sueño en lugar de aquellos breves e interrumpidos estados de inconsciencia en que se sumía y de los que despertaba una y otra vez para pensar y volver a pensar en que Mark se había marchado? Mary no se fijaría en ella ni le gritaría: «Susan, no comes nada». ¿Cuándo volvería ella a sentir apetito?

—Eres muy buena al venir aquí para pasar las vacaciones, Mary —dijo a su hermana cuando ésta se presentó en casa cargada con su maleta.

Mary era diferente cada vez que regresaba a casa. Había crecido mucho, y la antigua chiquilla de mal color y desmañada se había transformado en una muchacha morena y esbelta de agradable presencia. Además, estaba aprendiendo a vestirse bien.

—No me importa venir aquí —dijo con indiferencia—. ¿Dónde está mi habitación?

Jane había preparado el pequeño cuarto de los huéspedes y Susan colocó una rosa amarilla en un búcaro sobre el tocador. Después de haber acompañado a su hermana hasta la habitación, empezó a titubear. Mary le era familiar y, a la vez, extraña. Pero

Mary la despidió.

—Bajaré dentro de un rato —dijo.

Y Susan bajó sola la escalera. Le resultaba muy difícil hablar con nadie. Se había acostumbrado a la sencilla conversación de Mark, que hablaba siempre de sencillas y pequeñas cosas. Su marido hablaba sin esperar a que ella dijera nada o a que contestase, y Susan había adquirido la costumbre de escuchar y soñar mientras escuchaba, pues lo que decía Mark no llenaba su imaginación. Pero era consolador y agradable, y ahora, cuando la gente esperaba que ella hablase, no sabía nunca cómo empezar.

Pero con Mary no le era necesario hablar. Parecía como si no tuviese a nadie en casa. Mary leía durante horas enteras y a continuación, dejando el libro, se ponía su abrigo de mezclilla oscura y se iba a dar una vuelta por los campos, con la cabeza descubierta. Y después de cenar, subía temprano a su cuarto tras de decir a su hermana:

—Buenas noches, Sue. Hasta mañana.

Entonces Susan volvía a quedarse sola en la noche. Disponía de muchas cosas para llenar sus días: los niños, la casa, trabajo de costura. Los vestidos de Marcia tenían que ser alargados, pues la niña crecía, y ella los alargó. John deseaba un jersey rojo, y Susan se lo hizo. Mark acostumbraba a observar sus manos y solía decir: «Me gusta ver trabajar a tus manos. Saben siempre con exactitud lo que tienen que hacer y lo hacen con una rapidez endiablada». Susan sonreía al oírle, sintiendo un íntimo orgullo por poseer aquellos fuertes y ágiles dedos. Pero ya no tenía ningún valor la rapidez de sus manos, puesto que su trabajo no había de quedar listo a una hora determinada. Sin embargo, no podía detener sus manos y éstas, acostumbradas a aquella rapidez, trabajaban como tenían por costumbre, aunque no estuvieran sostenidas por su voluntad.

A veces leía durante un rato y otras iba a la casa paterna para tocar un rato el piano, hasta que un día su padre le dijo:

—Te enviaré el piano a casa. Yo tengo el mío arriba, y nadie se preocupa por la música en esta casa desde que tú te fuiste.

—Susan se lo puede llevar, naturalmente —dijo la madre con cierto resentimiento—, pero no creo que puedas decir que a mí no me gusta la música. Me vuelve loca una buena melodía.

El señor Gaylord no contestó a su esposa —en realidad nunca le contestaba— y el piano fue enviado a casa de Susan. Tocar en él era una forma de pasar las horas sobrantes del día y Susan se sintió muy agradecida a su padre.

Pero hiciera lo que hiciese, el día se terminaba al fin, y a continuación llegaba la larga noche, durante la cual era imposible conciliar el sueño, y, desesperada ante las inacabables horas que le aguardaban y por la sensación de vacío que sentía en su espíritu, sin ningún verdadero deseo de trabajar, se ponía su viejo abrigo azul y atravesaba el espacio cubierto de escarcha, hasta llegar al granero, donde encendía la

lámpara de aceite. Todavía sin experimentar el menor deseo, empezaba a amasar de nuevo la oscura arcilla, que iba adquiriendo forma lentamente. Durante la primera hora trabajaba perezosamente, contra su voluntad, sin dejar de pensar en que Mark se había ido para siempre y en que ella no sentía ganas de trabajar. Pero en la oscuridad de su cerebro, en un lugar más profundo que el pensamiento, más profundo que el conocimiento, el antiguo y lento fuego se despertaba, y pasaba de una manera paulatina del mero trabajo automático al de creación. Sólo entonces podía olvidar que Mark estaba muerto. Y aquello fue convirtiéndose en costumbre, al punto de que cuando sus dedos tocaban la arcilla, lo olvidaba todo, resultándole tan consolador como un sueño sin pesadillas, y de esta forma cesó de sentir temor cuando la noche se aproximaba.

A lo único que temía en aquel momento era a la víspera de Navidad. Le era imposible olvidar la forma en que Mark y ella habían celebrado la fiesta cada año. Ahora, sin Mark, fue colocando dentro de los calcetines, ayudada por Mary, los juguetes que ella había ido a comprar sola. A excepción de unas cuantas palabras que cambiaron, ambas guardaron silencio sobre lo que estaban haciendo.

—Este cuchillo es para John —dijo Susan—. Quiere tallar madera como lo hace su abuelo. Supongo que se cortará.

—Se cortará de todos modos más tarde o más temprano —contestó Mary—. La muñeca, naturalmente, es para Marcia.

—Claro. Pero el caso es que a Marcia no le gustan las muñecas.

—Tampoco a mí me gustaban —repuso Mary, bostezando—. En cambio, a ti te gustaban con delirio.

Susan asintió con la cabeza.

—Supongo que por eso se las doy a Marcia —contestó.

Todo quedó arreglado en pocos minutos. Mary bostezó de nuevo.

—Me voy a la cama —dijo—. Aún no me he puesto al corriente de sueño desde que llegué. En Nueva York me acostaba muy tarde. Allí se acuesta todo el mundo tarde. ¡Aquí se lleva una vida tan tranquila!

—¿Te gusta tu vida? —preguntó Susan.

—Me gusta —contestó Mary con acento apasionado—. Quiero quedarme allí para siempre. Espero conseguirlo. Nos han prometido empleos para cuando terminemos los estudios. Yo voy a ganarme la vida dibujando... trajes y sombreros. —A media escalera se volvió y miró hacia abajo; era alta, angulosa, elegante, y con expresión indiferente, continuó—: Quizá pueda ayudarte con el tiempo, Sue... Podrás hacer fuentes, figulinas o algo por el estilo. Yo podría colocarlas por ahí.

Por primera vez desde que Mark había muerto, Susan sintió el orgullo de su arte.

—No creo que pueda hacer nada pequeño —repuso, con visible satisfacción—. Nunca te he dicho que Jonathan Halfred eligió mi grupo escultórico para el hospital

de su padre. Estoy trabajando en él.

—¿Te refieres a Halfred de Halfred-Mead? —preguntó Mary con su acento frío.

—Sí —contestó Susan.

—Eso es muy agradable, Sue —dijo Mary—. ¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde el día que Mark ingresó en el hospital —repuso Susan.

Las dos hermanas se miraron. Algo flotaba entre ambas tembloroso e invisible, alguna antigua e instintiva diferencia que existía entre ellas desde que nacieron. Susan, a la defensiva, esperó que Mary diera forma a aquella diferencia con sus claras y frías palabras. Nada mejor que fuera expresado por medio de palabras, para que cada una de ellas supiera de lo que se trataba y la niebla que se interponía se disipase. Entonces podrían vivir más cerca una de la otra dentro de aquella claridad que ahora no conocían, pues ignoraban qué palabras eran.

Pero Mary volvió la vista a otro sitio.

—Buenas noches, Sue —dijo en su tono habitual—. Nos veremos mañana. —Y acabó de subir la escalera taconeando fuerte.

Susan cruzó aquella noche el oscuro espacio dominada por una profunda irritación, y en el acto empezó a trabajar con la mayor energía.

«Mary me odia. No sé por qué. Pero me odia debido a lo que soy. Nada de lo que yo haga puede hacerla parecida a mí», se dijo.

Se detuvo un momento en su tarea. Una vez, durante la noche, Mark había dicho que existía en ella algo que se interponía entre ambos y la apartaba de él. Pero entonces ella prescindía de su verdadero ser y se entregó a Mark por completo.

«Me alegro de haberlo hecho», pensó la joven, tristemente, e inmediatamente empezó a trabajar de nuevo.

No experimentaba la menor tristeza al descubrir la antipatía de Mary. No sentía sino enfado..., un enfado que era como un bálsamo, ya que la hacía olvidar. Trabajó con mucha más energía que lo hubiera hecho sin el enfado, y cuando dieron las cuatro de la madrugada se metió en la cama, quedándose dormida instantáneamente con un sueño sin pesadillas ni dolor.

La mañana de Navidad, Mary observó con sus fríos y oscuros ojos cómo luchaba John con su navajita y permaneció sin sonreír mientras Marcia desnudaba su muñeca, la dejaba caer al suelo y deshacía todos los paquetes. Mary parecía no verlos. Durante todo el día de Navidad, pasado en casa de sus padres, la joven se mantuvo apartada de los demás, como si fuese una extraña, tolerando el árbol de Navidad y los viejos chistes de sus padres acerca del pavo y del brillante pastel de pasas. Susan, con la sensibilidad aguzada por la irritación que sentía, se dio cuenta de la actitud de su hermana, y esto hizo que el día transcurriera para ella sin la desesperación que había tenido.

Pero continuaba sin dirigir la palabra a Mary. Recordaba la niñez de su hermana,

siempre tan pálida, tan morena y tan terca. «¿Es que Mary padece secretamente de cáncer, o sufre por un amor no correspondido o por alguna otra causa?», le preguntó aparte su padre. Susan se echó a reír y contestó: «Es sólo que está intentando ser una persona mayor». Pero la expresión del rostro de Mary era todavía infantil cuando volvía inesperadamente la cabeza por encima de su rígido hombro.

El día siguiente al de Navidad, Susan, que estaba sentada al piano, oyó la campanilla de la puerta, de cuya cadena tiraban sin compasión. Jane voló a ver quién era el que llamaba de aquel modo, y Susan pudo oír que decía con acento irritado:

—¡Haga el favor de soltar sus cosas ahí, señor!

Un momento después, Jane entraba de puntillas en la habitación donde estaba Susan y con expresión indignada cuchicheaba al oído de su ama:

—Es aquel joven que acostumbraba a llegar cabalgando a la otra casa... y que siempre llama como si quisiera arrancar el llamador. Y esta vez no sé cómo se las ha arreglado, pero lo ha conseguido, señora.

Y Jane mostró el viejo llamador de bronce, en su mano.

Pero se oyó la voz de Michael que gritaba desde el vestíbulo:

—¡Susan! ¿Dónde está usted? ¡Lo siento mucho!

Susan salió al vestíbulo, encontrándose con el joven, que iba envuelto en un abrigo de piel de color castaño, y parecía enorme y cambiado. Pero cuando se quitó el abrigo, Susan pudo ver que continuaba tan esbelto como siempre, aunque parecía unas pulgadas más alto.

—Hemos venido al campo para pasar las Navidades —dijo con expresión sonriente y cordial. Se inclinó y besó ligeramente a Susan en ambas mejillas—. Ahora, déjeme acomodarme junto al fuego y dígame cómo está... Pero no me hable de nada triste, pues ya estoy enterado de todas las desgracias que le han sucedido, sino cuénteme algo relacionado con el trabajo que ahora está haciendo.

Sin dejar de hablar, lo que por cierto hacía con acento ligeramente extranjero, Michael empujó el sillón azul hacia el fuego. Había estado tanto tiempo ausente, que costaba convencerse de que todavía pertenecía al mundo. Pero su presencia hacía que la habitación resultara cordial, brillante y alegre. Susan se inclinó para echar un leño al fuego y Michael, antes de que ella pudiera impedirlo, cogió las tenazas y arregló los carbones con firmes y rápidas manos.

No era nada afectado; alegre y divertido, hacía que todas las cosas parecieran reales, lo mismo la habitación donde se encontraba que la casa toda, las voces de los niños que sonaban abajo, las voraces llamas, la luz de la lámpara, las corridas cortinas. Y los que se hallaban dentro de la casa también resultaban reales.

—El otro día me encontré en París a David —dijo, y París, una ciudad de gente bulliciosa, brilló por un instante ante los ojos de la joven—. Dice que la espera a usted uno de estos días.

Susan sonrió, pero no dijo nada. No se le había ocurrido pensar que pudiera dejar su casa, el lugar donde ella y Mark habían vivido juntos. Pero Michael introducía el

mundo en aquella estancia con su conversación y su ligera charla sobre diferentes temas. Y Michael no había visto nunca a Mark.

—He estado en Turquía —continuó diciendo el joven— pasando unas vacaciones, y el invierno pasado fui a la India para pintar el Himalaya. Deseaba pintar montañas, aunque no los Alpes, pues la gente sube ya todos los días a ellos. Quería pintar nieves que no hubieran sido holladas por la planta del hombre. En el Himalaya hay picos que se oponen a que el hombre alcance sus cimas. Susan, tendría usted que ver cómo levantan la cabeza cada vez más alta, más alta, a medida que uno va escalándolos.

Susan se inclinaba hacia delante atenta a lo que el joven decía. Realmente, nadie hablaba entonces con ella tanto rato. El joven iba descubriendo el mundo ante sus ojos, y ella se había olvidado que existía tal mundo.

—Entonces envié mis lienzos a casa, y me fui a China, donde volví a pintar, aunque esta vez fueron seres humanos los elegidos. Pero no me dediqué a pintar al viejo, consabido y suntuoso mandarín, sino mujeres como flechas, como odaliscas, como esbeltas estatuas de marfil..., es decir, mujeres modernas. ¡No hay nada en el mundo tan maravilloso como pintar! ¡Espere a que esos tipos de la Academia vean mis cuadros! ¡Todavía no han descubierto el mundo!

Se detuvo de pronto para mirar por encima de la cabeza de Susan. Ésta se volvió al notar lo, viendo a Mary, que permanecía en el umbral ataviada con un estrecho y suave abrigo de color rojo oscuro, abotonado hasta el cuello, y un pequeño sombrero rojo.

—Entra, Mary —dijo Susan—. Te presento a Michael Barry.

El aludido se puso en pie y esperó a que la joven se acercara.

—Michael, le presento a mi hermana Mary —continuó Susan.

Mary ofreció al visitante su estrecha y morena mano.

—¿Cómo está usted? —dijo sin el menor azoramiento—. Sue, me voy a dar un paseo antes de que anochezca.

—¿Cuándo regresarás? —preguntó Susan.

—No lo sé —contestó Mary.

Si notó que Michael la miraba con interés, supo disimularlo a las mil maravillas. Permaneció un rato ajustándose el pequeño sombrero de terciopelo rojo en tanto que Michael no le quitaba ojo. A poco se volvió con la mayor indiferencia y sin prisas, pausadamente, salió de la estancia. Pasados unos instantes, Michael volvió a tomar asiento.

—Estaba usted hablándome de su estancia en China —dijo Susan.

—Sí —contestó Michael, encendiendo un cigarrillo y dando unas rápidas chupadas—. Su hermana parece china. ¿Por qué no me habló usted nunca de ella, Susan?

—Nunca le he contado a usted nada referente a mi vida particular —contestó Susan—. También tengo dos hijos, y un padre y una madre.

Pero Michael no le prestaba atención. Aplastó el cigarrillo contra el cenicero y se puso de nuevo en pie.

—Me voy —dijo de pronto. Susan le siguió hasta el vestíbulo—. Muy contento de verla —añadió.

Se puso el gran abrigo de cuello de pieles y cerró la puerta de un portazo.

Jane, que estaba poniendo la mesa para los niños, pues cenaban temprano, miró por la ventana.

—Es un joven intratable y vanidoso —murmuró—. No pertenece a la clase de hombres que una mujer debe desear.

Allí, en su propia casa, Susan observó con asombro el rápido crecimiento del repentino amor que habían sentido Michael y Mary. Este amor hizo que saliera de sí misma, sacándola del estupor en que había estado sumida desde la muerte de Mark. No se parecía a ningún amor de los que ella había conocido hasta entonces, y estaba segura de que no se parecía al amor duradero, de lento desarrollo, que había existido entre ella y Mark. Ella conocía a Mark desde su niñez. No existía ninguna época de su vida en la que no tuviera algún recuerdo de él. Mark fue siempre el mismo, un agradable y amable muchachito, un guapo y tímido muchacho que sólo se puso raro una noche, la noche en que empezó a hacerle el amor. Pero en él no se dio el menor asomo de locura ni siquiera en aquel momento, nada, salvo una inagotable amabilidad de amante. El amor era un ancho y dulce mar, pero Susan había sido escasamente molestada por él.

Pero aquel amor que estaba viendo crecer ante sus propios ojos era un profundo, estrecho y enfurecido río que corría entre rocas. Sus riberas no eran agradables ni dulces.

Michael se presentaba todas las mañanas.

—¿Dónde está Mary? —preguntaba—. Tengo que verla.

—¡Mary! —llamaba Susan por el hueco de la escalera.

Mary contestaba unas veces y otras no. Si no contestaba, Michael esperaba presa de una gran agitación y sin dejar de hablar. La primera mañana, Susan abrió la puerta de la habitación de Mary.

—Vengo a decirte que Michael está abajo —dijo.

Mary dormía con un pijama amarillo, la cabeza sobre sus brazos y el cuerpo estirado. Abrió los ojos y miró a Susan.

—¿Y por qué viene a despertarme? —murmuró dando media vuelta y cerrando de nuevo los ojos.

Susan cerró la puerta y bajó la escalera, acercándose a Michael.

—Mary no quiere levantarse —dijo al joven.

—¡Tiene que levantarse! —contestó Michael—. No disponemos más que de unos cuantos días.

—Yo no puedo hacer que se levante —dijo Susan sonriente.

—Ya veo que tiene muy mal carácter —murmuró con acento lúgubre Michael—.

Pero no me importa.

Entonces se acercó al pie de la escalera y llamó:

—¡Mary! ¡Levántate! ¡Entraré en tu cuarto si no lo haces! No quiero esperar.

Pero esperó. Mary bajó por fin de la escalera con paso ligero, aunque bostezando todavía.

—Ponte el abrigo y vente conmigo —le ordenó Michael—. He traído el coche.

—No iré a ninguna parte hasta que me haya desayunado —repuso Mary.

Con ademán perezoso tomó asiento ante el café y las tostadas, y no se dio ninguna prisa a pesar de que Michael la confundía con la mirada.

El amor creció en ellos como un súbito viento de primavera, y ninguno de los dos hacía un secreto de ese amor.

—Estoy loco por ella —dijo un día Michael a Susan—. Ni como ni duermo. Es como si no hubiese conocido a ninguna mujer hasta ahora. Sólo Mary... Estoy herido en el corazón.

—Debería alegrarme por ello, pero no es así —contestó con voz pausada Susan—. No acierto a imaginarme que pueda ser usted feliz con ella. Mary tiene que seguir su propio camino.

—Y yo también —repuso rápidamente Michael—. Voy a casarme con ella. Hoy mismo le preguntaré si quiere casarse conmigo, pues se marcha mañana. —Eran las diez de la mañana. El joven estaba junto al fuego esperando a Mary—. Si me acepta, ya no tendrá que ir a esa Escuela de Comercio. Me saca de mis casillas pensar que pueda estar en una oficina y rodeada de un grupo de hombres. Deseo pintarla... Desearía pintarla durante todas las horas que paso haciéndole el amor, pero no hay tiempo para ambas cosas. Cuando nos casemos no haré otra cosa que pintarla durante todo el día.

—¿Y ella le quiere a usted? —preguntó Susan.

Era imposible saber si Mary estaba enamorada.

—Claro que me ama —repuso con impaciencia Michael.

Susan les observó cuando el coche se deslizaba por el camino de grava en dirección a la helada carretera, que se perdía en el paisaje invernal. Apenas hablaban cuando estaban juntos, y si Susan no hubiese sabido que eran novios, hubiera pensado que se odiaban mutuamente.

Estuvieron fuera todo el día. Anocheceía cuando se abrió la puerta y apareció Mary sola. La joven subió la escalera y Susan se dirigió al piano, empezando a tocar suavemente. Susan se sentía sola y triste, como si ya fuese vieja y su vida tocase a su fin, aunque todavía no había cumplido los treinta. Pero la vida no está nunca de acuerdo con los años que tenemos, sino con lo que uno ha logrado. Aquella noche no tenía suficiente, y por eso se sentía vieja.

Oyó los pasos de Mary, que después de bajar la escalera, entró en la habitación y se detuvo detrás de ella. La mano de Mary, fría y ligera, se apoyó en el hombro de su hermana.

—Bien, Susan —dijo la joven con su clara voz.

—Bien... —repitió Susan.

Siguió tocando, pero atenuó el sonido hasta que éste no fue más que un suave susurro.

—Tengo hecha la maleta —murmuró Mary.

Susan volvió la cabeza y clavó la mirada en su hermana, que tomó asiento en el sillón azul y cruzó sus largas y esbeltas piernas.

—Entonces es que no... es que no vas a... —empezó a decir Susan.

—No me casaré con Michael Barry —concluyó Mary mirando fijamente a su hermana—. Estoy decidida a permanecer soltera. Sé lo que quiero.

—Cometes un error —se apresuró a responder Susan—. Ya te arrepentirás de haber tomado esa decisión.

—¿Por qué? —preguntó Mary con voz aguda y clara.

—Es la vida —replicó lentamente Susan—. No puedes negarte a vivir y, al mismo tiempo, a seguir viviendo.

Mary paseó la mirada por la silenciosa habitación. En el exterior reinaba la oscuridad, que caía sobre el silencio de la noche de invierno.

—No hay mucha vida en esta casa —dijo al cabo—. Encerrada aquí, entre estas cuatro paredes, no creo que sepas mucho lo que es la vida, Sue.

—Tuve a Mark —repuso Susan—, y tengo dos niños.

Arriba, John y Marcia dormían apaciblemente. Habían estado jugando fuera, bajo el frío sol de invierno, hasta que sus mejillas se tornaron de color escarlata.

—Yo no sé por qué las mujeres creen que un hombre y un par de niños son toda su vida —afirmó Mary.

—La vida crece con las raíces hundidas en la tierra —contestó Susan—. Si te niegas a casarte, Mary, nunca tendrás las raíces de tu vida hundidas muy profundamente.

Susan no sabía explicar lo que sentía. Pero se daba cuenta de que aunque Mark había muerto, la muerte no podía quitarle nunca lo que él le había dado.

—Yo no quiero tener las raíces de mi vida hundidas muy profundamente —contestó Mary—. No quiero vegetar en ninguna parte, en una casa, atada a ella. No conseguirás nada con darme consejos, Susan. Nunca hemos visto las cosas de la misma forma. Tú, con toda tu habilidad, has sido siempre más bien vulgar. Tomas en serio a esta pequeña ciudad..., sigues tratándote con las muchachas que siempre han sido amigas tuyas. ¡Esa terrible Lucile! Continúas con ella exactamente lo mismo que cuando ibais a la Universidad y a ti te gustaba ser la presidenta de tu clase. Te prodigas demasiado. Mark estaba muy bien, pero no era ni la mitad de lo que tú merecías.

—No hables de él —murmuró Susan crispando su mano, que tenía apoyada en un extremo del taburete del piano.

—No deseo hablar de él —contestó Mary—. Es, simplemente, que tú constituyes

un perfecto ejemplo para mí. —Hizo una pausa y se contempló sus estrechas y puntiagudas uñas—. Has arrojado por la ventana el don que recibiste —añadió—. Te encerraste aquí... cuando lo que debías haber hecho era viajar y ver mundo y relacionarte con la gente. Tal como vives, no conseguirás nunca nada. Nadie te conoce. Si yo tuviese la mitad de tu talento, estaría en un lugar muy diferente de donde tú estás, en el que estarías si no te hubieses casado con Mark, tenido hijos y afanándote en los trabajos caseros como una mujer corriente.

—Tengo que hacerlo todo —respondió Susan—. Yo no podría estrecharme para avanzar por el camino que tú has tomado. Tenía que tener hijos, tenía que sentir la vida corriendo por mí, no sólo por encima de mi cabeza como si fuera lluvia caída del cielo, sino en lo más profundo de mi ser, como si dentro de mí existiera un manantial. Tú no comprendes esto. ¡Pobre Michael!

—¡Oh, Michael y yo nos entendemos muy bien! —exclamó Mary con su clara voz, que no denotaba la menor pasión—. Nadie rechaza a un hombre en estos tiempos... nadie le rechaza por completo, a menos que sea repugnante. Y Michael es realmente agradable. Lo quiero sólo de cierto modo.

—¡Mary! —exclamó Susan.

—¿Qué? —contestó Mary, abriendo los ojos.

—Voy a advertir a Michael —dijo Susan con firmeza.

Mary sonrió y se puso en pie.

—Voy a darte las buenas noches antes de que nos peleemos —dijo—: ¡Pobre Susan! —Se inclinó y estampó un rápido beso en el cabello de su hermana—. Me sentía siempre tan celosa de ti, Susan... Has sido más bonita que yo y has podido hacerlo siempre todo cien veces mejor que yo. Pero ahora ya no siento envidia de ti. Al fin he conseguido ser yo misma. Ahora sé lo que deseo. —Subía la escalera sin dejar de hablar, tan firme y recta como una espada, juvenil, dura e inexorable—. Estoy viva —añadió—, mientras que tú estás muerta.

Mary acabó de subir la escalera, pero sus palabras continuaron todavía allí, y Susan oyó que el eco las repetía una y otra vez. ¡Ella muerta; ella, que había estado sufriendo lo que Mary no era capaz de sufrir! Los muertos no padecen. Ella estaba en aquel momento viva de una forma de la cual Mary no tenía la menor idea. Lo sentía todo; los leños que caían consumidos en las medio apagadas cenizas, la música que había estado tocando, las blancas estrellas que brillaban en el negro cielo. Vivía con todo su ser cada instante de su vida, todo lo que ella era, todo lo que estaba haciendo, como Mary no tenía posibilidad de vivir. Toda la vida que ella había elegido y vivido hasta entonces era tan sólo el principio de algo más, los cimientos de algo que tendría que venir. ¡Que tendría que venir! Se puso el abrigo y salió de la casa, atravesando el nevado terreno que se extendía entre la casa y el granero. Una vez en éste, encendió la lámpara y con la misma cerilla prendió fuego a la leña que llenaba la gran estufa de hierro que había comprado y hecho instalar en el granero. La estufa no tardó en encenderse y producir un círculo de calor. Susan se mantuvo dentro del círculo, y

trabajó hasta medianoche, sin permitirse un momento de descanso sintiendo que la facultad de crear fluía de ella, de sus brazos, de sus manos, de sus dedos. Había modelado aquellas figuras sabiendo lo que hacía, aquel hombre, aquella mujer, aquellos niños. Conocía íntimamente sus cuerpos, y ella los había creado como si sus superficies fueran de carne y esta carne cubriera huesos y órganos vitales.

Al llegar la medianoche arrastró un tronco junto al fuego y se sentó en él para contemplar el grupo. Las figuras podían verse ya con toda claridad, pues había modelado su forma. No le faltaba más que terminarlas. Y al mirarlas, se dio cuenta de que había puesto en ellas su vida. Sin percatarse de ello, había hecho que el hombre se pareciera a Mark, y en cuanto a la mujer, Susan comprendía perfectamente aquello de que la mujer volviera la cabeza hacia otro sitio que no era su familia. La joven se puso en pie de un salto, se acercó al grupo y se situó frente a la figura del hombre. Entonces levantó la vista y le miró atentamente. Sí, era el rostro de Mark. ¡Qué extraño era que cuando él vivía no le hubiera sido posible modelarle con expresión de ser vivo, al extremo de que el busto que le hizo pareciera la mascarilla de un muerto! Pero ahora, aunque su marido había muerto, estaba vivo en el grupo. La mirada que ella conocía tan bien brillaba en el rostro de la estatua, una mirada mitad tímida, mitad titubeante, cordial, amable, rebosando bondad. Pero no por ello dejaba la mujer de mirar a otra parte.

Susan pensó que si Mark se encontrara aún junto a ella, se sentiría profundamente lastimado.

«Estas figuras somos nosotros —diría lentamente, y a continuación preguntaría—: ¿Por qué apartas la mirada de mí, Sue?».

Pero Mark no se encontraba ya junto a ella. Nunca volvería a estar. Cuando el agudo dolor que sintió se aminoró un tanto, Susan pensó: «Sea lo que fuere, no puede sentirse ya vejado. —Y continuó diciéndose—: Yo le habría herido una y otra vez, pues tengo que llevar a cabo todo lo que forma mi propia vida. Es mi único manantial».

Sí, esto era lo que Mary no entendería jamás. Viajar, el ir y venir de rostros desconocidos que la casualidad ponía ante sus ojos, gentes que no le importaban nada y a quien ella importaba menos: eso no era su vida. Ella no debía vivir en aquel mundo pasajero, sino en sus propias profundidades.

Susan apagó la lámpara, cubrió con cenizas los leños de la estufa y tapó su obra con el viejo lienzo, abandonando acto seguido el granero. El cielo era una mancha negra, pero la nieve brillaba débilmente en la oscuridad. No corría el menor soplo de viento. La joven permaneció inmóvil un momento mientras sentía en su interior la más profunda soledad.

«¿He nacido para vivir solitaria?», se preguntó. Sintió el frío y seco aire de la noche invernal al avanzar por encima de la nieve. La casa estaba tan silenciosa como la noche, y Susan subió la escalera y llegó a su solitaria habitación. Permaneció despierta mucho tiempo. Se dijo que Mark estaba a salvo ya de sentir la menor

humillación por parte de ella. Ya no necesitaba pensar a cada momento: «He de tener cuidado. No debo volver a decir lo que dije ayer. Vi que sus ojos se ensombrecían. Tengo que permanecer alerta». Sin la menor preocupación y temor podía ya avanzar por su propio camino, pues su amor dormía en la tumba y estaba a salvo de sentirse humillado por lo que ella era. Si a veces experimentaba una sensación de soledad, también a veces se sentía libre. Y bajo el estímulo de esta liberación, terminó el grupo. Fue así como Susan aceptó su soledad.

III

El grupo estaba terminado, y Susan misma lo preparó para enviarlo a su destino. Tenía la suerte de que por sus venas, además de la sangre de su abuelo el músico, corriera sangre de artesanos. El padre de su madre había sido carpintero y constructor de casas, y la joven heredó de él el conocimiento de la madera y de la piedra y el instinto de saber manejar las herramientas. No tenía muchas herramientas, pero jamás se le ocurrió comprar ninguna barata ni que careciera de valor. Y cuanto más trabajaba, más cuenta se daba de las herramientas que le faltaban, haciéndose el propósito de comprarlas en cuanto le fuera posible. Se sentía orgullosa de su capacidad para dar forma, con ayuda de sus manos y de su inteligencia, al tosco y vulgar material. La joven tuvo que saber no sólo cómo estaba hecho el cuerpo humano, sino también qué esqueleto de madera, qué armazón tendría el tamaño y la resistencia suficientes para proteger entre sus paredes aquella enorme masa de arcilla. Tuvo que saber manejar el martillo y clavar clavos, retorcer alambres y calcular las proporciones que debía reunir la base. En fin, tuvo que calcular tanto como pensar.

Susan preparó sus figuras para el traslado, envolviéndolas en tela de harpillera, tras de haber rellenado sus cavidades con trapos. Para llegar a las cabezas del hombre y de la mujer tuvo que subirse a una escalera de mano. Un carpintero le había hecho una jaula de madera partida en dos mitades. Cuando las estatuas estuvieran perfectamente protegidas, colocaría una parte de la jaula encima de ellas como si fuera una concha, sujetando las dos partes con gruesos listones de madera. La joven cantaba entre dientes: «¡Oh, eso será — la gloria para mí!». De pronto se detuvo sorprendida: «Es la primera vez que canto sin saber que estoy cantando». Luego oyó el ruido de la puerta del granero y miró hacia abajo, descubriendo a Michael, que la miraba atentamente, con la cabeza inclinada hacia atrás y envuelto en su gran abrigo.

—No me había dicho usted que hubiera hecho una cosa tan enorme —gritó el joven con acento de reproche.

—No me lo preguntó usted —respondió Susan.

—Pues ahora quiero que lo destape usted y me lo enseñe —dijo Michael.

—No, de ningún modo —contestó sonriendo Susan—. Ya está embalado y así saldrá de aquí.

No podía permitir que el envío del grupo se retrasara ni un día. Se había retrasado demasiado. La joven había escrito por fin a Jonathan Halfred, y éste se apresuró a contestar que se tomara todo el tiempo que quisiera. El espacio donde tenía que colocar el grupo estaba esperándola, y aquella mañana, Susan había por fin telegrafiado triunfalmente: «El grupo está terminado». Y Halfred le contestó: «Será recibido con todos los honores». Susan acabó de atar las últimas ligaduras y bajó la escalera.

—Todavía han de fundirlo, pero si va usted al Halfred Memorial Hall dentro de unos meses, lo verá allí —dijo Susan.

—Precisamente me marchó a vivir a Nueva York —repuso Michael como por casualidad—. Vamos, déjeme que le ayude a levantar eso.

Ayudó a Susan a colocar una parte y luego la otra.

—Sosténgalas juntas un momento mientras yo coloco el primer listón —dijo Susan.

Siguió un martilleo perfecto y claro. Susan daba certeramente en la cabeza de cada clavo. Mark le había dicho una vez: «Eres la primera mujer que conozco que clava derechos los clavos, sin que se le doblen».

—El otro día vi a Mary en Nueva York —dijo Michael levantando la voz.

—¿La vio usted? —exclamó Susan.

—Comimos juntos y después fuimos a pasear al Central Park, donde estuvimos dando vueltas y más vueltas, en un coche de caballos, a la luz de la luna.

Susan quedó con el martillo suspendido en el aire, a mitad de su trayectoria.

—¿Sintió mucho que Mary no quisiera casarse con usted? —preguntó.

—No lo sé —repuso lentamente Michael—. Si me deja que la ronde todo lo que yo quiera, es muy posible que no me importe.

—¿Y le dejará? —preguntó Susan con súbita curiosidad.

—Sí —contestó Michael en voz baja.

Susan siguió martilleando rápidamente. Michael había cambiado. Ya no era el muchacho de cabello brillante cuya cabeza había modelado en otro tiempo para que su madre pudiera recordar siempre lo guapo que había sido su hijo.

—¿Vive usted aquí? —preguntó Susan de pronto.

—No —contestó Michael—. Sólo he venido a buscar mis cosas. No sé cuándo volveré.

Michael ayudó a Susan a colocar bien las ruedecitas que había debajo de la jaula y entre los dos empujaron el enorme armatoste hasta la puerta del granero. A la mañana siguiente, un granjero conocido de Susan iría a buscarlo con su camión. En lo que a ella concernía, su trabajo en relación con aquella obra estaba terminado. Michael y Susan se dirigieron a la casa bajo la incierta luz del anochecer.

—¿Entra usted? —preguntó Susan.

—No, gracias —contestó Michael—. Quiero marcharme a Nueva York mañana a primera hora.

Hervía de impaciencia. Susan lo notó en el acento de su voz, en su mirada, en todo lo que hacía. La joven observó su cabeza y su perfil recortado en negro contra el cielo que se extendía más allá de la abierta puerta donde ella se encontraba.

—Entonces, hasta la vista —dijo Susan.

—Hasta la vista —contestó Michael.

Si Susan hubiera tenido que modelar otra vez su cabeza, nadie descubriría que era la misma que había modelado en otro tiempo. Pero ahora no estaba segura de saber lo bastante para poder hacer la cabeza de Michael. Susan permaneció inmóvil mientras Michael se alejaba. No pertenecía a su vida. No, ahora ya no pertenecía a ella. La

joven echó de menos en él algo, una clara y pura cualidad que en otro tiempo irradiaba en torno suyo. Pero ahora Michael Barry estaba todo él lleno de Mary y las radiaciones se hablan apagado. Susan vio que saltaba al coche y desaparecía a toda velocidad, y entró lentamente en su casa.

Cuando vio la jaula colocada sobre el camión y que éste se alejaba por la polvorienta carretera, Susan sintió como si alguien se hubiese ido y la hubiese dejado a ella en tierra. Bajo el tibio sol de un día de la naciente primavera, quedó sumida en una nueva soledad. John y Marcia salieron también a ver el camión y permanecieron junto a su madre. Pero a poco oyó que John decía a Marcia:

—Vamos a trabajar en el barco.

—¿Qué barco? —preguntó Susan.

—Uno que estamos haciendo —repuso John.

—¿En dónde? —inquirió la madre.

—En la huerta —contestó con impaciencia el niño—. ¡Todos los días no nos haces tantas preguntas!

Y el niño no esperó la respuesta de su madre. Se alejó saltando por encima de la hierba, de acuerdo con algunas reglas secretas de su invención.

—Me voy con John —dijo Marcia, marchándose a su vez.

Susan los vio alejarse orgullosa de ellos, pero también un poco entristecida al ver que, en cierto modo, estaba apartada de sus hijos. No le era posible, aunque lo había intentado, ocupar cerca de ellos el lugar de Mark. No poseía la habilidad de éste para adentrarse en su pequeño y atareado mundo, y ellos, a su vez, no podían entrar en el de ella. Quizá no existían en los niños verdaderos sentimientos de compañerismo. Había deseado con todo su corazón tener hijos. No podía olvidar que era ella la que se los había pedido a Mark. Si su marido hubiese vivido, ella hubiese continuado pidiendo hijos y más hijos una y otra vez, pues cuando estaba embarazada, todo su ser era presa del placer de la creación. Pero los hijos nacían, crecían y se marchaban. Todo lo que ella hacía era cumplir la ley de los seres humanos, y los hijos acababan alejándose de su lado y dejaban de ser una parte de ella, y de nuevo volvía a quedarse sola.

Se dirigió al granero con paso lento, y, dominada por un repentino dolor, se puso a limpiar las herramientas que había engrasado y guardado. Acto seguido se dedicó a quitar de en medio los restos de su trabajo, limpiando el polvo y poniéndolo todo en orden. Pasó también revista a sus materiales y tomó nota de lo que tenía que encargar. Y cuando al llegar el mediodía abandonó el granero, todo estaba dispuesto para empezar un nuevo trabajo. Entonces echó la llave a la puerta y se la guardó en el bolsillo.

Interiormente sentíase inquieta y desasosegada al pensar en cuál sería su próxima obra, pues trabajar constituía ahora para ella una necesidad. Dio un largo paseo por la tarde, y todas las cosas que vio le plantearon relampagueantes interrogaciones: un granjero arando un campo, un halcón que descuartizaba un conejo muerto, un faisán

que huyó de su nido... El nido se encontraba a los pies de Susan, y era un rollo de hierba en el centro del cual se veían dos huevos de color castaño. Pero todo esto era completamente inútil para ella. No tenía el menor significado plasmar aquellas formas exteriores. El significado tenía que brotar del interior de ella. Podía modelar niños por el placer de crear un poco de belleza, o bien podía, como a veces había pensado, tallar en piedra la hermosa cabeza de su padre, con su expresión irritada. Pero tales obras no representarían nada en sí mismas si no brotaban de la íntima necesidad de su ser.

Sin darse cuenta había llegado en su paseo hasta el extremo más distante del bosque del Vagabundo, y continuó adentrándose en la espesura. Sobre su cabeza, las hojas nuevas daban ya la suficiente sombra, mientras que bajo sus pies se extendía una alfombra de fresca y verde hierba. La joven se detuvo para coger un tallo de helecho, cuyas hojas se curvaban tan suavemente como el cabello de un niño, y continuó caminando hacia el barranco. Pronto llegó, pero no al lugar donde ella y Mark estuvieron una vez, sino a otro donde no había estado jamás. Miró hacia abajo con el mismo miedo de entonces, pero esta vez no se echó hacia atrás como una vez había hecho. Aunque sintiera miedo, no tenía nadie que pudiera auxiliarla. Tomó asiento en una roca y observó atentamente el estrecho surco de agua de color verdoso que se deslizaba entre las negras rocas. Pero continuaba sin descubrir un tema. Aquellos árboles y aquellas nubes, aquellos frágiles helechos que crecían a sus pies, no eran materiales propios para ella. Ella debía trabajar en algo más vigoroso y fuerte. Su materia prima eran los seres humanos, no su cuerpo, sino su esencia, de la que el cuerpo es tan sólo la forma.

«Debo salir de aquí y ver gente», pensó, y al punto recordó todos aquellos lugares del mundo, rebosantes de gente, de que Michael le había hablado y que ella desconocía. «He visto muy poco mundo —se dijo— y me pregunto por qué he sido tan feliz». Mary había dicho que ella era como una muerta en aquella pequeña ciudad, y ella, plenamente convencida, había contestado que la vida se encontraba en cualquier sitio en que uno viviera.

«Pero ahora no estoy viviendo —pensó—. Nada sucede en la actualidad en mi interior, y si nada sucede dentro de mí, mis manos no tienen trabajo que hacer, y entonces sí que estoy realmente muerta».

Asustada de veras, se puso rápidamente en pie. Tenía que salir de aquel bosque antes de que la noche se le echara encima. Empezó a andar con paso apresurado, no tardando en llegar al final del bosque y al comienzo de la calle donde ella y Mark habían vivido cuando se casaron.

¡Allí estaba su primera casa! Cerrada y descuidada, el jardín aparecía cubierto de hierba. Nadie había ido a vivir a ella desde que ellos la dejaron. Susan la contempló como si fuese una casa extraña para ella, con muy distintos ojos que la había contemplado en pasados tiempos.

«¿Cómo puedo haber vivido alguna vez en esta casa tan pequeña?», se preguntó

admirada. Pero no había duda de que entonces fue bastante para ella.

De repente, mientras permanecía inmóvil contemplando la casa, toda su vida anterior pareció guarecerse dentro de aquella casa cerrada en la que ella había habitado y que ahora le resultaba pequeña. La ciudad, la gente, sus amigas, los años transcurridos, todo lo que rodeaba el recuerdo de Mark y desaparecido con él... Todo esto pertenecía ya al pasado. Tan sólo quedaban ella sola y sus dos hijos, sin nada más ante sí que el futuro. Y hacia ese futuro debía ahora encaminarse sin tardanza.

Anduvo rápidamente por la calle, envuelta en las tenues sombras del crepúsculo. Una vez que volvió la cabeza sus ojos tropezaron con la casa de Lucile. Las persianas estaban levantadas y Susan vio que la familia se hallaba reunida en torno a la mesa, dispuesta para cenar. Lucile, en pie, cortaba una hogaza de pan en rebanadas. Susan miró a otro lado y siguió su camino.

Aquella misma noche escribió a David Barnes: «Quiero salir de aquí...». Hizo una pausa, miró a través de la ventana y su ojos se posaron en la delicada y tenue luna nueva. «Y el sitio elegido es París, ya que usted está ahí», añadió.

Cuando la carta estuvo terminada, cerrada y franqueada, salió al camino y la echó en el buzón rural, colocando la banderita de forma que el cartero se detuviera al pasar. Luego regresó a su casa a través de la pálida noche, durmiendo como no había dormido desde que Mark murió.

A la mañana siguiente se levantó con el corazón ligero y alegre. Estuvo canturreando mientras se vestía, y cuando bajó la escalera y vio a Jane, exclamó:

—Nos vamos todos a París.

Jane, que tenía la vista fija en el hornillo, alzó la mirada para mirar a su ama.

—En el mar me pongo tan mala como un perro, señora —dijo—. Pero supongo que no me moriré, aunque cuando me encuentro en ese trance deseo morirme de veras. ¡París! Yo no sé hablar la lengua que hablan allí. ¿Cómo nos arreglaremos para hacer la compra, señora?

—¡Un barco! ¡Iremos en un barco! —gritó John.

—¿Y quién vivirá en nuestra casa? —preguntó Marcia con expresión preocupada. Los niños estaban desayunándose en la mesa de la cocina.

—Nadie —contestó Susan—. Cerraremos la casa.

—¿Y no volveremos a vivir en ella?

—No lo sé. Sí, claro que volveremos.

—Así lo espero —murmuró Jane buscando la sartén—. ¿Dónde están las frambuesas?

Terminado el desayuno, Susan fue a decírselo a sus padres. Éstos estaban aún sentados a la mesa, y al oírla, su madre, dijo:

—Deberías dejar a los niños con nosotros. En esos países extranjeros comen de una manera muy rara.

Susan reflexionó durante breves instantes. ¡Marcharse libre y sola para trabajar! Pero no podía dejar a los niños. Al llegar la noche, ella tenía que regresar a su hogar, y ellos formaban su único hogar.

—No puedo irme sin ellos —contestó a su madre—. Aun en el supuesto de que estuvieran mejor cuidados contigo, tendrán que correr el riesgo a mi lado.

—¡París! —exclamó su padre varias veces—. ¡París! Siempre confié en poderlo visitar algún día, pero ese día no llega.

La noticia voló por la pequeña ciudad. Lucile organizó en honor de Susan un *bridge party*, y la joven tuvo que soportar las exclamaciones de sus amigas.

—¿Cómo tienes valor, Sue?

—¡Con esos niños!

—¡Pero te envidio, créeme!

—¡Siempre he creído que París era fascinador!

—¡Quedaremos aguardando tus noticias, Susan!

En cuanto a Lucile, preguntó:

—¿Y qué es lo que vas a hacer allí?

Lucile había engordado, y jadeó un poco al cortar la oscura tarta. A continuación se chupó el dedo índice, en el que se había quedado pegado un poco de azúcar. Había olvidado lo de París.

—¡Vamos, chicas! —gritó—. Es magnífica, aunque me esté mal el decirlo.

Todas se olvidaron de París, de Susan, de todo lo que no fuera sus propias vidas. Lanzaban breves chillidos y hablaban en voz alta.

—¡Siempre has sabido hacer la tarta, Lucile!

—¡Oh, Lucile!

Lucile, sonriente y ruborizada, se había olvidado de la pregunta que momentos antes hiciera a Susan.

—El secreto está... —empezó a decir, pero se interrumpió—. No, no os lo digo —declaró—. ¡Si os lo dijera, todas haríais la tarta tan bien como yo y entonces no tendría nada especial que ofreceros cuando vinierais a mi casa!

—¡Oh, qué mala eres!

—¿Habéis visto qué orgullosa?

—¡Me gustaría tener la fuerza de voluntad necesaria para no probar tu cacareada tarta!

Sonriente, silenciosa, intentando seguir siendo una de ellas como lo había intentado ser de niña, Susan se encontraba entre sus amigas tan sola como lo estuvo el día que fue a pasear por el bosque del Vagabundo. Ninguna de aquellas mujeres vivía realmente. Si quisiese trasladar a alguna de ellas a la piedra o al mármol, el resistente material las aplastaría hasta reducirlas a polvo, ya que el modelo, estaba vacío por dentro. Ninguna de ellas poseía el material que necesitaba Susan. Si por casualidad hubieran sabido lo que su amiga pensaba de ellas, de seguro que todas se hubiesen apresurado a odiarla. Ella, en cambio, no odiaba a ninguna.

Susan permanecía escuchándolas, observándolas, admirando sus bellos vestidos, sus bellas manos, que manejaban con gran rapidez y maestría los naipes. La joven se había detenido a menudo durante su trabajo mañanero para contemplar una bandada de pajaritos que se reunían y piaban produciendo un rumor variado, que no era musical ni tampoco lo suficientemente fuerte para poderlo llamar conversación. Observaba los pájaros entre divertida y enternecida, comprendiendo, sin embargo, sus pequeños problemas, que no llegaban en cuanto a intensidad a los suyos propios. «He de acordarme de echarles algunas migas», pensaba siempre, y algunas veces se acordaba de ello.

—Naturalmente, me acordaré de mandar a todas tarjetas postales —prometió Susan contestando a las alegres peticiones de sus amigas, que una y otra vez repetían:

—¡Oh, qué cantidad de cosas más maravillosas vas a ver, Susan!

Y Susan añadió:

—También vosotras me escribiréis contándome cómo crecen vuestros hijos y todo lo que suceda en la ciudad.

—Así lo haremos, querida Susan —prometieron—. Buena suerte, Sue. ¡Oh, querida, he de apresurarme! ¡Larry estará ya en casa!

—¡Cielos! ¿Son ya las seis? ¡Tom estará muerto de hambre!

—¡Hasta la vista, Sue!

—¡Hasta la vista, hasta la vista! —dijeron todas a coro.

El grupito de cuatro personas salió al fin para Nueva York. Susan era el capitán de él. Los otros tres componentes marchaban pendientes del menor de sus gestos. Susan los guiaba, volviéndose hacia atrás cada vez que se adelantaba un poco para comprobar si la leal y envejecida figura de Jane, con un niño de cada mano, y la expresión huidiza y angustiada de siempre en su rostro, la seguía.

—¡Yo ya soy demasiado mayor para ir de la mano! —dijo John tratando de escapar.

—¡No os soltaré a ninguno de los dos hasta que hayamos llegado! —contestó con firme acento Jane, sintiendo un sudor frío sobre su labio superior, aunque no por eso soltó al niño.

Susan los instaló en el cuarto de un hotel antes de salir a comprar los pasajes y enterarse de qué muelle partía el barco.

—¡Cierre la puerta con llave! —pidió Jane con acritud—. John se da mucha maña para convencerme, y como yo no quiero salir antes de que usted vuelva, diga lo que diga no habrá forma de que logre su propósito.

Susan los encerró, guardándose la llave en el bolso, saliendo inmediatamente a la calle para hacer las gestiones. Cuando lo tuvo todo resuelto, y como disponía de unas horas antes de la salida del barco, condujo a los tres ante la entrada del Halfred Hospital, y una vez allí, les dijo con cierta timidez:

—Ahí, bajo esa enorme claraboya redonda, colocarán el grupo que yo hice.

—Nunca soñé... —empezó a decir Jane con expresión estólida, mirando el espacioso vestíbulo.

—¡Mira, mamá! —exclamó de pronto John—. ¡Allí hay un hombre que vende globos!

—¿Dónde? —gritó a su vez Marcia.

Ambos se precipitaron hacia la calle.

—¡Allí, allí! —gritaba John.

—Os compraré globos —murmuró Susan, dirigiéndose a donde estaba el hombre.

Era natural que no les importara lo más mínimo el sitio donde iba a ser colocado su grupo.

Ya en barco, al dejar la última tierra que ella conocía, Susan contó su dinero con el mayor cuidado. Si hubiese estado sola, no se hubiese preocupado lo más mínimo por el dinero que llevaba, pero aquellos tres seres que iban con ella no contaban con más amparo que el suyo. Contó los billetes y comprobó si los cheques de viajeros seguían donde los había guardado.

Jane, sujetando todavía con sus manos los frenéticos deditos de los niños, recorría majestuosamente las cubiertas.

—Los llevaré cogidos de la mano mientras pueda mantenerme en pie —dijo a Susan—, pues en cuanto me entre el mareo, tendré que dejarlos a la fuerza.

—Entonces voy abajo a desempaquetar las cosas —repuso Susan.

La joven bajó a su camarote, donde preparó los pijamas, sacó los cepillos de dientes y contó el dinero. Tenía el dinero del premio y la mitad del seguro de Mark, que había sacado del Banco. Según sus cálculos, tenía bastante para vivir, con la ayuda de Jane, durante un año. Durante ese año debía ganar, pues, para el siguiente. Los frutos de su trabajo debían ser algo más que arte, debían representar algo más que una satisfacción de sus deseos y de su necesidad de crear. Tenía que transformarse en pan para sus hijos y en un techo donde cobijarlos.

En el último momento, cuando ya estaba dispuesta a cerrar la puerta familiar, la asaltó el pensamiento de lo que podría ocurrirle. Durante aquel breve instante se sintió un tanto asustada. Abandonaba su casa, la única casa que poseía, para lanzarse a vivir en un mundo que desconocía en absoluto. Pese a ello, no deseaba pasar otra noche en aquella casa. Quería vagabundear por el mundo, y debía vagabundear, costase lo que costase.

«¿Tengo miedo?», preguntaba a su corazón. Pero no tenía miedo. «Soy lo suficientemente fuerte», se dijo con decisión. Se estaba cepillando el cabello con rápidos y largos movimientos. Tenía el rostro tostado por el aire del campo, y su cuerpo era firme y rebosaba salud y fuerza. Desde que decidió ir a París, la carencia de voluntad que la había caracterizado desde la muerte de Mark, brillaba por su

ausencia. Se sentía capaz de todo. ¡Un año! ¡Ella podía hacer muchas cosas en un año!

La puerta se abrió y entró Jane, cuyo rostro era de color verde pálido.

—Ya estoy mareada —dijo con voz débil—. He tenido que bajar —añadió arrastrando tras ella a los niños—. No los olvidaré para ponerse a soñar, ¿verdad, señora?

—No —contestó Susan—. No soñaré.

—Tendrá usted que hacerse cargo de ellos —continuó Jane atrayéndoles hacia sí mientras reclinaba la cabeza contra la jamba de la puerta.

—Lo haré —prometió Susan.

Miró por la portilla. El barco había soltado amarras y navegaba hacia el mar.

—Bien, Susan Gaylord —gritó David Barnes—. ¡Por fin está usted en París!

El tren se había detenido bajo la grisácea niebla del París mañanero e inmediatamente la cabeza del escultor apareció por la ventanilla del coche.

—¿Trae toda la comparsa? —preguntó—. Bien, vamos. Tengo una habitación para usted en una pensión, y me atrevo a pronosticar que obtendré otra. Creí que iba usted a venir sola. ¿Cómo iba a imaginarme que arrastraría usted a todos sus cachorros?

—Tenía que venir con ellos o no venir —repuso Susan.

Barnes guardó silencio. Estaba muy atareado dando voces a un rubicundo mozo para que cogiera las maletas. Cuando lo consiguió, echó a andar delante de Susan y de sus hijos, abriéndose paso a codazos entre la multitud.

—¡Sígueme! —dijo.

Les guió hasta la puerta, donde, metiéndose los dedos en la boca, lanzó un agudo silbido. Un coche de alquiler surgió inmediatamente de la niebla.

—¡Métanse dentro! —les ordenó.

Cuando todos estuvieron dentro del coche, se colocó al lado de Susan y gritó la dirección al cochero.

—Ya lo tengo todo preparado para usted —dijo dirigiéndose a Susan—. Irá usted cada mañana, a las ocho en punto, al estudio. Aquí tiene la dirección. Escribí al interesado hablándole de usted. Trabajaré todas las mañanas con ese hombre, que le enseñará un millón de cosas que todavía ignora usted. Y, de momento, por la tarde, irá usted a mi taller y trabajará conmigo como aprendiz. Todavía no la he hecho trabajar. Hasta ahora la he tratado con todo el miramiento que se debe a una mujer. Pero a partir de este instante, deja usted de ser para mí mujer. Es usted un escultor, y no tendrá derecho a dejar escapar la más pequeña queja. Deberá usted aprenderlo todo. ¿Ha visto usted alguna vez una fundición?

—No —contestó Susan.

—¿Lo ve? —exclamó David Barnes mirando a los niños—. ¿Por qué los ha traído

usted?

—Son mi hogar.

El escultor dejó escapar un bufido.

—¡Usted no necesita tener hogar!

La joven no contestó, pero no fue porque Barnes le diera el menor miedo. Ya en la puerta de la pensión, Susan se volvió hacia él y le tendió la mano.

—Ha sido usted muy amable —murmuró—. Ya no le queda a usted nada que hacer por nosotros. Iré al estudio mañana por la mañana, y por la tarde pasaré a verle a usted.

—Aquí tiene mi dirección —dijo Barnes entregándole un pedazo de papel—. Yo lo anoto todo. Los nombres franceses no son muy fáciles de recordar. Está usted bien, ¿verdad?

—Perfectamente —se apresuró a responder Susan.

—Bien, entonces adiós —dijo Barnes con una especie de gruñido, y dando media vuelta se perdió en la niebla.

—¿Qué vamos a hacer ahora, señora? —preguntó Jane interrumpiendo a la robusta y morena francesa que había salido a recibirlos.

—Entraremos y nos desayunaremos —contestó Susan—. Luego se quedará usted al cuidado de los niños mientras yo me voy a buscar un sitio donde podamos vivir.

Siguieron a la mujer por una pequeña, pulcra y oscura escalera que conducía a una habitación limpia, grande y desnuda.

—¡Un momento! —exclamó la mujer—. Un *pétit déjeuner*, ¿no es así?

—¿Qué dice? —preguntó escamada Jane.

—Dice que nos va a traer el desayuno —contestó alegremente Susan—. Jane, haga usted el favor de no mirarla como si se tratase de una criminal.

Pero Jane tenía fija la mirada en el pequeño jarro de agua colocado sobre una palangana.

—Con eso no quedaremos limpios —dijo—. Los franceses son un pueblo de gente sucia.

—No nos quedaremos aquí —contestó Susan—. Sólo permaneceremos hoy. Tenemos que encontrar un cuarto para nosotros, y tenemos que conseguirlo precisamente hoy, pues mañana empieza mi trabajo. ¡Jane, tengo que trabajar como nunca he trabajado en mi vida!

—¡Cuando pienso en todas aquellas frambuesas que quedaron en el jardín de nuestra casa! —murmuró Jane mientras quitaba el sombrero y el abrigo a Marcia—. Ahora, cariñitos, nos lavaremos y nos desayunaremos, y luego echaréis un sueño para compensar lo de la noche pasada. ¡Cuántas horas de tren, señora! ¡John, no te has lavado bien!

—Ahora a descansar —dijo Susan con acento cariñoso—. Voy a buscar un sitio agradable donde podamos vivir, y esta tarde nos trasladaremos a él.

No tenía la menor idea de cómo lo conseguiría, pero tenía que lograrlo fuera

como fuese, y para ello sólo disponía de unas horas. No pediría dispensa porque fuera una mujer con dos niños. Mientras Jane extendía un poco de mantequilla y miel sobre unos panecillos, la joven preguntó a la gruesa y morena mujer, en su francés de colegio, dónde podían encontrar cuartos desalquilados.

—Si es posible, cerca de un parque donde puedan jugar los niños, pero que al mismo tiempo no sea caro.

—*Mais certainement* —repuso vivamente la mujer—. Lo comprendo. *Madame* es una artista, pero tiene estos dos niños. Claro que hay casas, pisos, cuartos, y algunos no son caros, si a *Madame* no le importa vivir entre gente pobre y humilde..., pero que no por ello dejan de ser limpios, pues todos los franceses son limpios. Aquí la pobreza no quiere decir suciedad. No, nosotros no somos como los ingleses, a Dios gracias. Por cierto, que en esta misma calle hay varios cuartos para alquilar. ¿Cómo quiere usted que sea el parque, *Madame*? Al final de esta calle han colocado la estatua de un viejo general provinciano. Fue regalada por su provincia, ¿comprende usted, *Madame*? Y, como es de suponer, no es lo suficientemente buena para París. Pero ¿qué se iba a hacer? Se trataba de un regalo. Los parisienses somos corteses por encima de todo, así que las autoridades dispusieron que se colocara la estatua aquí, entre los pobres. No se trata de un verdadero parque, pero los gorriones se posan sobre la espalda del viejo general, que es ahora de color debido al excremento de los pajarillos. Luego hay un banco, un trocito de césped y un árbol, y como la calle es ancha...

—Iré a verlo —contestó Susan.

Pero cuando ya en la puerta se volvió para decir: «Hasta luego», observó que en el rostro de Jane se reflejaba el mayor terror.

—Si le ocurriera algo, señora, yo no sabría cómo entenderme con la gente —murmuró.

Susan se echó a reír.

—Nada puede ocurrirme, pero aquí tiene la dirección de David Barnes, por si acaso.

Entregó a Jane el trocito de papel y cerró la puerta. Mientras caminaba sola por la calle desconocida, contemplando casas desconocidas, cruzándose con rostros que le eran totalmente desconocidos, la joven pensó que el nombre y la dirección del escultor escritos en la hoja de su libro de notas eran un consuelo.

Susan entró en todas las casas de la larga y tortuosa calle donde vio alguna señal de que se alquilaba un cuarto o algo por el estilo. Escuchó largas y vivas explicaciones sobre el sol que daba en las ventanas, incluso en invierno; sobre la carencia de ruidos, pues en ninguna se oía el ruido de los carros al amanecer ni los gritos de los vendedores; sobre una habitación que parecía muy oscura, pero que era prodigiosamente fría en verano y templada en invierno. Susan, sin embargo, no consiguió imaginarse su hogar establecido en ninguna de aquellas casas. En sus habitaciones, aunque humildes, debía haber algo que recibiera a la vida, pero ninguna

de las que había visto la recibieron como ella deseaba ser recibida.

Por fin llegó al final de la calle. Quería ver con sus propios ojos el trocito de tierra donde se alzaba la estatua del general y comprobar si aquello podía pasar por un parque. De pronto se encontró ante el jardincillo. Las altas y estrechas casas, muy juntas unas de otras, con sus tejados dentados como arrecifes, se detenían de pronto para rodear el pequeño cuadro cubierto de hierba. Era cierto que allí se alzaba la estatua del viejo general, de piedra gris, bajo la sombra de ancho y copudo nogal. La joven cruzó la calle y se detuvo ante la estatua. Estaba tallada en granito natural por alguien que no sabía cómo se utilizaban las herramientas, pero que, en cambio, amaba al hombre. El uniforme del general era tieso y feo, pero su rostro mostraba una expresión tierna y amable, y de su pecho colgaban todas las medallas que había ganado en vida. También era cierto que los gorriones habían tomado como suya la estatua, y verdaderas bandadas estaban posadas sobre la cabeza y el pecho, mientras unas palomas habían hecho su nido en el ángulo formado por uno de los brazos del general. En la brillante y febril ciudad, falta de memoria, el viejo general estaba como desterrado, y sólo los pájaros parecían tenerle algo de consideración.

«Me gustaría vivir cerca de aquí», pensó Susan. Los niños tendrían sitio para jugar, y en el banco, que seguramente estaría vacío casi siempre, Jane podía sentarse a coser. En las cuatro calles que desembocaban en la plaza había tiendas en las que Jane podría surtirse. La joven volvió a cruzar la calle y buscó cuidadosamente casa por casa. Encima de una pequeña pastelería vio una señal de que se alquilaba un cuarto, y entró en la tienda. Una mujer pequeña y aseada, con todo el cabello blanco, le hizo calurosos signos de asentimiento con la cabeza por entre largos estantes llenos de panes y de pasteles, y luego la condujo hasta una estrecha escalera que arrancaba junto a la puerta misma de la tienda. La escalera conducía a una puerta que la anciana se apresuró a abrir. Cuatro pequeñas y limpias habitaciones, una junto a la otra, aparecieron ante los ojos de Susan. La joven se llegó a una de las ventanas y contempló a través de ella la orgullosa e inclinada cabeza del viejo general, así como sus hombros cubiertos por una costra de color gris. En cuanto al nogal, una de sus ramas se metía por el hueco de la ventana.

«Aquí viviremos», se dijo Susan.

—¿Podemos ocupar el piso inmediatamente? —preguntó a la anciana.

—*Mais oui, Madame* —contestó la vieja—. Está por alquilar, *n'est ce pas?* Tanto para usted como para mí lo mejor es que se ocupe cuanto antes.

Dispondría de dos dormitorios, y Jane se instalaría en el mayor con los niños. Ya pondrían un biombo para John. En cuanto a ella, dormiría en el más pequeño. Las dimensiones de las habitaciones correspondían perfectamente a sus deseos. La joven abrió su monedero y depositó el importe de la primera semana de alquiler en las arrugadas y rosadas palmas de la mujer.

Abandonando el torbellino de aquella pequeña casa llena de gente, abandonando la alegre charla junto a la pequeña mesa donde se desayunaba, colocada junto a la ventana, abandonando la diversión de los gorriones, que reunidos en el alféizar de la ventana comían las migas de pan que los niños les echaban, abandonando la compañía de Jane, que hablaba constantemente, con cómico asombro, de las extrañas costumbres de aquellos extranjeros, así como el ruido, la estridencia y el movimiento de la plaza, Susan iniciaba todos los días su jornada de trabajo tomando por la mañana un autobús que la conducía al enorme y silencioso estudio, situado en un extremo de la ciudad, del famoso escultor a quien la había recomendado Barnes. La mañana que se presentó por vez primera en el estudio, una mujer vestida de aldeana y tocada con una cofia le cogió su tarjeta de visita y le dijo con voz de contralto.

—Entre en el recibidor y espere, *s'il vous plait*.

Susan entró entonces en una larga estancia llena de figuras de mármol. La espera se le hizo interminable. Empezó a andar de un lado para otro, pues nadie acudía a recibirla. Las ventanas eran muy altas y por ellas no se alcanzaban a ver más que las copas de los árboles, mientras que las paredes, enormemente gruesas, impedían que llegaran a la habitación ninguno de los ruidos exteriores. La mujer que la recibió no tornó a aparecer más y Susan se dijo que después de meterla allí se habían olvidado de ella.

Se sentó; pero no tardó en ponerse en pie dominada por su inquietud, volviendo a andar de aquí para allá entre las figuras, y a medida que pasaba el tiempo fue creciendo su enfado al extremo de que casi estuvo tentada de decidirse y marcharse de aquella casa. Pero en uno de los extremos de la habitación se levantaba un gran andamio. No lo había visto al entrar porque la habitación formaba un ángulo recto para correr a continuación a lo largo del otro lado de la casa. La joven se apresuró a subir al andamio, donde descubrió un enorme bloque de mármol, en parte ya esculpido, y del que sobresalía una enorme y atrevida cabeza. Se trataba de la cabeza y de los hombros de un gigante, esbozados con toscas y seguras líneas. La joven, profundamente impresionada ante lo grandioso de la obra, la contempló con ojos de asombro, sin acertar a comprender de lo que se trataba. Pero como no era capaz de negarse nada a sí misma, empezó a trepar por la escalerilla hasta llegar a la parte superior del andamio. En el escalón más alto, y ordenadas cuidadosamente, encontró una serie de herramientas. El corazón de Susan dio un salto al verlas, y las fue cogiendo una por una y examinándolas con la mayor atención. Aquéllas sí que eran verdaderas herramientas de escultor, finas, templadas, tal como podía soñarlas el mejor escultor. Eran las herramientas de un maestro, fuertes y ligeras, agudas y cuidadas. Susan cogió un cincel y un martillo. Ambos se adaptaban a las palmas de su manos como si el constructor le hubiera tomado la medida de ellas para hacerlas. Luego, sintiendo un apremiante deseo de apoyar el extremo del cincel sobre el duro

mármol, se inclinó sobre la enorme cabeza y golpeó delicadamente una o dos veces. El cincel cortaba tanto y de una forma tan aguda, que parecía como si estuviese pintado con un pincel. ¿Dónde, dónde podría comprar ella unas herramientas iguales?

—¡Baje de ahí! —Oyó de pronto que gritaba una voz.

Era una voz tan apacible y amable que Susan apenas si se sintió sorprendida. Se quedó inmóvil, con las manos en el aire, pero no soltó las herramientas con ademán asustado. Luego miró hacia abajo, viendo a través de las maderas del andamio un rostro enorme, poblado de espesa barba, que miraba hacia arriba.

—¡Baje! —repitió la voz.

Susan depositó las herramientas en su sitio con el mayor cuidado e inmediatamente bajó la escalerilla, encontrándose al llegar al suelo frente a un enorme viejo vestido con una blusa de color castaño. Todo él era tan castaño como un becerro: la piel, los ojos. En cambio, su tupida barba parecía nieve. De súbito levantó la voz de tal modo que la joven dio un salto hacia atrás.

—¡Bien, *Mademoiselle!* —exclamó con voz semejante a un trueno—. Trata usted de acabar la cabeza en mi lugar, ¿eh? Una joven a quien no conozco, a quien recibo sólo para complacer a mi amigo David Barnes, se introduce en mi estudio y pretende acabar la cabeza en mi lugar. ¡Le doy mis más rendidas gracias por el favor, *Mademoiselle!*

El escultor se mesaba las barbas con movimientos nerviosos.

—¿Dónde puedo adquirir herramientas como las tuyas? —preguntó Susan—. Necesito unas herramientas iguales.

—¡Ahora será usted capaz de llevarse mis herramientas! —gritó el escultor, y volviéndose hacia sus figuras, las increpó con voz tonante—. Amigos míos, las herramientas. ¿Dónde están? Ya veis que esta joven pide las herramientas con que os he hecho. ¡Dádselas de una vez!

—¡Por favor! —susurró Susan.

El escultor dejó escapar un fiero suspiro, tosió, y súbitamente razonable, preguntó:

—Bien, querida, ¿a qué ha venido usted aquí?

—He venido a aprender... lo que sea —respondió Susan con acento firme—. A aprender todo lo que usted pueda enseñarme.

—En ese caso, la tarea es infinita —respondió gravemente el escultor, haciendo una pausa mientras se mesaba la barba y sus ojos despedían vivos destellos—. Suba de nuevo —ordenó a la joven—, y baje las herramientas. Empezaremos por ellas.

Susan subió a lo alto del andamio y las bajó todas.

—Ahora, observe —empezó a decir el escultor.

Y durante dos horas estuvo hablándole a Susan sobre las herramientas.

—Llega usted tarde —masculló David Barnes por la tarde, cuando Susan se presentó en su estudio—. ¿Qué ha aprendido usted esta mañana?

—He aprendido dónde se compran las herramientas —contestó Susan, que añadió

—: Tengo que darme prisa, Dave. ¡Hoy me he gastado la mitad de mi dinero, la mitad del pan de mis hijos!

El escultor, que se encontraba ante una mesa de tablero inclinado, dibujando una figura agazapada, alzó la vista.

—Ya le dije a usted una vez que no tenía nada de madre —murmuró con su ronca y áspera voz al mismo tiempo que sus ojos brillaban.

Susan no hacía otra cosa que dibujar y aprender cómo se construían las armazones, cómo se mezclaba la arcilla, cómo se hacía el yeso. La joven se olvidó de que no tenía el cuerpo de un hombre, y aprendió a doblar el hierro y a retorcer el grueso alambre, a calcular la fuerza y el peso de una enorme figura de barro. Todo cuanto había aprendido hasta entonces resultó que no tenía valor alguno. Le quedaba mucho que aprender.

—¡Calcule! —Le ordenaba el *maître*—. Si el Laocoonte tuviera que hacerse en barro, ¿de qué tamaño y forma tendría que ser la armazón que lo sostuviera?

La joven se pasó horas haciendo números como una colegiala, calculando, mojando la punta del lápiz con sus labios, murmurando multiplicaciones para sí misma, y cuando al cabo llevó su dibujo al escultor, éste se echó a reír a carcajadas.

—¡Las serpientes! —gritó—. ¡Las serpientes...! Todo se vendría abajo de nuevo.

Susan quedó suspensa, mirando fijamente las hábiles líneas que el negro lápiz del escultor trazaba sobre el papel.

—¡Así, así! —murmuraba.

La joven sintió que aquellas gruesas líneas se le grababan en el cerebro.

Había entregado a Jane todo el dinero que le quedaba, y la criada lo administraba con la mayor parsimonia, gastándolo, como si fuese oro, en el alquiler de la casa y en la comida de cada día.

—Dígame cuánto se gasta al mes —le pidió Susan.

Pero Jane no le había dicho nada todavía...

—Primero hay que aprender el oficio, y luego viene el artista... aunque quizá nunca surja el artista, pues eso depende de lo que uno lleve dentro, *Mademoiselle*. Uno no llega a ser un artista con el tiempo; lo es o no lo es desde el principio.

La joven tuvo en la punta de la lengua las palabras: «Y yo, ¿lo soy?». Pero esta pregunta no podía contestarla nadie sino ella misma. Cuando supiese el oficio a fondo se preguntaría a sí misma y respondería.

—El alma —continuó el escultor afilando con el mayor cuidado un delgado cincel—; todo proviene de la medida de nuestra alma. Un pequeño talento, con un alma grande, es cien veces mejor que tener un gran talento y el alma pequeña. Cuando talento y alma son equiparables en proporciones, y éstas son grandes, ¡ah, entonces! Yo he encontrado esa magnífica conjunción en una o dos ocasiones.

El escultor la miró fijamente. Sus ojos brillaban bajo las espesas cejas de color

castaño.

—¿No me hace usted ninguna pregunta? —inquirió de súbito.

—No —contestó Susan con acento firme—. Por ahora no haré preguntas.

El escultor siguió afilando su cincel. De pronto se detuvo y empezó a acariciarse las puntas de su bigote. Sus labios, todavía rojos y sensuales, emergían del mar de su barba.

—Usted no es una verdadera mujer, ¿comprende, *Mademoiselle*? —declaró—. Una mujer no persigue el arte y la belleza como usted lo hace. Para las mujeres el arte no es más que una puerta de escape. Es algo con que llenan su vidas cuando la vida no les ha concedido lo que deseaban. Pero yo estoy casi convencido de que el arte es lo que más desea usted. ¡Ah, su corazón es perfectamente frío y claro! Al menos, eso creo yo.

Susan sonrió y no contestó. El maestro siguió hablando, sin embargo. La joven sabía perfectamente que si ella permitía que sus párpados se movieran o que sus manos temblaran, él se arrojaría sobre ella tratando de besarla con sus rojos y sensuales labios. Susan había sorprendido algunos fragmentos de conversaciones que sostenían los alumnos mientras esperaban que se presentase el maestro. Ésta o aquella modelo era su amante, y otras cosas por el estilo. Pero ella no había prestado la menor atención a tales discreteos, pues no quería saber nada. Ella podía ahora captar la esencia del escultor: un hombre sensual y ardiente, todavía joven, dispuesto siempre a encender una pasión amorosa en el corazón de cualquier mujer. Pero a Susan no le importaba más desde este punto de vista que le habían interesado los chismes sobre él. Siempre le miraba con abiertos y cándidos ojos, y sus manos no temblaban jamás.

—Creo que a veces es usted un poco tonta, *Mademoiselle* Gaylord. La mirada de sus ojos es tan estúpida como la de una niña —afirmó el maestro.

—No soy nada intelectual —contestó Susan mansamente.

—¿Así que no trabaja usted con el cerebro? —preguntó el escultor.

—No —repuso Susan—. No trabajo con el cerebro.

—Y tampoco tiene corazón —añadió de pronto el maestro, mirándola fijamente.

—En absoluto —contestó Susan.

—Entonces quizá trabaje usted con el estómago —afirmó el escultor.

La joven permaneció unos momentos pensativa.

—Quizá —asintió.

—¡Ya! —exclamó el escultor con gran ironía—. No sabe usted nada absolutamente. No sabe usted nada acerca de sí misma.

Una tarde, encontrándose en el estudio de David Barnes, la joven preguntó a éste:

—Dígame, ¿cómo averiguaré lo que yo soy?

Estaba trabajando sobre una superficie de bronce, que frotaba con ácidos, estudiando la pátina.

—Si se considera usted satisfecha con poseer herramientas y materiales, siga con

su satisfacción. Pero en tal caso, sepa usted que no es una artista. Aprenda el oficio, y si eso le basta, contétese con ello.

Susan se detuvo en su trabajo y empezó a silbar.

—Pero entonces, ¿qué? —preguntó.

—Entonces será usted un buen operario para escultores como yo.

—Eso no me satisfará nunca —repuso rápidamente la joven.

—Muy bien, señorita —replicó Barnes—. Entonces descubra lo que puede satisfacer a su alma. Y si se satisface con menos, entonces le sobra todo lo demás.

Barnes se hallaba sentado ante una gran mesa de dibujo y alrededor tenía grandes hojas de papel sobre las que estaba dibujando.

—Tendré que ir a los Estados Unidos el año que viene —murmuró—. Mi próximo titán será Edison. —Miró a Susan—. La dificultad estriba en descubrir dónde se encuentran los titanes. Eso sí, una vez descubiertos, es fácil trasladarlos a la piedra. Pero... ¿dónde se encuentran? Es muy cómodo elegir entre los que ya han sido juzgados por la Historia. La muerte los ha juzgado ya. Pero la vida no es tan acertada en sus juicios. ¿Quién puede decir, al contemplar a los vivos, que este hombre es más grande que aquél?

Susan no le escuchaba. Durante semanas había estado trabajando con sus manos más bien que con su cerebro. Herramientas y materiales, la confección de moldes de yeso, la preparación del mármol, las aleaciones del bronce, los métodos de vaciado... Tales habían sido sus preocupaciones hasta aquel momento. David Barnes alquiló un día un coche y la condujo por un camino lleno de guijarros hasta una antigua y gran fundición, para ver cómo un fundidor de barba blanca, ayudado por sus dos hijos, fundía el Napoleón del escultor, sacándolo del molde de yeso. La joven estaba junto a David Barnes cuando el modelo de yeso fue terminado. Mientras esperaban, Susan se dio cuenta de que los músculos de las mandíbulas de David Barnes temblaban y de que en sus ojos había una mirada triste, y al notar el escultor que Susan le miraba, dijo:

—Jamás puedo permanecer tranquilo y sereno en este momento, cuando se destruye el modelo de arcilla. Es el trabajo, la obra realizada por mis manos. Cuando me la arrebatan esos hombres, aunque sé que tiene que ser así, entrego mi obra de mala gana. Es todo mi ser, la obra hecha por mí. ¿Y si ellos se equivocaran? Yo no sabría hacerlo otra vez igual.

—¿Ha tenido usted que hacer alguna vez el modelo por segunda vez? —preguntó Susan.

—No. Pero siempre sufro lo mismo —replicó el escultor—. Y luego, cuando la estatua de bronce sale del horno, me siento como si mi obra volviera a nacer. Mi obra vuelve a mí, completada, hecha permanente.

David Barnes, a diferencia de otros escultores, jamás permitía a los fundidores que terminasen sus estatuas de bronce.

Él mismo empuñaba el soplete de acetileno, o bien obligaba a la joven a que lo

hiciese, mientras él iba vertiendo los ácidos en el hirviente metal. No podía comer hasta que su obra quedaba perfecta. Juntos frotaban las suaves superficies, pulgada tras pulgada, hasta que éstas centelleaban, y sólo cuando había concluido decía a grandes voces que estaba hambriento. Entonces, poniéndose el sombrero de medio lado, se marchaba rápidamente, para volver a poco con un gran trozo de carne de buey, que él mismo asaba sobre las ascuas de carbón vegetal, e invitaba a Susan a que le acompañara en el banquete.

Aquella noche, Susan llegó tarde a su casa, como a menudo sucedía. Había caminado por las solitarias calles de París, con la vista fija delante de ella y sin hacer caso de las sombras que surgían de la oscuridad y se le aproximaban. Sus ropas eran demasiado pobres para tentar a un ladrón, y su ojos, que miraban siempre al mismo punto, no invitaban al placer. Si un borracho se interponía en su camino, Susan lo apartaba con la mano y proseguía andando. Su mente estaba llena únicamente de las enseñanzas que iba adquiriendo poco a poco.

Ahora se pasaba los días en las fundiciones, observando el material hirviente que llenaba el crisol y que era vertido en los moldes. Atenta al chorro de fuego que iba cayendo en los moldes, se inclinaba hacia delante sin prestar atención a las chispas y al humo, hasta que el molde rebosaba. Un operario se precipitaba entonces para hacer salir el sobrante, y el blanco e intenso momento podía considerarse terminado. La joven deseaba, con la misma pasión que había deseado tener hijos, poder hacer una estatua entera, desde el modelo en arcilla hasta su fundición en bronce. Pero nadie hacía tales cosas, ni siquiera David Barnes, mientras que los otros escultores que había conocido por mediación de él nunca pasaban de la plástica arcilla. Para ellos era suficiente concebir una idea y darle forma en el barro. Dejaban marchar su obra y luego la recibían de nuevo sin acabar de comprender cómo habiéndola entregado modelada en arcilla, se la devolvían fundida en metal. Pero Susan se sentiría incompleta hasta que sus manos hubieran aprendido a hacerlo todo.

«¿Soy una artesana o una artista?», se preguntó a sí misma en la soledad de la calle.

El *maître* seguía diciéndole que las mujeres no eran nunca artistas. Las mujeres se mostraban demasiado pasivas, carecían del frío deseo de la perfección, eran perezosas, no sabían darse a sí mismas, parecían máquinas y no seres creadores; en suma, las mujeres no tenían imaginación. Susan escuchaba atentamente, sopesando y analizando todo lo que oía. Pero ella no era como las demás mujeres. Una vez le había dicho a Mark, con acento apasionado, que no era distinta de las demás, pero después se convenció de que sí lo era. Las otras mujeres no sentían palpitar dentro de ellas, al dar forma al barro, al tallar o al cincelar una piedra, aquel continuo deseo de perfección. Las otras mujeres no dejaban sus hogares ni cruzaban el mar en busca de perfección. Susan sabía que, aunque Mark hubiese vivido, ella hubiera hecho un día lo mismo, y si él no la hubiese acompañado, ella se habría marchado sin él, destrozándole el corazón. Por lo tanto, era mejor que hubiera muerto antes de tener

ella que destrozarle el corazón. Pero no dejó de extrañarle que pudiera parecerle bien que Mark hubiese muerto. Se sonrojó, y continuó diciéndose a sí misma obstinadamente: «Tengo que hacer mi misión».

Llegó a la plaza, donde se alzaba en la oscuridad de la noche la figura del viejo general, todavía más sólido bajo el imperio de las sombras, y abrió la puerta de su casa, empezando a subir la empinada escalera que conducía a su cuarto. Al entrar, dejó a un lado la incontestada pregunta. Jane estaba sentada ante una lámpara y zurría un calcetín de John.

—¿Cómo se han portado hoy? —se apresuró a preguntar Susan a la buena mujer.

—Los dos han tenido un día maravilloso, señora —repuso Jane—. Los he llevado en autobús hasta unos jardines de que me había hablado el guardia. Hay un policía al final de la calle que casi sabe hablar en cristiano, señora.

—No se vayan a perder ustedes un día —exclamó Susan—. ¿Cómo los iba a encontrar?

—No me perderé, señora —contestó Jane—. Siempre miro atentamente el camino que llevamos y luego regreso por el mismo.

Susan entró de puntillas en el dormitorio donde dormían los dos niños. Una vez en la estancia, cogió un taburete y se sentó junto a las camitas. Dormidos o despiertos, los niños le daban algo que ella no intentaba saber lo que era, pero que necesitaba sobre todas las cosas. Sus cuerpos, sus voces, su charla y sus risas, su ser completo, proporcionaban una base de realidad a su vida.

No los había visto en todo el día. Apenas había pensado en ellos pero al llegar la noche regresaba a su casa porque ellos se encontraban en ella. A la débil luz de la lamparilla de noche, Susan pudo ver la cabeza de John, que apoyaba en una mano al dormir, tranquilo, bien tapado, en perfecto orden, de acuerdo con su modo de ser. En cambio, Marcia yacía despatarrada, con los brazos en cruz y el cabello en desorden, como el sueño acostumbraba a sorprenderla. Si no existiesen aquellos dos seres para formar su hogar, ¿adónde iría ella, que necesitaba reintegrarse a un hogar al llegar la noche? David Barnes tenía un catre en su estudio detrás de un biombo, y le daba lo mismo que fuera de día o de noche. Se echaba a dormir cuando ya no podía trabajar más. Pero ella necesitaba abrir la puerta de una habitación y ver una lámpara encendida y una mesa para comer, y saber que sus hijos estaban bien y dormían apaciblemente.

Contenta y satisfecha, salió de la habitación como había entrado, de puntillas.

Al verla, Jane se puso en pie para ir a buscar su cena a la cocina, y Susan se dejó caer en su silla habitual, y, cogiendo el calcetín de John, empezó a pasar el hilo de un lado a otro. Era muy agradable sentir entre los dedos el familiar y casero trabajo.

—¡Cómo le crecen los pies! —dijo a Jane.

—Necesita las cosas de un niño de ocho años —contestó Jane colocando ante su ama un plato de sopa—. Es una sopa que me ha enseñado a hacer la *Madame* de abajo, y cuyo nombre no sé pronunciar —dijo—. Pero la sopa es buena. La olí un día

al entrar. «¿Qué es eso?», le pregunté olfateando descaradamente para que supiera lo que le preguntaba, y ella entonces me llevó hasta la cocina y me señaló los ingredientes: zanahorias, cebolla, un poco de col y cualquier carne que se tenga a mano.

—Pues es buena —afirmó Susan.

Durante muchas horas había olvidado lo que era comida, pero al volver a su casa, se encontraba con el delicioso olor y sabor de la cena.

—Tal vez debiéramos enviar a John al colegio —dijo a Jane cuando ésta le sirvió la ensalada.

—Le convendría —repuso Jane, que continuaba en pie—. Pero sería una lástima que tuviera que estudiar en libros escritos en un idioma como el que aquí se habla.

—Creo que mañana me ocuparé en buscarle una escuela —dijo Susan.

Hacía mucho tiempo que no había pasado un día entero con los niños y en su interior sentía ansias de ellos. De vez en cuando tenía necesidad de cuidarse de sus hijos.

«No deben olvidar que soy su madre», pensó sintiendo un asomo de celos.

Y durante un día, sus hijos lo fueron todo para ella.

—Quiero que mamá me abotone el vestido —gritó Marcia—. Vete, gruñona y vieja Jane.

—Mamá, he dibujado algunos pájaros —dijo John entusiasmado—, y quiero enseñártelos.

Después del desayuno los llevó a visitar al señor Withers, el clérigo inglés que una vez le había hecho una visita.

—Querría una escuela para John —le dijo.

Estaban sentados en el sobrio y pequeño salón inglés, el cual daba a una tortuosa calle del viejo París. La esposa del señor Withers, pequeña y marchita, dijo de pronto:

—¿Os gustan los *biscuits*, queridos?

—Quiere decir bizcochos, mamá —dijo John con un susurro de voz cuando la señora Withers apareció con el bote de los bizcochos.

—Ya buscaremos —repuso el clérigo.

—Me interesa un colegio francés —dijo Susan.

—¡Oh! —exclamó el señor Withers—. Dudo que sea práctico que aprenda en una lengua extranjera.

—¡Oh, no! —exclamó la mujer del clérigo—. No permita usted que sus hijos sean extranjeros. Es una tentación tan grande... Uno sucumbe sin darse cuenta. Yo, a veces, me siento una extraña cuando visito mi querida y vieja Inglaterra. Si no fuera porque el señor Withers tiene su grey en París...

Pero al final, Susan optó por llevar a John a una pequeña escuela cercana, donde asistían los niños de los alrededores. No era la clase de escuela que hubiera merecido la aprobación del señor Withers. Pero muchos niños y niñas franceses, limpios y aseados, vestidos con delantales de algodón, acudían allí cada mañana, y Susan se los

encontró camino de sus casas a las doce, cuando regresaba de casa del señor Withers.

—*Mais oui* —exclamó la maestra francesa, una mujer de rostro fresco y sonrosado—. ¿Por qué no, *Madame*? Admitimos a los niños ingleses si desean aprender a hablar el francés. ¡Ah, pequeño! ¿Tienes seis años? ¡Qué crecido está! ¡Pero los ingleses son tan altos! ¡Ah, es norteamericano! ¡Son todavía más altos que los ingleses! Sí, sí, mañana. ¿Por qué no?

Por la tarde llevó a sus hijos al Louvre y se detuvieron ante la *Venus de Milo*.

—¿Tú puedes hacer estatuas como ésta, mamá? —preguntó John.

—No lo sé —contestó Susan.

No había vuelto a acordarse de la pregunta que se había hecho a sí misma la noche anterior. Pero la pregunta surgía de nuevo. ¡Qué suaves eran aquellas superficies y qué fluentes todos sus planos! No existía ninguna angulosidad que alterase la armonía de la forma.

—¡Mira, John! —dijo de pronto Susan con expresión vehemente—. Tócala —y levantó al niño para que pudiera acariciar el suave cuerpo—. Observa que sus líneas fluyen como si estuvieran hechas de agua. ¿Te acuerdas de la curva de las olas que iban a chocar contra la proa del barco?

Los niños la miraron con los ojos muy abiertos, sin acertar a comprender lo que quería decir su madre.

—Vamos, ya es tiempo de volver a casa —murmuró Susan al cabo de un instante.

Y cuando estuvieron de nuevo en su casa, les dio de comer, los bañó y los metió en la cama.

—Puedo bañarme yo solo —dijo John—. Jane me deja hacerlo siempre.

—Bueno. Pero yo te secaré —repuso Susan cuando John salió del barreño, que Jane llenaba de agua con ayuda de un cubo.

Mientras lo secaba, Susan sintió bajo sus manos la enjuta firmeza del cuerpo de su hijo. Las redondeces estaban desapareciendo, y crecía en líneas y planos. Le vio por un momento como una estatua: las curvas de sus hombros y de sus muslos, el airoso porte de su cabeza... Acababa de pasar el día con ellos, los niños habían sido felices y ella se había sentido contenta y satisfecha. Una u otra vez, durante el día, levantó la mano para tocarlos, para acariciarlos, para cogerles las manos, y ahora que una parte de su ser estaba satisfecha, la otra sentía hambre.

Cuando los niños estuvieron al fin en la cama, dijo a Jane de pronto:

—Voy a dar un paseo antes de acostarme.

Y al abrir la puerta para salir, se acordó de la pregunta que se había formulado a sí misma la noche anterior y que todavía aguardaba una respuesta. La joven cruzó la pequeña plaza y se sentó al amparo del viejo general provinciano. Sobre los hombros del general podía ver las formas regulares y acéfalas de los gorriones, con sus plumas ahuecadas y la cabeza bajo las alas. Susan permaneció allí largo tiempo, hasta que *Madame* cerró su pequeña tienda y su hijo, un muchacho de cabello negro, colocó las maderas que cubrían los escaparates. Durante la noche, la plaza permanecía tan

quieta y silenciosa como un campo de su país, excepto los ruidos y la luz que venían del pequeño café de la esquina. Pero aquella noche hasta el café estaba desierto. Pasó un hombre llevando a su vera a una mujer, a la que condujo bajo la sombra del general. Una vez allí, la besó larga y apasionadamente.

—*Alors!* —exclamó el hombre dejando escapar un profundo suspiro.

La mujer se apretó más contra el hombre, y los dos echaron a andar de nuevo y desaparecieron en la oscuridad. La pareja no había visto a Susan, pues la joven estaba agazapada entre las rodillas del viejo general. Pero ella, en cambio, había observado a la pareja con tanta atención como si los conociera. La joven sintió a la mujer en los brazos del hombre, y también sintió sobre sus propios labios la presión de los labios de él. Susan estuvo pensando en aquella pareja, en la gente como ellos, de allí y de cualquier otra parte, y en el impulso que empujaba a sus vidas indestructibles a reproducirse. Lo que ella deseaba hacer era tomar aquellas vidas entre sus manos y perpetuarlas. Aquellas dos figuras estrechamente abrazadas habían permanecido tan inmóviles ante ella como si fuesen de mármol. La vida en todas sus cimas era quietud, instinto y puro sentimiento. Sólo el mármol podía contener la noble quietud hacia la que tiende todo movimiento. Todo final es quietud, inmovilidad absoluta.

Susan se puso en pie, sintiendo que una fuerza nueva se deslizaba por toda ella. Conocía ya el manejo de sus herramientas y era la dueña de sus materiales. Pero las herramientas no bastaban y los materiales eran únicamente medios. El mármol, la piedra y el bronce, la carne, la sangre y los huesos continuaban siendo sus materiales.

«Deseo hacer seres humanos», se dijo.

De pronto se dio cuenta de que dominaba el cálculo y los metales y la fundición. Conocía, pues, su oficio. Pero tenía que encontrar su arte.

—Quiero tener mi propio estudio —dijo a David Barnes—. Ha sido usted muy amable al permitirme venir aquí, Pero ahora deseo ardientemente ponerme a trabajar, y para ello necesito estar sola.

—Ignoro lo que le hace creer a usted que sabe tanto —murmuró el escultor.

Aquellos días solía mostrarme de pésimo humor. Cada vez estaba más convencido de que tendría que irse a los Estados Unidos para comenzar su próximo titán, que sería un hombre vivo. Hasta entonces todos habían sido europeos, grandes hombres ya fallecidos, pero también quería representar a su tiempo.

—Tengo que irme a los Estados Unidos —masculló—. Edison no vendrá aquí. Puede usted disponer de mi estudio.

—No —se apresuró a responder Susan—. Siempre estaría usted presente, y yo necesito verme libre de usted.

—Es usted una mujer débil —afirmó el escultor—. Si fuese lo bastante fuerte, podría trabajar en cualquier parte. Míreme a mí. Trabajo donde tengo mis materiales y herramientas. Mis manos van conmigo y fácilmente manejo el barro en todas

partes. Una de mis mejores obras la hice en una casa de vecinos de Inglaterra, con todos los chiquillos mirándome y burlándose de mí.

—Yo también puedo hacerlo —replicó Susan, sintiendo que la ironía del escultor encendía su enojo, como la yesca enciende una antorcha—. Pero su personalidad es endemoniadamente dominadora. Siento que usted estará presente aquí en todo momento, aunque se haya ido.

—Yo nunca me meto con usted —dijo Barnes.

—Basta con que sea usted —repuso Susan.

La discusión adquirió el tono de un reto.

—¡Ocupe usted mi estudio y trabaje en él!

—Lo haría si supiera qué trabajo he de hacer —replicó Susan—. Pero precisamente estoy tratando de descubrirlo. Sus ideas y sus palabras flotarán en la atmósfera de esta habitación una vez que se haya marchado usted. Y no quiero soportar su influencia.

—Me marchó dentro de una semana —dijo Barnes—. Piénselo bien antes de tomar una decisión, mujer.

Ser mujer constituía un fardo tal, que Susan había acabado por ser sensible a la palabra. Replicó instantáneamente:

—Muy bien. Me quedaré en su estudio y cuando usted regrese lo encontrará tan extraño a usted, que ya no querrá trabajar en él.

Pero antes de que transcurriera la semana, Jane dijo:

—Me queda dinero solamente para este mes, señora. Usted me encargó que se lo advirtiera.

Susan se había olvidado de la cuestión.

—Bien —contestó dejando escapar un profundo suspiro—. Intentaré procurarme más.

Sintió un súbito terror. Iba a quedarse completamente sola. Ya no tendría a quien volverse una vez que David Barnes se fuera a Norteamérica. Si no tenía dinero para comprar alimentos a sus hijos... Se alegró de no haberlo sabido hasta que Jane se lo comunicó. No se lo diría a David Barnes. Ella podía resolver sin ayuda de nadie los problemas de su vida. Estuvo ayudando a Barnes a empaquetar sus cosas, y soportó su último día de mal humor con gran resignación. El escultor empaquetó cuidadosamente todas sus herramientas en unos bellos estuches, envolviendo las puntas de los cinceles en pieles de ante, y preparó para llevarse un enorme montón de arcilla que había mezclado él mismo.

—El barro de nuestro país —masculló— se seca antes de que se haya podido modelar la mitad de la obra. Posee esa maldita particularidad. La arcilla ha de mantenerse tan suave como la carne hasta que acaba uno. Tengo un secreto, pero no se lo comunicaré a usted hasta que esté próximo a morirme.

—Suponga que se cae usted de un avión o le ocurre algo por el estilo. ¿Cómo me lo comunicará? —exclamó Susan.

—Si ocurriera eso, mire usted en el interior de esa estatua de Adán que hay ahí —dijo señalando con la cabeza una pequeña figura de yeso de estilo primitivo—. El sobre está lacrado, y en su interior encontrará un trozo de papel. Nadie lo conoce. Bien, ya estoy listo para marchar.

—Pero ¿y sus ropas, Barnes? —preguntó la joven.

Barnes la miró sorprendido.

—¡Diablos! —exclamó, y sacando una vieja maleta «Gladstone» de debajo de su camastro, abrió una cómoda y empezó a recoger sus cosas—. Una vez me fui sin ellas —continuó mientras las iba metiendo en la maleta—, y no me di cuenta de ello hasta que estuve en el mar.

—¿Y qué hizo usted? —preguntó Susan.

—Pues llevar siempre puesto lo único que tenía —contestó el escultor—. ¡Ea! Hasta la vista, Susan. —Abrió la puerta y dio un grito. Segundos más tarde apareció un muchacho que cargó con la caja de las herramientas, mientras él cogía la maleta. Susan sintió clavársele en la mejilla el punzante cepillo de su barba—. Hasta la vista —dijo de nuevo David Barnes, y ya en la puerta se detuvo—: En el armario hay algo de barro preparado —dijo—. Puede usted utilizarlo si quiere.

—Gracias —repuso Susan.

Barnes se había marchado. Desde la ventana, Susan le vio arrojar la maleta en un coche, el cual se alejó dando tumbos por la estrecha calle. Susan permaneció unos instantes inmóvil ante la ventana. Luego se volvió con movimiento rápido y abrió la puerta del armario. Allí estaba la arcilla.

Mientras trabajaba por la tarde, apenas si tenía tiempo de darse cuenta de que se encontraba en el estudio de David Barnes. La blusa del escultor colgaba de un clavo que había detrás de la puerta. Los primeros estudios de sus titanes estaban bajo la sombra de las hornacinas. Susan no notó nada, y sólo se preocupó, de aclarar un pequeño círculo para poder trabajar. Pero no pudo trabajar. Un día seguía al otro, y esperaba como una catástrofe el día final de mes, en que Jane extendería su vacía mano hacia ella pidiendo más dinero. Estaba sola y tenía dos hijos a quienes mantener. Pero si se dejaba llevar del pesimismo, acabaría sintiendo verdadero miedo. La ciudad le pareció profundamente extraña. Había vivido hasta entonces tan entregada a su trabajo, que no se había dado cuenta de que se encontraba en un país extranjero. Al mirar por las altas ventanas que daban al Norte, se acordó del bosque del Vagabundo. Las calles de aquella ciudad le eran extrañas; la gente, desagradable y desconocida. Pero en ningún momento debía dejarse vencer por el miedo. Ella podía hacer cualquier cosa; debía hacerlo, y lo haría por encima de todo.

Utilizaría aquella gente para ganarse el pan de sus hijos. Se volvió y empezó a modelar rápidamente la arcilla. Haría pequeñas figuras tomando por modelos a aquellos seres que veía todos los días: la vieja *Madame* Jeure, de la tienda de abajo de

su casa; el propietario del café de la esquina, con su vientre como un barril y que se pasaba el día bebiendo vino; los niños jugando al pie del general de piedra; el conductor de un taxi parado en la acera dando cabezadas sobre el volante del coche por la mañana temprano. Todos aquellos extranjeros entraron de pronto en su imaginación, y sus dedos empezaron a volar. Haría aquellas estatuillas, las vaciaría en yeso y se las iría a ofrecer para la venta a cierta pequeña tienda ante la cual pasaba cada día. Había visto mujeres que entraban y salían con paquetes propios para regalos. Se trataba simplemente de juguetes y, sin embargo, cierta alegría, cordial y dulce, empezó a arder en su pecho. Tarareó algo, se dio cuenta de ello y se detuvo sorprendida al ver que estaba cantando «¡Oh, eso será — la gloria para mí!». Era su antigua canción. No había vuelto a cantarla desde su llegada a París. ¿A qué se debía sino al familiar éxtasis con que contemplaba sus manos?

—Me queda dinero sólo para una semana, señora —dijo Jane sin dar la menor importancia a la noticia.

Acababa de regresar del mercado mañanero y llevaba sus pequeñas compras en una redonda cesta francesa. No sentía la menor alarma. El dinero aparecería en cualquier momento, procedente de cualquier parte. Su deber no era otro que gastarlo con el mayor tiento y cuidado. Susan estaba vistiéndole a John para que se fuera a la escuela, haciéndole el nudo de la corbata y poniéndole la gorra.

—Hasta luego, hijo —murmuró—. No olvides que eres norteamericano.

—¡Mamá! ¿Cómo puedes suponer que yo me olvide de ello?

—Ya lo sé. Pero ten presente que eres el único norteamericano que conocen y que cuando te miren a ti pensarán que miran a toda Norteamérica.

—Mamá, ¿cómo voy a olvidar a nuestra patria? ¿Tenemos todavía las manzanas y el granero?

—Sí, querido, todavía las tenemos. Hasta la vista, hasta la vista.

Susan observó su alta y ligera figura corriendo por la calle, con aquel aspecto, tan distinto de los demás niños. Marcia, hablando con una mezcla de inglés y francés, dijo que deseaba recortar muñecas de papel.

—¿*Oú est le tijeras*, mamá?

Susan buscó las tijeras a su hija y la sentó de manera que le diera el sol que entraba por la abierta ventana.

—Ahora mamá tiene que irse a trabajar, encanto.

Poco le importaba a la niña lo que hiciera su madre. Estaba cantando con su aguda y dulce vocecita una canción que le enseñaba *Madame Jeure* cuando se escapaba de junto a Jane para ver cómo sacaban los panecillos del horno.

—No sé a qué hora regresaré —dijo Susan desde la puerta.

—Muy bien, señora —contestó Jane, que estaba en la cocina, secándose las manos en el delantal.

—Probablemente traeré algún dinero —añadió Susan.

—Sí, señora —repuso Jane.

Susan salió al fin al tibio sol de otoño. Los ángulos de las pobladas casas se perfilaban claros y concretos, bajo el cielo, mientras los adoquines del arroyo aparecían recién regados. Se volvió con decisión y echó a andar tal como lo hacía cada mañana y cada tarde, hasta llegar a la pequeña tienda de objetos para regalos. Dos de sus pequeñas figuritas habían desaparecido del escaparate: *Madame Jeure* y el pequeño escolar. Se apresuró a entrar en la tienda en busca del viejo encargado.

—*Monsieur* —gritó—. *Monsieur, est-ce-que...?*

—¡Ah! —exclamó el viejo alegremente desde el otro lado de su mostrador.

Sus blancos bigotes temblaron de placer. Metió la mano en el cajón del dinero y sacó un puñado de francos que ofreció a Susan.

—*Mes Américains!* —exclamó lleno de regocijo—. ¡Adoran los muñecos!

—*Merci, merci* —repuso la joven sonriendo.

Ya en la calle, Susan contó el dinero. Era bastante, aunque el viejo, naturalmente, se había quedado con su comisión. La joven se guardó el dinero en su monedero. Era agradable saber que lo tenía allí, aunque en realidad era muy poco. Los pequeños muñecos no pagarían la casa, la comida, la campechana maestra de John y el salario de Jane. Los días empezaban ya a ser fríos y pronto habría que pensar en el carbón. Se encaminó con paso firme hacia el estudio donde todavía pasaba las mañanas, aprendiendo de la mejor forma que podía todo lo que aún ignoraba. Ya no le quedaba mucho que aprender. Había llegado a adquirir una gran habilidad en muchas cosas, pero todavía ignoraba lo que más necesitaba saber: lo que debería hacer a continuación.

Susan empujó la puerta del cuadrado vestíbulo y se quitó el abrigo y el sombrero, poniéndose su blusa de color castaño. Inmediatamente entró en el estudio. A veces había allí otros estudiantes trabajando, aunque el maestro no daba nunca clase. Si algunos jóvenes de talento, como él decía encogiendo sus fuertes hombros, deseaban ir a su taller, observar cómo trabajaba y aprender, él les haría preguntas de vez en cuando para que se dieran cuenta de su ignorancia. Pero ninguno de aquellos estudiantes llegaban nunca tan temprano como llegaba Susan, que lo hacía antes de que el escultor hubiese acabado su *pétit dijeuner*. Susan acudía todas las mañanas, y se entregaba en cuerpo y alma a la tarea que había dejado pendiente el día anterior, ya fuera hacer una armadura, un molde de yeso o preparar un bronce. Aquel día, el maestro entró limpiándose el café y la miel que habían quedado pegados a su bigote.

—¡Ah, Susanne! —exclamó—. Ya está usted aquí.

—Sí, *maître*. ¿Qué debo hacer cuando acabe esto?

—¡Déjeme que la mire! ¡Está usted pálida!

La cogió por los hombros y le volvió el rostro hacia la ventana.

—Estoy perfectamente —repuso Susan.

—No come usted lo suficiente. No se divierte usted. Al caer la tarde debería ir a

divertirse con los estudiantes. Pero se marcha usted a su casa. ¿Qué es lo que hace allí?

Susan sonrió, pero no contestó.

—No estará usted enamorada, ¿verdad? —preguntó con curiosidad el escultor.

La joven negó violentamente con la cabeza. ¡Enamorada! Por lo visto, los franceses no pensaban más que en el amor.

—No, no debe usted enamorarse, Susanne. Es una gran maldición para el trabajo. Una vez, pase. Todo el mundo debe enamorarse una vez para darse cuenta de la poca importancia que tiene el amor. ¿Ha estado usted enamorada?

La joven titubeó unos segundos y se apresuró a responder:

—Sí, una vez.

¿No había estado enamorada de Mark?

Las manos del escultor se posaron sobre los hombros de la joven.

—Entonces póngase a trabajar —dijo de pronto.

El escultor, por su parte, se volvió hacia el enorme bloque de mármol, que estaba midiendo y estudiando. Iba a empezar una nueva obra, un encargo, una estatua de Clemenceau. Susan había observado durante días los esbozos hechos por el escultor.

—Lo difícil es conseguir que el cuerpo se incline bajo el peso de esa gran cabeza —había murmurado el escultor—. El cuerpo de este hombre no significa nada, es algo meramente dependiente de su feroz cabeza.

No se sentía satisfecho con nada de lo que hacía, y durante toda una semana había estado trabajando y trabajando alrededor del gran bloque de mármol, nervioso y descontento. De pronto, el escultor gritó:

—¡Ah, Susanne! Me olvidaba de algo.

—¿Qué es ello? —preguntó la joven.

—¿Qué hora es?

Susan echó una mirada a su reloj y repuso:

—Cerca de las diez.

—¡Entonces pronto llegará ese individuo! —exclamó el escultor con acento enojado—. ¡Como si ya no tuviera bastantes preocupaciones con este viejo monstruo, ha de venir un nuevo discípulo de Barnes, un genio, según me ha cableografiado! ¡Un genio moderno! Y para colmo, Robert no puede venir hoy, cuando precisamente empiezo a ver formarse mi monstruo en la piedra. Ahora, cuando desearía que Robert empezara a preparar el mármol, resulta que se ha cortado la mano haciendo alguna trivial obra de las suyas. Robert no ha podido esperar pacientemente a que estuviera listo el monstruo. Ha tenido que dedicarse a lo suyo, y lleva la mano en cabestrillo, mientras que yo me encuentro verdaderamente desolado y perdido, a menos que le encargue el trabajo al nuevo discípulo. Pero no, me echaría a perder el monstruo. El monstruo es viejo, primitivo. Se lo he dicho a Robert muchas veces: «Es usted un cortador de mármol, un excelente cortador de mármol, pero no un escultor, ¿oye usted? Deje quietas las herramientas».

Susan había observado a menudo a Robert, el cortador de mármol, un individuo de anchos hombros, moreno y amable, que era el encargado de cortar las primeras capas de mármol. El joven jadeaba cuando se inclinaba sobre los esbozos, midiendo con los labios apretados las profundidades y los ángulos del modelo en barro o en yeso que tenía ante él.

—Yo lo haré —dijo en voz alta la joven.

El escultor la miró fijamente y se pasó las manos por sus bigotes empujándolos hacia arriba y separándolos de sus rojos labios.

—¡Ya! —exclamó—. Eso será si puede.

—Puedo —repuso la joven, e inmediatamente pensó en sus hijos, y entonces, antes de que le diera vergüenza, añadió precipitadamente—: ¿Me pagará usted lo que le paga a Robert?

Bien, ya lo había soltado. Se sintió avergonzada, pero lo había dicho, que era lo que importaba. Robert se ganaba bien la vida cortando mármol.

—¡Dinero, dinero! —gruñó el viejo escultor—. ¡Ustedes los norteamericanos siempre pensando en lo mismo! ¿Y si echa usted a perder el mármol?

—Se lo pagaré —repuso Susan.

La joven había cogido ya el martillo y el cincel.

—¡No, no! —gritó el escultor asustado—. Bien, entonces... Sí, pero espere. Sólo lo hará cuando yo esté en el estudio, para que pueda observar cada corte que haga usted.

Dos o tres alumnos franceses habían entrado en el taller y se pusieron a trabajar, mirándola con curiosidad. Susan no los conocía. Algunas veces uno u otro la había invitado a salir con ellos, pero la joven no consentía. «No tengo tiempo para divertirme», decía siempre rápidamente a la vez que añadía de mala gana: «Gracias».

Susan empezó a golpear un ángulo del mármol.

—¡Dios mío! —exclamó el viejo escultor—. ¿Tan de prisa?

—Veo la obra —contestó calmamente la joven.

Pero no estaba tranquila. Veía surgir de la piedra el encorvado y poco importante cuerpo, que hacía resaltar la enorme, fiera y bella cabeza. No tenía otra cosa que hacer que continuar como lo estaba haciendo, de aquella misma manera: poner fuera aquellos dos grandes ángulos, el de la derecha y el de la izquierda. Pero la base debía quedar cuadrada, para que la figura se asentara sobre el pedestal.

De pronto se abrió una puerta y alguien entró. Pero Susan no se movía nunca de lo que estaba haciendo cuando se abría la puerta.

—¡Ah, ya está usted aquí, *Monsieur!* —Oyó que decía el *maître*.

La joven se dedicaba a cortar cuidadosamente el mármol por el sitio en que el hombro aparecía redondo, fuerte y rotundo. En ningún momento se olvidaba de mirar al modelo. ¡Ah, pero el modelo estaba equivocado! Su cuello era demasiado largo. Los hombros debían estar encorvados. Susan se volvió, olvidándose de todo lo demás, y gritó:

—¡*Maître*, el modelo está equivocado! Aquí, ¿lo ve? Los hombros deben ser así —y empezó a golpear con fuerza.

El escultor dio un salto y se colocó a su lado.

—¡Deténgase! ¡No golpee más! ¡Déjeme ver! ¡Lo está usted estropeando!

El escultor le cogió la mano, y antes de que ella pudiera soltarse, su mirada tropezó con los ojos grises de un hombre, unos ojos muy fríos, muy serenos, muy bellos bajo unas gruesas y negras cejas. Pero no se fijó en ellos. Apretó con fuerza el martillo y el cincel que el *maître* le quería quitar, y se resistió.

—¡Déjeme! —gritó Susan—. Sé muy bien lo que estoy haciendo. Veo perfectamente la obra. ¡Veo a Clemenceau! Él no tiene ese cuello. ¡Mire! —Puso a salvo el martillo y el cincel pasándoselos de mano y cogiendo un lápiz empezó a dibujar rápidamente—. ¡Es así, *maître*! ¡De esta forma!

—¡Cómo! —exclamó el escultor—. ¿Es mi Clemenceau o el de usted?

Susan le miró y rompió a reír, dejando al fin el martillo y el cincel.

—No soy cortador de mármol —dijo con orgullo—. Estaba equivocada. Debe usted esperar a Robert.

—No, aguarde —murmuró el *maître* turbado—. ¡Es usted tan rápida! ¿Y si tiene usted razón?

La joven permaneció inmóvil, esperando. Sabía que tenía razón. Pero lo de menos era si la tenía o no. Lo importante era que el alma del mármol al contacto del cincel, el instinto de sus manos al guiar las herramientas, habían despertado su antiguo, inconsciente y loco deseo. Deseaba crear, debía realizar una obra, una obra grande.

—Sí, tenía usted razón —murmuró el *maître* de pronto—. Ahora veo lo que usted quería decir. Siga.

—He pedido dinero por mi trabajo. Pero me arrepiento, *mon maître* —repuso Susan—. Ahora no quiero dinero. Si hago el trabajo de Robert, ¿me dará usted un trozo de mármol?

Debía poseer un bloque de mármol. Continuaría haciendo las estatuillas de yeso para ganar dinero, pero si al mismo tiempo disponía de un bloque de mármol...

El viejo escultor la miró atentamente. Sus ojos parecieron hundirse de pronto en las cuencas.

—¿Y por qué es usted, una mujer? —preguntó con entonación triste—. ¿Una mujer que me da lecciones a mí? Barnes tiene razón, cuando dice: «Dios está distraído algunas veces y reparte sus dones sin el menor cuidado». —Suspiró, se encogió de hombros y empezó a retorcerse las guías del bigote—. Bien, ¿qué es lo que usted desea? ¿Un trozo de mármol que tengo aquí? Conforme, lo tendrá usted, pero con una condición: la de que no tenga más ideas originales. Desde ahora seguirá usted punto por punto mi modelo, sin apartarse una pulgada de él. ¿Me oye? Ya llegará la hora en que haga usted sus obras según su manera de entender las cosas. Es usted una abominación. ¡Una mujer con espíritu! Odio a esa clase de mujeres. ¿Por qué concederá Dios este don a las mujeres?

Pero Susan no prestaba atención a lo que el escultor decía.

—¿Puedo elegir el mármol hoy? —preguntó con los ojos brillantes mirando al escultor—. Quiero decir cuando haya terminado por hoy.

El escultor gruñó repetidamente y se marchó, y Susan volvió a coger el cincel y el martillo con ademán de triunfo, a la vez alegre y serio. Tendría el mármol, y entonces podría empezar su obra.

—Parece que tiene usted asustado al viejo —dijo de pronto una agradable y divertida voz.

Susan se volvió asustada y sus ojos se fijaron en un joven alto, vestido con un traje gris. Era el hombre de los ojos grises de antes. Susan se había olvidado de él.

—Está disgustado porque yo deseaba modificar su modelo —se limitó a contestar la joven.

Se volvió para continuar su trabajo y empezó a cortar trocitos de mármol en el lugar donde debían surgir los brazos, y que ella veía ya formados bajo las capas de piedra.

—Soy Blake Kinnaird —dijo la agradable y clara voz—. David Barnes me encargó que buscara a Susan Gaylord.

—Bien, aquí estoy —repuso la joven.

Pero ni por un momento dejó de golpear sobre el cincel. Estaba pensando... En cuanto encontrase el trozo de mármol que necesitaba, sabría lo que debía hacer. El mármol se lo diría. Buscaría con el mayor cuidado entre todos los bloques, hasta dar con el trozo que deseaba. Quería hacer algo grande. Ella era una escultora, no una modeladora. No quería volver a trabajar en barro. Es decir, sólo haría las pequeñas figuras de yeso para poder ir comprando la comida de sus hijos hasta que pudiera vender una estatua grande. Deseaba trabajar directamente la piedra, sin ayuda de dibujos, sin modelos. Sentir la obra en la piedra... No volvió a oír la voz del individuo aquel, ni siquiera volvió la cabeza para saber dónde se había ido el que la producía.

Había pasado tanto tiempo sola que se sobresaltaba cada vez que él le dirigía la palabra. Blake rompía el silencio y ella le contestaba asustada ante el sonido de su propia voz. Le miraba, le contestaba, y caía de nuevo en el silencio en que vivía encerrada. Seguía trabajando todos los días en el Clemenceau del maestro sin apartarse una pulgada del modelo. En esto, aunque sentía deseos de modificar algo, se mantenía fiel.

«Puedo hacerlo tan bien como el maestro, quizás incluso mejor», pensaba, y no se sentía avergonzada por sentir dentro de ella el poder creador aún no empleado. Se sentía segura de sí misma, segura de la vida y de que llegaría a hacer alguna cosa grande, aunque ciertamente no sabían aún qué sería. Lo único que sabía era que conservaba íntegro todo su poder creador, que nadie había logrado sondear en toda su

profundidad. Ella poseía mucha mayor energía de la que había utilizado hasta entonces en la vida. Mark había necesitado tan sólo una pequeña parte de ella, y los niños necesitaban otra poca. A veces, deseando gastar toda aquella energía, en un domingo o un día de fiesta, se volcaba literalmente sobre ellos.

—¡John, Marcia! Vamos a jugar todos. Yo también jugaré. Nos figuraremos que estamos jugando por todo el mundo montados sobre las nubes y los vientos. Nadie podrá vernos, pero nosotros sí veremos a todos.

Los niños le respondían durante algún tiempo. Pero no tardaban en cansarse de aquellas fantasías, de la rápida imaginación de su madre, aunque se tratase de juegos, y se apartaban pronto de ella.

—No quiero jugar más —decía John.

—No me gusta este juego —añadía Marcia.

—Me parece que me voy a tallar madera —continuaba John.

—Entonces, vamos todos a tallar madera —respondía Susan, no queriendo apartarse de ellos, deseosa de gastar toda la energía de su amor de madre.

Pero la rapidez de sus hábiles dedos descorazonaba a los niños. Susan cortó una hilera de pequeños pájaros posados sobre una rama, y al verlos, John dijo con el mayor desaliento:

—Nunca sabré hacer unos pájaros tan bonitos. Hubiera preferido que no los hubieses hecho, mamá.

No, ella no podía amarlos con todo el cariño de que era capaz.

A veces, al encontrárselos, abría los brazos y estrechaba a sus hijos con toda su ternura.

—¡Oh, cuánto os quiere vuestra madre! —exclamaba.

Pero este cariño era excesivo para ellos.

—Me aprietas demasiado, mamá —decía Marcia, en tanto que John hacía esfuerzos para desasirse.

Susan aprendió al fin a besarlos rápidamente y a dejar que se marcharan de su lado.

Sólo el mármol era lo suficientemente poderoso para absorber toda su energía, y la joven pasó horas buscando el bloque de mármol que deseaba. Cuando únicamente se puede disponer de un bloque, la elección de éste adquiere la mayor importancia. El *maître* había sido generoso de veras. Estaba muy contento de ella y agitando sus cuadradas y grandes manos, dijo:

—Elija el que quiera. Usted no es Robert, y debe recibir algo más que un simple salario. ¿Qué haría él con un trozo de mármol?

Susan anduvo por entre los toscos bloques de mármol buscando el suyo, acariciándolos todos, sopesando las cualidades de cada uno. Todos eran la prisión de una forma. La joven se sentía inundada por aquella extraña y silenciosa felicidad, ya conocida de ella, y que le invadía siempre que estaba a punto de crear.

—¿Puedo ayudarla? —La voz rompió de nuevo el silencio en que parecía estar

envuelta, y Susan levantó la cabeza para negar—. Entiendo mucho en cuestiones de mármoles —continuó la voz—. Mi padre es importador de mármoles. Esta pieza, por ejemplo, tiene una veta de podredumbre que corre por todo su interior. Tendría usted su obra a medio terminar antes de que se diera cuenta de ello.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Susan, olvidándose por un instante de su reserva.

—¿Ve usted este nudo de color cremoso?

Al mismo tiempo, su rápida y nerviosa mano rozó el mármol. Susan tuvo que inclinarse para ver lo que quería decir. En efecto, allí estaba la mancha, casi invisible en la tosca superficie de la piedra sin pulir.

—Éste y éste, en cambio, son buenos lotes —continuó Blake Kinnaird tras de desechar rápidamente dos más—. Y estos dos son magníficos, y este otro es el mejor de todos.

Señalaba un bloque redondeado. Susan lo miró con ojos de deseo, aunque al mismo tiempo anhelando que él la dejara sola para elegirlo por sí misma.

—¿Trabaja usted en mármol? —preguntó Susan, que no se sentía dispuesta a aceptar la elección de él.

No tomaría ninguna decisión sobre el bloque de mármol hasta que él se hubiese marchado.

—¡No, santo Dios! —exclamó el joven echándose a reír—. Es demasiado lento para mí. Yo modelo... y dejo que los demás acaben mi trabajo.

Susan no le oía. Estaba pensando en el bloque de mármol y deseaba que el joven se marchara cuanto antes y la dejase sola.

—David Barnes me ha hablado mucho de usted —dijo Blake con su agradable timbre de voz.

—¿De veras? —preguntó Susan fijando en él la mirada y apartándola en seguida. Los ojos de Blake eran tan grises como el mar bajo las nubes.

—Él cree que es usted un genio.

—Yo, en cambio, no sé todavía lo que soy —repuso Susan—, y no creo que nadie lo sepa.

Blake Kinnaird se echó a reír.

—No pienso yo así —afirmó—. ¿Me deja usted elegir su mármol?

Susan hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—No puede usted hacerlo —repuso—. Tengo que hacerlo por mí misma.

Era intolerable aquella intromisión. La joven experimentaba un extraño miedo premonitorio contra él.

—Debo irme —dijo de súbito.

Y se marchó, dejándole plantado.

Salió a la calle, y en una tiendecilla pidió un panecillo y un vaso de leche caliente, lo que constituyó todo su almuerzo de aquel día. Deseaba el trozo de mármol elegido por él, pero hubiera preferido que no se lo hubiese indicado... «Le olvidaré», decidió

rápida y firmemente. Y como lo pensó lo hizo.

Pero él no permitía que le olvidase. Todos los días se presentaba en el estudio, donde se dedicaba a discutir sobre su propio trabajo, riendo divertidamente cuando el viejo escultor se burlaba de las figuras que él modelaba tan rápida como fácilmente.

—¡Pero si yo soy moderno! —decía una y otra vez—. Trabajo según mi propia técnica, *s'il vous plait*. Trabajo con planos. ¡À bas el realismo! Yo no soy realista y usted sí lo es.

El viejo escultor, con las manos cruzadas a la espalda bajo los faldones de su levita, gritaba:

—¿Quién ha visto jamás un rostro humano como ése? ¡Es un borrón, una fuente, una bandeja de té, pero un rostro humano, *non!*

Blake Kinnaird, de excelente buen humor, posó sus manos en los fuertes y redondos hombros del escultor.

—Si se coloca usted a dos pulgadas de un rostro humano —dijo—, éste le parecerá igualmente un cacharro de té o una bandeja. Colóquese aquí, donde la luz es mejor. ¿Ve usted? Utilizo la luz como uno de mis materiales.

—¡Susanne! —gritó el viejo por debajo de los fuertes brazos de Blake—. Venga a ver esto con sus inocentes y honrados ojos. ¿Le parece un rostro humano?

La joven dejó el rincón donde tenía su bloque de mármol y se acercó a ellos para observar el barro que Blake había estado modelando rápidamente y, al parecer, con gran despreocupación, durante varios días. La mitad del tiempo se lo había pasado a veinte pies de la obra, contemplándola con la mayor atención, para luego acercarse a ella y mover la masa en un sentido u otro.

—Es una muchacha en otoño —dijo Blake—. El aire impulsa hacia atrás su cabello.

Susan logró ver a la muchacha, una delgada y temblorosa figura que escondía el rostro entre sus manos. Era cierto que el viento parecía agitar su cabello.

—¿La ve usted? —preguntó el viejo.

—Sí, la veo —repuso la joven lentamente—. Pero la veo como a través de un sueño. No se está seguro de verla, y a veces parece como si se le escapara a una la visión.

—Mire ahora —dijo Blake.

Se acercó a su figura y movió el pedestal. Instantáneamente, la figura se convirtió en una simple masa de planos y ángulos.

—¡Cómo! ¿Ha desaparecido? —exclamó Susan.

—Nunca había estado aquí —repuso cínicamente el viejo.

Blake fue moviendo lentamente la figura hasta colocarla en la misma posición que estaba antes.

—¡La veo de nuevo! —afirmó Susan.

—Sí, se ve un poco —admitió el viejo—. Pero se ha de mirar en seguida a otra parte.

—Mírela reiteradamente, y cada vez la verá más claramente —murmuró Blake Kinnaird.

—¡Es algo maravilloso! —exclamó Susan excitada—. No lo comprendo, pero así es.

—Si lo ve usted, no necesita entenderlo —replicó Blake Kinnaird.

—Ustedes dos... —murmuró entre dientes el viejo, que se marchó balanceándose y medio trastornado.

Alrededor se alzaban las honestas y clásicas estatuas entre las que había transcurrido su vida. Cuerpos con firmes brazos y piernas, rotundos troncos y nobles cabezas.

—Gracias, Susan Gaylord —dijo Blake Kinnaird.

Susan se acercó de nuevo a la muchacha de barro, admirándola entre sorprendida y encantada.

—¡Emplear la luz! —exclamó—. Jamás se me ocurrió pensar en ello, pero, claro que tiene usted razón. La luz es otro material. No puede ser tratada como algo fijo, inmutable. Los planos están inundados por ella.

—¡Lo comprende usted! —exclamó Blake con el mayor entusiasmo.

Se encontraban muy juntos el uno del otro. Susan había olvidado que no quería tenerle cerca. Además, sentía deseos de hablar.

En realidad, no había hablado con nadie desde que se marchó David Barnes.

—Vamos a almorzar —dijo Blake Kinnaird de pronto.

—Sí, vamos a almorzar —contestó impetuosamente Susan—. Deseo hablar sobre el realismo en la obra de arte. Quiero saber lo que usted piensa de esta cuestión. Yo he sido educada en el realismo, pero a veces siento como si fuera éste una prisión en la que me encuentro encerrada y deseo salir de ella.

Salieron del estudio, y Blake la condujo hasta la terraza de un café. Una vez allí, señaló una mesa a la joven y le puso la silla para que se sentara.

—El realismo es el fin que se persigue siempre —dijo Blake—. No, Susan, esta vez no comerá usted pan con manteca. Yo elegiré su almuerzo. ¡Aquí, *garçon!* —Pidió rápidamente y en voz baja lo que deseaba, y se volvió a Susan—. Lo difícil es dar con los medios para conseguir esa realidad. Cuando los medios y los métodos son reales, el resultado no es el realismo, sino el naturalismo, y el naturalismo es siempre falso. La verdad literal es sólo una verdad a medias, aunque tal vez ni siquiera sea eso. Están todos los tonos y los supertonos, pero que no expresan nada, y lo importante no es lo que se dice, sino lo que se expresa.

Susan estaba comiendo algo caliente y de delicioso sabor, aunque no sabía lo que era. La joven hablaba, escuchaba, y a veces veía a Blake como a través de un relámpago. Blake era guapo, alto y anguloso. Tenía el cabello negro, y sus manos eran largas y delicadas, mucho más delicadas que las suyas propias. Al fin, de una

manera repentina, Susan se puso en pie.

—¿Dónde trabaja usted por la tarde? —le preguntó Blake.

—En mi propio estudio —contestó Susan—. Es decir, en el de David Barnes. Me lo ha prestado mientras él esté fuera.

—¿Puedo ir alguna vez a verla? —preguntó Blake, y como le pareciera que Susan titubeaba, añadió rápidamente—. Me gustaría ver las cosas de Barnes. Me dijo que podía ir cuando quisiera.

—Supongo que no tengo derecho a prohibirle que vaya —dijo lentamente Susan, pero concluyó—: No, no, haga usted el favor de no ir.

Susan no podía tener a Blake cerca cuando trabajaba en su bloque de mármol. En cuanto él se aproximaba, la obra que estaba haciendo parecía retroceder y esconderse.

—¡Márchese, márchese, Blake! —Le gritaba con voz de agonía en cuanto notaba que se acercaba él.

Tenía que permanecer completamente sola. Podía soportar los suaves pasos del *maître* cuando éste paseaba alrededor, pues el escultor no despegaba los labios. Pero Blake tenía siempre algo que contarle o decirle, y al sonido de su voz, la imagen de lo que quería hacer se escondía dentro del mármol y desaparecía. Aunque peor que el sonido de su voz era el contacto de sus manos. Si Blake apoyaba su mano en el brazo de la joven —y siempre estaba tocando una cosa u otra—, Susan se encrespaba y decía:

—¡Déjeme sola, Blake!

Una vez que Blake, sin darse cuenta, acariciaba con su mano el bloque de mármol, Susan se apresuró a quitársela.

—¡No me toque! —gritó.

—¡No la tocaba! —murmuró Blake sorprendido.

—¡Lo hacía usted, lo hacía usted! —gritó la joven—. ¡No puedo soportar que me toquen!

—¡Susan, está usted trastornada! —afirmó Blake asombrado de veras—. Puedo jurar que sólo he tocado el mármol.

Susan se secó el rostro con su blusa.

—Blake, haga el favor de no acercarse a mí cuando estoy trabajando.

—¿Me dejará usted ir a su estudio si ahora me aparto?

Sonreía pícaramente, como un niño obstinado. Pero Susan estaba mirando su mano.

—Sí, sí, lo que quiera, con tal que ahora me deje trabajar —murmuró.

Cuando Blake se marchó al fin, surgió de nuevo la bendita y profunda soledad. Susan empezaba a echarle de menos cuando él no estaba en el estudio. Pero al encontrarse sola, la imagen que tenía formada en su cerebro surgía nuevamente de la piedra. La imagen era una mujer, una tímida mujer arrodillada, joven, ávida, expectante e inocente. Mas al acercarse Blake, la joven desaparecía. Sólo cuando él se marchaba volvía a surgir de la piedra. Entonces Susan cortaba, tallaba con mano

rápida y segura, pues veía a la joven con toda nitidez y claridad.

En el estudio de Barnes, Susan no fue interrumpida en absoluto por Blake mientras hacía las pequeñas figuras destinadas a la venta. El joven se mostraba entusiasmado con ellas.

—Susan, estas figuras son un negocio —dijo—. Me parecen encantadoras. Se las compro.

Pero Susan se negó a vendérselas.

—No —repuso—. Debe usted ir a la tienda como los demás compradores.

—Se ahorraría usted la comisión del vendedor —afirmó Blake.

Susan movió la cabeza.

—No estaría segura de que no lo hacía usted por ayudarme —repuso con acento firme—. Necesito saber que lo hago yo sola, sin ayuda de nadie. Naturalmente, no puedo prohibirle a usted que vaya a la tienda.

—Odio a las mujeres independientes —declaró Blake.

Susan levantó la vista de la pequeña figura que en aquel momento tenía entre sus manos e hizo una pausa en su trabajo. Jamás se había imaginado como mujer en sus relaciones con él. Pero aquellas sencillas palabras hicieron de ella una mujer. Reparó en que tenía puesta su vieja y manchada blusa de color castaño y que llevaba cubierta la cabeza con un gorro para que no se le llenara de polvo el cabello. Asimismo descubrió que tenía las manos callosas y desfiguradas y las uñas estropeadas de andar con la tosca piedra. Blake odiaba a las mujeres independientes como ella.

—Ya lo sé —repuso humildemente la joven—. Todos los hombres son así, ¿verdad? Pero yo no puedo remediarlo. Estoy hecha de este modo.

—¡Susan! —exclamó Blake—. No habla usted en serio, ¿verdad? No pensará que lo he dicho de veras.

Blake se había puesto de rodillas, dejándose llevar de un impulsivo y afectuoso temperamento, al que Susan no estaba acostumbrada, y cogió las manos de la joven.

—¡Oh, sí! Lo dijo usted —contestó Susan haciendo vigorosos movimientos de afirmación con la cabeza—. Yo sé lo que siente usted. Creo que todo el mundo siente lo mismo por lo que a mí respecta.

Al fin consiguió libertar sus manos, apresurándose a quitarse el gorro para arreglarse el pelo.

—Yo la admiro a usted con todo mi corazón —dijo Blake con entonación convencida.

—Creo que la gente no quiere a los que admira demasiado —repuso débilmente Susan—. Cuando iba a la escuela no era muy querida que digamos, sobre todo cuando me daban los premios.

—¡Susan, Susan! —dijo Blake riendo. ¿No era verdad que reía?—. Es usted una niña, lo ha sido toda su vida —añadió, cogiéndola de nuevo por las muñecas.

Susan le miró con sus negros ojos llenos de asombro. ¿Qué quería decir? Había estado casada, tenía dos hijos, cuyo pan ganaba ella.

—Escuche, Susan... —Pero... ¿por qué no le dejaba libres las muñecas? Sus manos eran tan fuertes como garras. La joven, sin embargo, luchó por libertarse—. No la soltaré. Siempre está usted yéndose, incluso cuando yo le hablo se desliza usted hacia sí misma con el mayor sigilo. Pero yo voy a devolverla a usted a la vida.

Susan bajó la vista para contemplar el delgado y tenso rostro de Blake. ¡Devolverla a la vida! «¡Yo estoy viva —había dicho Mary— y tú estás muerta!». Su casa había estado una vez llena de aquel extraño y ardiente torbellino amoroso que unía a Michael y Mary. Ella lo sintió en sí misma, fue testigo de aquel desconocido flujo, semejante a un embravecido torrente, en cuya orilla permanecía ella mientras la corriente se deslizaba hacia abajo. Le había parecido odioso, pero al mismo tiempo pudo captarlo en toda su integridad. ¿Qué clase de amor era aquel que hacía que Mary no quisiera casarse con Michael? Blake le estaba hablando con el pecho apoyado en las rodillas de ella y le había cogido las manos para llevarlas a sus propias mejillas.

—Susan, ¿le han dicho a usted alguna vez que es bella, muy bella? ¿Le ha dicho alguien alguna vez que su cabello es el más hermoso del mundo, aunque posee un color que no acierto a descifrar, pues unas veces es oscuro y otras de color de oro? ¿Le han dicho a usted alguna vez que seguramente es una obra de magia tener los ojos oscuros con un cabello así, unos ojos de mirada tímida cuando es usted una mujer y atrevidos cuando es usted una niña? ¿Le ha hablado alguien alguna vez de todo lo que es usted, Susan?

La joven estaba siendo libertada de algo duro y frío que existía en torno suyo, y salía de ello con toda su timidez, temblorosa, viva.

Movió lentamente la cabeza, con los labios entreabiertos y los ojos todavía fijos en los de él. El rostro de Blake se encontraba cerca del suyo, demasiado cerca.

—No —murmuró Susan. Su respiración, anhelante, le impedía casi respirar—. No, no deseo... —E inclinó la cabeza.

—¿Qué es lo que no desea usted?

¿Por qué hablaba con un susurro de voz? No había nadie en el estudio, estaban solos.

—No quiero abandonar el mármol —dijo en voz alta.

Libertó sus manos dando un tirón y de un salto se puso en pie, saliendo del estudio a toda prisa.

En la calle hacía frío. La tarde estaba más avanzada de lo que ella suponía. ¿En qué se les había pasado la tarde? No llevaba ni sombrero ni abrigo, pero no volvería a recogerlos. Se encaminó directamente hacia su casa con la cabeza alta, desafiando al viento. La gente que se cruzaba con ella la miraba con curiosidad, pero Susan no veía a nadie... ¿Había estado Blake haciéndole el amor? Pero ella no deseaba, no quería volverle a ver más. Ella sólo quería llegar a su casa, donde se encontraban John,

Marcia y Jane. Ella tenía un hogar, un hogar adonde ir.

Había sido muy cuerda al reconocer que necesitaba tener un hogar y conservarlo. Ella no necesitaba nada más. Lo tenía todo, todo excepto a Mark, que había muerto.

Corrió escalera arriba y entró en su casa. Jane estaba poniendo la mesa para la cena y los niños la ayudaban a llevar los platos.

—¡Cómo, mamá! —gritó John—. ¡Tu cabello! Lo llevas suelto.

—¿Dónde ha dejado su abrigo y su sombrero, señora? —preguntó Jane.

—Me he venido sin ellos —repuso Susan.

Permaneció unos instantes de espalda a la puerta, mirándolos a todos. Eran los mismos de siempre y, sin embargo, le parecieron diferentes.

Ellos no eran diferentes. Era ella.

—Atrapará usted cualquier cosa —dijo Jane con acento de reproche.

—Tenía que venir a casa —repuso Susan—. No sabía que fuera tan tarde y eché a correr tal como estaba.

Marcia dejó escapar una aguda y tintineante carcajada de plata al mismo tiempo que depositaba su plato sobre la mesa.

—¡Qué divertida eres, mamá!

Su voz rebosaba tolerancia y compasión.

—Ya lo sé —repuso humildemente Susan.

Fue hasta su habitación, donde se cepilló el cabello y se lavó la cara y las manos. Luego tomó asiento a la mesa junto a los niños, y comió la sopa que Jane había hecho, la verdura y el postre. En su casa estaba segura y él no podía encontrarla allí. Ignoraba dónde vivía. Pero durante todo el tiempo que duró la cena, mientras escuchaba la charla de sus hijos, segura bajo el tibio círculo de la luz de la lámpara, su corazón parecía continuar corriendo y corriendo por las calles para huir de él.

A la mañana siguiente se levantó muy temprano, dirigiéndose como siempre al estudio del *maître*, donde pudo trabajar durante varias horas en la mujer arrodillada antes de que Blake apareciera. Debía de haberse ido a acostar tarde, pues era media mañana cuando oyó al *maître* lamentarse una vez más de las cosas que él hacía.

—*Et bien?* Otro acertijo. ¿Qué es ahora, mi sutil escultor? No, no me lo diga; ya lo adivinaré yo. Una muchacha en el baño, ¿no? Entonces una mujer lavando ropa. ¿Tampoco? Bien, me rindo. No veo nada.

—Es un tigre —repuso tranquilamente Blake.

—¡Un tigre!

—No he terminado aún con la cuestión de la luz —continuó Blake—. Pero ya verá usted.

—Gracias, *Monsieur*. Aunque no estoy muy seguro de ello.

Susan oyó un momento más tarde la voz de Blake, que preguntaba con ironía:

—¿No se dan ustedes cuenta de lo finas que se le están quedando las guías del bigote al pobre diablo? Está tan exasperado conmigo, que no hace más que retorcérselas.

Susan oyó los pasos de Blake, que se acercaban a ella. Pero no quería mirarle.

—Blake, usted me prometió...

Blake había prometido que no se acercaría a ella mientras trabajaba si, a cambio de ello, podía ir a verla por la tarde.

—No, seré bueno, ya me voy. Pero, querida Susan, la estatua está progresando. La veo arrodillada, pero no puedo esperar a verle el rostro...

Susan empezó a temblar.

«¡Oh, apártese de mi lado mientras trabajo, Blake! —gritaba la joven en su interior—. Quiero trabajar, ¿entiende? Pero cuando usted está aquí no puedo hacerlo. Me pongo a escucharle y me olvido de mi tarea. ¡Quiero ser libre!».

Pero no despegó los labios, y se hizo el propósito de no volverse ni mirarle. Esperó en silencio hasta que le oyó suspirar.

—¡Tiene usted el corazón de hielo, Susan!

Esperó hasta que él se hubo marchado, y entonces, con un martillo y un cincel de frío y fino acero, tan delgado como un lápiz, empezó a trazar en el mármol el rostro de la mujer arrodillada.

Era muy difícil huir de él en aquella ciudad extranjera. Ella tenía que trabajar por las tardes para poder dar de comer a sus hijos, y en el estudio de Barnes podía encontrarla cuando quisiera. Susan no dejaba de trabajar cuando él aparecía, al contrario, lo hacía con mayor ahínco que nunca, y a veces pensaba que quizá no tuviera necesidad de huir de él. ¡Se mostraba tan agradable e indiferente!

En ocasiones no intentaba cogerle la mano ni tampoco la llamaba «mi encantadora Susan», ni le hablaba «de su grande y bella boca, tan roja como los frutos del abeto en Navidad». Blake se tumbaba en el sofá con indolencia, manteniéndose apartado de Susan.

El joven continuó hablando.

—Este viejo no puede enseñarme nada, Susan —dijo—. Me voy a casa. No comprende la moderna América. Soy demasiado nuevo para él.

Pero cuando vio que Blake no pensaba en ella al decir estas palabras, deseó, con una perversidad que la llenó de asombro y de temor, que también pensara en ella. La joven se odió más tarde a sí misma por haberse precipitado a decir con inusitado calor:

—No deseo que se vaya usted, Blake.

Pero a la mañana siguiente deseó con todo su corazón que se fuera.

—¿Me echará usted de menos, querida?

—Un poco, Blake.

Pero la soledad era algo excelente. Se trabaja mucho mejor cuando se vive solitario.

—Mucho —repuso Blake con arrogancia—. Me echará usted mucho de menos, querida, pues está empezando a amarme.

—¡No, no es verdad! —afirmó Susan vehementemente—. Ya sé lo que es eso.

Pero Blake no hizo nada porque ella hablase de Mark, y se echó a reír cuando le dijo que había estado casada.

—Usted no ha estado enamorada jamás —dijo riendo de nuevo.

—¡Lo he estado, lo he estado! —gritó la joven llamando a Mark con todas las fuerzas de su corazón.

Pero Mark había muerto. Ella no podía verle ya. Sólo podía ver la cabeza que una vez le hizo y que dejó en el granero envuelta en un viejo lienzo. Aquello era lo pasado y en lo presente, Blake se acercaba a ella en el tibio estudio iluminado por el fugaz sol de una tarde de invierno. Susan, inmóvil, le miraba acercarse.

—Usted nunca ha estado enamorada así —murmuró Blake atrayéndola hacia sí y levantando su rostro hacia él con una mano—. Ni siquiera ha sabido usted que era una mujer —continuó entornando los ojos—. Pero usted lo es —añadió con la voz súbitamente estrangulada.

Blake buscó sus labios y la besó, y ella no se movió ni hizo nada para evitarlo. ¡Qué tibio era el sol que los envolvía y qué quieta estaba la habitación! Pero ya no había silencio. Blake acababa de romper el silencio en que ella vivía envuelta y éste se había evaporado. Y Susan se fue abandonando poco a poco. Al principio, los labios de Blake sólo tocaron los suyos, pero instantes después se aplastaron contra ellos. Blake estaba entrando en el silencio de su ser, donde nadie hasta entonces había entrado. Hasta aquel momento había permanecido sola en su vida. Al cabo, Blake se separó de ella.

—Creo que ni siquiera has besado a nadie antes —dijo entre sorprendido y regocijado.

Susan no contestó. Le miraba con los ojos agrandados por la sorpresa y llenos de lágrimas. Todo su cuerpo temblaba.

—No llores —murmuró Blake pasándole un brazo por los hombros—. Seré muy bueno contigo, Susan, Susanne. Pareces una niña. ¿Por qué lloras, querida?

—Tengo miedo —repuso la joven.

Sí, tenía miedo y, por primera vez en su vida, se sintió indefensa. Pero Blake se echó a reír.

—Vas a casarte conmigo —dijo, y atrayéndola de nuevo hacia sí, la besó una y otra vez, hasta que Susan rompió a reír como no había reído durante años, mientras murmuraba a través de la cascada de sus risas:

—¡Oh, Blake, Blake!

—¡Ea! —exclamó Blake soltándola—. Ponte el sombrero. Vamos a celebrarlo.

Como un fuerte viento del Oeste, Blake barría toda su vida anterior y decidía el futuro.

—Nos casaremos —dijo mientras celebraban el acontecimiento.

Blake le estaba mostrando un París, que ella desconocía en absoluto. El París de Susan hasta entonces lo formaban las tranquilas y tortuosas calles que recorría todos

los días, el viejo general de piedra, las pequeñas habitaciones que había encima de la pastelería, la vieja *Madame* Jeure, con su pequeño rostro blanqueado, tan alegre por la mañana. Luego estaban el Louvre, el Sena y los viejos puestos de libros, así como Notre Dame, enorme y silenciosa. Todo esto, y la gente que veía con tanta penetración y exactitud, constituía su París.

Pero Blake siguió celebrando su noviazgo noche tras noche.

—No conocías esto, ¿verdad, Susanne? ¡Pues esto es París!

La joven contempló la multitud de frenéticos bailarines alegremente vestidos y movió la cabeza. Estaba escuchando el divertido diálogo que sostenían en el escenario y reía, aunque en su interior sentíase avergonzada.

—¡Si alguien me hubiera dicho que iba a casarme con una niña no lo hubiese creído! —dijo Blake una vez—. Porque tú eres una niña, Susanne. Tú no tienes nada de intelectual, ¿sabes, querida? Eres una bonita e inteligente niña grande, no del todo articulada. ¿Qué haré yo contigo? Será divertido tener en casa un cachorro de San Bernardo.

Se echó a reír y sus ojos brillaron, mientras Susan se sentía estúpida y humilde.

Era cierto que ella nunca sabía qué decirle a Blake. Pero es que ella nunca había sido muy habladora. Siempre estaba atareada haciendo una cosa u otra. Cuando la gente le dirigía la palabra, ella escuchaba con la mayor atención, pendiente no sólo de lo que decían, sino también de sus gestos y de sus miradas, del sonido de sus voces y del tono de las mismas. Si escuchaba atentamente y se dejaba llevar por su intuición podía captar lo que pensaban y, en este caso, no le era necesario hablar.

—Quizá tengas razón —dijo dócilmente a Blake.

Por entonces gozaron de unos días excelentes para pasear por el Bois, frescas y soleadas tardes que recordaban la primavera. Susan se quitaba su abrigo y remaba en un pequeño bote por el lago. Durante aquellas horas no sentía miedo de Blake, así que una tarde, cuando ya habían ido algunas veces, se atrevió a preguntarle tímidamente:

—¿Te importará que traiga a los niños?

—No, claro que no, si tú lo quieres.

Aunque nada le dijo a Blake, lo cierto era que ella no se divertía del todo sin sus hijos. Ardía en deseos de que él viera lo guapos que eran. Le había hablado a Blake de lo mucho que deseó tenerlos, de su anhelo de tener muchos hijos. Y ruborizándose intensamente, hizo una pausa para pensar con delicada turbación interior, que tal vez le nacieran más hijos. Hasta entonces no cayó en la cuenta de que podría tener hijos con Blake; hasta entonces no había sentido el amor en su cuerpo, sino tan sólo en su alma.

Pero Blake repuso con acento despreocupado:

—No deberías haber tenido hijos, Susanne. —Agitaba con una cucharilla de largo mango el contenido de un alto vaso de color verde, pues, como cada día, habían ido a almorzar juntos—. Es echarte a perder emplear tu cuerpo para eso. Yo no permitiré

que los tengas.

—¡Oh, Blake! No comprendes —exclamó Susan con expresión anhelante—. Las cosas no son así. Yo puedo explicarte lo que se siente cuando se tiene un hijo. No es como si trabajan sólo mi cabeza y mis manos, sino todo mi ser, mi sangre, mi aliento.

—Estás en relaciones conmigo, ¿comprendes, Susanne? —dijo de pronto Blake.

Sobre el verde vaso, los ojos de Blake adquirieron una expresión dura y un tanto fría. Susan sintió un súbito miedo.

—Sí. Pero, Blake, cuando la gente se quiere, desean tener hijos.

—Yo no deseo tener hijos —repuso Blake—, y, sin embargo, estoy terriblemente enamorado de ti, querida anticuada.

Blake levantó su bella, larga y delgada mano y acarició la de ella por debajo de la mesa, y Susan dejó de hablar. El contacto de él le asustaba, pues le producía una sensación muy intensa y dulce a la vez. Pero ella no debía asustarse por ello. Iba a ser su esposa. No obstante, ¿por qué experimentaba aquella especie de terror? Quizá cuando estuviesen casados, él cambiaría de manera de pensar y deseara tener hijos. El que no le gustaran ni los quisiera se debía posiblemente a que no había estado casado, a que jamás tuvo un hogar. Su madre había muerto cuando él era niño y su padre no había vuelto a casarse, y como disponía de mucho dinero, se había dedicado a viajar.

—Me gustaría que quisieras a Johnny y a Marcia —dijo Susan con ansiedad—. Marcia tiene unas pestañas muy largas y John es un niño muy agradable y simpático.

—Me es imposible imaginármelos. ¡Tú con hijos! Los has echado al mundo sólo para que yo me sienta aterrado.

Pero Susan se negaba a bromear sobre esta cuestión.

—No, de veras, Blake. Es muy necesario para mi felicidad que tú los quieras.

—Entonces te prometo quererlos —repuso Blake, alegremente.

Era cierto que Blake se portaba muy bien con los niños. Pero ella no estaba muy segura de que los quisiera.

Se mostraba muy amable con ellos, aunque de una manera distraída.

—¡Aquí! —Les gritaba—. ¡Coged esto! —Y les tiraba unos cuantos francos—. ¡Ahora, id a comprar pelotas! Me gusta que los niños jueguen a la pelota.

—¿Tengo que comprar sólo pelotas, mamá? —preguntaba preocupado John.

—No, jovencito, lo tomas todo en sentido literal. Pelotas significa todo lo que gustéis. Sólo que a mí me gustan las pelotas.

—Entonces compraré una para usted —repuso John, deseoso de mostrarse amable en su nueva situación.

John temía un poco a Blake y su madre sentía en sí aquel delicado y expectante miedo. El niño se mostraba muy cortés siempre, no olvidándose de decir nunca: «Buenos días», y «Gracias» ante los pequeños regalos de Blake. Pero muy a menudo quedaba desconcertado ante los obsequios que recibía.

—¿Qué voy yo a hacer con esto, mamá? —preguntó una vez después que Blake

se hubo separado de ellos, mientras el pequeño contemplaba con ojos de asombro un grotesco tigre de mayólica, cuya cabeza se doblaba hacia atrás para mirar tristemente su propia cola.

—Realmente no lo sé —contestó con sinceridad Susan.

—Pues yo creo que es *jolí* —dijo Marcia con cierta petulancia.

A Marcia, en cambio, Blake no le inspiraba el menor temor. Bien es verdad que ella no era tímida con nadie ni sentía miedo de nada.

—Me gusta usted —le dijo en seguida a Blake—. Me gusta usted mucho.

—Bien —replicó Blake divertido—. A todo el mundo le gusto —añadió alegremente—. Es decir, a casi todo el mundo, pues a veces no le hago ninguna gracia a Susanne.

—Pues a mí, sí —replicó Marcia con la mayor seriedad.

Y la niña apoyó su mano sobre la de él con ademán protector a la vez que dirigía a su madre una mirada de arrogancia. Era absurdo, se trataba de la simple arrogancia de una niña, una ternura de niña, pero Susan tuvo que alzar una mano y tocar a Blake.

—Si no te gusta el tigre, me quedaré yo con él —declaró Marcia—. Dámelo, John.

—Toma —repuso el niño—. No lo quiero.

Marcia cogió el tigre.

—Le llamaré Blake —murmuró, acariciándolo—. ¡Querido Blake, guapo Blake!

—Realmente no es muy bonito —murmuró Susan—, aunque me gustaría que no lo dijerais delante de Blake.

—¡Oh, no lo diré, mamá! Descuida —prometió John con los ojos agrandados por el horror.

—Pues a mí me gusta —insistió Marcia.

Resultaba difícil decirle a Jane que se iba a casar con Blake. Susan esperó una noche a que los niños estuvieran ya acostados. Entonces fue a la cocina, y sin preámbulos, directamente, pues no sabía hacerlo de otra forma, dijo:

—Jane, voy a casarme.

Jane, que en aquel momento tenía los ojos fijos en el escurrerplatos, se volvió y los posó en su ama.

—¡Oh, señora! —exclamó—. Supongo que no será con un francés.

—No —contestó Susan—. Es un norteamericano de Nueva York.

Jane miró a su ama fijamente. No conocía aún a Blake.

—¿Es que hay algún norteamericano en esta ciudad, señora? Yo no he visto aún por aquí un alma cristiana.

Susan sonrió.

—Él también es escultor —dijo.

—Sí, ya me lo figuro —contestó Jane con expresión dubitativa—. Los niños me

han hablado de él. Sólo que no me habían dicho que fuera norteamericano. Espero que sea para bien. Es una cosa que una nunca sabe cómo va a resultar. Por mi parte, yo siempre digo que se deje dormir a los perros que están echados, señora. Es una verdadera suerte cuando el matrimonio va bien. Jamás se encuentra un hombre bueno. Están casados o yacen ya bajo tierra.

—Ya le conocerá usted —añadió Susan—. Va a venir mañana, y quiero que los niños estén bien arreglados.

Se volvió para salir de la cocina, molesta por la expresión de tristeza de Jane. La mujer era realmente ridícula. Ella no podía regular su vida por el parecer de Jane, que deseaba que todo permaneciera exactamente igual, inmutable.

—¿Por qué pone usted ese aspecto tan triste, Jane? —preguntó Susan con repentina irritación—. Debería usted alegrarse de que yo volviera a ser feliz.

Pero Jane se negó a mostrarse alegre.

—¿Viviremos en Nueva York? —preguntó.

—Supongo que sí —repuso Susan.

—¡Y todas aquellas frambuesas que se están desperdiciando año tras año en casa! —murmuró tristemente Jane.

Pero Susan no prestó la menor atención a sus lamentaciones. Puesto que Jane ya lo sabía, debía decírselo a los niños. Se dirigió al dormitorio donde dormían los dos.

—¿No dormís, queridos? —preguntó tomando asiento en la cama de John y buscando la mano de Marcia.

—No —contestó John.

—Yo sí —repuso Marcia.

John se enderezó.

—¡Marcia, tú tampoco estás dormida! —dijo con acento de reproche—. Si lo estuvieses, no sabrías que mamá está aquí, ¿verdad, mamá?

—Tengo los ojos completamente cerrados —insistió Marcia.

—No importa —dijo Susan—. Puedes despertarte, pues voy a casarme con Blake, y todos iremos a vivir a su casa.

Susan sabía que John no tenía la menor idea de lo que significaba el matrimonio. Pero Marcia abrió los ojos y se quedó mirando fijamente a su madre.

—¿Y dónde está su casa? —preguntó John poniéndose en guardia.

—¿Y después, qué? —inquirió Marcia con voz cortante.

—Supongo que eso es todo —repuso Susan sorprendida de que pudiera ser así—. Mañana vendrá a veros y deseo que le produzca buena impresión. Será vuestro padre, ¿sabéis?

—No, no lo es —afirmó John resueltamente.

—Yo ni siquiera recuerdo a mi antiguo padre —murmuró Marcia.

—Yo sí me acuerdo un poco —sostuvo John—. ¿Verdad que era alto, mamá? Y cuando venía a casa jugaba conmigo.

—Sí —contestó Susan con voz segura.

Mark surgió débilmente de las sombras del olvido. Evocado por la voz de John, surgió de las sombras, y Susan le vio como lo había visto durante muchos meses. Pero la evocación le fue insoportable. Marcia, mientras tanto, siguió mirándola fijamente, con brillantes e inquisitivos ojos.

—¿En qué estás pensando, Marcia? —preguntó la madre al observar la mirada de su hija.

—¿Te querrá ahora Blake más que a todos? —preguntó la niña—. ¿Te querrá a ti más que a mí?

Tenía los ojos muy abiertos y los labios apretados con un gesto voluntarioso.

—A mí me quiere de una forma y a ti de otra —contestó Susan. Pero desvió la mirada del frío y perfecto rostro de Marcia—. Duerme, duerme —dijo rápidamente—. Buenas noches.

Susan se sentía muy orgullosa de sus hijos, que se mostraban muy correctos ante Blake. John le hizo una rápida y breve inclinación de cabeza a la francesa, y Marcia una reverencia. En los días corrientes, la niña saltaba hacia Blake en cuanto le veía, agarrándose a su cuello y apretando las rodillas contra su cintura. Pero aquél debía ser tratado como un extraño. Así que Marcia se limitó a hacer una cortesía y no despegó los labios. Los dos hermanos presentaron luego sus manos al visitante, unas manos limpias como nunca.

—¿Cómo está usted? —dijeron ambos a la vez.

—Gracias, muy bien —replicó gravemente Blake—. Te he traído chocolates, *Mademoiselle*. Y a ti, *Monsieur*, una caja de magníficos lápices.

Y presentó ambas cosas dentro de sus correspondientes cajas.

—Gracias, gracias —replicaron los niños mirando a su madre.

—Abridlos, queridos, Blake ha sido muy amable.

Pero John habló en voz baja.

—¿Le has preguntado ya lo que tú sabes, mamá?

Susan no recordaba que tuviera que preguntar a Blake nada y miró a su hijo extrañada.

—Se refiere a lo de llamarle papá —murmuró Marcia.

—¡Ah, sí! —exclamó Susan—. ¿Cómo he podido olvidarlo? Blake, ¿cómo te van a llamar los niños después de que nos hayamos casado?

Susan sonrió a Blake. ¡Se mostraba tan amable al traer regalos a los niños y era tan agradable tener a todos juntos, a todos los seres que amaba! Jane apareció entonces con el té. Era como si estuviese viviendo en los Estados Unidos.

—Ésta es nuestra querida Jane —dijo Susan presentándosela.

Jane se ruborizó.

—¡Hola, Jane! —dijo Blake con indiferencia. Jane hizo una inclinación de cabeza y no tardó en salir—. Bien —continuó Blake—; francamente, no tengo muchas ganas de que dos niños ya crecidos me llamen papá de buenas a primeras. Sentiría algo así

como si mis dientes delanteros se me estuviesen cayendo o me estuviese quedando calvo. Oírles llamarme papá haría que empezara a tambalearme y a sentirme viejo. Mejor será que me llaméis Blake a secas... Bien, tomaré un poco de té, Susan.

—Yo no le hubiera llamado a usted papá —dijo Marcia de pronto con expresión firme.

—¿Por qué? —preguntó Blake—. ¿Qué te ocurre hoy, *Mademoiselle*? Estás tan fría conmigo como un copo de nieve.

—Usted no es mi padre —contestó Marcia.

—Tienes razón —replicó rápidamente Blake.

John se volvió entonces para mirar a su hermana.

—¿Te importará, mamá, que tome el té con Jane? —preguntó luego—. Probablemente estará sola en la cocina.

Los dos niños se marcharon, procurando mantener en equilibrio sus platos al avanzar hacia la puerta. Susan miró a Blake con la sonrisa en los labios, orgullosa de sus hijos.

—¿No te parecen encantadores? —murmuró.

—Son unos niños muy presentables —contestó Blake—. Y ahora, Susan, ¿por qué no nos vamos a ver esa exposición de artistas franceses modernos? —Miró su reloj—. Tenemos el tiempo justo.

Susan se puso en pie y fue a la cocina. Junto a la mesa estaban sentados John, Marcia y Jane, que comían en silencio.

—Voy a salir un rato, Jane —dijo Susan.

—Bien, señora —repuso la interpelada.

La criada miró a Susan con ojos tristes.

—Hasta la vista, queridos —dijo Susan tras un ligero titubeo—. No vendré tarde.

—Buenas noches, mamá —repuso John.

Pero Marcia no contestó. Miró a su madre con expresión pensativa, con sus pequeños y rojos labios muy apretados, y continuó masticando lentamente.

—A Marcia le ocurre algo —dijo Susan a Blake cuando caminaban bajo el frío y cortante viento de la tarde.

—Es una niña rara —exclamó Blake—. En algunos sentidos es más vieja que tú. Ha nacido vieja, como les sucede a algunas mujeres. Nacen sabiendo ya.

—¿Qué es lo que quieres decir? —preguntó Susan.

—¿Quieres olvidarlos de una vez? —exclamó Blake con súbita impaciencia—. ¡Estás conmigo, Susanne!

Ella los quería, los quería con todo su corazón, pero cuando iba por la calle del brazo de Blake, pasaban a ocupar el segundo lugar.

Blake se mostraba siempre muy amable con los niños pero a su manera brusca y divertida. Aunque llegó a convertirse en una costumbre el que Blake y Susan fueran por la tarde a algún lugar de diversión o permanecieran juntos en el estudio, los

domingos llevaban a los niños y a Jane al Bois o a un teatro, e incluso a Fontainebleau cuando llegó la primavera.

Blake nunca disimuló que era mucho más feliz cuando estaba solo con ella.

—Vamos —decía alegremente cuando al fin se cerraba la puerta del cuarto de los niños—. Ya has cumplido con tu deber de madre. Ahora, Susanne, haz el favor de pensar sólo en mí.

—¡Oh! —exclamaba Susan—. ¡Pero si siempre estoy pensando en ti! —Añadía con acento triste—. Cuando estoy con ellos, me muero de impaciencia por estar a tu lado, y cuando trabajo miro constantemente al reloj para ver la hora que es. Jamás hasta ahora había mirado al reloj, y trabajaba hasta que la oscuridad me impedía seguir haciéndolo.

Blake se apoderó de ella y rió con risa triunfante.

—¡Eso quiere decir que estás enamorada de mí! —exclamó Blake.

Pero la seguridad que había en la voz de Blake hizo temblar a Susan.

—¿Qué le ocurre a usted, *Mademoiselle*? —le preguntó el *maître* a la mañana siguiente—. Usted, que era tan rápida en el trabajo, desperdicia ahora el tiempo contemplando lo que ya ha hecho. ¿Cómo va a terminar eso a tiempo de enviarlo al *Salón*? Lo tiene casi terminado, y, sin embargo, no lo termina.

Blake, que lo había oído todo, se acercó a Susan a grandes zancadas tan pronto como el escultor se hubo marchado.

—¡Acáballo! —le ordenó en voz baja—. Vamos a casarnos en seguida y luego nos iremos a nuestro país.

—¿Cuándo? —preguntó la joven con el mayor asombro.

Blake decía todas las noches: «Vamos a casarnos pronto, muy pronto», pero las palabras siguientes quedaban ahogadas por los besos.

—¿Por qué lo has decidido tan de repente? —preguntó Susan.

—Estoy cansado de esto —contestó Blake con impaciencia—. Quiero llevarte a casa cuanto antes.

Susan no contestó. A partir de aquel momento se afanó en terminar la estatua. Por fin pudo disponer de unos instantes de su antigua y provechosa soledad. Se olvidó de Blake durante fragmentos de hora, lo que le permitió terminar los ojos, las manos y la línea del cabello. Luego talló en el pedestal de tosco mármol, con caracteres pequeños y profundos, las palabras: «Mujer arrodillada», y más pequeño todavía, su nombre.

A la mañana siguiente, el día anterior al de su embarque para los Estados Unidos, Susan y Blake se casaron sin ceremonia alguna ante un empleado municipal. Después de la boda, Susan se dirigió a su casa como si se tratase de otro día cualquiera, y dijo a su dos hijos y a Jane:

—Blake y yo nos hemos casado hoy.

Jane se llevó una mano a la boca.

—¡Oh, señora! —exclamó—. No debería haberlo hecho usted así.

—Ambos deseábamos acabar cuanto antes.

—¡Mamá! —gritó John.

En cuanto a Marcia, miró un instante a tu madre y continuó cenando con la mayor tranquilidad.

—No he cambiado por eso —se apresuró a decir Susan.

Se inclinó y besó a los dos. Luego se fue a su dormitorio para quitarse el sombrero y arreglarse el peinado. Era la última noche que pasaba en aquella habitación. Blake le habla dicho:

—Acabemos cuanto antes. Odio las bodas.

Así que la ceremonia no fue propiamente una boda, sino un contrato establecido entre los dos, y luego de casados, Blake le propuso:

—Vamos a mis habitaciones ahora, Susanne. ¿Por qué no?

Pero la joven negó con la cabeza.

—No, Blake, no puedo dejarlos. No han pasado una sola noche solos.

Por lo tanto, Susan se fue a su casa.

Blake no insistió en su propósito, aunque si lo hubiera hecho, acaso le hubiera faltado a Susan el tesón necesario para seguir negándose. La tirantez desapareció del rostro de Blake, que encendió un cigarrillo.

—Perfectamente, Susanne. No importa. Lo mismo da hoy que mañana —dijo sonriendo—. Precisamente he tomado el mejor camarote del barco.

La joven no contestó. Estaba profundamente enamorada de Blake. Sabía que Blake había descubierto en ella una mujer que había permanecido durmiendo hasta que él llegó. Cuando él estaba a su lado, ella era esa mujer, una mujer tímida y temblorosa, anhelante y viva. Blake había ido arrancando capa tras capa hasta llegar al corazón de su naturaleza femenina. A él no le importaba lo más mínimo que existiera o no en ella potencia creadora. Para él no significaba nada que ella fuera una gran escultora. Blake se echaba a reír siempre que Susan decía con voz apagada que necesitaba trabajar.

—¿Por qué necesitas trabajar cuando me tienes a mí para cuidarte? —decía, y antes de que ella pudiera responder, añadía con acento apasionado—: Susanne, ¿no sabes que tienes un delicioso hoyuelo en tu mejilla izquierda? Espera, no te muevas. Voy a besártelo.

Susan deseaba hacer exactamente lo que había hecho. Pero entonces, ¿por qué pensaba de continuo en su *Mujer arrodillada* y en cuál sería su destino, sola y desamparada entre las manos de viejos académicos?

—¡Susanne, Susanne!

El día se iniciaba con la voz de Blake. Susan dormía como no lo había hecho desde niña, pero la voz de su marido la arrancó del profundo sueño en que se hallaba

sumida.

—¡Estás tan bella cuando duermes que necesito despertarte para decírtelo! —dijo Blake. La joven abrió los ojos y el camarote se llenó del fresco aire del mar, de la luz del sol y del sonido de la voz de su marido, sintiéndose una mujer bella bajo la acariciadora mirada de Blake. Sí, ella era una mujer hermosa. Nada más, pero bastaba—. Susan, ¿te acuerdas de anoche? —continuó Blake—. Al despertarte, cada mañana tus ojos miran como si no recordases nada.

Susan hizo tímidos y rápidos gestos de afirmación. Se acordaba de todo. Bajo las completas y profundas caricias que Blake había prodigado a su cuerpo, Susan se sintió a sí misma como si ella fuese mármol y él la estuviera esculpiendo, como si ella fuese barro y él estuviera dándole forma. Las manos de Blake, al tocarla, la definían. Ella no se había sentido a sí misma antes.

—Susanne, déjame acariciar esa línea de tu hombro, y esa otra que hay en tu espalda, y tu bello muslo, tu rodilla, tu tobillo y tu exquisito pie. ¡Tu cuerpo es tan fuerte...! No me gustan las mujeres frágiles.

—Mi trabajo requiere que sea fuerte —había dicho ella una vez.

Pero Blake se apresuró a contestar en aquella ocasión:

—No. Tienes que ser fuerte porque es más bello ser fuerte.

Con su adoración, Blake estaba creando algo que no había sido aún, una mujer con plena conciencia de sí misma. Su unión no se asemejaba a un matrimonio ni tampoco removía viejos recuerdos. Era como si fuese su amante, una amante bella y bien amada. Su amor no iba más allá de ellos dos. No había lugar para nada que oliera a casero ni para una vida ordinaria juntos. Era sólo un intenso deseo de permanecer el uno junto al otro horas y horas... Blake la sacó de la cama y le echó encima un saltó de cama de encaje. Los armarios de la habitación estaban repletos de tales prendas, que él había elegido para ella.

—Ve a lavarte y a cepillarte el cabello —le ordenó Blake.

Y cuando Susan regresó al dormitorio, el desayuno estaba ya preparado en el pequeño salón. Ambos comieron con excelente apetito, entre apasionadas risas y carcajadas. Blake hizo que Susan se olvidara de todo. Una vez se le ocurrió decir a Susan:

—Tendría que ir a ver cómo están los niños.

—No, no debes ir —exclamó Blake—. Tú no tienes que hacer más que amarme. No tienes otro deber... ni otro placer.

Blake la cogió entre sus brazos y ella se entregó al momento. Cada instante era una vida, una nueva y brillante vida. La joven se echó a reír. Siempre se reía. El océano era de un luminoso y espejeante azul. Además, estaba la luna llena. Los niños eran felices y gozaban de excelente salud. Pero apenas si los veía ni pensaba en ellos.

Cada detalle de aquella nueva vida era tan perfecto como si pasase en una obra de teatro bien dirigida. Blake se recreaba en la perfección de todos los detalles. Pero, además, estaban la luna llena, el mar en calma y las puestas de sol, de un

extravagante colorido, en las cuales Blake no tenía arte ni parte.

—Aunque me parece —dijo Susan una vez a medianoche, cuando se encontraban en la proa del barco, apoyando la cabeza en el hombro de su marido— como si todo lo hubieras planeado tú: el sol, la luna, el mar de púrpura.

—Lo planeé yo —contestó Blake gravemente—. Le dije a Dios: «Cuida de tus obras. Susanne va a cruzar tu viejo océano». Y ha sido tan amable como puedes ver.

Ambos se echaron a reír, y Blake se acercó a ella, la abrazó y la besó.

—¡Blake! —murmuró Susan con respiración entrecortada—. ¡Blake, estoy a punto de creer eso que has dicho de Dios!

Susan percibió en toda su intensidad aquel instante que estaba viviendo: ella y Blake enlazados, unidos bajo la luz de la luna y sobre el suave y oscuro mar.

«Es imposible que sea tan feliz en tierra como lo he sido estos días en el mar», pensó Susan observando los rascacielos. Sentía que su corazón se enfriaba dentro de su pecho y que los alegres latidos de su corazón aminoraban el ritmo. Su sangre parecía apaciguarse. No habían estado viviendo en el mundo. Ahora ella debía pensar serenamente en su nueva casa, en los criados, en su vida en una gran ciudad donde nunca hasta entonces había vivido. La vida con Blake iba a ser algo completamente nuevo para ella. Le conocía muy bien, pero sabía muy poco sobre él. Cuando estaba sola le conocía como jamás había soñado conocer a otro ser humano, pero de súbito, al trasponer la puerta del camarote, Blake se transformaba en otro hombre, un hombre elegante, un poco impaciente, rápido y cortante en sus críticas, aun con ella.

—¡Susanne! —le dijo en la puerta del camarote, cuando estaban a punto de salir—. Tu sombrero no armoniza con ese vestido castaño.

—¿De veras, Blake?

Susan se odiaba a sí misma por la humildad que demostraba ante él. Hubiera debido contestar: «No estoy de acuerdo contigo, Blake». Pero le fue imposible hacerlo. Quizá más adelante pudiera.

—Cuando llegemos a casa cómprate otro sombrero —continuó Blake—. Uno de ala más ancha. Deberías dejar de usar sombreros pequeños. —A continuación, con la misteriosa cordialidad que la excitaba tanto, al extremo de que Susan se olvidó de lo que acababa de decirle su marido, Blake añadió—: Eres de veras hermosa, y todo cuanto te pones te sienta maravillosamente bien.

Jamás había pensado Susan en su cuerpo, en sus ojos, en sus manos y en las prendas que debía ponerse para realzar su belleza. Pero Blake la había creado de nuevo, consiguiendo que ella se admirara a sí misma. «¿Me estaré volviendo vanidosa?», se preguntó asombrada. Blake estaba extrayendo de ella la mujer que nunca había sido. ¡Qué extraño era ser vanidosa!

Pero Blake decía algo en aquel momento. El vapor acababa de atracar en el muelle.

—He aquí a mi bella Susanne, papá —murmuraba—. Susanne, mi padre nunca abandona el campo, así que si hoy ha venido ha sido por ti.

Un viejo de elevada estatura y rostro de facciones delicadas, muy delgado y estrecho de hombros, enfundado en un traje gris claro, tomó las manos de la joven entre las suyas. Susan notó la sequedad de las palmas de sus manos y de sus labios cuando éstos la besaron en la mejilla. Los viejos y pálidos ojos del anciano se posaron en Susan con expresión fría y desvaída. Su voz era aguda.

—Hacía mucho tiempo que esperaba que mi hijo se casara. Yo fui muy feliz en mi matrimonio. Ahora me alegro de que esperase.

Susan sonrió, sintiendo una repentina simpatía por aquel viejo alto y ligeramente tembloroso.

—Éstos son mis hijos —dijo con las manos apoyadas en los hombros de John y Marcia.

—Sí, sí —murmuró el viejo mirando a otra parte—. Ya vendrán a Fane Hill para pasar algún día.

Pero no tomó las manos que John y Marcia hicieron ademán de ofrecerle. Detrás de los niños se hallaba Jane, vestida decentemente de negro. Estaba muy pálida, y Susan pensó: «Debería sentirme avergonzada. Ni siquiera me he acordado una sola vez de su mareo».

Pero antes de que pudiera hablar, Blake los había metido a todos en un enorme coche. Atravesaron las calles de la ciudad, que brillaban bajo la luz de la mañana, hasta llegar a una tranquila manzana de casas situadas cerca del río. El coche se detuvo, se abrió la puerta de una de las casas y un hombre vestido de librea apareció en el umbral.

—¿No entras, papá? —preguntó Blake al viejo.

—No —repuso el anciano señor Kinnaird—. No. Yo regresaré a Fane Hill. Vosotros estaréis fatigados del viaje. Además, la ciudad me cansa, y los melocotones están muy hermosos. Linlay os traerá algunos mañana por la mañana. Uno de los perros está enfermo, así que debo regresar en seguida.

Todos salieron del coche menos el anciano, y el vehículo se alejó sin ruido calle adelante. Los niños estaban de veras admirados. Pero Susan se sintió súbitamente extraña en una calle de una ciudad que no conocía. El tiempo pareció detenerse. Susan experimentó una sensación de aturdimiento y turbación al no saber lo que vendría después.

De pronto se sintió elevada en el aire por los brazos de su marido, y de esta forma atravesó el umbral de la puerta.

—¡Ya estás en mi casa, Susan! —exclamó Blake.

La joven vio ante sí un ancho y bello vestíbulo, completamente desnudo. En un extremo del mismo había una pintura de Blake, una mujer india que se erguía sola bajo la cruda y blanca luz del sol en un cuadrado y brillante desierto. La luz del sol parecía despedir rayos. De pronto oyó la tierna voz de Marcia que decía:

—Levántame también en vilo a mí, Blake, y pásame la puerta en tus brazos.

Pero Blake se echó a reír y negó con la cabeza. Había apoyado una mano en el hombro de Susan y la empujaba hacia el interior de la casa. La joven miró hacia atrás y vio que los niños titubeaban en el vestíbulo, sin saber qué hacer.

—Entrad, queridos —dijo.

Pero Blake la empujaba hacia el interior de la casa.

—Susanne, aquí están tus habitaciones.

Subían las escaleras. Tras ellos avanzaban los niños, que subían con mucha circunspección y de puntillas por la escalera de mármol.

Blake se volvió entonces y, dirigiéndose a John, dijo:

—Tú, Marcia y Jane tenéis las habitaciones en el otro piso.

—Venid conmigo entonces —dijo Jane empujándolos delante de ella.

Blake abrió una gran puerta y Susan pudo contemplar las habitaciones que Blake había dispuesto para ella. Eran enormes, de una bella desnudez, estaban casi vacías de muebles, y éstos eran de color pálido y de líneas rectas. En todos los rincones había amplios espejos y la luz se hallaba cuidadosamente tamizada.

—No he querido nada pequeño ni nada que fuera de pacotilla para mi bella Susanne —exclamó Blake—. Yo lo he proyectado todo.

—¿Cuándo? —preguntó Susan sin poder apartar la vista del grandioso cuadro que se ofrecía a su vista.

—¡Oh! A poco de conocerte. Creo que empecé el día siguiente de habernos conocido —repuso Blake sonriendo y observándola atentamente.

A Susan le era imposible pensar ni decir nada. Permanecía muda de asombro, mirando en torno suyo.

—¿Te gusta? —preguntó Blake.

—Sí —murmuró la joven—. Me resulta extraño, pero es bonito. —Hizo una pausa y añadió con acento sincero—: Te doy las gracias por quererme, Blake.

IV

Después de echar un vistazo al largo y estrecho salón, Susan se dijo que todo estaba en orden. Llevaba viviendo las suficientes semanas en casa de Blake para saber cuándo había quedado todo listo para el día. Al final del salón se divisaba un pequeño jardín exterior y más allá del jardín se deslizaba el East River. Linlay, el jardinero escocés, acudía una o dos veces por semana para cuidar de las plantas que crecían en torno del estanque, pero el chófer era el encargado de regar cuando el jardinero no estaba. Susan acababa de escuchar las quejas de Linlay.

—Bantie no riega ni la mitad de lo que tendría que regar, señora. Con su permiso hablaré de ello al señor.

—¡Oh, no, Linlay! Haga el favor de no llenar de preocupaciones a mi marido. Ya hablaré yo a Bantie.

Aquella misma tarde iría al Metropolitan, y se acordaría de hablar al joven Bantie.

Iba diariamente al Metropolitan. El museo estaba siempre desierto y ella podía permanecer sentada todo el tiempo que le parecía bien, reflexionando sobre lo que veían sus ojos.

La casa estaba muy sosegada en el verano, pues los niños se habían ido al campo. Blake, un tanto intranquilo, había dicho durante la primera semana: «¿Por qué no se van los niños al campo este verano?».

Verdaderamente, no debían permanecer en la ciudad. Blake se había mostrado muy generoso reservando el extremo oeste de la casa para ellos solos. Pero hacía calor. Además, una mañana se encontró en el salón a Blake, que se había llevado las manos a la cabeza al ver que John bajaba las escaleras a saltos.

—¡John! —gritó Susan al ver a su hijo.

Corrió hasta el arranque de la escalera, y John voló otro salto hasta el último peldaño. Pero, una vez allí, Susan no se sintió con fuerzas para reprender a su hijo ante la inocente mirada de sus interrogantes ojos.

—¿Te gustaría ir al campo? —le preguntó en lugar de reñirle.

—Jane dice que debería llevamos a Marcia y a mí casa —repuso el niño explorando el terreno.

—Estás en nuestra casa —contestó Susan.

—Sí, ya sé —murmuró amablemente el niño—. Pero yo quiero decir, ¿sabes mamá?, nuestra verdadera casa.

—No —se apresuró a responder Susan—. Es mejor que los dos vayáis al campo y aprendáis a nadar y otras cosas por el estilo.

Discutió con Jane durante una semana, hasta que al fin acabó por convencerla. Blake se mostró de nuevo muy amable. Regaló a John un costoso aparejo de pesca y le dio explicaciones sobre las moscas. Existían muy pocas cosas que Blake no supiera. Sin embargo, hacía una semana que John había escrito a su madre: «¿Quieres hacer el favor de enviarme una caña ordinaria de pescar sin decirle nada a Blake? Los

compañeros aseguran que las cañas ordinarias de pesca, como las que tienen todos, van mucho mejor aquí, y además, empleamos gusanos como cebo en vez de moscas». Sin decírselo a Blake —por nada del mundo se lo hubiera dicho—, se dirigió a una tienda de objetos de deporte y compró a John una caña como la que deseaba. Marcia era demasiado pequeña para escribir por sí misma. De vez en cuando llegaba una rutinaria carta oficial anunciando ciertos hechos relacionados con ella: que estaba muy bien, que iba a ser una excelente nadadora y amazona, pero que su apetito se mostraba, en cambio, muy caprichoso y que era un tanto testaruda. Susan se apresuró a preguntar: «¿Siente Marcia nostalgia algunas veces?». «No —contestó la carta oficial—. Marcia habla en ocasiones de su nuevo padre, pero se diría que actualmente no echa de menos a nadie».

Cuando los niños estuvieron fuera, Jane pudo decir al fin:

—Tiene usted tanta ayuda en esta casa, señora, que no me necesitará hasta que regresen los niños. Iré a nuestra casa para limpiar un poco y poner las frambuesas en conserva.

Por lo tanto, Susan y Blake se quedaron solos en la casa.

—¿No quieres salir de aquí, Susanne? —inquirió Blake.

—¿Y tú? —preguntó a su vez Susan.

—No —replicó Blake—. Me gusta quedarme aquí. Tengo cariño a esta casa, a esta ciudad. Además, bullen en mí algunas ideas a las que quiero dar forma en terracota. Nueva York es en verano un lugar maravilloso. Todo el mundo se ha marchado.

Pero la ciudad estaba llena de gente. Susan la observaba a menudo desde una de las ventanas que daban sobre el río. Ella seguía ociosa. No se dedicaba a otra cosa que a amar a Blake.

Blake, por el contrario, se mostraba incansable en el trabajo. Su estudio estaba en el piso alto de la casa, y el primer día, cuando guiaba a Susan enseñándole toda la casa, dijo:

—Tú también podrás utilizarlo, naturalmente, si es que deseas continuar trabajando.

—Claro que seguiré trabajando —repuso Susan asombrada.

Sin embargo, no había empezado aún.

Pero Blake pareció no oír su respuesta. Le estaba enseñando toda la casa. Se sentía orgulloso de ella, y, en especial, de su estudio, diseñado por él. Tenía grandes ventanales cuyas cortinas eran movidas por cordones de seda y poleas; alrededor de las paredes había interminables armarios donde eran guardados los materiales, las tablas de pintura y las herramientas. Jamás había soñado Susan, tanto en su desnudo granero como en el útil y ocasional estudio del viejo *maître*, con un lujo semejante.

A veces subía la escalera para observar cómo trabajaba su marido. Pero ella no hacía nada por su cuenta. Con todo aquello alrededor, no se le ocurría ningún asunto al que pudiera dar forma.

Pero ¿qué necesidad tenía de apresurarse? Era muy dulce y agradable vivir en la casa de Blake, sentirse la esposa de Blake. Esto casi le bastaba por el momento. Cuando se casó con Mark pensaba de continuo en las cosas que deseaba hacer. Ahora, en cambio, aunque Blake hubiera sido pobre y ella hubiese tenido que fregar y cocinar, no habría deseado ser nada más que lo que era, esto es, la bien amada de Blake. Pero ella no podía imaginar a Blake pobre.

—No acabo de imaginarme convertida en tu esposa —decía una y otra vez.

—El hecho no tiene la menor importancia —respondía Blake con alegre desparpajo—. Se trata de un mero accidente para cubrir las apariencias. La única realidad es que tú eres mi amor.

Blake amontonaba los almohadones que había en el sofá y Susan se reclinaba en éste para ver cómo su marido trabajaba. Blake lo hacía muy de prisa, silbando, sin cesar, fragmentos de canciones. Pero de pronto se interrumpía para preparar una combinación o para lanzarse junto a ella y entregarse a un momento de pasión amorosa, del que se recobraba tan pronto que Susan se quedaba desamparada y aturdida. La pasión de Blake se desarrollaba mucho más rápidamente que la de ella.

Susan se preguntaba a veces a sí misma, mientras le observaba trabajar, si de veras estaba contenta. No parecía sentir más deseos de crear, o si los sentía, quizá los satisficiera Blake con lo que hacía tan rápida y alegremente. Junto al de él, el trabajo de ella hubiera parecido pesado y lento. Blake estaba realizando lo que él llamaba su galería moderna. Una o dos veces a la semana, al abrir la puerta del estudio, se encontraba con que Blake tenía un modelo, un muchacho o una muchacha de cuerpo espectacularmente delgado. Blake los representaba mediante una serie de superficies irregulares y cóncavas, a la vez absurdas y reales.

—No comprendo en absoluto cómo las haces, pero reconozco que son bellas —decía Susan.

—Es el único arte de hoy —respondía Blake con indiferencia.

Susan le miraba entonces. Hubiera debido contradecirle si de veras creía que estaba equivocado. Y lo estaba, no había duda. No existe un arte especial para cada época.

—Éste es el único arte viviente —añadía Blake.

Y silbaba un trozo de melodía que habían bailado la noche anterior en alguna parte. Cada noche la llevaba a un sitio u otro, donde encontraban gente que no conocían, y juntos miraban por entre las estrellas los millares de pequeñas luces que brillaban en la tierra por debajo de ellos.

La joven dijo un día a Blake:

—Debería ir a ver a mis padres. Pero ¿por qué no deseo ir? Creo quererlos. Les quiero de veras.

Blake contestó:

—Estoy haciendo de ti una mujer honesta. Tú, realmente, nunca has querido verlos. Pero pensabas que debías verlos.

—No lo creo yo así —repuso Susan sorprendida.

Pero, intrigada, Susan pensó en lo que había dicho su marido.

A veces Blake decía alguna verdad sin dar la menor importancia a la cosa.

—Entonces, ¿por qué no vas a verlos? —continuó Blake—. ¿Por qué vivo yo perfectamente contento sin mi padre? ¿Por qué mi padre no pasó ni siquiera la primera noche con nosotros? ¿Por qué John y Marcia son perfectamente felices lejos de ti?

Susan no contestó. El rostro de Blake, cuando estaba trabajando, como ocurría en aquel instante, adquiriría una expresión excesivamente dura, tan dura como figuras de agudas líneas que modelaba con sus manos.

—Eres muy duro, Blake. ¿Por qué? —preguntó Susan.

—No se puede llevar nada a cabo a menos que uno sea duro —repuso Blake, dando un paso hacia atrás para contemplar la masa a que estaba dando forma—. Esto es lo mejor que hemos conseguido los modernos: ser duros.

—Pero ¿por qué es necesario serlo? —dijo Susan.

—¡Hay que sentir un despiadado amor a la belleza! —contestó Blake—. La belleza pura es dura.

No, no existía la menor suavidad en él. Incluso sus besos más apasionados eran crueles. Incluso su ternura era cruel... ¿Cómo había sido su vida hasta entonces? Susan no deseaba saberlo. Blake no le hacía nunca preguntas sobre su vida antes que él apareciera, ni ella hablaba tampoco de ello. Vivían como si su vida presente lo fuera todo. Y quizá fuera mejor así.

La joven fue a su habitación, cerró la puerta y escribió una larga carta a sus padres.

«Soy perfectamente feliz, queridos —escribió al final—. Llegaré a vuestra casa para una larga visita uno de estos días». Luego añadió: «Blake, naturalmente, está ansioso por conoceros». Y en una posdata trazó una vieja fórmula infantil: «No olvidéis que os quiero, Sue».

No le hubiera gustado que Blake leyera aquella carta.

Blake sintió simpatía por Mary inmediatamente después de conocerla.

Susan había escrito a Mary tan pronto como puso el pie en Nueva York, pero no obtuvo respuesta. Inesperadamente, un fin de semana, Mary se presentó con toda naturalidad, como un visitante cualquiera. Dio su nombre y tomó asiento en el gran salón. Blake, que entraba en aquel instante, la encontró allí y fue en busca de su mujer, que estaba leyendo en su habitación.

—Abajo hay una muchacha que se llama Mary y que dice que es tu hermana —dijo—. Tiene muy buena presencia y no se te parece en nada.

Susan se apresuró a bajar. Mary, vestida con un conjunto blanco y negro, tenía sus pálidas manos cruzadas sobre el regazo.

—¡Hola, Susan! —exclamó Mary—. ¡Qué extraño me parece que te hayas casado con Blake Kinnaird!

—¿Es que le conoces?

Susan besó la fría, suave y pálida mejilla que Mary le presentó. Mary no besaba nunca a nadie. Se limitaba a poner la mejilla para que la besaran mientras ella miraba a otra parte.

—No. Pero Michael sí le conoce —repuso Mary.

—¿Y dónde está Michael? —inquirió Susan.

—Acabamos de llegar de Noruega —repuso fríamente Mary—. Ha estado pintado rocas, agua y cosas por el estilo. Siente una gran admiración por Blake. Pero se echó a reír cuando supo que se había casado contigo. Ahora todo será diferente para ti, Susan. Michael dijo que no podía imaginarse a Blake casado con alguien. Pero al fin serás independiente. Tu marido no es de los que desean tener hijos ni nada de eso.

Blake entró en aquel instante encendiendo un cigarrillo, miró con el rabillo de sus grandes ojos a Mary y preguntó:

—¿Qué ocurre conmigo?

—Decía que estando Susan casada con usted conservaría toda su independencia —repuso Mary con tanta tranquilidad como si le conociera de siempre.

Mary no denotaba la menor timidez. Quizá se mostraba reservada con las mujeres, pero no con los hombres.

—Ninguno de ustedes conoce a Susanne —repuso Blake—. Ella no es una mujer independiente. ¿Verdad, Susan?

Mary sonrió.

—¿Se han acabado las teorías, Susan?

—Sí —contestó Blake por ella—. Susanne es la más femenina de las mujeres.

—Yo siempre lo sospeché —exclamó Mary torciendo su pequeña boca—. Pero no tenga usted confianza en ella. Apenas se acerque usted a ella, tendrá un hijo. Está siempre deseando tener hijos.

—Pediré el divorcio si los tiene —declaró Blake—. Yo me casé con una mujer llamada Susan Gaylord, no con Susan Gaylord y compañía.

Se paseaban arriba y abajo del salón, riendo, mordaces en sus palabras, absurdos. Mary pertenecía a la clase de mujeres que Blake sabía conocer en seguida, y aunque Mary no le había visto hasta entonces, se mostraba completamente familiar con él. Susan los observaba sonriente, y al mismo tiempo sentía cierto malestar, pues tenía la sensación de que estaban riéndose de ella. A su lado sentíase torpe, lenta y oscurecida. Cuando Mary se marchó, preguntó humildemente a Blake:

—¿Por qué te casaste conmigo, Blake?

—No tengo la menor idea —repuso Blake con ojos sonrientes.

—¿Crees que Mary es bonita? —preguntó.

Las sombras del crepúsculo habían invadido la habitación y Susan no podía ver el rostro de su marido. Pero Blake cogió un cigarrillo y la breve llama de la cerilla iluminó por un momento su delgado y bello rostro, en el que había aparecido una súbita reserva.

—¿Lo es? —murmuró Blake—. No me he fijado. Me sería fácil dibujarla. Tiene líneas. Pero no se te parece en nada.

Susan sintió tentaciones de gritar a su marido: «Era una niña fea, ¿sabes, Blake? Mary era una muchacha verdaderamente horrible de jovencita». Pero el descubrimiento de aquella falta de generosidad en ella la asustó. El amor que sentía por Blake la convertía en un ser distinto de como había sido hasta entonces. Jamás había concebido pensamientos semejantes en relación con su hermana. Se horrorizó al descubrir cómo era realmente. No dijo nada. En lugar de hablar, pensó rápidamente: «Ahora puedo ofrecer a Mary algo bonito de veras. Algo de precio y de gusto. Blake es tan generoso conmigo en lo que toca al dinero...».

—Encendamos las luces —dijo Blake poniéndose en pie de un salto—. No me gustan las habitaciones oscuras.

La estancia se inundó de luz. Blake se inclinó sobre la silla que ocupaba Susan.

—¿En qué estás pensando? —preguntó.

—En que me gustaría hacer un buen regalo a Mary —repuso la joven.

Blake sonrió, pero en sus grises ojos brilló una mirada inquisitiva.

—Has pensado mal de ella —murmuró— y te sientes avergonzada de ti misma.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Susan abriendo mucho los ojos.

—¡Qué simple eres! —exclamó Blake echándose a reír de nuevo.

—¿Que yo soy simple? —preguntó Susan con acento humilde—. ¿Te parezco demasiado simple para ti, Blake?

Susan hubiera querido que su marido dejara de reír. ¿Por qué se reía de ella tan a menudo?

—Las personas buenas son siempre simples —declaró Blake.

Seguía inclinado todavía sobre ella, mirándola a los ojos.

—Mary... —empezó Susan.

—Mary —se apresuró a contestarle Blake— es como cualquiera otra mujer. Tú no lo eres. Eso es todo.

—Los mármoles... —decía el viejo señor Kinnaird.

Susan y Blake se encontraban en Fane Hill pasando una semana de agosto, pues en la ciudad había aumentado el calor repentinamente. Blake se mostró una mañana profundamente disgustado tras de haber estado moldeando en barro.

—Todo se me pega a las manos —exclamó—. Arréglate, Susanne. En Fane Hill se está mejor que aquí. La casa es lo bastante espaciosa para que el viejo no nos

moleste mucho.

—Me gustaría conocerle mejor —afirmó Susan.

Se había puesto en pie de un salto al oír a su marido. Pensar en los árboles le hacía jadear.

—¡Oh! —exclamó Blake—. Tú no puedes conocerle.

Blake se estaba lavando las manos minuciosamente, y cuando terminó se echó un poco de perfume en las palmas, pues el olor del barro le resultaba muy desagradable.

Hacía una hora que habían salido de la casa y Susan estaba sentada bajo un gran olmo, sosteniendo en la mano un gran vaso vacío mientras escuchaba al viejo señor Kinnaird. Blake, tendido en la hierba, permanecía con los ojos cerrados y los brazos y las piernas extendidos como si estuviese rendido de fatiga.

—Los mármoles —dijo el señor Kinnaird agitando con el mayor cuidado el contenido de un alto vaso con una cucharilla de plata de mango muy largo— no pueden ser comprendidos en el tiempo que dura una vida. Creo que yo sé sobre la cuestión de los mármoles más que ningún otro ser viviente. No sólo vendo..., sino que me quedo con los mejores para estudiarlos, para comprenderlos y para ponerlos después en manos de personas que los conocen.

Susan se dijo que el viejo parecía estar hecho de un trozo de aquel mármol de que hablaba con tanto entusiasmo. Se hallaba sentado bajo los árboles, cuyas ramas movía un suave viento, muy delgado y tieso con su traje de hilo de color cremoso. Apoyado sobre uno de los estrechos zapatos blancos del viejo, un pequeño foxterrier de pelo negro y sedoso descabezaba un sueño con el oído atento.

—A propósito, querida —continuó diciendo la seca y cascada voz del anciano—, si tú deseas trabajar en mármol, me gustaría poderte ofrecer uno de los bloques... Poseo algunos de mármol italiano que guardo desde hace años con la esperanza de que Blake se decidiera algún día a esculpir. Pero, por lo que veo, no ha llegado aún ese día.

—Mi estilo no es adecuado para el mármol —repuso Blake sin abrir los ojos.

Susan sintió un débil movimiento de interés en algún impreciso lugar de su ser.

—Me gustaría verlos —dijo, aunque se apresuró a añadir—: Esto es, me gustaría verlos alguna vez.

Blake bostezó sin cumplidos, aunque sin aparecer del todo incorrecto.

—Odio el campo —murmuró—. Me torna perezoso. Voy a echar un sueñecito.

Se cubrió los ojos con los brazos e instantáneamente empezó a dormir.

—¿Y por qué no podemos verlos ahora? —exclamó el señor Kinnaird.

Había en él una viveza de la que antes no había dado muestra, y Susan se apresuró a ponerse en pie. Dejaron a Blake dormido sobre la hierba y caminaron por un sombreado sendero.

—Tengo reunidas aquí todas mis hermosas piezas —dijo el anciano—. Estoy presente siempre que recibo un nuevo envío y elijo las que no quiero vender. Estás piezas mías...

Sacó una llave y abrió la puerta de un gran cobertizo sin pintar que había al final del sendero. Dentro del almacén había bloques de mármol de todos los tamaños.

—¿Te gustaría elegir uno, querida? —preguntó, el anciano—. Traje una vez aquí a David Barnes y eligió tres: uno muy grande para hacer uno de sus titanes y otros más pequeños. Ahora trabaja en uno de mis mármoles para hacer su Edison.

Susan empezó a moverse nerviosamente entre los bloques de mármol. Dentro de ella algo empezaba a agitarse de nuevo.

—No te apresures a elegir —continuó el señor Kinnaird—. Aquí están a tu disposición para que vayas tomándoles el pulso. Los mármoles no pueden elegirse rápidamente.

—Ya lo sé —contestó Susan.

Debería haber dicho algo más, pero le fue imposible. Se sintió apaciguada cuando el anciano cerró la puerta de nuevo, pero todavía notaba la inquietud en su interior, cual anuncio de un dolor futuro.

—Sabes de sobra que Blake está equivocado por completo en lo que se refiere al mármol —dijo de pronto el señor Kinnaird—. El mármol es el único material digno de un verdadero escultor, no el barro. Solamente los grandes maestros han utilizado la piedra. Blake le tiene miedo. —Susan miró a su suegro. El rostro del viejo se mostraba tranquilo y frío al hablar de su hijo—. Las obras de Blake —continuó— no quedarían bien en mármol. No, el mármol es sólo para lo sencillo, esto es, para lo eterno.

Susan escuchaba atentamente a la vez que se preguntaba cómo podía saber el viejo aquello. Pero no hizo la menor pregunta. Dentro de su ser, algo empezaba a agitarse. Era como si estuviese embarazada y el feto se moviera dentro de su vientre.

El primer día fresco del otoño, Susan se encaminó al Halfred Memorial Hospital para ver su obra. Una o dos veces había sentido tentaciones de hablar a Blake de ella, pero al fin no lo hizo. Temía que Blake viera el grupo. Hacía tanto tiempo que lo había hecho que no confiaba en su memoria y, por lo tanto, ignoraba si era bueno o malo. Deseaba contemplarlo sola.

Así que una tarde de finales de setiembre se dirigió al Halfred Hospital. Vio que la gente entraba y salía por las grandes puertas del edificio, y ella entró por una de ellas, deteniéndose en el amplio vestíbulo, donde permaneció inmóvil mirando... Sí, allí estaban, allí estaban sus figuras que ella había hecho, allí permanecían para siempre, fundidas en inmutable bronce. Las pinturas son destruidas por el tiempo, los libros se destruyen con el tiempo y pasan, la música deja de ejecutarse, pero lo que ella hacía, bueno o malo, quedaría para siempre. Contempló el grupo de figuras con ojos solemnes, pues éstas serían más duraderas que ella misma.

Pero, al mirarlas, le parecieron toscas y demasiado anchas. ¿Eran de veras así, o es que ella había acostumbrado su mirada a las figuras de Blake, atenuadas, torcidas, oblicuas? Había modelado el grupo antes de conocerle a él. Ahora le parecieron enormes, los hombros del hombre eran demasiado anchos mientras que los senos de

la mujer estaban demasiado llenos. Se imaginó la sonrisa de Blake, que seguramente diría en tono de burla al verlas: «¡Son de un realismo descorazonador, mi Susanne!». Pero entonces, ¿por qué parecían tan vivas? El oscuro bronce brillaba lleno de vida, y la luz daba de lleno en el grupo de figuras, que parecían a punto de moverse, vibrantes y llenas de vida. Dos muchachas, mascando goma, entraron en el hospital y se detuvieron ante el grupo para contemplarlo.

—La mujer parece profundamente triste, ¿no es verdad? —Oyó Susan que decía una muchacha a la otra.

—Sí —contestó su compañera—. Casi siente uno deseos de echarse a llorar.

Si Blake hubiese estado allí en aquel momento probablemente se hubiera echado a reír al oír a las dos muchachas.

Susan dio media vuelta y regresó a su casa. Ni siquiera preguntó al entrar si estaba Blake. Fue a su habitación y cerró la puerta. Después de desnudarse, se bañó y se envolvió en una bata de raso, tumbándose en el sofá. Blake había hecho colocar espejos en los ángulos de la habitación opuestos al lugar donde estaba el sofá, y Susan se veía reflejada en ellos una y otra vez, cada vez más pequeña. La estancia parecía llena de minúsculas y ociosas mujeres envueltas en batas de raso marfileño y recostadas en sofás tapizados con raso cremoso. La joven levantó lánguidamente una mano. Sus manos se habían tomado suaves y blancas, dos cualidades que no había poseído jamás. Sus manos... ¡Sus manos! Y al contemplarse de nuevo en los espejos vio innumerables y bellas manos de piel suave y blanca. Pero de repente volvió la espalda a la imagen reflejada en los espejos y escondió el rostro entre las manos.

Continuaba sin moverse cuando Blake entró. Le oyó entrar y acercarse a ella, pero continuó sin moverse. La joven sintió de pronto que la mano de su marido se apoyaba en su hombro como una garra y que le volvía la cabeza hacia él. Las manos de Blake eran nerviosas y fuertes, y siempre le hacían un poco de daño cuando la tocaban, como si sus dedos fueran puntiagudos.

—¡Cómo! ¿No estás dormida? —exclamó Blake—. Creí que lo estabas.

La joven movió la cabeza y Blake tomó asiento. En los espejos, altos, esbeltos y apuestos hombres tomaron asiento también y se inclinaron sobre bellas mujeres.

—¿Qué te pasa? —preguntó Blake.

Pero no esperó la respuesta de Susan. Sus ojos despidieron chispas al posarlos en su mujer.

—¡Qué bella eres! —murmuró.

En los espejos, los hombres se inclinaron y cogieron a las mujeres, entre sus brazos. Susan los miró por encima de la cabeza de Blake. Todos los hombres eran Blake, pero ninguna de las mujeres era ella... No, ella no conocía a ninguna de aquellas mujeres.

Su vida, que siempre le había parecido sencilla y entera, era en la actualidad un conglomerado de fragmentos, todos brillantes, todos momentáneos. Pero no había nada que uniera todas aquellas partes. No estaban unidas en la vida. Susan anduvo de

una habitación a otra, pero todas las habitaciones juntas no formaban una casa en la que su alma pudiera vivir. Tenía todo cuanto podía desear. No imaginaba nada que no lo tuviese al alcance de su mano. Blake la amaba con pasión. Ella era su bien amada. John y Marcia hablan regresado del veraneo, y ella era su madre y los escuchaba mientras hablaban.

—Yo pesqué cincuenta y seis peces, que nos comimos entre todos —dijo John—. Me hubiera gustado que hubieses estado allí, mamá.

Y Marcia, tan tostada como el bronce, fingía nadar alrededor de la habitación.

En cuanto a Jane, había traído varios botes de mermelada y fruta.

—He dejado todos los demás en la despensa de casa —dijo.

—Pero ¿por qué, Jane? —preguntó Susan—. Nadie va a ir por allí.

—Ya lo sé —contestó Jane—. Pero creí que tenía que hacerlo así. Limpié toda la casa. Allí se vive como en el cielo, señora. Es todo tan tranquilo...

Las paredes de la casa de Blake se le hicieron súbitamente extrañas a Susan.

—¿Cómo va el nuevo pozo? —preguntó a Jane.

—¡Magníficamente, señora! —respondió Jane—. El agua que ahora brota de él es dulce y fresca.

Susan no dijo nada. Si Mark hubiese bebido de aquella fresca y dulce agua no hubiera muerto, pero entonces ella no habría vivido su nueva vida al lado de Blake. Ya no podía pensar en sí misma sin incluir en sus pensamientos a Blake. Ella era la bien amada de Blake, y él era el bien amado de ella.

—Ponte tu traje dorado oscuro esta noche, Susanne —dijo Blake. Aquella noche iban a ir a bailar—. Deberías llevar siempre trajes dorado oscuro, encanto. Déjame que te arregle el cabello. Todo el mundo está regresando a la ciudad, y todo el mundo desea conocer a la mujer con quien se ha casado Blake Kinnaird. Ya sabes que siempre dije que no me casaría. ¡Malditos sean tus ojos!

Y Susan fue al baile como la bien amada de Blake, orgullosa de sí misma y orgullosa por todas aquellas alegres y bellas personas que rodeaban a Blake. El brazo de Blake rodeaba su cintura suavemente.

—¡He aquí a Susanne! ¡Susanne! —decía Blake a todos al presentarla.

Los ojos de las mujeres la miraban con curiosidad, de un modo frío, escrutador. Pero las miradas de los hombres brillaban con repentino ardor. Susan miraba a todos de la misma forma y apenas hablaba.

Jamás podría hablar con toda aquella gente, se dijo mientras observaba y escuchaba. En primer lugar, le era imposible comprender lo que decían. Blake, en cambio, lo comprendía perfectamente, y respondía a su alegre y cortante charla del mismo modo. Las mujeres le interpelaban de pronto, acompañando sus brillantes palabras con ardientes e incitantes miradas. Los ojos de todas las mujeres se tornaban ardientes al posarse en Blake, formando como un estanque de cordialidad en torno al joven, que era como un brillante objeto de plata que se acercaba a ellas, más tarde se retiraba, evadiéndose en el momento oportuno, eludiendo todo compromiso, siempre

sonriente.

Nadie podía tocarle. Ellas avanzaban una mano mientras él hablaba, pero Blake se apartaba, fingiendo ignorar que una mano estaba a punto de tocar su brazo o una de sus manos.

«Blake sabe tener cuidado de sí mismo», pensó Susan, y a continuación, admirada, siguió diciéndose: «Pero a él le gusta esto... Ama un poco a cada una de estas mujeres».

Sentada allí, en medio del incesante ir y venir de la gente, oyendo sus preguntas y contestaciones, Susan se preguntó de nuevo, sin el menor asomo de humildad, por simple curiosidad, por qué se habría casado Blake con ella.

—¿Te has divertido esta noche? —le preguntó Blake a las cuatro de la mañana, cuando se disponía a acostarse.

Estaba un poco bebido, y volviéndole la cabeza, besó a Susan una y otra vez en el cuello, apasionadamente. La joven yacía entre sus brazos pasiva y seria.

—Creo que sí —contestó Susan muy seria—. Pero lo raro es que no recuerdo ninguno de los rostros.

—Estás un poco bebida —afirmó Blake echándose a reír.

Pero Susan no había probado la bebida en toda la noche. Se había limitado a observar y a escuchar a la gente, admirando el bello espectáculo que ofrecían.

—Susan, ven aquí —le pidió Blake.

Susan se acercó dócilmente a él. Ella era la amada de Blake, y Blake el amado de ella, aunque la joven no sabía a ciencia cierta por qué. Pero esto era también sólo un fragmento...

Michael fue a verla una vez. Llegó solo. Susan también estaba sola en casa. El joven de otro tiempo se había convertido en un hombre hecho y derecho. Toda la belleza del muchacho había desaparecido. Aquella mirada de Cristo se había esfumado de sus ojos como si jamás hubiese brillado en ellos. El rubio cabello de antaño era ahora más oscuro y suave. Lucía un pequeño bigote y su cuerpo se había redondeado. El joven no mencionó para nada a Mary ni habló de su estancia en Noruega.

—Voy a hacer una exposición —dijo—. Mis fiordos. No he pintado nada en todo el verano más que rocas, agua y desnudos. Aunque en realidad he pintado más rocas que agua. Hay algo que me atrae en el suave cuerpo de una mujer apoyada en una húmeda y negra roca mientras las olas chocan contra ella. Se diría que está a punto de ser aplastada, y uno desea que sea tragada por las olas y aplastada. —Hizo una pausa—. Sigo pintando esa clase de temas —continuó hablando de una manera negligente—. Uno hace siempre lo que debe hacer.

Se puso en pie y fue hasta la ventana del largo salón, contemplando el río desde ella.

—¿Ya no pinta usted caballos? —le preguntó Susan—. Pintaba usted muy bien los caballos corriendo al galope. Yo sentía el aire que hacían al correr.

—Pinté un grupo de caballos salvajes bebiendo en una laguna en pleno desierto —respondió—. El viejo Joseph Hart se quedó con el cuadro.

—Cuénteme cómo fue —le rogó Susan.

—¿Quiere saberlo? Bien —exclamó con súbita impaciencia—. Me fui al desierto, pero no encontré caballo salvaje. Entonces, una noche en que no podía conciliar el sueño, subí a una pequeña colina arenosa de los alrededores. Allí estaban los caballos. Eran nueve, y estaban bebiendo en la laguna que había al final de la colina. Uno de ellos era negro y los demás blancos. Me produjeron un gran efecto. El negro en especial. Era el guía de la manada. De pronto levantó la cabeza y relinchó, y todos huyeron al galope, bajo la luz de la luna.

—Parece como si los estuviese viendo —exclamó Susan—. ¡Oh, Michael!

Pero Michael encendió un cigarrillo.

—Será interesante ver lo que Kinnaird y usted hacen el uno del otro —dijo—. Uno de ustedes cambiará. Sin embargo, no puedo imaginarme a Blake dejando de ser lo que en realidad es.

—¿No está usted casado? —le preguntó Susan.

—¡Por Dios, Susan! —exclamó—. Sería ruinoso para mí.

—¿Por qué? —inquirió la joven recordando los muchos deseos que Michael había sentido de casarse con Mary en otro tiempo.

—No deseo que nadie se introduzca en mi vida hasta ese extremo —contestó—. Carezco de la fuerza necesaria para soportarlo. Ahora me doy cuenta de ello. Mi entidad espiritual se vería perturbada al extremo. No encontraría temas que pintar. —Hizo una breve pausa y añadió—: El caso de usted es distinto.

—¿Por qué? —preguntó Susan.

—¡Oh! Usted es mujer —contestó Michael encogiéndose de hombros.

—¿Y qué? —dijo Susan.

—Una mujer es diferente —insistió Michael—. En las mujeres, lo más importante es su fisiología.

Susan estuvo a punto de protestar, pero no lo hizo. La noche anterior, en la oscuridad, ella se había sentido tranquila, cansada y satisfecha cuando Blake se fue a su habitación. Sí, todavía se sentía satisfecha. Miró a Michael fijamente, demasiado honesta para negar la realidad.

Ella era la bien amada de Blake.

Cierto día, David Barnes apareció por la casa. Blake y ella estaban almorzando solos y Barnes se agregó.

—¡Ustedes dos! —exclamó el recién llegado paseando su mirada por el comedor lleno de espejos. Blake había colocado los espejos, que tanto le gustaban, en sentido diagonal, así que la estancia parecía rebosar con las tres personas que se encontraban en ella infinitamente repetidas—. Blake —continuó el escultor—, creí que iba usted a París a otra cosa que casarse.

—¡Oh! Pero Susanne... —repuso en tono ligero Blake—. Pertenece a esa maldita

clase de mujeres a quienes no se les puede proponer nada más que el matrimonio. Ninguna otra cosa está de acuerdo con su manera de ser —contestó mientras apuraba rápida y limpiamente los huesos de un ave. Sus delgadas y dúctiles manos se mostraban siempre muy hábiles en todo—. Bien sabe Dios que no quería casarme —prosiguió—. Lo intenté todo para librarme de ese yugo. ¿No es verdad, Susanne? Pero no quedaba otro camino que el casamiento o la renunciación.

—¡Blake! —exclamó Susan—. Me pediste que me casara contigo desde el primer momento.

—¡Oh! —murmuró Blake mirando a Barnes—. Susanne no había comprendido nada hasta entonces. Ya sabe usted lo estúpida que ha sido siempre.

Los dos se echaron a reír, y al ver que ella se ruborizaba, rieron con más fuerza, pues la habían hecho dudar de sí misma. ¿Es que ella no había comprendido a Blake?

—Ya sé que siempre me estás tomando el pelo —susurró.

Pero ella no acababa de estar segura de ello, y siguió sin estarlo cuando después del almuerzo ella y David Barnes se quedaron solos.

—Así que ha vuelto usted a casarse, ¿eh, Susan? —exclamó de pronto Barnes. Encendió su pipa, estiró las piernas e hizo crujir los huesos de sus grandes y sucias manos—. Creí que había tenido usted bastante con una vez y que ya no deseaba otra cosa que trabajar. ¿Es que no va usted a decidirse a hacer algo por fin? Eso le sucede a usted porque es mujer. Las mujeres no desean crear de veras.

—Algo de mi ser deseaba a Blake —repuso Susan honestamente.

—Blake no será como su primer marido, cuyo apellido, por cierto, no recuerdo. Él no será amable con usted ni se morirá pronto —afirmó David Barnes con expresión adusta—. Blake vivirá eternamente. Dejará morirse a todos antes de morirse él.

—Si Blake muriera, yo también moriría —repuso Susan.

—¡Ah, caramba! —exclamó Barnes—. ¡Ésas tenemos!

Susan no contestó. Un instante después alzó la vista, observando que David Barnes la miraba como si no la conociese.

—¿Qué pasa? —preguntó Susan—. ¿Qué es lo que está mal?

—Experimenta usted una sensación de culpabilidad, ¿no? —preguntó el escultor a su vez.

—¿Culpabilidad? —repitió Susan.

—Sí, culpabilidad. ¡Culpabilidad! Su vida está pasando y no hace usted nada.

Susan movió la cabeza.

—Me siento contenta de vivir —repuso.

—¡Vivir! —murmuró David Barnes—. ¡Llama usted vivir a esto! Entonces no será de ningún provecho hablarle ahora.

No tardó en marcharse, y Susan, por el momento, no prestó la menor atención a nada de lo que Barnes le había dicho, e incluso sintió por él cierta lástima.

—David Barnes vive en una torre de marfil —dijo a Blake aquella noche—. Ha

permitido que su arte mate a su vida. La vida debe ser antes que todo, ¿no te parece, Blake? De todo lo vivido brota al cabo una flor y una semilla.

—¿Todavía piensas en el arte, Susanne? —preguntó Blake mientras sus grises ojos sonreían al mirarla—. Creí que todo eso ya había pasado para ti —y antes de que ella pudiera hacer otra cosa que mirarle con sus ojos, muy abiertos, él añadió rápidamente, con los suyos brillantes de placer—: Hoy he estado pensando en un vestido que quiero hacerte... Un vestido de fino tisú de oro sobre fondo rojo. El oro quedará tieso de esta forma y debajo, el ceñido traje rojo.

Empezó a trazar líneas en uno de los bloques de papel que había siempre en todos los lugares de la casa. Susan se inclinó sobre su marido para contemplar lo que estaba haciendo. Empezaba a amar los vestidos que Blake dibujaba para ella. Al principio se había mostrado tímida y turbada cuando él la vestía. Pero después su cuerpo era como barro que modelase su marido. Susan se prestaba contenta a aquel capricho, pues ella era la bien amada de Blake y Blake el bien amado de ella.

Susan continuó viviendo su vida, un brillante fragmento detrás de otro. Hasta mucho después no recordó que David Barnes no le había dicho ni una palabra de sus titanes ni de nada de lo que estaba haciendo en aquel momento.

Blake dijo un día:

—La Navidad no significa nada para mí, querida. Por lo tanto, coge a tus hijos y vete a visitar a tus padres. Te sentirás triste si no cumples con tu deber, de la misma manera que yo me siento triste cuando lo hago. Yo no iré a comer con mi padre. Le dejaré que coma solo en Fane Hill, como siempre hace.

—¿Y qué harás entonces tú el día de Navidad? —preguntó turbada Susan.

Le parecía raro dejar a Blake solo en su primera Navidad de vida común. Pero a su marido le disgustaban los aniversarios. «¿Cómo va a gustarme que me hablen de la marcha del tiempo?», solía decir.

—Existen centenares de cosas que puedo hacer —contestó Blake—, aunque no te diré cuáles son. Todo lo que te diré es que, si te quedas aquí, te rogaré que no llenes la casa de árboles y de escarcha plateada, ni permitas que tus hijos me abrumen con regalos que no deseo.

—De acuerdo —repuso Susan con acento tranquilo.

Jamás le era posible saber si Blake hablaba en serio o en broma. Siempre le miraba atentamente intentando descubrir en sus ojos lo que quería decir, pues no podía descifrar su pensamiento sólo con oírle.

Por primera vez sentía la necesidad de apartarse del él por algún tiempo. Hasta entonces le había parecido insoportable separarse de su marido una sola noche. Pero empezaba a sentirse exhausta. Blake la sometía a una tensión que no era la suya propia. La joven, aunque vivía en perpetuo ocio, había acabado por adelgazar. Y deseaba vivir apartada de él durante una temporada, sentarse cerca del fuego en una

tranquila casa pasada de moda sin oír más que los ruidos caseros. En casa de Blake todo se hacía de una manera rápida y de acuerdo con las necesidades de él. Los criados eran nerviosos y se mostraban demasiado atentos y deferentes. Susan no conocía a fondo a ninguno de ellos. Ni siquiera podía considerar a Jane como criada suya. Ésta disponía de una pequeña habitación para ella sola cerca de la de los niños y no se mezclaba para nada con los demás criados de la casa.

—Jane, vamos a pasar las Navidades con mis padres —dijo Susan.

—John ha estado rezando estos días para que así fuera, señora —repuso Jane.

—Deseo descansar —añadió lentamente Susan—, aunque no sé todavía de qué.

Jane abrió la boca como para decir algo, pero la cerró de nuevo y corrió a hacer las maletas.

Una vez decidido cómo habían de pasar las Navidades, las vacaciones se presentaron casi inmediatamente, y entonces Susan se pegó de nuevo a Blake.

—No quiero separarme de ti —dijo.

Pero John recorría el vestíbulo alegremente a la pata coja y Marcia tenía puestos el abrigo y el sombrero nuevos. No le quedaba más remedio que ir a casa de sus padres. Los niños no merecían el disgusto que sin duda se llevarían si ella se volvía atrás de su promesa. Pero no hubiera ido de haber estado sola. Blake se había introducido en su sangre como los efectos de una borrachera, como un agradable veneno, y ella había cerrado su vida a todo lo que no fuera él.

—Sí, deseas dejarme —dijo Blake con los ojos brillantes—. Quieres separarte de mí.

—¿Lo quiero? —preguntó la joven—. ¿Cómo lo sabes, Blake?

—Eres un poco distinta de como eras antes —afirmó Blake—. Sólo un poquito. Lo siento cuando te abrazo. Vete, y entonces verás si me echas o no de menos.

—Y tú, ¿lo notarás, Blake?

—Sí, desde luego —contestó Blake—. Pero no me volveré tonto, ni por ti ni por nadie. Tengo un centenar de cosas que hacer —concluyó besándola de la manera rápida, dura y fiera en él habitual—. Ahora vete —terminó, clavando sus ojos en Susan, completamente seguro de su posesión.

La amaba, pero no sentía la menor ternura hacia ella.

Había estado tanto tiempo privada de ternura, había vivido tanto tiempo sometida al duro yugo de la pasión, que la casa donde transcurrió su infancia se le antojó un mundo de placidez. Se hundía en sus viejas y cómodas sillas, en los sofás, en las antiguas y anchas camas, y se sentía perfectamente cobijada por las marchitas cortinas. Al ver a su padre, sintió un súbito deseo de echarse a llorar. En cuanto traspusieron el umbral de la puerta, John corrió derecho a la cocina.

—¡Hace mucho tiempo que no he estado en una cocina! —había dicho en el coche.

—¡Pues yo nunca he estado en una cocina! —gritó Marcia.

—Sí has estado —repuso gravemente John—. Sólo que no te acuerdas. ¡Apenas si me acuerdo yo!

Y cuando entraron en la casa, Marcia corrió tras su hermano.

Susan oyó la excitada risa de su madre:

—¡Nunca hubiera imaginado...! —decía la anciana.

—¡El abrigo y el sombrero son nuevos! —gritaba Marcia, dando grandes voces.

Susan, cuyos labios temblaban, permanecía mientras tanto, abrazada a su padre.

—¡Susan, mi niña! —murmuró el señor Gaylord dándole golpecitos en la espalda.

«Papá, he pasado una mala temporada», sintió tentaciones de decir Susan. Pero pensó que en realidad no había sido así, y se turbó ante su falta de sinceridad. No era cierto que hubiera pasado una mala temporada. Era simplemente que necesitaba un poco de ternura, que buscaba de una manera vaga un poco de simpatía entre los que la rodeaban, aunque en el fondo ignorase por qué lo hacía.

—No sé por qué lloro —dijo al fin medio riendo, buscando su pañuelo—. ¡Es tan agradable verte de nuevo, papá! Pero estás más delgado.

Era cierto que su padre ofrecía síntomas de vejez y fragilidad.

—Sí, sí —contestó el señor Gaylord—. Bien, tu madre te está esperando. Tienes ya arreglada tu habitación. Marcia se acomodará en la de Mary. Mary no vendrá a pasar las Navidades con nosotros. Tiene otros planes. No comprendo a tu hermana, Susan. Quizá tú la entiendas. No nos pertenece, no es como nosotros.

—Hay mucha gente como ella —respondió Susan.

No habló más de Mary. Susan besó la morena mejilla de su padre y se dirigió a la cocina en busca de su madre, que se encontraba junto a la mesa colocada ante la ventana y que cortaba rebanadas de pan para los niños. La señora Gaylord volvió una mejilla, ligeramente marchita, para recibir los besos de su hija. Jane había empezado ya a pelar patatas.

—No has cambiado nada, mamá —dijo Susan.

Por el grueso y compacto cuerpo de su madre no parecían haber pasado los años. Tampoco se notaban canas entre su lacio cabello rubio. Sólo habían aumentado las arrugas de su rostro, que le daban ahora un aspecto infantil, macilento, poco maduro y sin desarrollar.

—Sigo conservando mi salud —repuso la madre, que miró atentamente a su hija—. Estás más delgada, Sue...

Creo que nunca has estado tan delgada como ahora. Bien, ya te repondrás... ¡Cómo se parece John a Mark!, ¿verdad? Se parece más en el talante que en el rostro.

—No lo he notado —contestó Susan.

Miró a John. Hacía mucho tiempo que Mark había muerto y ahora sólo veía a John.

—Creo que ni siquiera le recuerdan ya —dijo tristemente la señora Gaylord a su hija—. Sus padres nunca van a visitar su tumba. Se han encerrado en sí mismos y no

van a ninguna parte. Paso años sin verlos, pues ahora ni siquiera frecuentan la iglesia. Dejaron de asistir desde que Mark murió. ¿Recuerdas que murió en domingo? La gente dice que perdieron la fe al ver que Mark moría.

—No recuerdo qué día de la semana era —contestó Susan.

Suponía que debía visitar a los padres de Mark. Pero..., ¿por qué? Cuando Mark murió, ellos dejaron de pertenecer a su vida. ¿Qué podía ella devolverles? Ella vivía, un minuto tras otro, solamente momentos de su propia vida.

La cocina estaba muy caliente y olía a especias. En la ventana había geranios rojos y el sol brillaba escandalosamente sobre ellos. Susan observó que su madre esparcía un poco de azúcar moreno sobre las rebanadas de pan untadas de manteca.

—Creo que me apetece una de esas rebanadas —dijo.

Cuando era niña, volvía siempre corriendo a su casa al salir del colegio, pensando en las rebanadas de pan de manteca y azúcar moreno. Cogió una de las rebanadas y empezó a morderla.

—¡No sabía que te gustara el pan con azúcar! —exclamó Marcia.

—Claro que me gusta —repuso Susan.

Estaba muy sabroso y Susan se comió el pan lentamente hasta el último bocado. Luego subió a su antigua habitación. Seguía igual que cuando ella la dejó para casarse con Mark, con las cortinas recogidas, con su colcha azul y la deshinchada alfombra. Susan tomó asiento en el sillón de mimbre. Dentro de su cuerpo sentía distenderse todos sus nervios y músculos, cual las cuerdas de un violín que se hubieran roto por haberlas estirado en exceso. Iba volviendo poco a poco a su estado habitual. Deseaba dormir y dormir horas y horas sin verse obligada a hablar y escuchar a los demás. Los niños estaban bien atendidos y no tenía necesidad de pensar en ello. Todo estaba bien cuidado en aquella casa. Se puso en pie y procedió a quitarse la capa que Blake le había regalado, colgándola en el armario, donde encontró su vieja bata azul, lavada y planchada. Se quitó el vestido, se envolvió en la bata y se echó en la cama. Era profunda y suave y a Susan le asaltaron los recuerdos. Pero se quedó dormida casi al instante, con un sueño sin pesadillas.

Cuando despertó, su madre se encontraba ante ella. La luz de la habitación estaba encendida y en el exterior reinaba la más densa oscuridad.

—Estábamos preocupados por ti —exclamó la señora Gaylord—. ¿Estás enferma, Sue?

Susan hizo un esfuerzo para incorporarse. La quietud de aquella casa la extrañaba sobremanera. Se había habituado a los ruidos.

—No —contestó—. Sólo un poco cansada. ¡Es tan bueno encontrarse en casa!

—Entonces, la comida está a punto —dijo la señora Gaylord—. Hemos preparado un excelente guiso de oca. Permití que los niños empezaran a comer... Parecían hambrientos. Pero tu... señora... no-sabemos-el-nombre es muy hacendosa y dispuesta.

—¿Jane? —preguntó Susan bostezando.

—Se me hace muy cuesta arriba llamar a una persona a quien no se conoce por su nombre de pila —protestó la madre—. Dime, Susan: ¿por qué no se sienta a comer con nosotros?

—No —murmuró Susan—. Le costaría mucho acostumbrarse.

—Bien; supongo que tú la conoces. No, no te arregles. Ponte sólo las zapatillas. No estamos más que los de casa.

Tomaron asiento alrededor de la iluminada mesa del comedor, y el señor Gaylord inclinó la cabeza y bendijo la mesa. John y Marcia dejaron de comer asombrados, con la cuchara a medio camino de sus bocas. Su madre no les había enseñado aquello. El buen olor de la excelente sopa se le entraba a Susan por las narices, y la joven empezó a comer con verdadero placer y apetito.

Nada sucedió en aquella tranquila y vieja casa. Los padres de Susan tenían muy poco que decirse entre sí y mucho menos a su hija. No le preguntaron nada acerca de su vida pasada, y Susan tampoco le contó nada.

—Blake ha sentido mucho no poder venir —dijo Susan por pura cortesía la noche de su llegada, y su madre, con la mirada vagando por la mesa, respondió:

—Es una lástima. Quizá pueda venir en alguna otra ocasión.

Blake mandaba a Susan un telegrama todos los días, y la joven contestaba con otro, pero ella no le echaba de menos. Esto no dejaba de asombrarle, y algunas veces se sentía alarmada. Era seguro que acabaría por echarle de menos. Un día, una noche se alzaría en ella la necesidad de él y a la mañana siguiente exclamaría: «De volver con Blake».

Pero los días iban transcurriendo y Susan no sentía ni por asomo la necesidad de marcharse. Seguía esperando en silencio, sin otro deseo que aquel profundo descanso de que estaba gozando. Una vez acudió a su memoria el recuerdo de su granja, pero no quiso ir a verla. Allí le asaltaría el recuerdo de Mark y ella no deseaba nada ni a nadie. Sentía que en su interior algo iba colocándose de nuevo en su lugar, del mismo modo que un árbol que crece torcido por el peso que le abruma vuelve a enderezarse cuando se libera del peso.

—¿No quieres ver a tus antiguas amigas? —le preguntó un día su madre.

Pero Susan movió la cabeza. ¿Qué les podía contar a sus antiguas amigas?

Fue a la iglesia el domingo antes de Navidad y en un banco delantero descubrió a Hal y a Lucile acompañados por sus tres hijos. Más tarde, Lucile corrió hacia ella gritando:

—¡Oh, Susan! ¡Qué maravilloso es volverte a ver! ¡He oído de ti las cosas más asombrosas! ¡No me digas que éstos son tus hijos! No pareces ni un día más vieja que cuando te fuiste... ¡Oh, yo estoy terrible! ¡Tan gorda! Empecé a aumentar de peso cuando tuve a Jimmy. Sí, ésta es mi única hija, Leora.

Susan contempló a una pálida y silenciosa niña que era, de los tres hijos de

Lucile, la única que se parecía a Hal.

—Una vez estabas llorando en el pórtico y yo me metí en tu casa, y te cogí en brazos —dijo Susan—. Pero tú no te acuerdas de ello.

La niña hizo un ademán negativo y Lucile se echó a reír.

—Leora es todavía una niña llorona —dijo alegremente—. Aquí está Hal, Susan.

Sí, allí estaba Hal, alto y medio calvo, tendiéndole tímidamente la mano. Le vino a las mientes el recuerdo de Mark. Si Mark hubiese vivido, ella y Mark hubieran formado un matrimonio como el que ahora tenía ante sí. Y ella... ¿Qué hubiera sido de ella si Mark hubiese vivido? Pero se encontraba muy lejos de todas estas posibilidades.

Susan anduvo mucho durante aquellos días, pues el invierno fue muy benigno.

—Este año no tendremos nieve —dijo el padre de Susan viendo que los niños miraban al cielo en busca de nubes—. La cáscara del maíz es muy delgada según he podido observar durante todo el otoño. Y las ardillas no se han apresurado a esconder sus nueces. Las nueces se encuentran por todas partes en el bosque. Eso significa que tendremos un invierno benigno.

La víspera de Navidad amaneció como un día de octubre, templado por la tibia luz del sol. Susan anduvo hasta el jardín de la señora Fontane. La casa estaba cerrada, así como las puertas de la cerca, pero buscó un sitio por donde poder entrar. Al fin encontró un trozo de pared más bajo y saltó por ella, andando por los prados cubiertos de alta hierba hasta llegar al estanque rodeado por una alfombra de secas hojas. Allí estaba arrodillado su pequeño Cupido mirándose en el agua. Susan contempló la estatua como si no la hubiese visto jamás. La había olvidado durante años, de la misma manera que se olvida a un niño que vivió escasamente el tiempo necesario para exhalar su primero y último suspiro. No había sido más que un principio. Susan, mientras la contemplaba, no recordó el motivo por el que fue hecha, es decir, para que Mark y ella pudieran casarse.

«Tiene cierto valor —pensó olvidándose de todo lo demás—. Parece viva, a despecho de lo poco que sabía entonces. Sí, aun sin saber lo que hacía, logré captar la vida».

Un soplo de viento movilizó un montón de hojas secas, que fueron empujadas hacia el Cupido, acariciándolo, cubriéndole unos instantes, para caer luego suavemente en la silenciosa profundidad del agua del estanque. ¡Qué lejano estaba el tiempo en que había modelado el Cupido! Susan se sintió envuelta en el profundo e interminable silencio que reinaba en el jardín.

Ni siquiera la fiesta de Navidad pudo arrancarla aquel silencio en que se había sumido. Aunque se mantenía aparte en cierto modo, se dejó arrastrar por las costumbres familiares. Cuando concluyó el día y se encontraba ya en su cuarto metida en la cama y dispuesta a entregarse al sueño, recordó que Blake no le había enviado ningún mensaje. El regalo de su marido figuró en el árbol tradicional. Era un pequeño reloj de forma cuadrada y rodeado de brillantes, pero con él no llegó ningún

mensaje. Había sido enviado directamente desde la tienda. Susan tuvo intención de levantarse para llamar por teléfono, pero en el último instante desistió. Permaneció unos segundos indecisa y luego, sin darse cuenta, se quedó dormida.

Su padre dijo un día:

—Sube y toca un poco, Susan. Ahora no puedo oír música a menudo.

Susan subió la escalera y tocó las obras que no había tocado en muchos años. Su padre, con la boca cubierta con su bella y vieja mano, escuchaba absorto. El señor Gaylord tenía la costumbre de taparse la boca siempre que escuchaba música.

—¿Ya no escribes poesías, papá? —preguntó Susan dejando de tocar.

—No. He abandonado la poesía —respondió el anciano suspirando.

—¿Y sigues pensando todavía en los mares del Sur? —preguntó Susan sonriendo.

La mano derecha de Susan erraba por las dulces notas múltiples del piano, que eran respondidas por los suaves bajos, que hacían eco.

—A veces pienso en ello —contestó el señor Gaylord, y a continuación, avergonzado como un chiquillo, sonrió a su hija—. Tú sabes, naturalmente, que nunca pensé en serio en ir allí —murmuró.

Cerró los ojos, y Susan siguió tocando el piano durante una hora más.

Cuando terminó de ejecutar las obras preferidas de su padre, que eran las de Sibelius, Susan se volvió. Su padre la miraba con todo el cuerpo tembloroso y una expresión de miedo en sus azules ojos.

—¡Papá! —gritó la joven sorprendida y asustada.

—Emprendí un camino equivocado en la vida, Susan —murmuró el señor Gaylord—. Creí que iba por el camino real, cuando no era sino un callejón sin salida, y no he llegado a ninguna parte.

—No digas eso —exclamó la joven.

Se acercó a su padre, le abrazó y apoyó su cabeza en el cuerpo de él. Llegar a viejo, saber demasiado tarde que uno ha tomado el camino equivocado, comprender que ya no hay apelación posible, que se ha derrochado la vida en brillantes fragmentos... es la primera muerte que se sufre.

—Ha sido un fracaso —murmuró el padre—. Me he despreciado a mí mismo. La vida se ha burlado de mí. No he hecho nada de lo que estaba seguro que haría.

La joven se arrodilló a sus pies, abrazándole fuertemente, sintiendo un terror más grande que el que él sentía, comprendiendo en todo su valor la tragedia paterna.

Tal era lo que sucedía. Un año seguía al otro, y así hasta el final. Un día quedaba mucho tiempo por delante, pero al siguiente ya no había tiempo para nada.

—No creo que la cosa importe mucho —decía su padre—. No es el mundo el que se ha equivocado. ¡He sido yo! No creo que a los demás les importe mucho, pero a mí me importa enormemente.

—¡Papá —murmuró Susan, que seguía arrodillada a los pies de su padre—, tú, en

realidad, no te has equivocado!

—Si no se obtiene al fin lo que se ha deseado siempre, nada parece contar entonces —repuso el señor Gaylord. De pronto apartó a Susan y se puso en pie—. ¡Bien, bien! —exclamó.

Se había apartado de Susan, pero el terror continua reflejándose en sus ojos.

El terror de su padre fue una luz para el alma Susan. La joven permaneció despierta buena parte de noche, y el terror se adueñó de ella de una manera completa y absoluta que fue como la luz de un relámpago, y a su claridad vio que Blake era su propia equivocación. A nadie hubiera sacrificado antes lo que había sacrificado por el amor de Blake. Vivía tan sometida a él que dejaba que los años fueran transcurriendo por ella sin darle importancia. Le amaba y le temía al mismo tiempo, y para que no se disgustara con ella, le permitía hacer de ella lo que quisiera. He aquí por qué estaba ahora tan agotada y se sentía tan mortalmente aburrida. Se había dejado moldear con tanta facilidad como la arcilla, y se había vuelto una figura entre las manos de él, mientras que su espíritu, dócil hasta entonces, estaba debilitándose, si bien era verdad que no se había dado cuenta de ello hasta que se alejó de Blake. Porque la forma que le estaba dando no era ni con mucho la que le correspondía, la suya propia. Recordó lo que en cierto ocasión le había dicho su padre en el curso de una de aquellas semiconfesiones suyas: «Cuando yo me casé con tu madre, ésta era una pequeña criatura de mejillas sonrosadas y cabello amarillo. Me figuré que estaría dispuesto a hacer cualquier cosa por mí. Hasta más tarde no descubrí que era el ser más terco que existía. Es dulce y estúpida, y siempre sabe mejor que nadie lo que hay que hacer, y además, lo hace. Aplastaría a cualquiera que tuviese al lado. Si, por lo menos, pudiera dejar de amarla...».

Pero nunca dejó de quererla. Lo más terrible de todo era que continuaba amando a aquella mujer causa de su fracaso.

Jamás se había separado de ella ni siquiera una noche, aunque soñaba con las islas de los mares del Sur y se había construido una cabaña cerca del lago.

Y es que cuando uno no puede liberarse... Pero ella debía liberarse de Blake, aunque no sabía por qué le amaba. Otras mujeres podían liberarse y continuar viviendo; ella, no.

Echada en la cama de su antigua habitación, bajo la profunda oscuridad de la noche, Susan empezó a hacer planes con amarga clarividencia. Blake era un veneno para sus venas. Había sido intoxicada por él. Continuaba intoxicada. Siempre lo estaría, puesto que era su esposa. Y este envenenamiento sería el final de ella, si no le apresuraba a desgajarse de él. Ella debería gobernarse a sí misma, haciéndose con las riendas de su propia vida antes de que fuera demasiado tarde.

«¡Culpabilidad! —se dijo de pronto—. Ahora sé a lo que se refería David Barnes. ¡Claro que me siento culpable!». El amor, tal como ella lo había dejado crecer en su

corazón, era una perversidad. Se sentó en el lecho y se abrazó las rodillas con sus manos. ¿No llegaría una mañana en que descubriera que su cabello se había tornado blanco y que sus manos eran demasiado torpes para trabajar? ¿No se daría cuenta entonces de que los años le habían jugado una mala pasada, deslizándose junto a ella a hurtadillas y en silencio, con el mayor secreto, sin hacer el menor ruido para no llamar su atención y que ella creyera que no pasaban? Y cuando se diera cuenta, sería ya demasiado tarde. Sus manos no la obedecerían y su vista no sería buena.

Se tiró de la cama, encendió la luz y se miró al espejo. Todavía era joven, aún se sentía fuerte. Había perdido unos años por culpa de su equivocación, y los llevaría de retraso durante todo el tiempo que viviera.

Permaneció inmóvil contemplándose en el espejo. El descanso y el sol le habían sentado admirablemente. La energía hervía en su cuerpo. Hubiera deseado que aquel instante no perteneciera a la noche. No pensaba dormir y sentía impaciencia porque llegara el nuevo día. ¿Y Blake? ¿Qué le diría? ¿Qué podía decirle sino la verdad, esto es, que había estado demasiado tiempo ociosa y que debía volver a trabajar? Y si él se echaba a reír, si la atraía hacia él, debería recordar su miedo a despertarse un día vieja y agotada.

Debía poner en práctica lo planeado. Volvió a meterse en la cama y acurrucándose para entrar en calor, siguió pensando en Blake. No le odiaba, nunca podría odiarle. Alguna parte de su ser sería tierna y apasionada de ahora en adelante gracias a él. Durante algún tiempo; Blake había hecho de ella una mujer parecida a cualquier otra mujer. Esto formaba uno de los compartimientos de su vida. Ella había vivido allí, pues acababa de abandonar aquella estancia. La puerta no estaba cerrada. Podía entrar y salir a voluntad, aunque no debía permitir que Blake la cerrara nunca más. Nadie debía encerrarla en ninguna parte. «¡Puedo hacerlo todo!», exclamó en voz alta, y el sonido de su propia voz, al pronunciar las familiares y confiadas palabras, alejó sus últimos terrores. Estaba rodeada por el silencio y la oscuridad, y al cabo se durmió.

V

Regresaron al día siguiente de Año Nuevo. Blake no se encontraba en casa.

—El señor creía que la señora llegaría una hora más tarde —dijo Crowne, mirándola como si fuese un invitado inesperado.

—No importa —contestó Susan.

Disponía de una hora para tomar de nuevo posesión de su casa. Acompañó a los niños hasta la habitación de éstos y juntos desempaquetaron y colocaron en su sitio los trajes y vestidos.

—¡Oh, me gustaría vivir siempre en el campo! —dijo John tristemente.

—Tenga usted la seguridad, señora, de que a mí me ocurre otro tanto —afirmó Jane suspirando.

—Pues a mí no —exclamó Marcia.

Se estaba conviniendo rápidamente en una niña alta y esbelta, de fácil palabra y movimientos graciosos. Durante las vacaciones no había dejado de preguntar a su madre una y otra vez: «¿Cuándo volveremos al lado de Blake?». La niña admiraba a Blake y le adoraba, simplemente porque él le correspondía con atención caprichosa. Jugaba con ella, aunque a veces la olvidaba durante días enteros. Pero ella le perseguía y le hablaba con afectada vivacidad para hacerle reír. Susan pensó: «Tengo que apartarla de él y enviarla a una escuela fuera de aquí. No quiero que crezca y se convierta en la clase de muchachas que Blake admira». Sentía miedo por Marcia. Dentro de ella un robusto y saludable instinto empezaba a agitarse. En Blake existía algo equívoco. Esto asustaba a quien amaba, aunque la persona asustada le amara a su vez. Ella esperaba oír sus pisadas y al mismo tiempo las temía. Se quedaría allí con los niños y esperaría a que él la buscara.

No tardó en aparecer Blake, apuesto e impecable como siempre, muy contento y satisfecho de verlos. Cogió el rostro de Susan con sus manos frías y suaves palmas y le dio un rápido y fuerte beso.

—¡Susan, estoy muy contento de volverte a ver! Pero... ¡qué calientes tienes las mejillas! —dijo—. No me importa decirte lo largo que se me ha hecho el tiempo. No me gusta que pienses que eres indispensable para mí, aunque a tu manera lo eres. ¡Odio las Navidades! ¿Cómo estás, John? ¡Marcia, ven aquí y déjame que te dé un beso!

Marcia corrió hacia él, y Blake la levantó en el aire y la besó en la boca.

—¡Bésame otra vez, Blake! —pidió la niña.

—¡Marcia! —gritó su madre.

—Hace eso porque le gusta el olor que despide cara de Blake —dijo John con desdén—. Me lo ha dicho ella.

El niño permanecía con expresión adusta, las manos metidas en los bolsillos. Pero Blake se echó a reír y volvió a besar a la niña a la vez que miraba a Susan con ojos burlones.

—¿Has olvidado todos los pasos de danza? —preguntó Blake, dirigiéndose a la niña.

Blake le había enseñado pequeñas y rítmicas danzas que a su parecer armonizaban con el cabello liso y cortado recto y la pequeña y delgada figura de la niña.

—No, no he olvidado ninguno —gritó Marcia empezando a danzar.

Susan observó los ojos de la niña, fijos en Blake, así como su cuerpo, que se había puesto tenso a la voz de mando de él. Blake cantaba una vehemente y sincopada melodía a la vez que llevaba el compás con nervioso y desgarrado ritmo. Cuando se detuvo, Marcia palpitaba de placer.

—¡Más, más, Blake! —pidió la niña.

—No —se apresuró a responder Susan—. Blake, no es bueno para la niña. Se trastorna demasiado.

—Le gusta —dijo tranquilamente Blake—. ¿No es verdad, chiquilla, que te gusta?

Blake revolvió el pelo de la niña, que le miró con expresión de éxtasis.

—¡Sí, sí! —murmuró Marcia.

Pero Susan pensó: «¿Por qué tendrá ese poder?».

—Voy a enviar a los dos a un colegio del campo —dijo a Blake aquella misma noche.

—Como quieras —contestó Blake con indiferencia, mirando a su mujer—. Ponte el traje nuevo... —añadió—. El rojo y oro.

—No, Blake —contestó Susan.

—¿Por qué no? —preguntó sorprendido Blake.

—Porque no quiero —repuso Susan sin alterar el tono de su voz.

Y eligió un vestido de suave color azul que no se había puesto hacía mucho tiempo.

—No me gustas vestida de azul —dijo Blake con acento de disgusto al mirarla.

—¿No te gusto? —preguntó con naturalidad Susan—. Pues a mí me gusta mucho el azul.

Y fingió no ver las miradas que Blake le dirigía. Se trataba de algo completamente insignificante, pero Susan sentía que le reclamaban el ser. No se hubiera atrevido ni a aquello si no hubiese sentido aquel terror.

De una manera lenta y profunda, a medida que iba reconquistando su independencia pedazo a pedazo, surgía en ella la profunda necesidad de empezar a hacer su propia obra. Se despertaba como se despierta uno a la salud después de una larga enfermedad, sintiéndose renacido, con los músculos a punto y el espíritu presto. Bajaron juntos la escalera y Blake la rodeó con su brazo, colocando su mano en la tibia concavidad de la parte baja de su espalda. Susan se volvió hacia su marido y le sonrió, reprimiendo la antigua sumisión de todo su ser, el dulce y desfalleciente instante de la rendición, que había constituido hasta entonces el poder del tacto de

Blake sobre ella. Pero ella volvía a ser de nuevo ella.

Susan estuvo a punto de decir: «Blake, ¿te importará que trabaje?». Pero en lugar de esto, dijo:

—Voy a trabajar otra vez, Blake.

Lo dijo a la mañana siguiente de su regreso a Nueva York, mientras se desayunaban.

—¿Por qué no? —exclamó Blake muy ocupado con su desayuno, rompiendo el cascarón de un huevo de un solo y rápido golpe—. Ahora que los niños han de ir al colegio, yo no soy bastante para llenar tu tiempo, ya lo sé. Me di cuenta anoche.

Susan le miró atentamente, tratando de descubrir el estado de su humor, pero Blake se mostraba muy amable a pesar de sus palabras.

—Perfectamente —añadió con entonación alegre—. Dispondrás de un rincón en mi estudio y ya te explicaré el secreto de que me valgo para amasar la arcilla. Nadie lo conoce, y no se lo diré a nadie más que a ti.

—¿Tienes un secreto? —preguntó Susan divertida.

—Naturalmente —respondió Blake, que se mostraba un poco arisco—. ¿Cómo crees que mantendría enhiestas esas delgadas figuras que hago si no fuese con una fórmula secreta?

—Supongo que todos tienen su secreto —replicó Susan sosegadamente—. Recuerdo que David Barnes me dijo que el suyo estaba escondido en el pequeño Adán de yeso que hay en su estudio de París. Tiene un pequeño cuadrado en su espalda que se puede quitar.

—¿Y cuál es el secreto? —preguntó Blake.

—No lo sé —replicó sorprendida Susan—. Me dijo que sólo mirase en el caso de que él muriera.

—¿Y estuviste trabajando días y días allí, teniendo el secreto al alcance de tu mano y no se te ocurrió mirar? —Y las finas, estrechas y negras cejas de Blake se enarcaron al mirar a su esposa.

—¡Naturalmente! —exclamó indignada Susan.

Blake se echó a reír.

—¡Querida Susan! —contestó—. Si te amo es porque no te pareces a nadie más en el mundo.

—¿Es que no me crees? —preguntó Susan.

—Claro que te creo —declaró Blake—. Jamás he creído a nadie, pero a ti sí te creo. Puedes reservar para ti el ángulo de la ventana.

Se mostraba tan amable y complaciente, que a Susan le costaba trabajo continuar sosteniéndose en el plan preconcebido. Empezaba a darse cuenta de que cuanto más amable se mostraba su marido, más temible era. Pero esto debía acabarse.

La joven se esforzó en continuar.

—No tendré bastante con un ángulo, Blake. Voy a trabajar en mármol.

—¡Mármol! —exclamó Blake—. No, no puedes transformar mi estudio en una cantera. Y perdona mi curiosidad, Susanne. Pero ¿qué vas a hacer en mármol?

No había perdido su amabilidad. Su voz seguía siendo cordial y alegre y todo él parecía rebosar buen humor. Susan le amaba, pero descubrió, al dejarse llevar por cierto estado de ánimo, que crecía en ella por momentos, que no sentía deseos de hacer a su marido la menor confidencia.

—No lo sé —repuso.

—No creí que te diera por el mármol —continuó Blake—. Déjame prevenirte, Susanne, contra la tentación de esculpir en mármol directamente. Nadie es capaz de hacerlo. Sólo dos o tres grandes escultores acometen tamaña proeza.

El orgulloso corazón de la joven le obligó a levantar la cabeza como un fiero león. «¿Y cómo sabes tú que yo no soy grande?», estuvo a punto de preguntar. Pero hizo un esfuerzo para dominarse. Permaneció callada, sonriendo mientras hablaba su marido, pero sin prestarle la menor atención. Ella seguía siendo su bien amada, y él el bien amado de ella. Pero ella estaba reuniendo los fragmentos de lo que había de ser su propia vida, extrayéndolos incluso de su amor...

Ya en la calle, Susan despidió a Bantie, que la miró extrañado.

—Gracias, Bantie —dijo—. Esta mañana conduciré yo misma el coche.

—El tráfico es muy denso a estas horas, señora —masculló el chófer.

—Puede usted sorprender a Linlay dedicándose esta mañana a limpiar el jardín —dijo Susan dirigiendo una sonrisa irónica al hombre, al mismo tiempo que cogía el volante.

—Sí, señora —contestó Bantie con entonación triste.

Nada le era tan agradable a Bantie como conducir incansablemente por la ciudad a través del más denso tráfico, pero no había nada que odiase más que el jardín y todo cuanto se refería a él.

Mas Susan deseaba buscar sola un sitio donde poder trabajar. En alguna parte existiría un lugar donde ella pudiera trabajar y donde le fuera posible olvidar a Blake; un garaje por alquilar o un piso en una vieja casa.

Pero descubrió que las agencias no tenían nada a propósito que ofrecerle.

—Podemos alquilarle a usted un estudio-casa —decían uno tras otro los aseados, obesos y jóvenes empleadillos que la atendían, dando a sus voces un marcado interés profesional.

—No, no, gracias —contestaba Susan—. No he de vivir en el estudio. Tengo casa.

Tras varias horas de inútil búsqueda, emprendió el camino de regreso a su casa pasando por sitios desconocidos. Muy cerca de la mansión de Blake existían una serie de casas de vecindad ocupadas por extranjeros y gente menesterosa. Unos cuantos

ricos como Blake hablan elegido el camino del río, y sin preocuparse de la vecindad de los pobres, edificaron sus mansiones en aquel paraje, aunque evitaron una directa proximidad de las casas de vecindad. Bantie evitaba siempre pasar por el barrio pobre y elegía las amplias y nuevas calles donde se alzaban las casas de los ricos.

Susan se encontraba sola y como perdida en el dédalo de casas de vecindad que se tocaban unas a otras. Tenía que conducir con el mayor cuidado para no atropellar a los niños que jugaban en el arroyo, y por causa de los coches, no más grandes que moscas, que abundaban en su camino. Las mujeres salían a las ventanas para extender y sacudir sus lamentables ropas de cama, mientras que los hombres permanecían ociosos sentados en los sucios escalones de los pórticos. Blake no pasaría jamás por allí. Susan se detuvo al fin ante la puerta de una de las casas. En una ventana próxima se veía un letrero que decía: «Se alquila».

—¿Puedo entrar a ver ese cuarto? —preguntó Susan a un hombre de agraciado y sucio rostro que estaba apoyado contra la puerta.

—No hay inconveniente —contestó el hombre.

Un enjambre de chiquillos, semejante a una nube de langosta, se aproximó a Susan.

—¿Quiere que le vigile el coche, señora? ¡Se lo vigilaré, señora!

—¿Qué ocurrirá si no lo vigiláis? —preguntó Susan.

—La cosa está muy clara —respondió un muchacho de rostro moreno provisto de unos ojos tan negros que su brillo parecía guardar un secreto—. Si no lo vigilamos, le ocurrirá algo.

—¿Tendré que dar un níquel a cada uno de los diez o bastará con que dé cincuenta centavos a uno solo? —preguntó Susan.

Era un problema muy difícil de resolver. Después de conferenciar entre sí, los muchachos llegaron a un acuerdo.

—Dele usted los cincuenta centavos a Smikey —dijeron—. Él los repartirá entre todos.

Smikey se adelantó. Era un muchacho pálido, de voraces ojos azules, a quien le faltaban los dientes delanteros.

—¿Lo vigilarás, Smikey? —preguntó Susan.

El niño, acuciado por los que tenía a su espalda, hizo un gesto de asentimiento, pero no despegó los labios.

Susan entró entonces en el edificio, guiada por el individuo de la cara tiznada. Se trataba de tres habitaciones que en un tiempo habían formado una sala de gran tamaño, y que ahora se hallaba dividida someramente. El techo era alto y con cornisas, y había una chimenea de madera tallada, pero que, en la actualidad, se encontraba en ruinas.

Blake no la encontraría allí jamás.

—¿Pueden quitarse los tabiques que separan una habitación de otra? —preguntó Susan.

—Yo me encargaré de hacerlo, señorita —repuso el hombre con evidentes deseos de agradar—. Soy aquí a un tiempo el portero y el que se encarga de hacer toda clase de reparaciones.

—Quiero que también se pinten las paredes y el suelo —dijo Susan.

—También lo haré yo —contestó el hombre.

—Igualmente deseo que se limpien los cristales de las ventanas.

—Eso lo hará mi mujer.

—De acuerdo entonces —exclamó Susan—. Me quedo con el cuarto.

—Lo anunciaré a la dirección —dijo con visible orgullo el hombre.

—¿Cuándo podré venir a ocuparlo? —preguntó Susan.

—De hoy en ocho —respondió el portero sin el menor titubeo.

La joven bajó los sucios escalones. Una nube de silenciosos y serios chiquillos la esperaba alrededor del coche.

Susan sacó cincuenta centavos de su monedero.

—Gracias, Smikey —dijo, entregándole el dinero.

—¡Ha cumplido lo prometido! —murmuraban los muchachos—. ¡Cincuenta centavos! ¡Caramba!

Y desaparecieron calle abajo, llevando a Smikey en el centro como el huracán lleva a un pájaro.

Susan recorrió tres manzanas y volvió la esquina en dirección al tranquilo cuadrilátero donde ella y Blake vivían rodeados de gente rica.

—¿No puedes trabajar aquí, querida? —dijo el viejo señor Kinnaird.

Susan había ido a Fane Hill para elegir el bloque de mármol que le había regalado su suegro.

—¡Oh, no, no podría! Me sería imposible —contestó Susan—. Esto es muy hermoso. Pero no podría trabajar aquí.

No, no le sería posible trabajar en aquel remoto lugar, bajo la mirada, además, de los pálidos ojos del padre de Blake.

—Esto es muy tranquilo —murmuró el anciano.

—Sí, ya lo sé —respondió, amable, Susan—. ¡Es precioso!

La tranquilidad allí era completa. El invierno desfilaba silenciosamente. La bella y vieja casa donde Blake había nacido se recortaba entre sus grandes árboles, medio dormida y moribunda, pese a que nuevas hojas se preparaban a brotar. Pero ella no podría trabajar allí por mucho que hiciera. Allí sólo podría permanecer ociosa día tras día, muriendo al mismo tiempo que todo lo que moría.

—Quiero que te lleves todo cuanto te guste —dijo el señor Kinnaird al abrir la puerta del almacén—. Ya te enviaré los bloques que elijas. ¿Adónde tengo que enviarlos?

Susan le dio el nombre y el número de la calle.

—No conozco esa calle —murmuró el anciano—. ¿Hay allí algún estudio?

—Yo me he hecho el mío —respondió la joven.

Susan estuvo paseándose por entre los bloques de mármol. Aunque todavía no tenía pensado lo que iba a hacer, eligió cuatro piezas: un Siena, dos Serravezzas y un bloque de mármol negro belga.

—Este último es un material traicionero —dijo el viejo apoyando su blanca mano, que parecía de ceniza, en el negro bloque—. Tan traicionero como bello —continuó—. Mucho cuidado con él, Susan.

Y a continuación regaló a Susan tres bloques más de mármol de Paros.

«Encerrados aquí hay largos años de mi vida», pensó Susan contemplando los bloques. El mármol se alzaba ante ella prometedor, sólido y macizo. Los años yacían prisioneros en su interior.

—Deberás dejarme ver, cuando llegue la ocasión, lo que consigues sacar de todo esto —murmuró el viejo.

Permanecía ante la luz que entraba por la abierta puerta, alto, delgado, pálido, convertido por un instante en la más graciosa y pura estatua de la vejez que Susan había visto jamás, pero que, no obstante, nunca podría ser amada. La joven, impulsiva y cordial, le tendió la mano.

—Le agradezco de todo corazón su regalo.

El anciano rozó rápidamente la mano de Susan con sus dedos y se apartó. La mano del señor Kinnaird era fría y dura al tacto.

—Dime, Blake, ¿te acuerdas de tu madre? —preguntó Susan a su marido a la hora de la cena.

—No —contestó Blake—. Murió cuando yo tenía dos años.

—¿Nunca habla tu padre de ella? —siguió preguntando Susan.

—No, excepto para decir que fueron muy felices.

—¿Él o ella?

—Creo —repuso Blake mirando intensamente a Susan— que él dice siempre esto: «Fui muy feliz con tu madre» —y Blake enarcó una ceja—. ¿No es esto lo mismo que decir que también ella fue feliz?

Susan sonrió y negó con la cabeza.

—Sí lo es —insistió Blake—. ¿No me daría yo cuenta si tú no fueses feliz?

Susan le miró con ojos pensativos, estudiándole. No, Blake no se daría cuenta, sería incapaz de conocer nada relacionado con la felicidad de ella. La joven se prometió a sí misma que Blake no notaría la más ligera diferencia en ella. Nadie la vería ni la sentiría diferente. La única diferencia estaba en ella misma. Ella había disciplinado su amor. Éste no le tendría en adelante ociosa. Cuando Blake se fuera a trabajar a su estudio, ella también se iría a su taller. Había dicho a Blake que había alquilado un estudio no lejos de su casa, y él no le hizo ninguna pregunta al respecto. Pero Blake empezó a holgazanear por las mañanas. En los tiempos en que Susan solía subir al estudio de su marido para echarse en el sofá, Blake se levantaba temprano,

impaciente por continuar su tarea. Le bastaba con media hora para tomar el desayuno.

Pero ahora Blake entraba muy temprano en la habitación de la joven, y empezaba a hacerle el amor, lo que daba lugar a que Susan se entretuviera. La joven disimulaba su impaciencia. Ella le amaba, pero comprendía que aquello no dejaba de ser un perverso infantilismo. El día debía comenzar pronto, pues la noche no tardaba en llegar. Blake le decía:

—¿Qué te ocurre, Susanne? Has cambiado.

—No, no he cambiado, Blake —se apresuraba a responder Susan.

—Entonces, ¿por qué quieres levantarte ya?

Al principio no contestaba. Pero al darse cuenta de que temía a su marido, un día le repuso:

—Tengo que trabajar.

—Lo siento —murmuró Blake saltando de la cama.

Una vez en pie, la miró detenidamente mientras se envolvía en su bata. Sus labios eran una simple línea y sus ojos adquirieron el color gris de la pizarra, mientras su aspecto se tornó de pronto tan frío y cortante que Susan le cogió una mano.

—Ya sabes que eres mi bien amado —dijo Susan con la mejor de sus sonrisas—. ¡Bésame, Blake!

Blake la besó con cierta brusquedad.

—¡No vuelvas a decir lo que me has dicho! —murmuró.

—Tienes que quererme, Blake —suplicó Susan.

—Ya te quiero —repuso Blake—. Pero... procura no variar de como yo te deseo.

Blake se marchó y, contra su costumbre, no regresó para ver si ella ya estaba vestida, por lo que Susan dedujo que estaba enfadado. Más tarde se reunieron en la mesa del desayuno, y aunque Susan le miró con sus miradas y con sus palabras, Blake se mostró visiblemente frío. En una ocasión, Susan alargó una mano para coger la de su marido, pero en aquel instante Crowne entró en la estancia y Susan tuvo que retirarla.

Cuando terminaron de desayunarse, Blake se fue inmediatamente escalera arriba en dirección a su estudio, y Susan le estuvo mirando hasta que desapareció de su vista. Blake sabía mostrarse unas veces muy ardiente y otras muy frío. Pero Susan no sentía deseos de correr tras él. En lugar de ello, se puso el sombrero y el abrigo y salió a la calle. Bantie, de pie en la acera, se llevó la mano a la gorra.

—Iré a pie esta mañana, Bantie —dijo Susan.

Aquella mañana no quiso utilizar el coche de Blake. Deseaba ir andando sola hasta su estudio. Volvió la esquina y siguió calle abajo. Allí estaban los millares de personas de aquella ciudad a quienes no conocía. Pero nunca se cansaba de contemplarlos. Había oscuros rostros de italianos, morenos griegos y pálidos suecos, checos metiditos en carnes y eslavos de ojos oblicuos. Todos la miraban al pasar. Algún día los conocería mejor. Se mostraban muy amistosos con ella, pues sabían que había alquilado un cuarto cuyo alquiler no pasaba de los trescientos doce. Todos se

quedaron con la boca abierta cuando un camión procedente de Fane Hill descargó ante la casa los bloques de mármol.

—¡Rocas! —exclamaron llenos de asombro los chiquillos de la calle.

—Soy escultora —dijo Susan a los que se encontraban cerca de la puerta—, y convierto las rocas en estatuas.

Nada pudieron responder, salvo un «¡Ya!» que brotó de la boca de uno de los más pequeños. Después desaparecieron como una bandada de pájaros. A aquellos niños de la ciudad, que saltaban de una emoción a otra, nada conseguía retenerles la atención por mucho tiempo. La sirena del coche de los bomberos o de una ambulancia, una riña seguida de unas cuantas maldiciones y del pito de un policía, u otro cualquier inesperado acontecimiento, y todos se esfumaban como por encanto.

La enorme habitación estaba vacía, a excepción de los bloques de mármol, de una silla y de las herramientas de trabajo. La joven tomó asiento, dispuesta a empezar a trabajar. Allí no había nada que la distrajera de su más profundo deseo. Nadie sabía dónde se encontraba. La joven dirigió alrededor una mirada de agradecimiento. Las paredes estaban recién pintadas y las ventanas, sin cortinas ni visillos, brillaban de limpias. Se puso en pie y fue de un trozo de mármol a otro, tocándolos, acariciándolos. El día anterior había comprado las más bellas herramientas que encontró, las más finas, las más delicadas, las más fuertes. El vendedor le había dicho en dos o tres ocasiones:

—Vea, señorita. Se trata de algo nuevo. De un adelanto. Usted sabrá...

Pero Susan lo apartó todo, excepto los objetos más fuertes y más sencillos.

—Por favor, no quiero punzoncitos —dijo.

Volvió a sentarse. Debía empezar. Tenía que pensar lo que iba a hacer. Y entonces, allí, en aquel lugar donde Blake no había estado nunca, lejos de él, en un sitio donde no podía encontrarla, la joven se sorprendió a sí misma pensando en él y sólo en él. No, ella deseaba que las cosas siguieran como hasta entonces. Pero él debía darse cuenta de que sería únicamente posible cuando ella fuera ella misma por completo. Ambos debían ser dos criaturas completamente iguales, cada una completa en sí misma en su totalidad y que se amarían más el uno al otro debido precisamente a esto. Ello le demostraría a Blake, día tras día, lo que esto significaba.

«Lo puedes hacer —se dijo a sí misma con acento firme—. Lo puedes hacer todo».

Su imaginación retrocedió en el tiempo y empezó a recordar toda su vida pasada. Nada le había resultado imposible hasta entonces. Pensar en una cosa, saber lo que deseaba, era tenerlo ya en la mano. Veíase ahora cómo había sido en tiempos pasados, una niña enfrascada en un centenar de actividades que llevaba adelante, sin saber cuáles tenía que descartar. Una vez había dicho a Mark que deseaba tenerlo todo. Pero ahora, todas aquellas demandas hechas a su ser por una superabundancia de vitalidad, se habían clarificado, transformándose en aquella única actividad que era su vocación. Había pasado una temporada de vacaciones con Blake, unas vacaciones

dedicadas al amor, y regresaba de ellas. El matrimonio... ¿Qué significaba para ella? Susan lo ignoraba.

«Tal vez las mujeres como yo no pueden estar casadas», pensó. No eran Mark ni Blake los que no encajaban en el matrimonio, sino ella. Una parte de ella estaba completa del todo, no necesitaba a ningún compañero. Si esto era cierto, como sin duda lo era, ¡qué tarea tan imposible para cualquier hombre a quien ella se entregara! Y así pensando, Susan experimentó la más profunda e intensa soledad que jamás había sentido.

«¡Blake, Blake!», gritó para sí. Deseaba el contacto de su mano, su presencia, cualquier cosa que le hiciera olvidar el convencimiento que tenía de haber nacido para vivir solitaria.

«Yo no hubiera sido feliz si no me hubiese casado, si no hubiera tenido hijos con Mark, si no hubiese sabido lo que es ser la bien amada de Blake». Se dijo tristemente que se trataba de la vieja historia. Ella tenía que tenerlo todo. Y luego, todo no le bastaba. Seguía siendo ella misma, sola en su corazón.

«Tengo que verme libre de esta sensación —pensó—. Sé perfectamente lo que soy». Cuando Mark murió, fue su voluntad lo primero que empezó a actuar. ¡Su voluntad! ¡Su voluntad! Cogió las herramientas, el fino y fuerte martillo, el cincel con su exquisito mango, pero las volvió a dejar. Luego tomó los lápices y papel, que sujetó en la pared con unas chinchetas, y afiló los lápices. Volvió a sentarse sin dejar de contemplar los incomparables mármoles y sin dejar de pensar en Blake. Deseaba volver a él, ver lo que estaba haciendo, asegurarse de que se encontraba en su estudio. Sin embargo, no debía hacerlo. Amaba a Blake con todo su corazón, pero su amor no tenía que ser un fin. El fin residía en algo más grande que ella y Blake, más grande que el mismo amor. Ella no podía, aunque quisiera, dejar de consagrarse a tal fin, pues constituía una parte de su ser. Si aquella energía que atesoraba en ella no era empleada debidamente, ésta se acurrucaría para morir, y con su muerte envenenaría todo su ser. Aún recordaba el terror que se había apoderado de ella la noche anterior.

Cuando regresó a su casa a las doce, se sentía fatigada y exhausta, pero su voluntad se mantenía firme. Lucharía contra el enfado de Blake. Estaba dispuesta a decirle con la mayor sinceridad: «Blake, quizá no hubiera debido casarme contigo. Pero así es como soy y como debo ser, y si tú no puedes quererme tal como soy, me apartaré de ti para serlo».

Pero Blake no estaba enfadado en absoluto. Salió a recibirla procedente del largo salón y le sonrió con toda su alegre cortesía.

—¿Has tenido una buena mañana, Susanne? —preguntó, y sin esperar la respuesta de su esposa, continuó—. ¡Yo la he tenido maravillosa! Algo debió de despertarme la inspiración. ¡Creo que me sentó bien odiarte durante un rato!

Su acento era tan alegre, que Susan se echó a reír aliviada.

—¿Me odiaste, Blake?

—Un poco —contestó alegremente el joven—. Pero ahora te amo de nuevo. ¡Ven

a ver lo que he hecho!

La asió ligeramente el codo y la obligó a subir la escalera. Susan pensó: «¡Qué tonta fui al tomarme las cosas en serio! Lo olvidó en seguida. ¡Mañana trabajaré en serio!».

Blake empujó la puerta de su estudio. Allí, frente a ellos, había un gato con el lomo enarcado, hecho en terracota. El animal parecía a punto de saltar del pedestal, arqueado y fiero, con las uñas dispuestas, rebosante de gracia y agilidad.

—¡Oh, Blake! —exclamó Susan al verle.

—¿No te parece maravilloso? —preguntó con expresión anhelante su marido—. Le voy a llamar *La Hembra*.

Blake se echó a reír y se abalanzó sobre Susan para besarla. Ella había desperdiciado la mañana pensando en él. Esto no sucedería nunca más, se prometió firmemente a sí misma Susan bajo el aluvión de los besos de su marido.

Susan empezó a trabajar en el gran bloque de mármol negro belga, a despecho de lo traicionero del material, obligada por una enorme negra que entró a la mañana siguiente en el estudio andando de puntillas con ligereza de tigre. La negra abrió la puerta y la cerró luego suavemente. Susan, soñadora y expectante, la vio como si se tratase de una visión. La negra era de raza africana de lo más puro. Su piel tenía un color negro brillante y su boca parecía una herida de sangre. Poseía un cuerpo enorme y firme.

—¿Necesita usted una mujer para la limpieza? —preguntó la negra con su voz de contralto—: Hago la limpieza en algunas de las mejores casas de la otra calle.

—Entre, haga el favor —repuso Susan—. Dígame su nombre.

—Me llamo Delia —dijo la negra.

Entró y se sentó en un bloque de mármol blanco, y se echó a reír, dejando al descubierto sus grandes y blancos dientes.

—¿De dónde ha venido usted? —preguntó Susan—. ¿Quién es usted? ¿Quiénes son sus antecesores?

—Yo no tengo antecesores —contestó Delia.

—Usted no ha salido de la tierra —dijo Susan con acento apremiante—. Su abuelo...

—Mi abuelo era un trabajador de Virginia. Vino por el mar, según dicen. Trajo un hijo, mi padre.

—Pero... ¿dónde nació usted? —inquirió Susan.

¿Cómo se había librado aquella africana del toque de manos blancas?

—Nací aquí, en Nueva York —repuso la negra alegremente—. Y aquí continuó. No tengo nada más que contar. —Hizo una pausa para reflexionar—. Una vea me casé con un muchacho realmente blanco, pero reconozco que era demasiado blanco para mí. Siempre me pegaba. Sea lo que fuese, era un trasto. No le he visto desde,

hace años. Alguna vez me casaré con alguien más oscuro, pero por ahora no puedo buscarlo, pues mis hijos me ocupan demasiado tiempo. Tengo prisa, y el menor no ha cumplido un año todavía.

«Esto es el mármol belga, naturalmente», pensaba Susan sin prestar atención a lo que decía la negra. La joven permanecía callada, absorta, sintiendo en todo su ser aquella tremenda presencia. ¡Aquellas grandes curvas, aquellos redondos hombros, aquellos macizos senos, aquellas caderas como montañas!

—Si le pago a usted el doble de lo que ganaría limpiando, ¿me dejará que la dibuje?

—¿Quiere usted decir que le sirva de modelo?

—Eso es.

—No estoy vestida a propósito. Éste es mi traje de trabajo.

—No, no la deseo a usted vestida.

—¿Quiere decir... que me he de quitar la ropa?

—Si quiere usted hacer el favor... —repuso Susan.

Delia se puso en pie y negó con la cabeza.

—No, señora. Nunca me he quitado la ropa delante de una señora. —Hizo una pausa como para reflexionar—. ¿No podría quedarme con algo muy ligero encima?

—Sí, naturalmente —respondió Susan.

—¿Quiere usted cerrar la puerta?

Susan dio la vuelta a la llave.

—Bien —exclamó Delia dejando escapar un suspiro—. Conste que lo hago porque necesito dinero. Vuelva la cabeza, encanto.

Susan obedeció.

—Ahora sí que debo de tener un aspecto ridículo —murmuró Delia.

Estaba sentada sobre el bloque de blanco mármol de Paros, con las manos entrelazadas entre sus enormes y negras rodillas, la cabeza baja y la espalda encorvada.

—Me siento ridícula —añadió.

Susan no la escuchaba. Estaba dibujando en las grandes láminas de papel blanco que el día anterior había clavado en la pared. Primero quiso hacerlo al lápiz, pero muy pronto los dejó para tomar un suave carboncillo. Delia la miró.

—¿Así soy yo, encanto? —preguntó con acento titubeante—. ¡Parece como si hubiese perdido mis ropas!

—Es usted muy hermosa —murmuró Susan—. ¡Muy hermosa!

Empezó a pintar lo dibujado. Tenía que aprenderse rápidamente aquel cuerpo para poder empezar a esculpirlo en el mármol. Y durante dos horas permaneció trabajando sin descanso.

—Voy sintiendo hambre —oyó que Delia decía desde lejos—. Por lo general, como algo antes de esta hora.

Susan miró su reloj. Hacía tiempo que habían dado las doce.

—¡Oh, lo siento! —exclamó buscando su monedero y sacando un billete—. Vístase y vaya a almorzar a cualquier parte.

—¿Tendré que venir a limpiar señora?

—Sí —contestó Susan—. Mañana. Encontrará usted muchos recortes por el suelo.

Susan estuvo contemplando largo rato los dibujos. Sus impacientes manos se habían aprendido ya todas las curvas de aquel cuerpo, y no deseaba mirar los dibujos. Le servirían tan sólo de pauta. Los dibujos representaban a Delia, y ella quería hacer algo más simple que Delia. Trabajaría directamente en el mármol, tratando de representar no sólo a una simple Delia, sino a la enorme hembra negra en las blancas venas de la nueva América.

Aquel mismo día dio comienzo a su enorme estatua negra, que un día sería famosa, y que representaría a una negra sentada, con las piernas abiertas y apretando con sus manos sus llenos y doloridos pechos. Susan supo, desde el primer golpe que dio con el martillo sobre el cincel, que iba a esculpir en el mármol a *La Mujer Negra Americana*.

Impaciente, levantó la vista. No veía ya. Se había hecho de noche. La habitación iba siendo invadida por la oscuridad, y ésta le arrancaba de sus manos aquel sólido cuerpo todavía más oscuro que las sombras. Ya no alcanzaba a ver las líneas del mármol. Sólo podía sentir las con sus manos. ¿Por qué llegaba la noche a romper aquel intenso resurgir a la vida? La joven permaneció un instante en la oscuridad, sintiendo, palpando a la criatura. Se quitó la blusa, se puso el abrigo y el sombrero y salió medio aturdida a la calle, encaminándose a su casa. Le dolían los brazos, pero su corazón cantaba ligero y contento dentro de su pecho. Aquella extraña y secreta ligereza... Era más dulce que nada de cuanto existía en el mundo, más dulce que el mismo amor. Significaba el cumplimiento de su destino.

A su parecer, lo que le sucedía era bastante extraño. No podía hacer nada ante las miradas de Blake ni ante los tenues ojos del señor Kinnaird, pero no le importaba lo más mínimo que otros se acercaran a contemplar lo que estaba haciendo. Chiquillos extraños la miraron una mañana a través de la ventana, y cuando se acercó a ésta vio que habían andado a lo largo de un pequeño saliente y que se sujetaban con la punta de los dedos al alféizar.

—Entrad si queréis —les dijo Susan.

Los muchachos se precipitaron hacia la puerta, dándose empellones para ser los primeros en entrar.

—Yo seguiré con mi trabajo —murmuró Susan.

Los chiquillos continuaron observando el bloque negro. La cabeza de la negra surgía ya del bloque y Susan se dedicaba a delinear sus fuertes hombros.

—¡Mirad! —dijo una voz ronca—. ¡Es un negro!

—Será para una tumba —opinó otro de los muchachos—. Yo vi una vez un

cementerio en el que había muchos ángeles hechos en roca.

—¡Un negro no puede ser un ángel! —murmuró burlescamente otra voz—. Los ángeles son siempre blancos. ¡Yo he visto los ángeles en un espectáculo de Navidad de Radio City!

Los muchachos permanecieron unos momentos más en el estudio, contemplando la estatua con respiración jadeante.

—¡Vámonos, vámonos! —murmuraron de pronto—. ¡Aquí no hay nada más que ver!

Se marcharon en rebaño, pues ya lo habían visto todo. Susan se dijo que la presencia de los muchachos no la había conturbado lo más mínimo. Los ojos de los chiquillos tan vivaces, tan desprovistos de sentido crítico, no la habían desconcertado en absoluto. La joven empezó a canturrear entre dientes: «¡Oh, eso será — la gloria para mí!». La antigua y profunda satisfacción reptaba por cada parte de su cuerpo, de la misma manera que la lluvia lenta cala hasta las más profundas raíces de un árbol sediento. Susan no lo comprendía ni se sentía maravillada por poseer tal cualidad. Bastaba con que fuera así, y no hacía preguntas a su propio ser.

Hubiera querido correr hacia Blake y hacerle partícipe de su entusiasmo y alegría. Cuando dos seres se aman, la alegría de uno debe ser compartida por el otro. Pero Blake andaba muy disgustado aquellos días, pues su primera exposición de obras modernas había sido ridiculizada por uno de los directores del museo.

—Pero, querido —exclamó Susan, sorprendida ante el disgusto de su marido—, muchos críticos te han elogiado.

Blake estaba rodeado de los periódicos de la mañana que daban cuenta de la inauguración de la exposición, y leyó en voz alta a su mujer todo lo que decían. Leía sin la menor turbación las brillantes y rotundas frases que le dedicaban: «Extraordinaria y aguda facilidad»; «Completo dominio de lo abstracto»; «Lleva la voz cantante de nuestros modernos...». Pero el viejo Joseph Hart había escrito una carta al *Times*. Susan llegó a su casa rebosante de júbilo, pero encontró a su marido furioso.

—Voy a presentar una demanda judicial contra él —dijo Blake—. ¿Cómo se atreve a decir que mis obras son vacías? Son perfectas. Sí, perfectas. ¡Tienen que serlo! Es un viejo loco. Quiere que sigamos copiando a Miguel Ángel y a los griegos. No se da cuenta de que éstos fueron modernos en su tiempo, y que por eso precisamente han perdurado. Tenemos que interpretar a nuestro tiempo. Esto es lo que tiene uno que aprender en primer lugar.

—¡Querido, es un viejo!

—¡La vejez no le exime de ser estúpido! Además, tiene influencia. De no ser así, el *Times* no le hubiera hecho el menor caso. —Los labios de Blake formaban una dura línea y tenía las cejas fruncidas. Ni siquiera podía estarse quieto. Recorría el salón a grandes pasos cual un león enjaulado—. Creo que le demandaré por difamación —añadió.

—¡Blake, no digas tonterías! —exclamó Susan—. ¿Por qué te preocupas?

—Porque sé que tengo razón —gritó Blake.

Susan pensó que su marido nunca olvidaría el incidente. Blake estuvo enfadado durante una semana, durante la cual no sintió deseos de comer ni de trabajar. Por fin un día, cuando la paciencia de Susan tocaba a su fin, recibió una carta procedente de París. *La Mujer arrodillada* no había sido admitida en el *Salón*.

—¡Maldita sea! —gritó Blake sin rencor—. ¿Cómo se han atrevido?

—Supongo que no sería lo bastante buena —repuso Susan tranquilamente doblando la carta.

Había abandonado a la *Mujer arrodillada*, la mujer que hizo cuando se enamoró de Blake.

—¿No te importa? —preguntó Blake con curiosidad.

—Naturalmente que me importa —respondió Susan—. Pero nada puede detenerme. De todos modos —prosiguió—, yo había terminado ya con la *Mujer arrodillada*.

—Se comprende —exclamó Blake—. Debe de haber influido la política probablemente. Tú eres extranjera en Francia, y los franceses son muy patriotas... Además, eres una mujer, Susan. No puedes esperar...

—¿Esperar el qué? —preguntó la joven.

—Lo mismo que un hombre —terminó Blake, y por primera vez desde hacía días se echó a reír—. Pero no te preocupes. Susan —añadió con amabilidad poco acostumbrada.

Susan observó con verdadero asombro, pero sin cuidarse de averiguar las causas, que su marido se sentía un tanto desconsolado.

Llegó la primavera, y Susan se dijo que, hasta entonces, no había sabido lo que era la primavera de verdad. En el campo, la primavera aparece precedida de muchos signos anunciadores. La nieve se transforma en mil serpenteantes arroyos; las ramas de los sauces verdean; bajo las muertas hojas, pálidos brotes quieren asomar la cabeza, y los variables vientos se llevan el invierno en todas direcciones. Pero allí, en Nueva York, se vivía en pleno invierno, y de pronto, a la mañana siguiente, se encontraba uno en plena primavera. La joven iba cada día a su estudio, y conocía ya a muchos individuos del barrio. El portero de la cara sucia se llamaba Dinny King, y la señora King bajó un día a saludarla con sus dos hijos gemelos, uno en cada brazo.

La visitante se sentó en una silla y contempló el trabajo de Susan con ojos inexpresivos, hasta que al levantarse para irse, dijo:

—Usted tiene tiempo para hacer todo esto, como yo digo siempre a Dinny. Pero yo no puedo, señora, con todo el trabajo que me aguarda también en casa.

También conocía Susan a Larry, a Pietro, a Slavga, y Smikey hablaba a veces con ella y le decía los nombres de los otros, señalándolos con su sucio dedo.

—Aquéllos son los Connigan. Su padre ha muerto. Se llaman Minty y Jim. Éste ha estado en un reformatorio. Y ese otro es Izzy... No jugamos con él cada día, sino sólo cuando queremos.

—¿Y a él no le importa? —preguntó Susan.

—No le queda otro remedio que aguantarse —repuso despreciativamente Smikey. Smikey era el cabecilla.

Susan se fue enterando de fragmentos de historias que eran contadas a voces desde las ventanas, por los gritos de gentes que se peleaban o lloraban, y por los curas y médicos que entraban y salían. Una mañana, apareció una mujer reventada en la acera.

—Es la vieja señora Brookes, la del piso de arriba —dijo a Susan el joven Micky King—. Siempre me estaba diciendo que cualquier día acabaría tirándose por la ventana, y hoy lo ha hecho. Mi padre iba a denunciarla, pero ahora ya no podrá hacerlo, pues está muerta.

Era un bello día, un día tan primaveral que seguramente resultó demasiado para aquella retorcida forma de cabello blanco que yacía extendida en la acera.

—¿Puedo hacer algo? —preguntó Susan al policía.

—Nada, señora, a menos que pueda apartar de aquí a esos jóvenes demonios. Creen que esto es un espectáculo para que ellos se diviertan.

—¡Venid! —les gritó Susan—. Vamos a la esquina a comprar helados para todos.

Ella fue la primera en llegar, y después de contar las cabezas de los chiquillos que la habían seguido, pidió un helado para cada uno. Cuando volvieron, la acera estaba limpia, el policía continuaba en su puesto y la gente iba y venía como si tal cosa por el sitio donde la señora Brookes había caído.

Escondida entre la niebla de todas aquellas vidas, Susan continuó trabajando firmemente, sin prisas ni dilaciones, entregada durante largas horas a su absorbente trabajo. Llegaba escoltada por el sol primaveral de la mañana y cuando abandonaba sus herramientas y salía a la calle, la acompañaba el brillante anochecer primaveral. A veces, una súbita lluvia que chocaba contra los cristales de la ventana hacía que levantara un momento la vista. Los ruidos de la calle eran absorbidos por el rumor de la lluvia, hasta que el sol volvía a aparecer y los niños retornaban a la calle para hacer excitantes descubrimientos en los arroyos y en los charcos que se habían formado.

Día tras día, sin desmayo, con el mayor ardor y entusiasmo, Susan cortaba y cincelaba, unas veces separando grandes trozos, otras cortando con tanta suavidad y delicadeza como si estuviese trazando con un pincel las curvas de una rodilla o de un tobillo, y al llegar los primeros días del verano, Susan dio por terminada *La Mujer Negra Norteamericana*.

Delia, haciendo un alto en la limpieza, se echó a reír a mandíbula batiente.

—¡Qué preocupada estaría si yo tuviese ese aspecto! —declaró—. Sentí un gran alivio cuando me dijo usted que iba a hacer una estatua mayor que yo. —Grave y enorme, hacía una pausa—. No me gustaría que nadie pensara que yo no soy una

dama.

—Nadie pensará que esta figura es usted, Delia —contestó Susan.

—No, señora, no lo pensarán, y yo me siento muy aliviada por ello.

Susan sabía que aquella gran figura era solamente la primera de muchas que vendrían después, aunque ignoraba cuántas serían. Todos los días veía en la calle algún rostro que a su juicio merecía ser esculpido en mármol. Pero entre todos, eligió a una mujer sueca que, junto con su marido, regentaba un restaurante. Carecían de servidumbre, así que entre los dos cocinaban, lavaban los platos y servían las mesitas, cubiertas con hules rojos y blancos. En tiempos pasados debían de haber estado arando a lo largo de los desiertos del Oeste tras una yunta de bueyes.

Susan fue allí un día y ante un casero plato de *smörgasbord* que acababan de servirle, preguntó:

—¿Me permitirían usted y su marido que los dibujase a ustedes dos mientras trabajan?

—Claro que sí —contestó cordialmente la mujer—. Sospecho que esto no nos acarreará ningún perjuicio, ¿verdad, Gus?

—No —murmuró el marido con las manos cargadas de platos.

Susan estuvo yendo al restaurante todos los días durante dos semanas, observando, dibujando, oyéndolos hablar a los dos. Terminado este trabajo, rompió los dibujos que había en las paredes y empezó a cortar en el mármol de Paros las figuras que llamaría *Gente del Norte en Norteamérica*. Vestirían antiguos trajes suecos y llevarían con ellos todos los enseres pertenecientes a su civilización que pudieran. Los dos suecos eran altos y delgados, y en sus rostros se reflejaba toda la amargura del viento del Norte.

Smikey, que entró solo un día, pues en la calle hacía demasiado calor, tomó asiento en la silla y contempló atentamente la cabeza que estaba surgiendo del bloque de mármol.

—Es Gus, ¿verdad? Se le parece mucho, sólo que éste es más alto.

Susan hizo un signo de afirmación con la cabeza y continuó arrancando del mármol duras virutas blancas.

Blake se mostró encantador durante todo aquel tiempo. Quizá no estuviesen tan unidos como antes, pero, en cierto sentido, lo estaban más. Después de haber permanecido separados durante todo el día, al reunirse por la noche hablaban animadamente, cosa que jamás habían hecho cuando se pasaban todo el día juntos. Al convivir durante todas las horas del día, no tenían mucho de qué hablar. Se conocían mutuamente, y se comunicaban entre sí por medio de contactos y caricias más bien que con palabras. Pero las palabras son un medio más claro. No había posibilidad de error o, por lo menos, era muy escasa. Susan debería tener un poco más de cuidado en no llegar tarde; eso era todo.

Una noche, Susan regresó como siempre, con los pies cansados de haber permanecido tanto tiempo de pie, y con los brazos doloridos, pero ella no se dejaba vencer por tan poco. Poseía un cuerpo espléndido. Se había quedado demasiado delgada, pero ya iba camino de recobrar la sólida fortaleza que siempre había tenido. Corrió escalera arriba, se bañó y se vistió rápidamente, poniéndose un suave y usado traje de color de alheña. Luego fue en busca de Blake. Su marido había cambiado un poco respecto a ella, pero la joven no lo notaba. Blake no iba ya, como antes hacía, directamente a su habitación para reunirse con ella. Ya no vaciaba su baño, ni le cepillaba el cabello, ni le elegía el traje que debía ponerse. Ahora esperaba ceremoniosamente en el salón hasta que ella bajaba. Y cuando Susan se inclinaba para besarle, él le devolvía el beso rápidamente. Pero Susan no percibía nada de esto. Además, Blake estaba leyendo aquel día un libro sobre la escultura en Yugoslavia. La joven se sentó junto a él y, deslizando una mano entre la de su marido, esperó tranquilamente a que Crowne anunciara que la cena estaba servida. Susan no se preocupaba mucho por aquella actitud de su marido, pues sabía que si se entregaba completamente a él, sería aniquilada, por su anhelo y su pasión, por sus constantes demandas de atención. Cierto que estaban distanciándose un poco, pero así debía ser o, de lo contrario, podía considerarse perdida.

Cenaron solos, y Susan estuvo escuchando a Blake, que explicaba cómo había empleado el día. Terminada la cena, subieron al estudio. Susan observó atentamente el trabajo de su marido, descubriendo instantáneamente lo que quería hacer y lo que había hecho. Blake trabajaba mucho. No se parecía en nada a la manera de trabajar de ella, pero Susan sabía comprender la belleza que se encerraba en aquellas largas y esbeltas líneas, en los ojos oblicuos y en las cejas inclinadas, en las formas que él amaba y que sabía realizar de una forma tan admirable.

—Es la belleza de las matemáticas expresadas por medio de la forma humana —le dijo Susan, y Blake se sintió halagado—. Has expresado algo esencialmente grande —añadió la joven, no sólo porque amaba a Blake, sino porque realmente lo pensaba así.

Al invierno siguiente, en el mismo invierno en que Blake hizo una estatua en yeso de Marcia, modeló también la de Sonia Pravalof, la danzarina rusa que estaba volviendo loco a todo el mundo. Blake trabajaba muy de prisa. En un mes había terminado la figura de Marcia, alta y delgada, con la cabeza inclinada, el liso cabello cayéndole sobre el delgado rostro y sus delgadas manos crispadas. Era Marcia, una Marcia toda sentimiento y emoción, con el cuerpo tan delgado como el de un gato. Marcia empezaba ya a no querer estudiar nada a excepción de la danza, y cuando conoció a Sonia, cosa que sucedió en Navidad, diariamente pedía a su madre:

—¡No me hagas volver a la escuela, mamá! ¡Déjame aprender danza, mamá; danza de veras, como Sonia!

—Sonia es una ignorante —decía John—. Ni siquiera sabe leer de corrido... Por lo menos yo nunca la he visto leyendo un libro.

—A mí tampoco me gustan los libros —respondía Marcia rápidamente, mordiéndose un dedo—. Son como gente muerta. ¡Oh, mamá, déjame bailar! ¡Por favor, por favor!

—La niña debería aprender danza —dijo Sonia dirigiéndose a Susan.

La danzarina iba a menudo a comer, pues no danzaba más que tres veces a la semana. Además, Blake le estaba haciendo su retrato en su famosa terracota, que era como ninguna otra, y la bailarina se mostraba muy excitada a la vista de su cuerpo, que surgía del barro gracias a las manos de Blake. No había quien la sacara del estudio.

Cuando el retrato estuvo terminado, por primera vez desde que se conocían, a Susan no le gustó lo que su marido había hecho. La joven permaneció ante la frágil figura encerrada en un profundo mutismo, mientras Blake, seguro de los elogios de su mujer, esperaba pacientemente.

—¿Soy bella? ¡Creo que sí! —exclamó Sonia con voz apasionada.

La bailarina estaba sentada en el gran sofá de Blake, las rodillas bajo su barbilla, y su fuerte y musculoso cuerpo, sin grasa alguna, encogido bajo el ligero traje de raso blanco.

—¡Oh, Blake! ¡Es usted un genio! ¡Me amo a mí misma en la figura que usted ha hecho de mí!

Pero Susan, poseída de una súbita angustia, exclamó:

—En esa figura hay algo equivocado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Blake.

Susan olvidó en aquel momento que eran marido y mujer, que se amaban todavía el uno al otro. Olvidó incluso que era una mujer que estaba hablando a un hombre. Tan sólo veía que la figura plástica no era Sonia. Blake había estampado su propio estilo en la figura de Sonia. Pero el escultor no había salido de sí mismo para ver cómo era Sonia. Por primera vez, el instinto del artista le había fallado en lo que respecta al material que debía emplearse. Susan intuyó en aquel instante que Blake se vería siempre limitado por sí mismo. Todo lo que eligiera como modelo debería estar hecho a su medida, de lo contrario, su don no le acompañaría en el trabajo. Era un don limitado, aunque extraordinariamente fino.

—No creo que el retrato de Sonia deba hacerse en barro, Blake —dijo Susan mirando a Sonia—. Fíjate en la forma de su cabeza y de su cuerpo. La arcilla no es su elemento, ni ninguna materia plástica. Sonia es glíptica. Lo he pensado a menudo. Su manera de bailar es glíptica, es decir, que se puede esculpir una serie de sus posturas en mármol o en piedra, en piedra de la más dura, incluso de Heptonwood. Ella no es delicada, como tú la has hecho, sino sólida, y la fuerza de su danza reside en esa solidez precisamente. Tú la has atenuado, pues, aunque la arcilla ha podido aprisionarla, ésta no es lo bastante fuerte para ella. Se te ha escapado.

Susan se dio cuenta inmediatamente de que su marido estaba terriblemente enfadado.

—Estás tan emperrada en lo de esculpir que no entiendes de otra cosa —exclamó Blake—. Pero conste que a mí nada se me escapa.

—Pero... si me gusta tu trabajo, Blake —protestó la joven.

—Es lo mejor que he hecho —afirmó Blake.

—La figura de Marcia está mejor —contestó Susan.

La joven podía contemporar, mimar y halagar..., pero en cuanto al trabajo... En lo que tocaba a éste, Susan era completamente honrada. Sonia la miraba con verdadera extrañeza, con sus pálidos y oblicuos ojos llenos de luz en su moreno rostro de mejillas cuadradas.

—¿Usted no ve que esa figura es Sonia? —preguntó la misma Sonia a Susan con expresión vehemente.

—No —contestó Susan—. La estatua no habla con la voz de usted. A mí me parece oír hablar a una estatua cuando ésta rebosa vida. Pero esto parece solamente una estatua. Está muda.

—Sin embargo, voy a presentarla a la Academia —dijo Blake.

—Blake, ¿estás enfadado conmigo? —preguntó Susan.

—No, no estoy enfadado —repuso Blake mirando a Sonia—. Lo que estoy es muy divertido.

Susan sorprendió la mirada de su marido, todavía irritada, sobre Sonia, y, de súbito, también ella se sintió enfadada.

—Sonia, ¿querrá usted posar para mí? —preguntó a la bailarina—. La esculpiré en mármol, y así demostraré a Blake lo que quiero decir.

—¡También usted! —gritó Sonia riendo con su fuerte risa rusa—. Sí. ¿Por qué no? Resultará divertido.

—Vamos a alguna parte —dijo de pronto Blake—. Estoy harto de esta casa.

Fueron a un club nocturno, como Blake deseaba siempre, y Susan observó a Blake mientras bailaba con Sonia. Con la barbilla apoyada en sus manos, la joven estuvo admirando lo bien que bailaba su marido, gozando y recreándose en su belleza. Cuando regresó a la mesa, Blake enarcó las cejas y la miró fríamente. Pero Susan movió la cabeza y sonrió.

—Prefiero observar cómo tú y Sonia bailáis —dijo.

—¡No lo dirá usted de veras! —exclamó Sonia abriendo los ojos.

—Sí, lo dice de veras —afirmó Blake—. Susanne es demasiado sencilla para mentir. ¿Sabes, querida, que no eres muy avisada que digamos?

Se le había pasado el enfado, y Susan se alegró de ello. Además, era cierto que no era muy avisada. Ella no podía explicar lo que pasaba por su cerebro con tanta rapidez y facilidad como Blake y sus amigos. Ella extraía sus pensamientos de las profundidades de sí misma, de su corazón y de sus entrañas. Ella sentía los pensamientos agitarse en sus entrañas. Sólo al final, cuando su sangre conducía lo que ella ya conocía a su cerebro, y sólo si era estrictamente necesario, hablaba de lo que con anterioridad había sentido. La joven sonrió a su marido.

—Bailad de nuevo —les rogó Susan—. ¡Formáis una pareja tan bella!

Blake sonrió y se puso en pie.

—¡Oh, Susan! —exclamó—. ¡Eres la esposa perfecta! Vamos, Sonia.

Empezaron a bailar de nuevo y, sin saber cómo, un círculo de blanca luz se posó sobre ellos, destacándolos de todos los demás. La gente reconocía a Sonia, y Blake se sentía orgulloso de que le vieran al lado de la bailarina. En su rostro había una expresión fría y grave. Parecía no ver a nadie, no sentir a nadie, pero Susan, que le conocía bien, sabía que precisamente porque lo veía todo mantenía aquella inexpresiva expresión y los ojos cerrados. La orquesta, tocando para ellos solos, atacó una lenta y cadenciosa música. Todos tenían los ojos clavados en la pareja. Mientras tanto, Susan dibujaba en el reverso de la minuta, con ayuda de un lápiz que había pedido a un camarero, las suaves y fuertes líneas de Sonia, para luego trasladarlas al mármol. Aquél fue el principio de la *Danza Rusa*, de su serie norteamericana.

Aquella noche, cuando llegaron a su casa, Susan fue la primera en dirigirse al salón y, ya en la puerta, se volvió sorprendida al notar que los otros no la seguían. Entonces, en la semioscuridad del vestíbulo, vio que Blake atraía hacia sí a Sonia y que la besaba rápida y apasionadamente. Susan volvió la vista hacia otro sitio y se dirigió hacia el fuego. Un instante después Blake y Sonia se encontraban también en el salón, riendo alegremente.

—Pide algo de beber, ¿quieres, Susan? —le rogó Blake.

Susan no sentía el calor del fuego, aunque Crowne lo mantenía muy fuerte a fuerza de leños secos... ¡Blake y Sonia! No parecían mostrarse muy emocionados por el beso. Por lo tanto, no era el primero.

—Sí, desde luego —contestó aturdida.

Pulsó el timbre para cumplimentar la petición de Blake. Luego tomó asiento en un extremo del sofá y extendió las manos hacia el fuego. Sentía frío y deseaba reaccionar. Crowne sirvió *whisky* y agua de seltz, y como ella nunca bebía, el criado sólo llenó un par de vasos.

—¡Crowne! —dijo entonces Susan con viveza—. Póngame un vaso a mí, haga el favor.

—Sí, señora —contestó sorprendido Crowne.

Susan, dirigiéndose a Blake y a Sonia, dijo rápidamente:

—Hace mucho frío, ¿no es verdad?

—¡No para mí! —contestó riendo Sonia—. Yo siempre tengo calor. ¡Oh, cuánto sueño tengo! —añadió llevándose una mano a la boca para contener un bostezo—. Llévame a casa, Blake... en cuanto haya bebido un poco más. Susan, estaré en su estudio mañana por la mañana a las diez. ¿Le parece bien? Tengo la ilusión... un deseo... de ser esculpida en mármol. El mármol dura siempre, ¿no es verdad? Cuando yo me haya convertido en polvo y el retrato que me ha hecho Blake esté hecho trocitos como una vieja olla de tierra, mi estatua de mármol existirá todavía.

—Sí —asintió Susan.

No, ninguno de los dos demostraba estar emocionado. Aquel beso no era el primero que se había cruzado entre ellos.

Ya en la cama, la joven esperó a que Blake regresara de acompañar a Sonia. Blake volvió muy pronto, y una vez en la habitación, se sentó en el lecho. Se mostraba tan natural, tan encantador, era siempre tan encantador a las tres de la madrugada, que Susan no pudo decirle: «¿Por qué os besáis tú y Sonia?».

Si lo hubiese dicho, Blake se hubiera encogido de hombros, y habría respondido riendo: «No estás celosa, ¿verdad? Un beso no significa nada, Susanne. Yo estoy dispuesto a dejar que beses a quien quieras».

Y si ella hubiese contestado honestamente: «No deseo besar a nadie más que a ti, Blake», él se hubiera limitado a reír de nuevo y a contestar: «¡Bésame entonces!», y se hubiera inclinado para recibir el beso.

No, ella no le diría nada, pues no deseaba besarle.

—Blake tiene razón, ¿sabe usted, Susan? —dijo Sonia. La bailarina danzaba, manteniendo al mismo tiempo una incesante charla a la vez que cambiaba sin cesar una viva y estática pose por otra—. Es usted muy simple.

—¿Lo soy de veras? —preguntó Susan—. No he tenido tiempo de pensar en ello. Mientras hablaba, su lápiz iba dibujando rápidamente una figura tras otra.

—Blake es así —dijo Sonia.

Empezó a danzar con cortos, nerviosos y abreviados pasos. Todo su cuerpo adquirió el significado de Blake. Era en cierto modo Blake, sin que al mismo tiempo se le pareciera lo más mínimo. Susan dejó de dibujar y esperó. Era imposible dibujar, Susan no sabía cómo expresar lo que Sonia estaba haciendo. Mientras observaba a la bailarina, Susan cayó en la cuenta de que nunca había deseado hacer el retrato de Blake. No podía imaginarse a Blake en mármol. Había en él una evanescencia que no podía ser captada ni plasmada. Sonia danzaba rápidamente.

—Y usted es así —y Sonia se detuvo y empezó a dar pasos que formaban lentos, profundos y elementales movimientos, un poco rígidos—. Tan sencilla, tan parecida a una niña... Carece de vanidad, de coquetería... Blake posee coquetería, pero no Susan. Susan es triste, pero ella no lo sabe. No está triste por sí misma, sino porque sabe que la vida en el mundo es triste y que la alegría es sólo momentánea. La tristeza constituye la verdadera vanidad, la tristeza es la base, y saber esto es conocer la paz.

Pero Susan no escuchaba. Dibujaba tan de prisa como se lo permitía su carboncillo, empleando los atrevidos, gruesos y negros trazos peculiares de su manera de dibujar. La joven no esbozaba nunca. Trazaba una figura tridimensional y sólida, que era siempre la figura que veía hecha en el mármol, aunque la estuviera dibujando sobre el papel.

—¡Ea! —exclamó—. Ya está, ya tengo lo que quería.

Sonia se detuvo y, acercándose a donde estaba Susan, fue tomando una tras otra la

decena de láminas que había dibujado Susan.

—¡Qué diferente me ven ustedes dos! —exclamó—. Pero ¿quién es Sonia? ¿Tengo que creer a Susan o a Blake? ¿Cuál de las dos figuras soy?

Susan no contestó, pues no había oído la pregunta. Andaba entre sus mármoles hacia cierta pieza circular. En toda la mañana había recordado que Blake había besado a Sonia la noche anterior. O, por lo menos, el pequeño dolor sentido en alguna parte de su ser apenas podía ser llamado un recuerdo.

Pero una mañana del mes de mayo, Mary puso al descubierto este dolor sin piedad alguna. Susan estaba terminando la primera de las tres figuras de Sonia esculpidas en un sólido bloque circular. Cada una de las figuras era Sonia en parte, y las tres la formarían completa: Sonia volando en una rígida y bella posición de atrevida gracia. Sonia estática, con los brazos doblados y el pie a punto de dar un paso, y Sonia cayendo como un sauce. El grupo constituía la obra más difícil que Susan había hecho hasta entonces, pues el espacio formaba parte de él. Los cuerpos no se tocaban el uno al otro, pero de la nariz, que era como un pilar, fluía un movimiento que iba a una figura y luego a la otra, de modo que todo era relatado en movimiento continuo. La joven había trazado las líneas con extrema simplicidad, haciendo de Sonia no una mujer, sino una danza.

Mary se presentó a mediodía.

—Me voy a almorzar —dijo—. Además, me marcho a París la semana que viene. Parsdale y Poole me envían allí para dibujar. *Miss Blume*, que es la que va siempre, padece un ataque de apendicitis. ¡Qué suerte para mí!

Estaba más delgada que nunca y muy elegante. Sacó un pañuelo, limpió de polvo la silla y tomó asiento.

—¿Vas a almorzar con Michael? Hace tiempo que no le veo —dijo Susan. Estaba trabajando en el arco del pie de Sonia y continuó haciéndolo.

—¡Oh, Michael! —exclamó Mary—. Está enfadado conmigo.

—¿Quieres decir que os habéis separado? —preguntó Susan levantando los ojos de los pies de Sonia.

—No sé a qué te refieres —repuso Mary que se miraba las uñas de color de vino, en sus pequeñas y morenas manos—. ¿Cómo separamos si nunca hemos estado juntos?

Susan titubeó.

—No me refiero a nada —contestó—, ya que nunca he sabido nada referente a vosotros. No os habéis casado, pero tampoco os habéis casado con otros.

—¡Casamiento, casamiento! —exclamó Mary. Su antigua y profunda reserva había desaparecido, por lo menos en la superficie. Hablaba mucho, y pronunciaba las palabras de una manera nerviosa y viva—. Siempre has estado obsesionada con el matrimonio, Susan. Crees que las mujeres no podemos vivir sin él.

—Es una de las cosas que son necesarias —dijo Susan.

—Pues si yo me caso —continuó Mary—, será algo así como si hiciera un negocio. Quizá lo haga. Lo decidiré cuando regrese de París. Depende.

—Michael se ha mostrado muy paciente.

Y Susan trazó un músculo en el mármol tan suavemente, que pareció como si no hubiera hecho ninguna línea. Pero en el mármol apareció una sombra que recordaba la carne.

—Michael no tiene nada que ver con esto. —La voz de Mary era clara y sin profundidad alguna—. Jamás he pensado en casarme con él. Si me caso con alguien, será con Bennyfield Rhodes.

Susan hizo una pausa en su trabajo y miró a su hermana.

—Nunca he oído hablar de él —murmuró.

—Pues es alguien a despecho de ello —replicó Mary. Sus agudas y bellas uñas repiqueteaban como pájaros carpinteros contra los brazos del sillón—. Es el accionista más importante de la Compañía.

Susan dejó sus herramientas. Estaba arrodillada en el suelo y miró fijamente a su hermana.

—¿Y por eso deseas casarte con él? —preguntó.

Por primera vez se dio cuenta Susan de que, aunque los oscuros y hermosos ojos de Mary recibían sus miradas directamente, no por eso dejaban transparentar sus intenciones. Eran tan oscuros que las pupilas desaparecerían en la oscuridad.

—El por qué me caso, si llego a hacerlo, es asunto de mi sola incumbencia —dijo.

—¿Cuándo te ves con él?

—Viene a la tienda muchas veces.

—¿Qué edad tiene?

—Todavía no ha cumplido los sesenta... y parece más joven.

—Michael debe de estar muy disgustado —dijo Susan.

Se sentía asqueada. En la conducta de la gente no había el menor honor ni dignidad. La antigua dulzura y bondad habían desaparecido de sus corazones. Durante un segundo echó de menos a Mark.

—He sido muy franca con Michael —dijo Mary con entonación vibrante y dura—. Jamás le he pedido nada. Le di todo cuanto podía darle. Él sabía que nunca podría casarme con él.

—Pero ¿por qué, Mary?

Mary se quitó el sombrero y se atusó el corto y liso cabello, volviéndose a poner el sombrero, que ladeó un poco hacia la izquierda.

Luego abrió su bolso, y sacando la polvera, se empolvó su recta nariz. Cuando terminó guardó de nuevo la polvera y cerró de golpe el bolso.

—La que se case con Michael, Susan, tiene que despedirse de todo. Él, en cambio, no se despedirá de nada. Su mujer pasará a ser parte de él. Pero yo te aseguro

que no seré esa mujer. Yo no formaré parte de nadie.

—¿Ni siquiera aunque le amaras?

—No, no lo haría por mucho que le amara. Me resultaría insoportable. Tú no piensas, Susan. Tú sólo sientes. Tú vas adelante en tu vida, sintiendo de un día para otro cuál ha de ser tu camino. Tus ojos no están abiertos y nunca lo estarán. Pero yo, en cambio, hago planes y utilizo mi cabeza. Los sentimientos no sirven para el vivir práctico de cada día. Si me casara con Michael, nunca sabría cuál era mi situación ni el dinero de que dispondríamos. Supongo que cuando muera su madre él contará con algo, pero la madre parece dispuesta a vivir cien años. Él no ganará nunca nada con las cosas que pinta.

—Tú podrías seguir trabajando, ¿no es así? —preguntó Susan.

Recordaba al muchacho llamado Michael, que una vez había ido a su casa hacía mucho tiempo, para dibujar su propio retrato cabalgando hacia un oscuro bosque.

—Claro que podría, pero no lo haría —contestó Mary—. Cuando me case quiero que sea para dejar de trabajar. Si he de seguir trabajando, entonces prefiero quedarme tal como estoy.

Susan volvió a coger el martillo y el cincel. Deseaba trabajar, trabajar intensamente. De pronto se sintió irritada.

—Las mujeres como tú —dijo lentamente—, las mujeres como tú nos hacen retroceder varios siglos. No hay esperanzas para nosotras a menos que aprendamos a desempeñar nuestro papel en la vida. —Golpeaba furiosamente el mármol. Habla dejado de trabajar en el delicado arco del pie y empezó a hacerlo en la masa de la base. El estudio le devolvió el eco de los golpes que daba. Pero, a despecho de su enfado, sabía lo que estaba haciendo. Sus manos, hábiles por naturaleza, volaban—. Odio a las mujeres que no piensan en otra cosa que en sacar todo lo que pueden a un hombre. ¡Acuérdate de Lucile y del pobre Hal! Ella cree que es una mujer respetable. No se le ocurre pensar que ha estado chupando a Hal hasta dejarle seco, sin ser nada. Hal no ha hecho otra cosa en su vida que sustentar a Lucile. Trabaja todo el día para darle de comer y vestirla, y al llegar a su casa por la noche le ayuda a lavar los platos y a meter a los niños en la cama, pues ella está cansada. Tal es su vida. Nadie sabe lo que es en realidad Hal. No ha tenido nunca tiempo de encontrarse a sí mismo. No, Mary, no te cases con Michael. Haces muy bien no casándote con él. Quizá cuando esté seguro de que no puede casarse contigo te olvide y se dedique a ser lo que realmente es, es decir, un gran pintor. ¡Sería una verdadera lástima que le echaras a perder y le obligases a abandonar su vocación y a no ser nada!

Susan fue diciendo todo esto a compás de los golpes de su martillo. Y Mary, con su voz, que era como un frío y tranquilo arroyo, repuso:

—Tu teoría carece de fundamento, Susan. Nadie posee nada, ni siquiera tú —y, haciendo una pausa, añadió con la mayor tranquilidad—: Tú no tienes a Blake, lo tiene Sonia.

Mary se puso en pie.

—¡Ea! —exclamó—. No era mi intención decírtelo. No me atañe en absoluto. Pero lo sé desde este invierno. Todo el mundo está enterado, excepto tú. Y si te lo he dicho ha sido para que vieras que estabas equivocada. De modo que le has perdido. No puedes tenerlo todo, aunque tú siempre has creído que sí podrías tenerlo.

Nada se podía contestar a esto. Mary había levantado el suelo donde Susan se apoyaba. Ésta se quedó sin fuerzas para seguir sosteniendo el martillo, para seguir empuñando el cincel, para seguir cortando la piedra. Dejó las herramientas, y de repente, en la silenciosa habitación, notó que tenía la boca reseca.

—Siempre me has odiado... ¿Por qué, Mary? —preguntó a su hermana.

Sentía como si su lengua se hubiera tomado rasposa.

—No, no te he odiado, Susan —contestó Mary. En su voz había un asomo de piedad—. Pero lo siento por ti: todo el mundo conoce mejor que tú a Blake Kinnaird. Por eso me sorprendí cuando os casasteis hace tres años, en lo que, por cierto, hiciste muy bien. Sonia es la primera amante que, según mis noticias, ha tenido...

—Hizo tres años en junio... —dijo Susan con un bisbiseo.

En un brillante día de junio, ella y Blake habían ido a una pequeña oficina de París y contraído matrimonio. Ella sintió que debía casarse con él y, ni corta ni perezosa, lo hizo.

—Michael dijo precisamente el otro día que no esperaba que la cosa entre vosotros durase tanto. Tú no eres el tipo de mujer que necesita Blake. Tú eres muy sencilla, Susan. Tú no eres como esa gente que le rodea.

Susan se encontraba todavía arrodillada, con los ojos fijos en Mary. Quizá tuviera razón Mary. Era sencilla, demasiado sencilla para Blake, para todos. Sonia le había llamado simple. Sólo a Mark no le había parecido demasiado sencilla. Pero en aquella época Mark era como un niño, pues había muerto muy joven. Y ella nunca había sido capaz de adquirir la rapidez mental de la gente ni aprendido a lidiar con ella. Quizá fuera que en realidad era muy profunda... o bien que soñaba demasiado.

—Bien, hasta la vista —dijo Mary, inclinándose para presentar a su hermana su fría y morena mejilla—. De todos modos, no te preocupes demasiado. Esta negra que tienes aquí es maravillosa... Debo reconocer que estás progresando, Susan.

Susan comprendió que su hermana trataba de ser un poco amable. Pero ya era demasiado tarde. Se alzó del suelo.

—Hasta la vista, Mary —respondió—. Lamento haber dicho lo que dije. Tú sabes bien lo que haces, naturalmente, en lo que respecta a tus asuntos.

Mary, sonriente y segura de sí misma, inició la marcha.

—Creo que sí —contestó.

Cuando Mary se hubo marchado, Susan se sentó en la silla y recordó con un profundo sentimiento de pena y de dolor el instante en que vio a Blake besar a Sonia. ¿Qué significaba aquel beso, cómo y por qué había sido dado? No lo sabía. ¿Por qué iba Blake a quererla besar si no la amaba? No lo sabía. Por lo tanto, Blake debía de amar a Sonia.

«Se lo preguntaré a Blake», se dijo con la mayor simplicidad.

La joven miró el reloj. Deseaba volver a su casa cuanto antes para hablar con Blake. Pero a aquella hora, la una de la tarde, Blake no estaría. Raras veces almorzaba en casa cuando no trabajaba en su estudio, y precisamente en aquellos días estaba dando los pasos para inaugurar otra exposición. Susan sabía que su marido tenía la esperanza de que, después de la exposición, algunas obras fueran vendidas al Museo. Susan dejó escapar un suspiro y sacó del bolsillo de su abrigo el paquete de emparedados que cada mañana le entregaba Crowne con la mayor dignidad cuando ella iba a salir de casa.

—Oh, gracias, Crowne —decía siempre Susan, metiéndose el paquete en el bolsillo.

En cierta ocasión, el criado dijo:

—¿No le gustaría a la señora que le llevásemos el almuerzo a su estudio?

Pero Susan, asustada ante la posibilidad de que los criados se le metieran en el estudio llevando bandejas con comida, respondió rápidamente:

—¡Oh, no! Me gustan mucho los emparedados.

Susan se comió los que había llevado aquel día y luego, acercándose al lavabo, bebió un trago de agua directamente del grifo. Después permaneció un rato inmóvil pensando en lo que debería hacer, y como no se le ocurrió nada concreto, volvió de nuevo a su trabajo. Una vez suspendió su tarea para decirse: «Éste es el cuerpo de Sonia y yo lo estoy esculpiendo en mármol... ¿Cómo es posible?». Permaneció un instante absorta, poco a poco reanudó su trabajo. Más profundo que sus celos de mujer era su deseo de continuar, de terminar lo que había empezado. Aquella mujer no era Sonia, sino su trabajo, su tarea.

Durante la cena, Blake le estuvo hablando de la vejación que para él representaba tratar de persuadir al viejo Joseph Hart de que lo que estaba haciendo no era «un mero juego de barro». Pero cuando hizo una pausa en sus lamentaciones, Susan le preguntó.

—¿Eso es todo, Blake?

—Creo que es bastante para un día, Susanne —contestó amablemente Blake, que ya lo había dicho todo.

No se mostraba distinto de como tenía por costumbre. Mientras hablaba, Susan había estado preguntándose si habría cambiado de veras por dentro. Porque seguramente su nuevo amor debía de haberle dejado alguna marca en su interior. Pero Blake la miraba con sus claros y fríos ojos grises y su mano, al quitar con la uña la ceniza del cigarrillo, no temblaba nunca. Ni siquiera notó la joven que hubiera perdido calidad el beso que le dio su marido al entrar ella en el comedor. Antes de cenar, cuando se encontraba en su cuarto, Susan había sentido el impulso de ponerse el vestido rojo y oro concebido por Blake y que colgaba, intacto y centelleante, en su

armario. Pero se avergonzó de aquellos deseos de coquetería, y pensó que lo que debía hacer, por lo menos, era no ponerse el traje azul, color que a Blake no le gustaba. Al fin optó por un sencillo vestido de terciopelo blanco y, después de cepillarse hacia atrás su largo cabello, se lo anudó como siempre. Pero Blake, que sólo deseaba hablar de la vejación que había sufrido, no reparó en nada de ello.

—Tengo que hacerte una pregunta —dijo Susan.

Se hablan quedado solos un momento. Acababan de servir la ensalada y unos instantes más tarde volverla a reaparecer Crowne.

—¿Sí? —exclamó Blake enarcando sus delicadas cejas negras y mirando a su mujer, aunque ninguna alarma denotó el acento de su voz.

—Mary a venido a verme —continuó Susan—, y me ha dicho que tú y Sonia os queréis. ¿Es verdad?

La pregunta le cogió desprevenido. Blake dejó su tenedor y se limpió la boca con la servilleta.

—¿Y por qué dijo eso Mary? —preguntó.

Empleando el mismo acento tranquilo que su marido, Susan respondió:

—Fue como respuesta a otras cosas que yo dije. No es que viniera a contarme el cuento. Estoy segura de que no era ésa su intención al venir. Pero se disgustó conmigo y...

Susan, que creía estar terriblemente enojada con Blake, se dio cuenta de que no lo estaba. Tan sólo se sintió tan fría como la muerte cuando Blake la miró.

—¿Estás enfadada conmigo? —preguntó Blake.

—No —contestó Susan—. No estoy enfadada..., pero quisiera saber si es verdad o no. Dime lo que sea, Blake.

Pero Blake no podía contarle las cosas de una manera sencilla. Procuraba ganar tiempo desmenuzando migas de pan en su plato.

—Sonia... Sonia ha amado a muchos... Forma parte de su naturaleza... y hasta creo que parte de su arte.

—Te he pedido que me lo cuentes todo sin tapujos de ninguna clase, Blake —volvió a decir Susan.

—Es que no es sencillo de explicar, Susan —contestó Blake—. Sonia no tiene la menor relación con lo que siento por ti, por ejemplo. No negaré que ella atrae a una parte de mi pensamiento. ¿Por qué iba a negarlo? Yo debí quejarme por haberte encontrado en el estudio de David Barnes. Pero no lo hice. Las personas como nosotros... hacemos lo que hacemos porque debemos hacerlo. Nuestra naturaleza nos pide mucho.

Susan le miró llena de perplejidad.

—¿Supones que David Barnes y yo...? —empezó a decir.

Blake movió la cabeza y levantó una mano.

—¡No, no, Susanne! —exclamó—. ¡Te aseguro que no lo pienso! Te tomé como eras, y te conservo como eres... Hagas lo que hagas, serás siempre Susanne.

Era tal la tranquilidad que reflejaban sus ojos y su voz, que Susan se sintió presa de la mayor angustia. Al oír las últimas palabras de Blake cerró los puños. Debía conocer la verdad, la verdad completa.

—¿Quieres decir que tú puedes amar a... Sonia?

—Sencilla Susanne, olvídate de Sonia. Lo que yo pienso de Sonia no tiene nada que ver con nosotros.

—Sí que tiene que ver, Blake. Todo lo que tú pienses y sientas tiene algo que ver conmigo.

Aquello, por fin, estaba claro. Pero Susan experimentó la sensación de que estaba buscando a Blake a través de una tupida niebla. Oía su voz, pero no podía ver su rostro.

—¡Susanne! —exclamó con súbita impaciencia la voz de Blake—. ¿Querrás hacer el favor de no volver a hablar de esto?

—Eso quiere decir que no estás dispuesto a responderme, ¿verdad, Blake?

—No creo que nada de eso te concierna —dijo Blake con seca frialdad.

De pronto adquirió un súbito parecido con su padre, pálido y frío, no falto de amabilidad, aunque incapaz de ir en sus sentimientos más allá de sí mismo. «¡No debes hablar de esto, querida!», dijo una vez la seca voz del viejo señor Kinnaird dirigiéndose a la madre de Blake. Y ella contestó blandamente: «Perfectamente, Arthur. Lo siento». «Entonces, todo sigue como antes», replicó el marido. Y más tarde decía a su hijo: «Fui siempre muy feliz con tu madre, hijo mío». Pero a pesar de ser mucho más joven que su marido, la madre de Blake había muerto hacía años y años. Murió cuando Blake era aún un niño que ni podía recordarla. Pero quizá la madre tuviera tiempo de darse cuenta de que su hijo era una segunda edición del señor Kinnaird y que, por lo tanto, no valía la pena de vivir. Pero no hubiera sido así si ella hubiese tenido algo donde agarrarse... Una voz gritaba apasionadamente en el interior de Susan: «¡Qué suerte tengo al tener a mi alcance algo más aparte de Blake, de disponer de algo además del amor! ¡Si llego a tener sólo el amor...!».

Miró fijamente a Blake, y dijo algo que resultó incluso inesperado para ella.

—No tengo por qué obedecerte, Blake —murmuró, sintiendo como si su voz brotase de sus propias estatuas—. Soy independiente de ti —continuó la voz.

—¡Susanne...!

—No, espera, haz el favor. No he terminado aún. Puedes continuar con Sonia. Pero hasta que no llegues a alguna decisión con ella que puedas explicarme con entera franqueza, harás el favor de dejarme sola.

—¡Susanne! —exclamó Blake—. ¡Eres absurda!

—Podría preguntárselo a Sonia, pero no voy a hacerlo —continuó Susan sin apartar los ojos del rostro de su marido—. Ya me lo dirás tú.

—Yo no te lo puedo decir. Yo no sé nada.

—Entonces esperaré —replicó Susan.

—¡Qué celos tan infantiles y estúpidos! —murmuró Blake—. Susanne, eres

demasiado sencilla para vivir.

—Sí, soy sencilla —asintió Susan—. Necesito que las cosas sean francas y claras. Debo comprender las cosas que me sirven de base. Me casé contigo, y para mí eso significó que no había sitio para nadie más. Como ves, soy tan sencilla como todo eso.

—Tú eres mujer —afirmó Blake.

—Soy más que eso —replicó Susan—. Soy una mujer que trabaja.

Y al decir esto, vio ante ella su tarea, que representaba para ella libertad, seguridad, refugio y expansión, y entonces ya no sintió miedo. Cuando Mark murió, ella continuó viviendo. Aunque Blake amara a Sonia de veras, ella seguiría viviendo.

—Mary no sabe lo que se dice —dijo Susan en voz alta.

—Ciertamente —asintió Blake.

—No lo digo en el sentido que tú —replicó con inusitada firmeza Susan.

La joven sorprendió una interrogación en los ojos de su marido. Crowne entró en aquel momento con nuevos platos y Susan guardó silencio mientras pensaba: «Mary es una tonta al querer dejar su trabajo». Pero continuó comiendo. El alimento, el sueño y un espíritu tranquilo... era cuanto necesitaba para trabajar. Había amado intensa y apasionadamente a Blake durante algún tiempo, y él la había ido destruyendo por medio de aquel amor. Pero ahora no seguiría destruyéndola a fuerza de penas y de dolor. Ella debía alejar de su verdadero ser todas las penas para que de ella no surgiera más que la fuerza necesaria para proseguir su trabajo.

Crowne sirvió el café en la terraza y Blake siguió hasta allí a Susan. Antes de sentarse, Blake levantó la barbilla de su mujer y la besó con brusquedad. Susan no le rechazó ni volvió la cabeza a otro lado. Luego llenó las tazas de café y alargó una a su marido, descubriendo entonces en los ojos de Blake una burlona e interrogante mirada. Con expresión de triunfo, Blake dijo:

—Por lo menos continúas dejando que te bese.

Susan volvió la cabeza.

—¡Está tan hermoso el río! —murmuró.

Era cierto que el río era en aquel momento de una belleza inigualable. Sobre el agua se extendía una ligera niebla demasiado fría aún para el tibio aire de aquella noche, y la niebla comenzaba a ascender formando ondulantes líneas de nubes, por lo que pronto fueron cazadas las estrellas en aquella red de nubes. Era tan bello el espectáculo que el corazón de Susan no tardó en quebrarse de angustia y las lágrimas brotaron de sus ojos. El sollozar interior la obligó a temblar ligeramente. Por lo visto, el amor de Blake le importaba mucho. Todavía le amaba. Permaneció inmóvil un instante contemplando la niebla.

—Pero sigo manteniendo lo que te he dicho antes —dijo al fin con acento firme.

David Barnes, otra vez en Nueva York, contemplaba atentamente las siete

estatuas que Susan había esculpido en su nuevo estudio.

—Son algo enteramente nuevo —murmuró—. No descubro en ellas el menor rastro de influencia francesa.

—Son norteamericanas —repuso Susan.

—Dudo que sepa usted lo que son —replicó Barnes, que tras de una pausa, añadió—: Sea lo que fuere, Blake no ha dejado en usted la menor influencia.

—Sí que ha dejado —afirmó Susan.

—No la veo.

—Ha hecho que fuera más yo misma —contestó Susan, y mientras Barnes escuchaba acariciándose la barba con ambas manos, intentó seguir explicando sus sentimientos—. Utilizo el martillo y el cincel mucho más fácilmente que la lengua, David. Creí, cuando Blake y yo empezamos nuestro amor, que había sumergido toda mi vida dentro de la de él y que todo se había acabado para mí. Durante un año no hice nada. Más tarde, algo que me dijo mi padre me hizo comprender que yo tenía que encontrarme a mí misma de nuevo..., o de lo contrario, moriría sin haber realizado lo que al nacer estaba llamada a cumplir, y que si eso sucedía, no valía la pena de haber nacido... En vista de ello, empecé de nuevo a trabajar. He tenido que hacerlo con entera independencia de Blake, y mientras lo hacía me definía más y más a mí misma de una manera inconsciente, aunque estaba dispuesta a vaciarme de todo pensamiento que no fuera yo misma.

—¡Bien! —exclamó Barnes—. Y ahora yo le pregunto: ¿para qué le ha servido a usted casarse con él?

—Me dio algo de lo que yo carecía —respondió Susan, y al recordar las horas de apasionado amor gozado entre los brazos de Blake, sus labios temblaron y sus mejillas ardieron bajo la penetrante mirada de David Barnes. Pero Susan sabía que no podía apartar, aunque quisiera, su mirada de la de él—. En suma, me transformó en una mujer —añadió.

David Barnes se mesó la barba.

—Susan —empezó a decir con voz suave—, el primer día que entró usted en mi estudio, en aquella vieja casa de campo, hace años, me di cuenta en el acto de que era usted una bella mujer. ¿Pensó usted en ello?

Susan negó con la cabeza.

—No, Dave. Jamás se me ocurrió pensar en tal cosa.

El escultor se había sentado en el desnudo suelo, con las piernas cruzadas, frente a Susan.

—Ya me di cuenta de ello —continuó Barnes—. Yo, por mi parte, tampoco se lo dije. Y cuando usted se encontraba en París y yo la ayudaba permitiéndola que fuera a mi estudio, podía habérselo dicho, deseé decírselo... pero no lo hice. Creía que ningún hombre tenía derecho a decírselo, que ninguno tenía derecho a tocarla por el simple hecho de haber nacido mujer.

—Nunca pensé en ello —repitió la joven—. Nunca soñé...

—Ya lo sé —murmuró Barnes—. Pero si yo hubiera alargado la mano...

—No puedo imaginarme lo que hubiera ocurrido, David —dijo Susan con sonrisa amable y sonriendo.

Barnes se puso en pie y fue a sentarse en el alféizar de la ventana.

—Por lo menos hágame la justicia de creer que nunca alargué la mano. Blake sí lo hizo... aunque no tenía más derecho que yo a hacerlo. Él pensaba tan sólo en sí mismo. Yo, en cambio, pensé en usted.

—Tengo absoluta confianza en usted —dijo Susan.

Pero Blake sí había pedido, y ella había concedido cuanto le pidió y no se arrepentía de ello. No, si las cosas pudieran volver a empezar, ella procedería de la misma forma, pues Blake había sido para ella un complemento. Sin él, ella no hubiera estado completa, le habría faltado algo. Todavía pensaba en él a veces, sintiendo como una oleada de apasionado anhelo. Ella le amaría siempre de la manera unilateral y profunda con que en la actualidad le amaba. Su espíritu estaba alejado del de él, sus seres no se fundían jamás, pero en la forma unilateral y profunda en que un cuerpo se une a otro en un abrazo intenso, agónico y oscuro, ella le amaría mientras durasen los latidos de su corazón.

Pensando en todo esto, permaneció un rato silenciosa mientras David Barnes la miraba con suma atención, hasta que llegó un momento en que el escultor no pudo resistir la mirada de Susan.

—Bien, bajemos a la realidad —dijo bruscamente Barnes—. Tiene usted que exponer estas obras, Susan. Siete... son pocas en realidad. Pero ya recuperaremos aquello que hizo usted en París. Es tiempo de que al fin se lance usted. Siendo una mujer, la cosa no le resultará muy fácil. Tendrá usted que vencer grandes prejuicios. Los críticos esperarán que haga usted trabajitos pequeños. Vamos a tenerles que meter en la cabeza que no hace usted figuritas de adorno para un árbol de Navidad ni soportes para libros. —Se detuvo ante las figuras de Sonia—. ¡Dios santo, qué gran trabajador es usted! —exclamó sin poder disimular su entusiasmo—. ¿Ha visto Blake la estatua de Sonia? —preguntó.

—No, no ha visto ninguna de mis obras —repuso Susan.

—¿Que no las ha visto, dice usted? —murmuró Barnes.

El rostro de David Barnes palideció bajo su barba.

—No —prosiguió Susan—. Ha estado muy atareado... haciendo una cosa tras otra. Supongo que tengo yo la culpa, pues nunca hablo de lo mío. No le he dicho hasta ahora nada sobre mi trabajo.

—¡Hum! —murmuró el escultor mientras sus enormes y ásperas manos jugaban de nuevo con la barba—. Habría sido muy interesante que ustedes dos hubieran expuesto juntos... Aunque en este supuesto, no estoy seguro de que me hubiera gustado estar en sus zapatos. Escuche, Susan. Ya tengo la idea. Tome parte en mi exposición, la exposición de los titanes. Tengo hechos veintiuno y la exposición se celebrará en el mes de noviembre. Le haré un sitio entre ellos. David Barnes y Susan

Gaylord... Debo decir, sin falsa modestia, que resultará un excelente lanzamiento del nombre de usted.

Susan se sintió tan profundamente agradecida ante aquella generosidad, que corrió hacia Barnes y le cogió una de sus grandes manos. Era la primera vez que la tocaba, y le pareció como si tocase el nudoso tronco de un árbol. Barnes, aturdido, correspondió un momento al apretón de manos de Susan y luego retiró la mano.

—¡No sé cómo darle las gracias, David! —dijo gentilmente Susan—. Mi corazón se siente conmovido hasta lo más profundo por su generosidad. Pero yo debo trabajar sola, y mis obras se han de exponer solas. No puedo aprovecharme, asimismo, de su nombre.

—Usted no sabe absolutamente nada sobre esta cuestión —y Barnes se frotó con una mano su enorme y chata nariz—. Yo me he encontrado en medio de todo ese fragor de las exposiciones una vez y otra, y le aseguro que si para un hombre la cosa resulta desalentadora, mucho peor es para una mujer. No la tomarán en serio. Es loco esperar equidad alguna en los juicios. Los artistas son los seres más infernales, envidiosos y egoístas del mundo, y todos intentan hundir a todos. Una mujer no tiene la menor probabilidad de triunfar en esa lucha. Si es buena artista, los hombres rabian. Ya se envidian bastante los hombres entre sí. Pero cuando la rival es una mujer, toman la cosa como una impertinencia. Si la persona que tiene que hacer algo en competencia con los hombres nace mujer, buena le ha caído.

—¿En esta tierra de caballeros? —preguntó Susan sonriendo ligeramente.

—¡Caballeros! —exclamó Barnes con expresión desdeñosa—. La caballerosidad se emplea tan sólo con las damas, Susan, y las damas no representan nunca para los hombres una seria competencia. ¡Pero usted no es una dama, maldita sea! ¡Contemple sus manos!

La joven se miró sus manos. Estaban deformadas y llenas de callos, y tenían las uñas rotas. Hacía precisamente unos días que Blake se las había cogido y luego de contemplarlas atentamente las había soltado con una mueca de disgusto a la vez que exclamaba: «¡Lavandera!». Susan sonrió, pero no dijo nada.

—Posee usted un hermoso cabello ondulado —continuó amargamente Barnes—, pero creo que eso no le servirá de nada con los críticos.

Susan miró sus siete estatuas, y éstas también la miraron a ella. Susan estaba segura de que le hablaban, y ahora también las oyó.

—No siento el menor temor —repuso—. No me importa lo más mínimo ser mujer.

Barnes se sacó del bolsillo la gorra con uno de sus nerviosos ademanes.

—No debería preocuparme por usted —dijo sonriendo de pronto a través de su barba—. Ya veo que está usted en los bosques y al mismo tiempo en la otra orilla. Guarde sus estatuas para su propia exposición. Pero supongo que no se enfadará usted si yo, después de verla, les digo a los críticos unas cuantas cosas llegado el caso.

Estaba ya fuera de la puerta, cuando asomando la cabeza por ella, sonrió por debajo de sus gruesas cejas.

—Escuche, Susan —dijo—. Haría de usted uno de mis titanes. ¡Lo haría si no fuera usted una mujer!

Soltó una risotada y dio un portazo. De pronto, Susan oyó que avanzaba calle abajo con su barba flotando al viento y la gorra ladeada. Iba sacando centavos de sus bolsillos y los tiraba al aire. Los chiquillos brotaban de las puertas y portales y echaban a correr tras él, que caminaba silbando y fingía no verlos.

Cuando su vida con Blake parecía haber sido reducida a la nada, Susan se decidió al fin a hablarle de su trabajo. ¿Sobre qué estaba cimentada su vida, se preguntaba a sí misma, con expresión triste y reflexiva, que ahora, porque su puerta quedaba cerrada por la noche, el día parecía vacío? Pero ello no podía abrir la puerta, no podía hacerlo mientras Blake no dijera nada de Sonia, mientras él no abriera la puerta de su alma para que ella entrara.

Una vez, al separarse a medianoche, Blake sonrió, pero, a pesar de aquella sonrisa, en sus ojos había una expresión de enfado, aunque la voz con que hablara pareciera ligera.

—¿No es esto una especie de chantaje físico, Susanne?

Susan movió la cabeza y le contestó sin ambages, con acento tranquilo:

—No, Blake. La cosa es muy sencilla. El pensar en tu cuerpo me asquea un poco. Eso es todo.

Blake guardó silencio, y Susan se dio cuenta de que le había sorprendido de veras. La joven estaba aprendiendo a saber que la simplicidad y la franqueza era algo que él no sabía cómo digerir.

—¡Muy agradable réplica para una esposa! —exclamó al cabo Blake.

Susan no respondió. Ya en la puerta, Blake se volvió para preguntar:

—¿Es que quieres divorciarte de mí, Susanne?

—¡Oh, no! —contestó tranquilamente Susan—. ¿Por qué me haces esa pregunta?

—Porque ya no me quieres —contestó Blake.

—¡Sí, sí te quiero! —afirmó Susan—. Te amo... Siempre te he amado. Pero tengo que ser única. Mi amor permanece apartado de ti, esperando... No puedo forzarme a mí misma. Me portaría mal si lo hiciera.

Blake la miró fijamente durante largo tiempo y a continuación, cogiéndole la cabeza con sus largas y delgadas manos, la besó en las cejas.

—Buenas noches, Susanne —dijo.

Se alejó de ella y cuando hubo salido, Susan cerró la puerta de su habitación. No había necesidad de echar la llave. Conocía bien a Blake.

Pero Susan no podía adivinar los pensamientos que se ocultaban tras los grises ojos de su marido. Ella no deseaba separarse de él. Lo que le había dicho era la pura verdad, esto es, que su cuerpo le repelía mientras ella no supiera lo que Sonia significaba para él. Ella no podía entregarle su cuerpo mientras la puerta que separaba

sus almas estuviera cerrada. No, no. Sería demasiado vil. Una vez, Trina, en la libertad de la charla entre mujeres, había dicho: «Algunas veces, aunque una esté tan cansada como un viejo gato, ha de procurar ser amable. Los hombres se tornan agrios si una no es dócil. Es el único camino para conservar la paz». Susan, con su cuerpo tranquilo y frío reclinado bajo la luz de la luna que se filtraba por un ángulo de la ventana, reflexionó sobre estas palabras. Pero ella no podía violar las reacciones de su ser, y aquella paz, comprada a semejante precio, no sería paz para ella. Poseía algo precioso en sí misma, algo que era toda ella y que debía ser conservado entero. Ella no era sólo un cuerpo. Era también la energía que, trabajando sin ningún impedimento producido por el dolor, guiaba su imaginación y sus manos para que crearan lo que imaginaba. Ni siquiera podía permitirle a Blake que detuviera aquella energía, pues ésta era el profundo arroyo que corría en lo más escondido de su ser, y cuando se detenía, todo quedaba paralizado y Susan se sentía perdida. Y echada sobre su cama en la enorme y tranquila habitación, Susan buscó en sí misma alguna otra puerta que pudiera abrir a Blake mientras la pasión aguardaba.

Entonces se le ocurrió pensar que ella no había abierto a Blake una parte de su ser. Quizá si lo hiciese encontrarían ambos nuevos lazos de unión. Al llegar el amanecer había resuelto ya hablar a su marido de las siete estatuas que tenía hechas, preguntándole al mismo tiempo su opinión sobre las posibilidades de exhibirlas al público. Tal vez le gustara la idea. No seguiría ocultando a su marido aquella profunda parte de su ser. Se la había ocultado hasta entonces, pero ya no seguiría haciéndolo. Después de tomar esta resolución, se sintió más feliz que horas antes, y al fin se durmió.

A la mañana siguiente le fue muy fácil decir a Blake:

—Blake, ¿te gustarla ver algunas de las cosas que he hecho?

Vestido con un ligero traje de color gris, Blake parecía más guapo e indiferente que nunca. En el comedor reinaba una suave penumbra, y en aquel momento Crowne entró con helados de frutas y café. Susan se había puesto una bata plateada que a Blake le gustaba mucho. Sobre la servilleta había una carta de John, que continuaba en el campo.

La joven se sentía alegre y llena de esperanza y, por lo tanto, empezó a hablar en seguida.

Blake, que había entrado en el comedor momentos antes que ella, se puso en pie al verla, e inmediatamente volvió a tomar asiento. Cuando Susan rompió a hablar, su marido levantó la cabeza.

—Claro que quiero —contestó Blake, y tras una breve pausa, añadió—: A menudo he deseado preguntarte por tu trabajo, Susanne, pero como tú eres una mujer tan independiente...

Blake sonrió al decir estas palabras, pero Susan notó, o creyó notar en su voz un asomo de irritación.

—No creo que lo desearas —exclamó Susan—. Estaba esperando que tú dijeras

algo.

—Pero ¿por qué? Yo te enseño todo lo que hago.

Susan le miró. Tal vez hubiera juzgado mal a su marido.

—No lo sé —contestó al cabo—. Sentí que esa parte de mí estaba separada de ti porque quizá no te gustarían mis obras. O tal vez porque yo soy una mujer —añadió—, y, al ser una mujer, tenía primero que probarme a mí misma..., hacer algo antes de hablarte de mis obras. Sinceramente te digo que no lo sé, Blake. No tengo la menor idea de por qué hago las cosas. Siento que debo hacerlas y las hago. Eso es todo.

—¡Ah! —exclamó Blake—. Ésa es la razón precisamente de por qué eres tan formidable.

—¿Formidable? —murmuró Susan.

—Sí. Uno no te posee nunca por completo.

—No sé qué quieres decir, Blake.

—Quiero decir que como tú no piensas como piensan los demás, vives siempre un poco apartada de todos. No es fácil permanecer junto a ti, Susan. ¿Sabes que casi todos mis amigos te tienen miedo?

—¿Que me tienen miedo? —preguntó asombrada la joven—. ¿Por qué, Blake?

—Creen que tú les criticas, ¿comprendes? La manera que tienes de observarlos...

—Pero si yo no los critico... No es eso. —Susan sintió deseos de echarse a llorar—. Es que no puedo menos que observar a la gente. Lo hago sin darme cuenta.

Estaban hablando como dos extraños, y Susan no pudo seguir soportándolo. Las lágrimas, contenidas hasta entonces, brotaron súbitamente de sus ojos.

—¡No digas que no puedes comprenderme! —murmuró.

Pero Blake, sin mirarla, sin reparar en sus lágrimas, continuó el ataque.

—¿No les gusta a las mujeres mostrarse misteriosas y difíciles de comprender?

Susan se sintió muy alejada de él, muy alejada de todos, tal como su marido acababa de decir. Mientras ella se dedicaba día tras día a trabajar, la gente se le había ido escapando. Ella no tenía tiempo para hacerse con amigos, no tenía tiempo para pasarlo en compañía de nadie. Hasta sus hijos habían sido como relámpagos y fragmentos al comienzo y al final de cada día. Y ahora se encontraba con que también se había alejado de Blake. Éste estaba sentado en el extremo de la mesa, empequeñecido bajo la luz del sol, distante.

—¡Blake, dime algo real! —suplicó la joven—. ¡Háblame!

Si Blake le hubiese hablado en aquel instante, ella hubiese corrido hacia él para arrodillarse a sus pies y abrazarle llorando. «No importa lo de Sonia... Nada importa si continúas teniéndome junto a ti. Yo debo estar junto a alguien».

Pero Blake levantó la vista y, con la misma voz alegre de antes, dijo:

—¿Qué quieres que te diga, Susanne? ¿Qué hoy estás muy bella? Siempre lo estás, y yo te lo digo a menudo. Vamos, acaba de desayunarte, que luego iremos a ver esas maravillosas cosas que has hecho.

Metió los dedos en un cacharro de agua en el que flotaban unos cuantos pétalos de rojas rosas y se los secó luego con la almidonada servilleta blanca, Crowne apareció entonces con un plato de riñones con tocino, y Blake empezó a comer con su invariable apetito. Comía siempre copiosamente y, sin embargo, seguía conservando su natural gallardía.

—Alguien prepara ahora los riñones estupendamente en esta casa —dijo asombrado.

—Me alegro mucho —contestó Susan.

Era cierto que se alegraba. Había pasado muchas y valiosas horas buscando una nueva cocinera, pues los riñones, que a él le gustaban, no estaban nunca en su punto hasta que por fin, el día anterior, Jane le había dicho con expresión sombría: «Señora, yo podría bajar por las mañanas para hacer esos riñones que siempre estropean... Pero tendrá usted que explicar a todos los de abajo que estoy autorizada para ello».

—¡Oh, gracias, Jane! —respondió Susan—. Usted siempre siendo una ayuda para mí.

Y entonces, Jane pronunció unas palabras misteriosas.

—Creo que me necesitará de nuevo uno de estos días.

—¿Nos vamos ya? —preguntó de pronto Blake.

Susan se puso en pie inmediatamente, sintiendo que sus rodillas le temblaban un poco. «No le tengo miedo», se dijo a sí misma, y en voz alta repuso a su marido:

—En seguida me pongo el traje de calle, Blake.

Entraron en el coche y Bantie los condujo solemnemente a lo largo de las cuatro manzanas que los separaban del estudio. Le llevaba al lugar donde se había escondido de él.

—¡Susanne! —exclamó Blake—. ¡Entre todo este ruido y esta suciedad!

—En realidad, resulta muy agradable —se apresuró a contestar Susan—, y dentro dispongo de mucho espacio.

Susan subió rápidamente la escalera delante de su marido y abrió la puerta con llave. Pero cuando Blake entró y empezó a mirar obras, la joven se echó de nuevo a temblar.

—Siéntate, querido —le rogó—. Yo me sentaré en el brazo del sillón.

Blake le obedeció y ella se sentó junto a él expectante, con el corazón palpitando. Cuando David Barnes contempló las obras, Susan estaba segura de ellas, pero ahora que se hallaban bajo la escudriñadora mirada de Blake, no se sentía tan segura.

Las obras parecieron súbitamente reservadas, semejantes a bloques, pesados, enormes. Comparadas con el exquisito y perfecto acabado de las de Blake, las suyas parecían inacabadas.

—Estoy un poco... turulato —dijo al cabo Blake—. Susanne, son enormes. ¿Cómo has logrado hacer todo esto?

—He estado trabajando todos los días, con muy raras excepciones —contestó Susan.

—No esperaba unas estatuas tan grandes —murmuró Blake.

Pero no continuó. En la calle, una bomba de incendios resopló y se oyeron gritos de niños; la vieja habitación tembló toda ella y luego se quedó quieta. Sólo las macizas figuras no se movieron.

—Comprendo tu idea —continuó Blake leyendo las inscripciones—. Una especie de Norteamérica elemental... Raíces, la tierra, las primeras cosas y todo lo demás.

—Algo así —contestó Susan—. Es algo más de sentimientos que de ideas.

Blake pasó un gran rato contemplando el tríptico de Sonia.

—¡Ah! —exclamó con voz más tranquila—. Tú la ves así... como una especie de campesina. Yo la veo de manera muy distinta.

—Es realmente una campesina —sostuvo Susan—. Su padre era un granjero de Croacia. Vivían entre los tártaros.

—¿Ha visto ella tu obra? —preguntó Blake.

Sonia no había estado en casa de ellos desde la noche que Susan y Blake hablaron de ella. Pero, naturalmente, Susan sabía que Blake y Sonia continuaban viéndose, y su marido había hablado ahora con la mayor despreocupación, como si no tuviese nada que ocultar.

—¿Lo has hecho todo en mármol? —preguntó a continuación Blake.

—Sí —repuso Susan, que añadió—: A ti no te gusta la piedra, pero es mi material.

Blake seguía contemplando el fuerte desnudo de Sonia, pero de súbito Susan no pudo soportarlo más.

—¿No te gusta mi negra? —preguntó.

Blake se volvió.

—Sí —afirmó—. Es una obra buena. —Y con una especie de admiración, añadió—: Sí, es realmente buena, Susanne.

Ésta hubiera querido gritar: «¿Por qué te asombras?». Pero se limitó a decir:

—Sí, también me gusta a mí.

Blake se tornó más amable. Le explicó lo que tenía que hacer para organizar su exposición, le dio direcciones y nombres, acabando por preguntarle:

—¿Quieres que me cuide yo, Susanne? ¿Preparo el camino para ti?

Pero Susan movió la cabeza.

—La cosa resultaría muy divertida. Pero deseo hacerlo todo por mí misma. ¿Te importa que utilice mi propio nombre?

—¿Por qué me iba a importar? —preguntó Blake.

Y ya en la puerta, Blake la besó gentilmente y dijo:

—Todo es sorprendentemente bueno a su manera. Sin embargo, no es moderno, Susanne.

—Están hechas de acuerdo como yo veo las cosas —contestó Susan—. Pero ignoro si son modernas o antiguas.

—Ya veo que no lo sabes —dijo Blake paseando su mirada por las figuras—. No

has trabajado con la cabeza, sino con algo más. No sé con qué. En cierto sentido están incompletas. ¿Dibujas primero?

—Sí, pero luego lo rompo todo y trabajo directamente en el mármol.

—¡Ah! —exclamó Blake—. Muy poca gente puede hacer eso. —Susan no llegó a saber si quería decir que ella no era de esos pocos. Pero Blake se inclinó hacia ella y la besó—: Hasta la vista, Susanne.

Blake se había marchado. Pero no, un instante después volvió a asomar la cabeza y dijo con expresión traviesa:

—Me gustaría que hoy almorzaras conmigo.

No almorzaban juntos desde hacía muchos meses. Habían acordado de una manera tácita que seguirían distintos caminos hasta la noche. Susan titubeó mientras le miraba atentamente. Tenía proyectado pasar el día con sus figuras, estudiándolas a fondo para que alcanzasen su última perfección. Si hubiese estado segura de que Blake deseaba almorzar con ella por simple amor, no hubiera dudado ni un segundo en aceptar. Pero el brillo que asomó a sus ojos y afiló su sonrisa la hicieron titubear. Mas no tardó en rechazar sus dudas y temores. No podía juzgarle a la ligera.

—Acepto —repuso al fin con voz tranquila—. ¿Dónde? ¿En casa?

—No, en la «Femme d'Or» —repuso Blake, que se apresuró a añadir—: ¿Te importa que Sonia venga con nosotros?

Se miraron uno a otro. Blake se mostraba francamente pícaro.

—Sí, me importa hasta cierto punto —repuso Susan.

—¡Oh! No será más que una vez —murmuró Blake tratando de coaccionarla con su voz—. Debes venir —prosiguió—. Es la última vez. Se va a Rusia la próxima semana y permanecerá en Moscú todo el invierno.

Avanzó hasta donde estaba su mujer y le dio en el hombro una súbita palmadita, marchándose acto seguido.

Cuando estuvo fuera, las figuras, que se habían mantenido tranquilas mientras Blake permanecía allí, volvieron a cobrar importancia, y Susan se olvidó de él y de Sonia, entregándose completamente a ellas. Sabía cómo se hacía eso. Hacía mucho tiempo, desde que Mark murió, aprendió a hacerlo. Pero entonces no lo hacía tan bien. El poder de su voluntad era casi perfecto. Blake, en cambio, trabajaba siguiendo los caprichos de su estado de ánimo. Había días en que realizaba un enorme trabajo, y otros en que no conseguía someter su voluntad. «¡Dios mío! ¡No podré trabajar nunca más!», gritaba exasperado. No podía hacer lo que no tenía ganas de realizar.

Pero la voluntad de ella estaba siempre presta a someterse a sus deseos. Era como tocar un botón que liberase la energía de una enorme máquina generadora. Levantar la mano para tocar el botón era una cuestión de simple voluntad. Era algo así como anestesiarse voluntariamente. El primer momento... y a renglón seguido, su ser entero, puesto en marcha por su voluntad, se entregaba con ahínco al trabajo, dando de lado todas las demás cuestiones y problemas. Pero lo lograba con ayuda de su energía, no de sus sueños... Susan pulía y suavizaba, pero no muy finamente, pues la

esencia de su estilo era la tosquedad y no la suavidad. Sus figuras surgían de masas de tosca roca o bien se alzaban sobre altas columnas de piedra. Susan se olvidó de todo, y cuando volvió en sí había transcurrido sobradamente la hora del almuerzo.

«No necesitaba ver a Sonia», fue su primer pensamiento, y miró agradecida a sus obras que le habían hecho olvidarse de todo. Susan continuó trabajando, alegre, y sintiendo remordimientos a la vez. ¿Le importaría a Blake que no hubiese accedido a su invitación? No, no le importaría. Quizá tuviera planeada una escena melodramática entre ellos. Solía sollozar como un niño cuando estaba demasiado cansado o cuando una obra en la que había trabajado con todo su entusiasmo le resultaba algo distinta de como la había proyectado. Susan, a cuyos ojos raras veces acudían las lágrimas, se sintió aterrorizada al principio, pues no habla visto con frecuencia llorar a un hombre. Pero más tarde se dio cuenta de que lo que hacía Blake no era precisamente sollozar, sino derramar unas lágrimas tan sin importancia como las de un niño que llora porque no le dan algo que desea en aquel momento. No había en él el menor sentimiento de tragedia. Así que, cuando empezaba a sollozar, Susan le dejaba tranquilamente, sin hacer nada para evitarlo, sin el menor asomo de piedad.

—¡No te importa que llore, Susanne! —dijo una vez Blake con acento de reproche.

—Los sollozos calman tus nervios —repuso Susan.

Y Blake dejó instantáneamente de llorar para decirle:

—¡Qué cruel eres!

A lo que Susan contestó con voz tranquila y firme:

—No lo soy. Pero no me dejo partir en pedacitos por algo de poca importancia.

La joven estaba aprendiendo a preservarse del carácter de Blake, sabiendo que aquellas tormentas pasaban por él como la lluvia del verano. Pero ella no era como su marido. La tempestad la atacaba en sus más profundas raíces y, por lo mismo, se guardaba para no ser destruida... Susan pensó: «Si cuando vaya a casa esta noche le encuentro disgustado y mohíno, le diré la verdad, o sea, que me puse a trabajar y me olvidé del almuerzo. Y si se enfada, dejaré que su ira pase sobre mi cabeza sin concederle la menor importancia».

Pero de repente se abrió la puerta. Susan se volvió al oír el ruido y sus ojos tropezaron con Sonia, que se encontraba bajo el dintel luciendo un vestido blanco de pesada tela. Sonreía, y el verde pálido de sus ojos parecía oscurecido bajo el blanco sombrero.

—¿Puedo entrar? —preguntó la recién llegada.

—Sí —contestó Susan—. Precisamente estaba pensando que no tenía ninguna disculpa que ofrecer por no haber ido a almorzar con ustedes hoy, salvo la escueta verdad, es decir, que me olvidé de que Blake me había invitado.

—¡Que se olvidó usted! —exclamó Sonia—. Déjeme ver sus ojos. Si, es usted franca. Veo que es verdad que se olvidó usted, Susan. No hay ninguna otra mujer en el mundo capaz de olvidarse de que su marido está almorzando conmigo.

Susan miró a Sonia con ojos justipreciadores. Realmente, no podía acusar a Blake, al menos no por completo. Había que estar loco de atar para no ver la alegre boca de Sonia, su ancho y dulce rostro, la completa y floreciente gracia de su esbelto cuerpo, y Blake no era loco.

—No he querido marcharme sin verla a usted antes, Susan —dijo Sonia con su profunda y bien timbrada voz—. Ya sé que piensa usted muchas cosas de Blake y de mí. Sepa que he querido venir muchas veces a verla, pero no me he decidido a hacerlo.

¿Qué había en aquellos bellos ojos de mujer? Susan los escudriñó atentamente. Pero Sonia se había acercado a su retrato y permanecía contemplándolo. Levantó una cuadrada mano de dedos ágiles y acarició su mejilla de mármol.

—Me ha estudiado en tres aspectos. No son bastantes. Yo soy muchos más. Uno de ellos decía: «Ve y cuéntale a Susan...», mientras otro decía: «Tú y Blake os dais el uno al otro algo que necesitáis». Y Blake decía a otro: «Yo no engaño a Susan, Sonia. Susan comprende». Y así sucesivamente.

Sonia se encogió de hombros, sonrió y alzó la mano hacia el tríptico.

—¿Usted y Blake se aman todavía? —preguntó Susan.

—¿Qué es lo que dice Blake? —preguntó Sonia a su vez.

—No dice ni que sí ni que no —contestó Susan.

—Pues yo digo que sí y que no —murmuró Sonia mirando a Susan y dejando escapar una franca y rápida carcajada—. Pero usted no tiene por qué preocuparse. Lo de Blake está terminado. Ahora me voy a mi país por un año o tal vez por dos. Cuando regrese seré otra persona. Nunca soy la misma. Cada año soy una mujer distinta. Vea, incluso me teñiré el cabello de otro color, se lo prometo.

—No puede usted cambiar sus ojos —repuso Susan.

Aquella criatura poseía alguna cualidad que la hacía parecida a Blake, una cualidad no infantil, sino salvaje y mágica en su esencia. Se trataba del temperamento. Pero Susan no era así. Ella no podía crear en medio de relámpagos, de ataques de cólera, de súbitas alegrías y de perversidades. Las estatuas que esculpía o modelaba salían de sus profundos y firmes cimientos, que parecían estar hechos de roca. Toda su vida tenía que someterse a esta base de su ser, de la que brotaba, como un eterno manantial, la energía creadora. A ella no le hacía falta vino para agujonear su energía ni amor para alimentarla, como constantemente necesitaban Blake, Sonia y todos los de su calaña. Ella no tenía otra ansia que satisfacer las simples necesidades de cada día: alimento y sueño y las más simples relaciones con los seres humanos, así como tiempo para reflexionar y trabajar. Susan percibía todo esto y ya no le era necesario saber nada sobre Blake y Sonia. Había olvidado, y este olvido era como un símbolo.

—¡Oh! No se preocupe —dijo Sonia—. Siga su camino, Susan.

—Claro que lo seguiré —repuso Susan—. Ya lo hago.

La risa brilló en los ojos de Susan.

—¡Oh, Susan! —exclamó Sonia—. Recuerde que Sonia no volverá nunca más —continuó, besando a Susan en ambas mejillas con sus rojos y tibios labios—. No hay nadie como usted —añadió—. Usted se encontrará siempre un poco sola porque no hay nadie como usted —añadió—. Pero, en realidad, no está usted sola.

Y, ya en la puerta, le dijo adiós con la mano.

—Yo no la he ofendido; por lo tanto, no tengo por qué disculparme.

Sonia se marchó al fin, pero Susan continuó oyendo las palabras que le habían seguido durante toda su vida; «No hay nadie como usted», decía el eco de las paredes. Ya no luchaba contra aquellas paredes. Ya no la asustaban. Eran la pura verdad. Permaneció sentada durante un rato descansando, luego se puso el sombrero y salió a la calle.

—¡Hola, señorita Gaylord! —gritaron los chicos de la calle.

Era el primer día de calor del año y la boca de riego de la calle estaba abierta, y una docena de delgados y pequeños cuerpos se refrescaban bajo el chorro del agua. Big Will, el policía de servicio, estaba cerca y saludó a la joven llevándose la mano a la gorra.

—Si quedan limpios será por casualidad —dijo el policía sonriendo.

—Me gustaría ser uno de ellos —repuso Susan sonriendo también.

Todos eran amigos suyos. Tenía muchos amigos, pero ninguno era igual a ella. Existen ciertos árboles cuyas raíces se alimentan en los campos donde han crecido y cuyas ramas se extienden en todas direcciones para dar cobijo a quien lo necesita, pero que siempre permanecen solitarios bajo el cielo.

Susan se dirigió hacia su casa, y al poner el pie en el vestíbulo, gritó:

—¡Blake!

Pero no obtuvo respuesta. Y al llegar la noche no tuvo necesidad de decirle a su marido que se había olvidado de su invitación para almorzar, pues Blake no mencionó para nada el asunto. Blake permaneció silencioso toda la velada, leyendo un poco ocioso, y al verle inquieto, Susan dijo amablemente:

—¿Echarás mucho de menos a Sonia?

Blake la miró de soslayo.

—¿Yo? —exclamó—. No pensaba en ella.

—Entonces, ¿por qué estás triste? —preguntó Susan.

—No lo sé —contestó Blake—. Pero me he sentido tan melancólico como el diablo durante todo el día. Siento como si nunca más me fuera posible trabajar.

—Pero podrás —repuso Susan—. Otras veces has pensado lo mismo y a poco has vuelto a trabajar como si tal cosa.

—Nunca me he sentido como hoy, tan vacío por dentro —afirmó Blake.

Se echó en el sofá y cerró los ojos. Tenía el rostro contraído y tenso por efecto de la tristeza que le embargaba. Susan le miró atentamente, interesada por su belleza, aunque sin sentirse conmovida. El mármol no podría reflejar aquella expresión, hecha acaso para el marfil. Blake abrió los ojos de pronto.

—Ven aquí —ordenó a Susan.

Ésta se acercó a su marido y Blake apoyó su cabeza en las rodillas de la joven, a la que rodeó con sus brazos. Susan correspondió al abrazo y entonces notó que Blake empezaba a sollozar en silencio.

—¡Vamos, querido! ¡Vamos, no seas así! —murmuró Susan sin sentir la menor pesadumbre.

Ignoraba qué pena le abrumaba, aunque quizá tampoco lo supiera él. Pero no le rechazó. Blake, arrastrado por algún profundo arroyo de melancolía sin origen, sollozaba, y Susan le mantenía abrazado, esperando pacientemente a que él volviera a sí mismo o quizás a ella. Susan no le necesitaba, pero seguía queriéndole. Si Blake pudiera volver a ella, otro amor distinto del de la necesidad podía crecer entre ellos.

Seguramente Blake volvería a ella. La joven estuvo trabajando firmemente durante todo el verano preparando su exposición, que fijó para principios del otoño, tras de consultar con Blake.

—Noviembre es el mejor mes para un principiante —le dijo Joseph Hart.

Susan fue a verle un día a su vieja casa de piedra oscura, porque así se lo indicó David Barnes.

—Ya he hablado de usted al viejo —dijo David Barnes—. Quiere conocerla. Debe usted ir a verle. Es muy raro que desee ver a alguien.

Pero cuando Susan se encontró en el salón de Joseph Hart, éste fingió que no se acordaba de su nombre.

—Nunca he oído hablar de usted —dijo simplemente cuando Susan estuvo ante él.

Sus habitaciones eran un museo de pintura y escultura. Al principio, Susan no vio con claridad. Vivos y oscuros rostros flamencos surgían de antiguos marcos dorados junto a pálidos paisajes norteamericanos áridos y modernos. De pronto, Susan descubrió en el extremo de la habitación los caballos salvajes de Michael. Era un largo lienzo apaisado y la luz daba de lleno en él. Nueve caballos blancos que parecían de plata volaban a la luz de la luna o a lo largo de un desierto, negro como la noche, guiados por otro caballo, un pequeño caballo de pelo negro, que era el más pequeño de todos y el jefe de la manada.

—No conozco sus obras —decía el viejo Joseph Hart.

—Ya lo sé que no las conoce —repuso Susan sin inmutarse—. Pero ya las conocerá.

—Si lo que usted hace son esas cosas modernas tan especiales, tenga por seguro que no las miraré —replicó Hart.

Todos los entendidos y los encargados de las salas de exposiciones le habían dicho a Susan: «Si puede usted atraerse a Joseph Hart...».

—Está usted contemplando esos caballos —murmuró el viejo.

—Sí —contestó Susan.

—El pintor es Michael Barry —afirmó Hart—. El joven más desigual del mundo. A veces consigue pintar una obra como ésa, puro color, pura forma, pura belleza. Pero luego cambia y hace toda una serie de cosas fantásticas, por ejemplo, mujeres desnudas tendidas sobre rocas.

Susan no contestó. Continuaba mirando los caballos galopando salvajes y libres por el desierto.

—¿Qué materia emplea usted? —preguntó ahora el viejo—. Confío que no sea barro.

—Mármol —repuso Susan, que añadió—: Una vez hice una estatua de bronce.

—¿Y dónde está esa estatua? —preguntó Hart.

—En el Halfred Memorial Hospital.

—¿Hizo usted esa obra?

—Sí. Fue mi primer trabajo serio.

Joseph Hart levantó un vaso de vino que había dejado cuando Susan entró, y se lo bebió en silencio.

—Es lástima que sea usted mujer —dijo al cabo de un momento.

—No, no lo es —replicó Susan—. Nada tiene que ver el que sea una mujer.

—Ya verá usted como sí lo tiene —insistió el anciano—. No logrará usted un primer puesto, a menos que sea mejor que todos.

—Yo no trabajo para eso.

Hart no contestó. Pero luego que se hubo escanciado otro vaso de vino de una esbelta botella, buscó una tarjeta en uno de sus bolsillos y escribió algo en ella.

—Vaya a ver a un hombre llamado Gelwicks a esta dirección —dijo—, y dígame que la envíe yo.

—Gracias —contestó Susan.

Pero Hart le había vuelto ya la espalda, y Susan permaneció un largo momento sola contemplando el cuadro de Michael.

«Debo decir a Michael que lo he visto —pensó—. Debo decirle lo perfecto que es».

Se había olvidado por completo de Joseph Hart.

Era un sala pequeña y sencilla. Susan se había preocupado de todo, y en el último momento llegó de París la *Mujer arrodillada*.

Entre Blake y ella la desempaquetaron. «La desechada», exclamó Blake cuando apartaba las virutas en que venía envuelta. Pero Susan contempló la estatua con ojos críticos.

—¡Claro que no la han admitido! —exclamó con expresión convencida—. Ahora comprendo por qué. No creo que hiciera nada bueno en París. En realidad, no sabía lo que deseaba hacer.

—¿Tenemos que arrinconarla ahora? —preguntó Blake.

—No, déjala. Después de todo, es obra mía.

Entre Susan y Blake se estaba desarrollando ahora una especie de camaradería. Pero Blake no le había vuelto a pedir nada más a Susan. A veces resultaba muy difícil hablar con él, y entonces Susan se ponía a charlar para que el silencio no cayera sobre ellos, aunque tuviera deseos de permanecer callada, tranquila y descansando. Pero si no hablaban, un amargo silencio surgía entre ellos, que no proporcionaba ni descanso ni reposo.

—Creo que debo tener una vieja estatua de Jane que una vez envié desde el campo. Me parece que es bastante buena.

—¡Esa vieja bruja! —exclamó Blake con expresión amable mirando la estatua de la negra—. Levántenla una pulgada hacia la derecha —ordenó a los sudorosos hombres que la estaban colocando, y los hombres obedecieron.

—No, Blake —exclamó Susan—. Eso es demasiado teatral para esa estatua. La luz debe dar de lleno a mis obras, no oblicuamente.

—El mármol para ti, querida —repuso Blake divertido.

Cuando todas las obras estuvieron colocadas en su sitio, Susan y Blake anduvieron por entre ellas.

—No debes preocuparte si los críticos te desaprueban —dijo Blake complacientemente.

—No me preocuparé, puedes estar seguro —repuso Susan sorprendida.

Jamás se le había ocurrido pensar en lo que dirían los críticos. Lo que ella había hecho estaba terminado, fuera de los elogios o censuras de la crítica.

La estatua de Jane llegó el último día. Susan se encontraba sola y la desembaló. Era demasiado cruda y se notaba que era la obra de un novel. Pero era Jane alzando la vista sorprendida de su trabajo, secándose las manos en su delantal. Susan la colocó detrás de la puerta, un poco separada de las demás obras, en un apacible rincón, donde sólo Jane podía estar.

Y cuando terminó de pagar al último de los hombres que las habían transportado hasta allí y colocado, Susan volvió a contemplar sola todas sus obras, desde Jane hasta la última estatua que había hecho, y que era la figura de un minero del oeste de Virginia. Encontró a aquel individuo por casualidad. El minero había ido a Nueva York como delegado de su región a una reunión de trabajadores, y Susan asistió al mitin como asistía siempre a muchos lugares, sin saber qué iba a ver en concreto, sino por el simple deseo de ver gente. El minero echó un discurso, y al terminarse la reunión Susan se acercó a él y le pidió que posara para ella. El minero dejó de hablar mientras posaba con los hombros inclinados y sus enormes y abiertas manos apoyadas sobre su inclinadas rodillas.

—No puedo enderezarme ahora, señorita —dijo—. He estado inclinado demasiado tiempo bajo tierra para hacerlo.

En cierto sentido, la estatua del minero era la mejor obra salida de sus manos. Le

había sentido en su interior deslizándose encorvado bajo tierra. Los ojos del minero parecían estar ciegos, privados de la luz del sol, y Susan se los había hecho así. Sí, cada figura era mejor que la precedente. Ella había avanzado rectamente hacia delante, y aquellas figuras eran sólo el principio.

El día antes de la apertura de la exposición, Susan llevó a John y a Marcia para que vieran sus obras. Los niños se encontraban en casa, pues había ido para pasar las vacaciones de otoño. Pero Susan no les dijo nada de su trabajo, tímida ante ellos de parecer que había hecho algo. Anduvo entre los dos, sensible a cualquier signo o palabra de elogio de ellos, deseosa de obtener su aprobación, sorprendiendo lo que ellos pensaban a la par que ella les daba toda clase de explicaciones.

—A esta estatua la llamo *La Mujer Negra Norteamericana* y esta otra representa el norte de Europa en Norteamérica, es decir, Suecia, y ésta es una muchacha italiana a quien llamo Venus norteamericana, y ésta...

Susan observó la apasionada atención con que John lo miraba todo. El muchacho era ya casi tan alto como ella y lucía su primer traje con pantalón largo. No despegaba los labios, pero permanecía absorto ante cada figura, escuchando lo que decía su madre, observándolo todo y con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. «Si alguna vez se ha parecido a Mark —pensó Susan—, ahora le supera».

—Comprendo perfectamente lo que quieres decir, mamá —dijo conteniendo el aliento—. ¡Eres grande, mamá!

El corazón de Susan saltó dentro de su pecho.

—Pero, mamá, ¿por qué son todas las estatuas tan grandes y tan feas? —preguntó Marcia con cierta irritación—. Incluso has hecho fea a Sonia.

—¡Cállate, Marcia! —gritó John—. Tú no entiendes nada de estas cosas.

—Si entiendo —replicó Marcia haciendo una mueca—. No me gusta esa gente tan gruesa y tan pesada.

La niña hizo una pirueta sobre los dedos de su pie mientras hablaba, girando sobre sí misma con los brazos abiertos y las manos colgando. Entre aquellas sólidas figuras semejantes a columnas, parecía una pequeña mariposa voladora e inestable, algo que si se tocaba quedaría aplastado.

—Toda la inteligencia de Marcia reside en sus piernas —murmuró John.

—Ya lo sé —contestó la cantarina voz de Marcia—. Pienso y siento con las piernas. Cuando danzo soy muy feliz.

Era completamente dichosa al ver que no contemplaban las estatuas de su madre, sino a ella.

—¿Y por qué has puesto aquí esa estatua tan fea de la vieja Jane? —Se arriesgó a preguntar Marcia bailando en dirección a la puerta—. Tiene un aspecto horrible. Bien es verdad que Jane es muy fea.

—Vale mucho, y tú lo sabes —replicó John.

Y en el camino hacia su casa, ya dentro del automóvil, John dijo a su madre con la mayor timidez:

—También yo estoy haciendo el retrato de Jane en madera. No sé por qué me gusta trabajar en madera. Sospecho que es porque el abuelo y yo habíamos trabajado juntos. Jane ha estado posando para mí cada día desde que regresé del colegio.

—¿Puedo ver lo que estás haciendo? —preguntó Susan.

—Yo ya lo he visto —gritó Marcia—. También es feo, porque Jane es fea. John la hizo callar con la mirada.

—Ya conoces el rostro de Jane, mamá. No creo que sea feo.

—Sólo Sonia es bonita —afirmó Marcia con calor—. Sonia y Mary son guapas, y también lo es Blake. ¡Oh!, y yo espero... Yo espero que yo también seré bonita. Mamá, ¿cuándo seré mayor? —preguntó volviendo sus oscuros y suplicantes ojos hacia Susan—. Me moriré si no soy bonita.

—Creo que lo serás —afirmó Susan.

—¡Pues yo no! —repuso John con la mayor descortesía—. Tu rostro me da asco. No piensas más que en ti misma.

—¡John! —gritó Susan.

Luego se volvió para consolar a Marcia. Pero la niña permanecía sentada, muy tiesa e indiferente, y no necesitaba consuelos de nadie.

—No me importa nada lo que John piense —dijo con indiferencia—. Blake me quiere. —Se encontraba ya en su casa, cuya puerta les había sido abierta—. No deseo ver a la vieja Jane en madera —dijo, y se alejó de ellos.

Ya en la habitación de su hijo, Susan dijo:

—Me gustaría, John, que no hablaras así a Marcia.

Susan se quedó sorprendida ante la seriedad y madurez que dejó transparentar la mirada de su hijo al responderle.

—Mamá; debo hacerlo —dijo John—. No se le causa ningún daño. Hay que apabullarla de un modo u otro, pues, de lo contrario, se ensaña con uno y disfruta con ello.

El muchacho sacó del armario un bulto y lo descubrió. Era un trozo de madera colocado sobre un alto pedestal.

—Es una raíz —dijo—. La encontré en el campo y me pareció que tenía un gran parecido con Jane. Mira, sólo he tenido que sugerir el rostro. Las curvas ya estaban en la raíz. Naturalmente, no está terminado.

Susan se olvidó por completo de Marcia. La raíz se parecía sin duda a Jane. John había tallado la corteza y la superficie, y de la retorcida raíz surgía la figura de Jane.

—¡Es maravillosamente bueno! —exclamó Susan.

Estaba orgullosa, orgullosa de su hijo. Ella lo había engendrado, dándole algo de su propio ser. Sus juveniles manos, que acariciaban la suave madera, eran dignas de atención por su delgadez dentro de su tamaño. Eran manos de hombre por la forma, pero infantiles por sus huesos. Su carne se estremeció al contemplarlas y con gusto se hubiera inclinado para besarlas. Pero no lo hizo.

—¿Te gustaría recibir lecciones? —preguntó Susan a John.

El muchacho volvió la cabeza.

—No, no quiero —repuso e hizo una pausa—. No quiero dedicarme a tallar para ganarme la vida. Sólo lo haré para distraerme. Probablemente me dedicaré a estudiar alguna ciencia.

Envolvió con el mayor cuidado la pequeña estatua de madera en el viejo pañuelo de seda.

—Quiero decir que me sería insoportable ganar dinero con esto —continuó—, aunque pudiera hacerlo. —Y dando la espalda a su madre para colocar la estatua de nuevo en el armario, añadió con la mayor naturalidad, cual si se tratase de una persona mayor—. ¿Sabes, mamá? Marcia tiene en realidad el punto de vista de un gato. Sólo piensa en sí misma. Me saca de quicio.

—Es muy joven —murmuró Susan sonriendo.

John había nacido para sentirse una persona responsable y formal en todo momento. Sí, se parecía un poco a Mark en los hombros y de espalda, aunque cuando se volvió hacia su madre el parecido desapareció. La semejanza no estaba en su rostro, sino en algún escondido rincón de su ser.

—Marcia jamás cambiará —afirmó John—. Ha nacido así. A mí siempre me parece como si fuera de terracota, ¿comprendes, mamá? No de madera o mármol, es decir, materias perdurables.

Susan permanecía inmóvil bebiendo con los ojos a su hijo, recreándose en su proximidad, sorprendida ante su inusitada sabiduría.

—Tú y yo deberíamos pasar más tiempo juntos —dijo Susan tímidamente.

El muchacho se sonrojó y su hermosa piel adquirió un tinte escarlata.

—Me gustaría —murmuró—. Pero tú estás muy ocupada. ¿No es así?

—No demasiado —contestó Susan—. Siempre he tenido tiempo para hacer lo que he deseado.

El momento era demasiado dulce y agradable, y Susan lo rompió súbitamente.

—Hablaemos de ello cuando se cierre mi exposición —dijo.

Había dicho en tantas ocasiones: «Cuando se cierre mi exposición», que tuvo el presentimiento de un desgajamiento y de un cambio. Lo sintió tan profundamente y de un modo tan extraño que el mismo día de la apertura fue muy temprano a su estudio y empezó a planear su próxima obra. Había tomado notas para completar la serie norteamericana, cuya primera parte la formaban las siete obras expuestas. Pero cuando quiso ahora ampliar sus notas, éstas le parecieron muy ligeras. Ninguna de ellas merecía verdaderamente que se les diera forma. Además, se le habían terminado los mármoles, y no estaba segura de desear los procedentes de Fane Hill. El día anterior, a última hora, había comparecido el padre de Blake respondiendo a su invitación, para ver la exposición solo con ella.

—Venga a ver sus mármoles —dijo Susan alegremente, abriéndole la puerta por

la tarde.

La última limpieza había sido ya hecha, y todo estaba dispuesto para levantar el telón.

El anciano entró con su suave sombrero hongo de color negro y sus guantes grises en la mano. Juntos habían ido de una estatua a la otra, y ante el silencio que él guardaba, Susan empezó a hablar cada vez más de prisa.

—¿Recuerda usted esto? Es uno de los bloques de Paros. Estas personas trabajan en un restaurante cerca de aquí. ¿No le parecen dos figuras magníficas? El hombre sirve la copa como si fuera un dios que estuviera alimentando a los humanos.

—¡Oh! —exclamó el señor Kinnaird con expresión de duda.

—Y éste es el mármol negro belga —continuó Susan, con la mano apoyada en la rodilla de la negra.

El señor Kinnaird desvió la mirada.

—Es apabullante —murmuró.

Cuando hubo pasado revista a todas las obras, el anciano tomó asiento y las contempló de nuevo desde lejos.

—No puedo decirte lo que siento —dijo con inquietud, pasándose la mano libre por la frente—. Esto es... ¡Las estatuas son tan enormes! Quizá la habitación sea un poco pequeña. Cada una de las estatuas necesita una cantidad de espacio determinada. Tendrían que ser únicas.

Susan titubeó un momento, y añadió:

—Espero que no esté usted arrepentido de haberme regalado los bloques de mármol.

—¡Oh, no, no! —se apresuró a responder el anciano—. Sólo que yo no esperaba cosas tan grandes de una... de una... de una dama. No estamos acostumbrados a tales cosas. Eso es todo. Yo había pensado en un estilo más ligero, más clásico.

—Ya sé que no son bonitas —repuso Susan.

El señor Kinnaird se apresuró a atenuar el efecto de sus palabras.

—Son muy fuertes, querida —dijo—. Resultan muy masculinas en su técnica.

—Yo no creo que los hombres y las mujeres creen de una manera distinta —murmuró Susan.

—Tengo mucho interés en ver lo que dicen los críticos —dijo el señor Kinnaird sin hacer caso de las palabras de Susan.

Ya en el estudio, recordando los asombrados ojos del señor Kinnaird, pensó: «¡Pobre viejo! No le gustan mis obras. Por lo tanto, no aceptaré ningún bloque más de él».

Fue un curioso y variado día. Michael llegó poco después y paseando la mirada alrededor, dejó escapar un silbido.

—¡Son enormes, soberbias! —gritó—. Merecen llegar inmediatamente a cualquier puerto para que demuestren lo que ha avanzado Norteamérica —y a continuación, mirándola con ansiedad, añadió con labios temblorosos—: Susan, Mary

se ha casado.

—¡Oh, Michael!

Susan se dejó caer en una silla, anonadada ante el dolor de Michael.

El joven hizo un gesto afirmativo.

—No quiso casarse conmigo. Pero se ha casado con el viejo Rhodes, un viejo muy decente. ¡Mary!

Hacía esfuerzos para dominarse, pero no lo conseguía. Se sentó junto a Susan y apoyó la cabeza en el hombro de ella, que le abrazó.

—¡Oh, querido, querido! —murmuró Susan profundamente conmovida.

—Soy lo que se llama un estúpido —exclamó Michael—. Es ridículo, pero no he podido dormir en toda la noche. Me llamó ayer, en cuanto llegó, para decírmelo. Él la siguió hasta París. Nada más. Pero yo no creí que ella fuera capaz de hacer una cosa semejante.

Susan sintió las sacudidas del cuerpo de Michael. Sus sollozos impresionaban de veras.

—Si yo fuese usted —susurró Susan con expresión compasiva—, procuraría...

—No puedo olvidarla —dijo Michael con calor—. Por lo tanto, no me diga usted nada.

—No iba a decir eso —contestó Susan—. Lo que quería decirle es que debe usted aceptar su vida tal como es. Todo lo que hay en la vida de usted, está en la vida de usted. Si no puede usted olvidar, no olvide. Usted necesita de todo eso. Del amor y de los fracasos. De todo, en suma. —Y Susan hizo una pausa para pensar en algo suyo—. El renunciamiento es también algo positivo. También es una especie de vida.

Susan le sostenía esperando que se calmara. Pero lo que le iba diciendo a Michael se lo decía al mismo tiempo a sí misma. Lo que Blake le había dado formaba parte de la vida de ella. Pero lo que él hacía no era la vida de ella. Lo que ella tenía y lo que no tenía, formaba la suma total de lo que ella necesitaba.

—Me iré a algún lugar del Norte para pintar —dijo Michael de pronto, separándose de Susan.

Volvió la espalda a la joven y se aclaró la garganta. Susan, por su parte se puso en pie y cogiendo un trapo empezó a limpiar el polvo de la peana de la estatua de Sonia.

—Siempre creí que usted no había encontrado aún lo que deseaba pintar —dijo Susan. Buscaba palabras sencillas y naturales con que poder consolarlo, pero como no daba con ellas, continuó como Dios le dio a entender—. Existen unos temas finales que le cuadran a uno perfectamente. Cuando se encuentran, entonces se puede trabajar desde dentro de uno. Todos esos retratos que ha pintado usted tomando a Mary como modelo... En ninguno de ellos aparece el alma de ella ni, por supuesto, la de usted. Uno trabaja con lo que tiene a mano de momento, pero nada se presenta claro hasta que encontramos nuestro propio camino.

Michael escuchaba, pero permanecía callado.

—Yo me alegro de que Mary se haya casado —continuó Susan con firmeza—.

Pero si se hubiese casado con usted, usted se hubiera quedado para siempre donde está ahora.

—No me hubiera importado lo más mínimo —contestó Michael con voz ronca—. ¿Qué importancia tiene que yo pintara o dejara de pintar unos cuadros?

—Cierto que nadie echaría de menos unos pocos cuadros o estatuas más, un poco más de música, un poco más o menos de cualquier cosa... que no interesa a nadie. Lo que importa, y mucho, es que usted sea más o menos feliz en su vida. Y uno no puede ser feliz a menos que encuentre lo que realmente desea hacer, y, además, lo haga —y Susan hizo una pausa para buscar las palabras apropiadas a lo que deseaba decir a continuación—. Algunas personas son estanques, otras ríos... que se dirigen al mar. Usted es un río, y debe usted fluir sin cesar, no puede quedar detenido por un estanque. Se sentiría usted atado, irritado, disgustado y abrumado por toda suerte de hojarascas y tristezas. Debe usted conservar claro y expedito su cauce.

Todo esto se lo estaba diciendo también a sí misma mientras quitaba el polvo... sólo que ella no importaba nada en aquel instante. Lo que sí importaba era decir algo más a Michael, algo que fuera para él un verdadero consuelo. De súbito recordó algo y, llena de alegría, levantó la cabeza para mirarle.

—¡Michael, he visto sus caballos! —exclamó.

—¿Caballos? —murmuró el joven.

—¡Sus caballos salvajes! ¡El cuadro que compró Joseph Hart!

Por fin supo Michael de lo que se trataba.

—Susan, ¿qué piensa usted de ese cuadro?

—Que es perfecto —murmuró Susan—. Perfecto, nada más. En cuanto fijé en él la vista... sentí...

—¿De veras?

Los ojos de Michael se clavaron en Susan. Ella debía decirle con toda exactitud lo que había sentido al contemplar el cuadro y de este modo él olvidaría a Mary y se sentiría consolado.

—Sentí que era usted libre al fin —murmuró Susan—. El desierto sin fin, el cielo sin fin. Aquella pura y fría luna reflejándose en el agua de la laguna, aquellas formas puras corriendo por la llanura y que nadie ha domado, que nadie domará nunca...

Se miraban mutuamente a los ojos, y un éxtasis de comprensión, que nada tenía que ver con ellos, cruzó entre ambos.

—Ya comprendo —murmuró Michael.

El joven se inclinó sobre Susan, que seguía arrodillada, rozó con su mano la mejilla de la joven y se marchó sin decir una palabra más.

Y cuando Michael estuvo fuera, ella continuó de rodillas un momento más, hasta que, levantándose, fue al teléfono y marcó el número de Mary. Una alegre voz le contestó que el número de Mary Gaylord estaba cambiado, dándole al mismo tiempo el nuevo. Susan volvió a marcar el nuevo número, respondiéndole una agradable y potente voz de hombre que se arrastraba un poco al hablar.

—Deseo hablar con Mary Gaylord —dijo Susan—. Haga el favor —y oyó la voz del hombre que decía: «Mary, encanto, alguien pregunta por ti», y a poco oyó la clara voz de Mary que decía:

—Diga.

—Soy Susan —contestó ésta.

La voz de Mary no cambió de expresión.

—Precisamente iba a llamarte, Susan, para decirte...

—Ya lo sé —repuso Susan—. Me lo ha dicho Michael.

—¿Te lo ha dicho él? Hasta ayer no regresamos. Me decidí de repente.

Su clara voz no admitía la menor equivocación.

—¿Se lo has dicho ya a papá y mamá? —preguntó Susan.

—No. Voy a escribirles hoy mismo diciéndoselo —contestó Mary.

Susan oyó entonces la agradable y fuerte voz varonil de antes, y Mary dijo:

—Benny desea hablarte un minuto. Ha leído esta mañana el anuncio de tu exposición.

En el oído de Susan resonó la fuerte y agradable voz de antes.

—¡Bien, bien, Susan! Estoy muy excitado. Mary no me había dicho que iba a hacer usted una exposición. Vi su nombre en el periódico y le pregunté si se trataba de algún pariente suyo.

«Éste es el marido de Mary», pensó Susan, contestando una frase o dos. Tenía una voz agradable y dulce, amable, un poco, impetuosa, un poco vulgar. Desde luego, él no tenía la culpa de nada. Mary no le habría dicho ni siquiera que Michael existía.

—Sí, naturalmente —contestó Susan—. No, no estoy ocupada. Mañana lo estaré probablemente mucho más. Por lo menos, así lo espero. Podéis venir ahora.

En su receptor resonaron las palabras que cambió el matrimonio y Mary volvió a ponerse al aparato.

—Benny quiere ir en seguida, así que estaremos ahí en cuanto tengamos el coche.

—Estaré aquí todo el día —repuso Susan.

Mientras esperaba su llegada, Susan recordó a Mary, una niña que tocaba el piano, que lo tocaba tercamente una y otra vez equivocándose y que se ponía de mal humor cuando ella le decía que se equivocaba.

—Te presento a Benny —dijo Mary.

La expresión del rostro de su hermana, así como su voz, eran tan afectadas como siempre. Estaba muy elegante con su nuevo traje de terciopelo castaño. Susan apartó la mirada de su hermana para encontrarse con unos amables ojos muy azules, que parecían muy pequeños en un redondo rostro rojizo coronado por finos cabellos blancos cuidadosamente cepillados, y entre los cuales asomaba el cuero cabelludo, de color escarlata. Sintió que le cogían la mano para darle un apretón cordial e impulsivo con una mano gordezuela y húmeda.

—¡Bien, bien! —dijo la potente voz del marido de Mary—. No puedo explicarte lo orgulloso que me siento.

Y el señor Rhodes sacó un pañuelo de seda, se enjugó el rostro con él y se echó a reír.

—Hace bastante frío ahí fuera —dijo—. Pero yo siempre sudo un poco cuando estoy excitado, y encontrarme contigo me excita, ¿no es verdad, encanto? —dijo volviéndose a Mary, que le sonrió ligeramente. Acto seguido miró las estatuas—. ¡Son éstas! —exclamó—. ¡Mary, no me dijiste que tu hermana era una verdadera escultora!

—No he tenido tiempo de hablarte de todo lo de mi familia —repuso Mary.

—Tienes razón —repuso el señor Rhodes de buen humor—. Pero ahora voy a empezar a conocerla. Estoy deseoso de encontrarme con todos, especialmente con tus hijos, Susan. Yo he estado casado antes de ahora. Pero perdí a mi esposa a causa de unas fiebres tifoideas cuando dábamos la vuelta al mundo, y jamás creí que volvería a casarme hasta que vi a Mary en la tienda. —Y de nuevo se echó a reír.

Susan comprendió qué clase de hombre era. Cualquiera podía verlo. Se trataba de una amable y excelente persona que ya no era joven, ni mucho menos, y que siempre sería ingenua e inocente. Susan dirigió a Mary una mirada de reproche, pero Mary soportó la mirada sin parpadear y con arrogancia. Continuaba siendo la niña terca y sombría que siempre había sido.

—¿No tiene Mary un aspecto espléndido? —preguntó Rhodes a Susan, mirando a su esposa con ojos amables y cariñosos. Luego, cogiéndole una mano, le dio unos golpecitos en ella. Mary se había quitado los guantes y Susan vio brillar el anillo de boda y, además, otro anillo de brillantes y Esmeraldas—. El matrimonio le sienta bien —dijo el señor Rhodes.

—Tiene aspecto de que la tratas con toda clase de sinceridad y miramientos —repuso Susan con voz franca.

Sentía simpatía por aquel hombre cariñoso e infantil, y deseaba decirle a Mary que debía ser amable con él, pues era una perversidad ser cruel con el viejo y con el inocente.

—No puedo ser más amable con ella, tal es lo que yo pienso —y el rostro del señor Rhodes adquirió una expresión grave mientras jugaba con la gruesa cadena de su reloj, que quedaba un poco tirante sobre su abultado chaleco—. Nunca es un hombre demasiado amable con una mujer, así lo creo, y cuando una muchacha joven y bella se confía a un viejo como yo... —murmuró interrumpiéndose. Había lágrimas en sus azules e inocentes ojos—. Bien, no puedo hacer todo lo que quisiera por ella. No sé lo que ve en mí. Desde luego, no puede ser gran cosa. —Hizo una pausa y siguió tímidamente—: No me importa decirte que me siento terriblemente humilde cuando pienso en mí mismo. Esta mañana, cuando me estaba afeitando, me miré al espejo y pensé: «Camastrón, ¿qué es lo que te hace pensar que ella pueda amarte?». Tuve que recordarme a mí mismo que si ella no me amara por alguna razón de su

dulce naturaleza, no se hubiera casado conmigo. A menudo me he preguntado, mirando a alguno de los hombres que conozco, por qué sus esposas, mujeres hermosas a carta cabal, se habían casado con ellos. La razón está en su dulce naturaleza femenina —afirmó con temblorosa voz—. Así es que ya no me lo pregunto. Sólo cojo agradecido lo que ella me da. Es una muchacha maravillosa.

Y miró a Mary con verdadera admiración, y ella sonrió con su breve sonrisa, fría e inmóvil en su extraña y secreta belleza.

La joven levantó una mano y tocó la de su marido ligeramente.

—¡Qué amable eres, Benny! —murmuró, y luego, muy rápidamente, dijo a Susan—. Vamos a comprar una casa en la ciudad, Susan. ¿No te parece maravilloso? También compraremos otra en Palm Beach. Benny pasa algunos meses en el Sur durante el verano.

Detrás de la ancha espalda del marido, Susan miró a Mary con graves ojos. Pero los de Mary permanecieron inexpresivos, brillantes e impenetrables. «Me gustaría decirte —pensaba Susan irritada contemplando la dura oscuridad de aquellos ojos— que no debes herir a este amable viejo. Puedes herirle mucho más profundamente que heriste a Michael, pues está indefenso. Debes ser buena con él aunque no puedas ser tierna». Pero Susan sabía que él preferiría la ternura. Pediría humildemente a Mary un poco de ternura, sin comprender por qué se le regateaba, sin alcanzar a comprender por qué no existía en ella. Y el viejo no sería como Michael, que podía retirarse. Él se pegaría a ella cuanto más daño le hiciera, al no tener nadie a quien agarrarse fuera de ella, pues era viejo y no tenía otro refugio. Susan sintió pena por él, y su imaginación se disparó en veloz carrera hacia lo futuro. Se acercó a su cuñado y empezó a explicarle el significado de sus obras con voz cálida y cordial, aunque sabía que él no podía comprender.

—Te contaré la historia de cada una de ellas. ¿Puedo hacerlo? Me gustaría que las comprendieses bien —y mientras hablaba iba pensando: «Seré amable con él. Dejaré que los niños le vean a menudo y que le tomen cariño. Ha de tener algo más que a Mary».

—Sí, ya comprendo —decía Benny con calor—. Pero yo creo que todas estas obras son maravillosas. A fe que me siento orgulloso de ti —exclamó volviéndose a Mary—. Estamos terriblemente orgullosos de ella, ¿no es así, Mary?

Mary sonrió.

—Sí, naturalmente —respondió, e inclinando la cabeza se ajustó un poco las martas cibelinas que llevaba.

—¿Cómo crees que van las cosas? —preguntó Susan a Blake.

—No del todo mal —contestó el joven.

Se habían pasado en la sala de la exposición la mayor parte del día y era ya el atardecer. Durante todo el día habían ido desfilando grupos de gente o personas solas.

No había desfilado una gran multitud, pero tampoco la esperaba Susan. Pero la joven se sintió contenta al notar que la gente que entraba por casualidad para ver las obras de una artista nueva y desconocida se quedaba un rato para contemplarlas detenidamente y hablar en voz baja.

Oyó algunos fragmentos de las conversaciones que los visitantes sostenían, y que unas veces eran críticas, otras elogios y algunas expresiones de sorpresa.

—Son unas estatuas muy grandes —oyó que un joven decía a un señor de cierta edad.

—Sí —admitió el viejo con acento de duda—. Demasiado grandes quizá para ser realizables. Cuando un artista intenta hacer demasiado, la obra puede escapársele por completo de entre las manos.

—No creo que a este artista se le haya escapado nada —afirmó el joven.

—Quizá no —repuso el viejo, que hizo una pausa y añadió—: Parece como si la rudeza implicara más de lo que hay aquí actualmente.

—Yo supongo que esto es verdadero arte —replicó con fiereza el joven.

—Quizá, quizá —dijo el viejo ecuanímicamente—. Pero yo pertenezco a una escuela que preconiza hacer menos y más completo.

—Ya me doy cuenta —dijo el joven con ironía.

Y pasaron de largo. La gente decía una y otra vez:

—No parecen haber sido hechas por una mujer, ¿verdad?

Y algunos se encogían de hombros.

—No comprendo por qué algunos artistas se empeñan en hacer gente tan fea. Mira esa negra tan gorda y tan grande. ¡Qué tosca es!

Ya en su casa, después de la cena, Susan y Blake se miraron y sonrieron.

Había sido un extraño y feliz día, rebosante de una felicidad que Susan no comprendía. Ella había pensado siempre que lo que más importaba en su trabajo era el tiempo que empleaba en realizarlo y que cuando se había concluido, terminaba el placer. Pero ahora se daba cuenta de que esto no era cierto. Su trabajo no estaba completo, ni siquiera para sí misma, según podía comprobar ahora, hasta que lo había expuesto a las miradas de la gente para ser comprendido o no por las miradas de otros seres humanos. Era como el hablar que carece de significación a menos que exista el diálogo. Susan oyó la voz de Blake.

—Ninguno de los críticos importantes ha comparecido aún —dijo—. Si no se presentan mañana, telefonaré a Lee y a Sibert y a uno o dos más que conozco.

—No les digas que soy tu mujer —dijo Susan sonriendo.

—No te causaría ningún perjuicio que se lo diga —contestó Blake con cierta irritación, mirando a Susan con los ojos brillantes.

—¡No, no, Blake! —suplicó Susan.

—¡Perfectamente, mujer independiente! —exclamó echándose a reír.

Pero saltaba a la vista que estaba un poco picado. Susan, al notarlo, pensó que le era imposible soportar el final de aquel día. Fue hacia Blake, que estaba sentado en el

sofá, y se inclinó sobre él, sin pensar en nada más que en hacerle feliz por el momento.

Pero al contacto del cuerpo de su mujer, Blake levantó los brazos y la abrazó, y Susan le sintió más próximo a ella que lo había estado en muchos meses, y se abandonó al abrazo. El trabajo de día estaba listo por el momento. Se sentía satisfecha en lo más profundo de su ser y, por lo mismo, contenta. Pero de pronto, alguna parte de ella, todavía insatisfecha, se volvió contra Blake. «¿Sonia?», se preguntó Susan. Pero Sonia se había marchado. Blake no le había dicho nada de ella y estaba segura de que jamás se lo diría. Pero tal vez fuera esto lo mejor. Sus pensamientos volaban mientras ella se sentía abandonada a aquel apretado y ardiente abrazo. Ellos ya no estarían nunca más completamente unidos. Quizá no fuera posible. Quizá la camaradería que ella soñaba entre el amor y el trabajo no fuera jamás posible en mujeres como ella. Ella debía tomar lo que tuviera y lo que no tuviera. Esto era la vida precisamente: el no tener. Así se lo había dicho a Michael. Todo era parte de todo. Si ella y Blake no podían hallarse más que de aquel modo, ¿no era esto mejor que no encontrarse nunca?

Le parecía estar viendo a Sonia con sus pálidos y apasionados ojos. Pero rechazó la imagen. De todas formas, entre ella y Blake debía existir una ligazón que los mantuviera unidos. Los labios de su marido presionaban los suyos en silencio, apasionados, voraces, y con triste y nueva pasión, Susan respondió una vez más al ardor de su marido.

Pero a la mañana siguiente, al recordar lo que había sucedido, contempló su cuerpo, y al verlo tan blanco a la luz del amanecer, pensó en el mármol y en cómo éste había sido hecho por el lento transcurrir de los siglos hasta quedar dispuesto para ser trabajado, y en cómo las hábiles manos dejan después sus huellas en él, dándole forma para unos cuantos siglos más. Y las manos de ella no eran más que carne y su cuerpo no era más que un momento para utilizar esa energía que existía en ella y no comprendía, pues ella sólo conocía el poder de su trabajo y no el por qué de que tenía que trabajar si tenía que vivir. Y pensando de este modo en su cuerpo percedero se dijo tristemente: «¿Cómo puede ser este cuerpo suficiente para unir en uno solo a Blake y a mí?». Al pensar en Blake aquella mañana, comprendió que su esposo no estaba más próximo a ella que antes. No. Pese a lo que la noche había producido, Blake no estaba más cerca de ella. Sentía ternura hacia él, pero continuaba apartada.

Cuando bajó la escalera, era ya un poco tarde para el desayuno, y Blake estaba leyendo el periódico dominical con las cejas fruncidas.

—Bien, Susanne —exclamó al ver a su esposa—. Veo que tu antiguo amigo se ha adelantado.

Hablaba con irritado acento.

Susan se inclinó sobre él, con su ternura, eco de la de la noche, todavía viva en

ella, y pasó sus brazos alrededor de los hombros de Blake. Pero para Blake la noche había terminado, y arrugó el periódico entre sus dedos.

—¡Barnes! —exclamó—. En cierto sentido es una atención, sin duda alguna.

Susan echó una ojeada a las columnas del periódico.

—«David Barnes elogia a una nueva escultora» —leyó Blake en voz alta—. Se muestra un poco apasionado, a mi juicio, en honor tuyo. Suena a demasiado elogio personal, como si fuese necesario que te jalearan.

Susan ocupó su asiento habitual en la mesa.

—Esto pondrá en movimiento a los críticos —dijo Blake—. De todos modos, quiero llamar a uno o dos de los más influyentes.

—Como gustes —repuso Susan.

—Ya veré —contestó el marido.

Susan no le pidió el periódico. Ya lo leería cuando se quedara sola. Lo apartó de su imaginación y miró a Blake. Éste se mostraba frío, indiferente, aunque sin perder su cortés tono de siempre. Susan comprendió que había aceptado lo de la noche anterior, no como una renovación de sus relaciones, sino como una cosa natural, para obtener la cual él había tenido que limitarse a esperar un poco. Susan apartó la mirada de él avergonzada.

—Será divertido ver lo que ocurre —dijo Blake—. Cualquier cosa que diga David Barnes llama poderosamente la atención. —Y añadió—: Barnes nunca ha comprendido mi trabajo, naturalmente.

Su tono era indiferente, pero Susan percibió un tono de amargura en él, y cuando levantó la vista vio que en los ojos de su marido había una expresión resentida.

—¡Oh, Blake! —exclamó—. Es sólo porque Barnes piensa que yo necesito ayuda y tú no.

—Claro que yo no necesito ayuda en cuanto a mi fama —repuso Blake—. Pero debería elogiarme.

—Creo que si ha hecho eso es porque cree que como soy una mujer voy a ser muy atacada.

Susan le miró, tratando de devolverle su buen humor, pero de pronto se detuvo. Había en ella algo que se humillaba para conseguir la paz, pero que se negó a seguir por ese camino, así que dijo:

—No deseo ninguna ayuda. Me quedo en lo que soy. En la obra de arte no debía contar si se es hombre o mujer —murmuró sonriendo ligeramente—. La creación artística es una especie de cielo donde no se es macho o hembra.

—Te encontrarás con que no hay tal cielo, Susanne —dijo Blake—. Los grandes artistas, los grandes músicos, incluso los grandes cocineros, han sido siempre hombres. Y...

—¡Por favor, Blake! ¡Siempre la misma historia! —exclamó Susan—. Lo dices tú, lo dicen todos los hombres...

—A mi me resulta difícil tomar en serio a las mujeres —añadió Blake sonriendo y

muy dueño de sí mismo.

Susan se enfadó tanto con Blake y con ella misma por seguir aquella estúpida y vieja discusión, que dejó de hablar con su marido. Comió rápidamente y se puso en pie.

—Me voy a ver cómo se presentan las cosas esta mañana —dijo.

—No tardaré en reunirme contigo —replicó Blake.

Era imposible que no quedara el menor rastro de la noche anterior. Y, sin embargo, había sucedido lo que sucedió y ella debía obrar en consecuencia. Se inclinó sobre Blake y le pasó una mano por su suave mejilla. Él no se movió, pero a pesar de ello, Susan le besó antes de marcharse.

Joseph Hart le hablaba al mismo tiempo que se colocaba los lentes sobre su alta y vieja nariz romana y jugaba con la negra, cinta de seda que le caía a lo largo de la mejilla.

—Una sombra más y las obras serían modernas —decía—. Si nuestros engréidos artistas supieran que la diferencia que existe entre el extremo clásico y el extremo moderno es tan tenue... Pero aunque tenue, es muy importante. Contempladas sus obras, declaro que de todos modos ha sabido usted plasmar algo actual. La exposición es muy original... Quizás algunas obras resulten demasiado macizas... Pero se afinará usted al envejecer.

El viejo señor Kinnaird había ido de nuevo a visitar la exposición. El día anterior había estado también allí, y ahora volvía de nuevo. Estaba sentado en un banco y contemplaba las figuras sin pronunciar una palabra, con sus pálidos ojos. La gente había acudido, y desde el momento que Joseph Hart había distinguido a Susan con su conversación, miraban con curiosidad a Susan. De pronto, Susan vio a Blake, que después de hablar con su padre, se dirigió a donde estaba ella. Susan le sonrió débilmente y no dijo nada. Joseph Hart se dirigía a Susan en el mismo tono que si diera una conferencia, y unas cuantas personas se acercaron para oírle, y el viejo, sin darse cuenta, aumentó su tono doctoral.

—No es bastante ser original. Casi todo el mundo es original. La mente de un loco, la mente de un niño pueden producir ideas originales. Pero no transmiten nada en su expresión. Lo que vale en una obra de arte es lo que se transmite. Si no transmite nada, es que no vale la pena.

Blake tomó a su vez la palabra y replicó:

—A veces, la apreciación depende del espíritu de la persona que recibe el mensaje. Quizá sea capaz de recibir solamente lo que es simple y obvio. El arte no puede ser juzgado únicamente por un espíritu receptor.

—Esas dos cualidades que usted ha apuntado pueden no presentarse juntas —contestó Joseph Hart—. A estas estatuas, por ejemplo, yo las llamaría sencillas en cierta forma sólida, pero no obvias.

Blake le lanzó una mirada furiosa.

—Pues son un poco obvias —dijo con arrogancia—, al menos para un espíritu cultivado en lo moderno.

¡Así pensaba Blake! Dominado por la cólera y por los celos, había soltado a Joseph Hart lo que le había ocultado a ella. Porque Susan sabía que nada podía enfadar tanto a Blake como los celos profesionales. Ella le había visto sentir celos de muchos otros. Si también los sentía de ella, entonces nada podría curar la herida abierta en su corazón. Susan no ignoraba que también en Blake la pasión creadora era más fuerte que la del amor. Nunca se encolerizaba más que cuando se sentía herido o injuriado en su amor profesional. Y la nueva herida la había abierto ella sin querer, simplemente porque sus obras habían gustado a un hombre rico, voluntarioso y entendido en arte que, además, tenía mucha influencia. Por lo tanto, Blake nunca la perdonaría.

La joven echó una desolada mirada a la sala de exposiciones. A medida que avanzaba el día iba entrando más gente. Se debía a lo que David Barnes había escrito en el periódico. La gente miraba atentamente, hablaba entre ellas con calor, se agrupaba primero en torno a una figura y luego de otra.

«Pero... ¿qué importancia tenía todo aquello si Blake no la perdonaba?», gritaba entonces en su interior la mujer que había sido la bien amada de Blake. «¿Qué importancia tiene?».

Y Susan contestaba: «Tú no lo eres todo, ¿sabes? Tú eres sólo una parte. Además, hay en ello una certeza y un error. Si mi trabajo es bueno, Blake está equivocado. Es de justicia que saltemos por encima de ti».

Susan se apartó del grupo donde se encontraba y fue a sentarse junto al viejo señor Kinnaird. No se sentía vejada por lo que Blake había dicho. Él tenía completo derecho a decir lo que pensaba. Pero ella estaba segura de que Blake había dicho aquello no a Joseph Hart, sino a ella. Y ya que lo había soltado tal como lo pensaba, no podía retirar las palabras. El grupo continuaba discutiendo. Blake, de espaldas a ella, permanecía muy tieso, mientras Joseph Hart gesticulaba y la ancha cinta negra de sus lentes ondeaba al compás de su mano. Pero la pálida y suave voz del señor Kinnaird resonó en los oídos de Susan.

—He vuelto a ver tus cosas, querida —dijo—. Cada vez me gustan más.

—Me alegro mucho —contestó Susan.

Vio que Hart hacía a Blake una tiesa inclinación de cabeza y que se apartaba de él. Susan supuso entonces que Blake se acercaría a ella, pero no lo hizo. Blake anduvo hasta el final de la sala y, una vez allí, permaneció inmóvil un instante y luego salió.

—No te puedo situar en ningún lugar conocido —decía ahora el señor Kinnaird—. Me siento turbado. No conozco esta técnica. A Blake sí puedo situarle. Es completamente moderno. Pero tú no lo eres. Tampoco eres clásica, ni descubro en tus obras la menor traza de influencia moderna. Querida, ¿qué es lo que tienes en tu

espíritu?

—No lo sé —contestó Susan—. No lo sé. Tampoco puedo situarme a mí misma. Trabajo de la misma manera que respiro... inconscientemente. Voy sintiendo la obra momento tras momento.

—¡Ah! —exclamó el anciano—. Eso te sucede quizá porque eres mujer.

—Quizá —contestó Susan maquinalmente.

Pero no había escuchado al anciano.

—La llaman por teléfono, señorita Gaylord —dijo alguien.

El día estaba tocando a su fin, pero Susan no quería volver a su casa, y permanecía sentada en la sala de exposiciones esperando hasta que se hiciera a la idea de volver a ver a Blake. Al coger el auricular oyó la voz de Crowne, que decía:

—Ha llegado un telegrama para la señora. ¿Se lo leo?

—Sí. Haga el favor —repuso Susan a la vez que se preguntaba de quién podía ser. Crowne leyó lentamente:

«Papá muy enfermo. Ven en seguida. Tu madre».

—¿Debo responder, señora?

—Sí —contestó Susan—. Telegráfeme también a mi hermana al «Hotel Regina», de Palm Beach. Ya sabe usted, a la señora Bennyfield Rhodes.

—Muy bien, señora.

—¿Está en casa el señor Kinnaird? —preguntó a continuación Susan.

—No, señora —contestó el criado.

Susan colgó. La sala estaba cada vez más llena de gente. Susan vio a un individuo delgado y moreno con cara de mal genio que iba tomando rápidas notas de dibujo en un bloque de papel cada vez que se detenía ante una estatua. El viejo señor Kinnaird se había acercado de nuevo a las figuras y contemplaba con la mayor atención a un muchacho italiano. Se había olvidado de Susan, y la joven abandonó la sala sin despedirse de su suegro.

Menos de una hora más tarde, al dejar la casa de Blake, Susan escribió una nota dirigida a su marido:

Queridísimo: Papá está muy enfermo y me marché sin saber dónde encontrarte. —Susan había encargado a Crowne que le llamara a su club, pero Blake no estaba allí—. Me marché recordando la noche de ayer. Ven a mi encuentro si puedes. Te necesitaré muy pronto. No sé con lo que me voy a encontrar. Soy siempre tu SUSANNE.

Cerró la carta y se la entregó a Crowne.

—Dele esto al señor Kinnaird en el momento que llegue —dijo.

El criado inclinó la cabeza y cerró la puerta del coche cuando Susan y Jane hubieron entrado en él. Bantie puso en marcha el automóvil y Crowne entró de nuevo en la casa y cerró la puerta. Susan se alejó de allí llevando grabado en su imaginación

el cuadro de aquella puerta cerrada que acababan de ser sus ojos.

«Si yo creyera en presentimientos y premoniciones... —pensó con súbita turbación—. Pero no, no creo». Se acordó de Blake con repentino y profundo anhelo. El enfado de por la mañana no sería nada. Seguramente, cuando supiera que se había ido, Blake correría tras ella, y era muy posible que en aquella ruinoso y, sin embargo, confortable y sencilla casa, se encontraran como nunca se habían encontrado. La voz de Jane interrumpió sus meditaciones.

—La última vez que estuvimos allá, ya me di cuenta de que tenía mala cara —dijo con un suspiro—. Al fin todos tenemos que morir.

—¡Chist, Jane! —exclamó Susan—. Siempre piensa en lo peor.

—Es que muy a menudo sucede en estos casos lo peor —repuso Jane—. Siempre es mejor esperar lo peor que lo mejor, señora.

Susan no contestó. Sólo quería pensar en Blake. Su marido no podía estar enfadado con ella. Aún seguía pensando en Blake cuando llegaron a la casa de sus padres y Hal Palmer les abrió la puerta.

—¡Hola, Hal! —gritó Susan—. ¿Dónde está mamá?

—Lucile está con ella —contestó Hal. En su transparente y redondo rostro había una grave expresión, y sus pequeños ojos azules estaban llenos de lágrimas—. Sospecho que has llegado demasiado tarde —murmuró—. Ha sido un terrible golpe. Le dejó como ahora está.

Susan se volvió a Jane.

—Telegráfíe a Blake —dijo.

Y quitándose el abrigo, fue al encuentro de su madre.

Hora tras hora, Susan estuvo escuchando silenciosamente el relato de su madre.

Lucile se puso en pie cuando ella entró.

—Me alegro de volverte a ver, Susan —dijo—. Hemos hecho todo lo que hemos podido, pero, claro, la familia hace falta siempre. ¿Dónde está Mary?

—Le he telegrafiado —contestó Susan.

Era extraña la forma en que Lucile y Hal se asociaban a su vida en todas las crisis fatales de su vida. Durante un instante, y más vívidamente que había recordado la noche del día anterior, acudió a su imaginación el momento de la muerte de Mark.

—Ya que has llegado —dijo Lucile en voz baja—, yo me marcharé. Hal ya lo ha arreglado todo, ¿sabes? El sacerdote acaba de marcharse, pero quizá vuelva ahora que estás tú aquí. ¿Han de venir otros miembros de la familia?

—Voy a mandar por los niños —repuso Susan—. Y, naturalmente, mi marido también vendrá.

—¡Oh, que vengan tus hijos! —sollozó la madre de Susan—. Me harán mucho bien. ¡No me queda nada a que agarrarme para seguir viviendo!

—¡Vamos, señora Gaylord, no debe usted hablar así! —exclamó Lucile con su

fuerte y fresca voz—. Tiene usted dos hijas y unos nietos maravillosos, y, además, todos la queremos mucho. Debe usted recordar que ha sido una excelente esposa y madre. No tiene usted nada que reprocharse.

—Lo he hecho todo lo mejor que he podido, según creo —murmuró la madre enjugándose los ojos.

—No ha dejado usted de hacer lo necesario para su familia —continuó Lucile con calor—. Y ahora debe ser usted valiente. Creo que Susan querrá lavarse y arreglarse un poco después del viaje y luego irá a ver a su padre. —Y se volvió a Susan—. ¡Está tan natural! En cuanto exhaló el último suspiro le desapareció del rostro el terrible color rojo oscuro y todo el retorcimiento.

—¿Sufrió mucho?

—No lo sabemos —contestó Lucile—, ya que ignoramos hasta qué punto tenía conciencia de su estado. No dijo una palabra.

—Tuvimos una pequeña discusión —murmuró la madre con los ojos llorosos— por una cosa sin la menor importancia. Ya sabes cómo me llevaba a veces la contraria. Con la edad le había aumentado la manía. En cuanto yo abría la boca, ya estaba contradiciéndome.

—¡Cuánta paciencia tenía usted! —exclamó Lucile suspirando.

La señora Gaylord, con sus hinchados labios temblorosos, continuó:

—Esta mañana quería salir al patio y yo le dije que no debía hacerlo, pues tenía un gran resfriado. Además, le dije que si tenía bastantes fuerzas para salir al patio, también las tendría para bajar a la bodega y encender el horno. Hacía dos o tres días que lo estaba haciendo yo, pues decía que las cenizas le hacían toser. Y de pronto, se encaró conmigo y me dijo que saldría al patio, pero que no tocaría jamás ese horno. Yo entonces le repliqué que no era una criada. Y de repente, su rostro se puso rojo, se le hincharon las venas de aquella forma que siempre se le hinchaban cuando se enfadaba... y cayó como herido por un rayo...

La señora Gaylord volvió a sollozar y Susan vio a través de las palabras de su madre, cómo caía su padre al suelo.

Había muerto a consecuencia de una pequeña pelea sobre un fútil motivo. Pero no fue esta pequeña pelea lo que le había matado. Fue la pesadumbre de toda su vida al verse encerrado en aquella casa construida por él mismo y que odiaba cada vez más.

—He de marcharme —dijo Lucile inclinándose para besar la mejilla de la señora Gaylord—. No dudéis en enviarme a buscar si me necesitáis.

Lucile se marchó y Susan se quedó sola con su madre. Hubiera debido hacer algo para consolarla, pero no podía. Se sentía demasiado acongojada para poder hablar, y lloraba no por la muerte de su padre, sino por la vida que había llevado. La madre, al ver las lágrimas de su hija, empezó de nuevo a gimotear.

—¡Vamos, mamá! —murmuró Susan—. No debemos llorar. Jane irá mañana a buscar a los niños. Y ahora he de ir yo a ver a papá. Tú debes descansar y dejarme a mí que lo arregle todo. Échate en la cama y yo te tamaré y te daré la cena.

Ayudó a su madre a desnudarse y le puso la camisa de dormir, que estaba pasada de moda. Era imposible imaginarse ahora que aquel cuerpo grueso y poco atractivo hubiera sido alguna vez la esbelta y bella forma que había cazado, sostenido y aprisionado durante años la vida de su padre. Pero lo era. ¡Lo era! ¡Qué fácilmente cambiaba la carne y qué fácilmente se desvanecía el encantamiento que ella había forjado de nuevo entre ella y Blake!

Pocos instantes después, Susan se encontraba en la habitación de los huéspedes, que era donde habían colocado a su padre. Yacía sobre el lecho, vestido con su mejor traje oscuro y con sus negros zapatos brillantes; su blanco cabello había sido cuidadosamente cepillado. El rostro y las manos parecían de mármol, y cuando Susan apoyó su mano en el hombro del muerto, le sintió frío y rígido bajo la americana. Era como si hubiesen amortajado a una estatua. Susan no pudo soportar la inmensa tristeza de aquel rostro y se sentó junto a él, empezando a sollozar de nuevo. Sin embargo, no lloraba por su muerte, sino por su vida, por la vida que había tallado en su boca tal tristeza y había puesto huecos bajo los ojos, que le había inspirado sueños de amor en su juventud y más tarde se los había robado; que le había inspirado deseos de visitar islas libres en un azul mar tropical y le había mantenido encerrado en una casa de color pardusco, en una pequeña ciudad. Y la muerte era muy cruel al revelar en él aquella tristeza cuando se hallaba indefenso, cuando ya no podía esconder lo que en su vida había ocultado siempre.

Cuando salió del cuarto, su corazón gritaba apasionadamente: «Todos debemos ser libres. Cada cual debe ser libre para sí mismo. Nadie debía llegar a la muerte sin haber conocido lo que es la libertad».

Cuando entró en la habitación de su madre con la bandeja de la cena, la encontró dormida. Pero el ruido de los pasos de su hija la despertó y tras de un pequeño sobresalto, exclamó:

—¡Cómo, Susan...! ¡Ah, me había olvidado! Siempre que me duermo olvido lo que ha sucedido. —Empezó a sollozar y Susan, dejando la bandeja, la abrazó—. De todos modos —sollozó la anciana—, yo siempre me porté lo mejor que supe.

—¡Claro que sí! —contestó Susan.

Pero en su interior pensaba: «Es cierto que hizo cuanto supo, y esto es precisamente lo que desgarró el corazón».

—¡Nadie podía haber hecho más que yo! —continuó la anciana limpiándose los ojos.

—Nadie —repuso tranquilamente Susan cogiendo de nuevo la bandeja.

Susan sentía unos inefables deseos de regresar a su propia casa, pues el hogar de su niñez no parecía pertenecerle ya. La parte que tenía en ella había muerto con la muerte de su padre. Aquella noche, mientras esperaba, mientras aguardaba a Blake, recordó los años transcurridos y vio que aunque su madre era la que la había

alimentado y cuidado, fue su padre quien abrió las puertas de su vida. Durante años, una y otra vez, siempre que surgía una cosa nueva, su padre decía: «Inténtalo, inténtalo. ¿Por qué no?». Fue el primero en poner un lápiz en su mano y proporcionarle el primer barro para modelar, y ella había sentido su primer deseo de modelar al verle a él tallar en madera pequeños animales y pájaros para distraer a sus hijas. Su madre gritó al ver el barro: «¡Todo ese barro en su delantal y en sus manos!».

El señor Gaylord dirigió a su esposa una de sus acostumbradas miradas. «Yo la lavaré después», contestó, y cuando ella hubo modelado una pequeña figura, que su padre le elogió, fueron al cuarto de baño y él la lavó cuidadosamente las manos, y dijo: «El delantal no hay que lavarlo todavía. Lo guardaremos sólo para el barro. Habrás de usarlo muchas veces». Cogió su pequeño delantal azul y lo subió al desván, donde lo colgó diciendo: «Aquí lo tienes para cuando quieras». Luego colocó una tabla sobre dos sillas, cerca de la ventana, y depositó la pella de barro en ella, junto a un jarro de agua para que hiciera la mezcla. «Puedes venir a trabajar aquí y así no molestarás a tu madre —dijo—. No quiero peleas inútiles si se pueden evitar». Y ella había pasado los años de su niñez junto a aquella tabla.

Todas las innumerables y pequeñas cosas que su padre había hecho fueron surgiendo aquella noche en sus recuerdos. Susan las recordaba perfectamente, y la sensación dolorosa que le había producido la pérdida de su padre se le hizo insoportable, y pensó que Mary se había sentido repelida por la amplitud que existía en él cuando decía: «Inténtalo, inténtalo». Y Mary se había retirado. «No quiero», replicaba instintivamente. «Muy bien —contestaba él con la tristeza reflejada en el rostro. Y cuando Mary se marchaba, su padre le daba a ella un gran abrazo—. Tú eres mi niña, ¿no es verdad, Sue?», exclamaba.

Mary envió aquella misma noche un telegrama diciendo: «Desconsolada. Iré si crees que debo ir. Abrazos, Mary». Pero Susan no contestó.

Cerca de medianoche sonó el teléfono y cuando Susan acudió al aparato pudo oír la voz de Blake.

—¿Susanne?

—¡Sí, querido Blake! —gritó Susan—. ¡Con qué ansiedad esperaba tu llamada!

—Me acaban de entregar tu nota —dijo la voz de Blake, que sonaba débil y lejana—. No he estado en casa en todo el día, y no pensé en llamar a casa. Susanne, me siento profundamente apenado. ¿Cómo estás, querida?

—Estoy... ¡Oh, Blake! ¡Se marchó tan rápidamente...! Cuando llegué, todo había terminado.

—¡Oh, querida! Lo siento mucho. —Y siguió un momento de silencio durante el cual Susan oyó el zumbido de los alambres y aguardó medio sollozando, pues esperaba que él dijera que iba a reunirse con ella. Pero la voz de Blake empezó de nuevo—. Es mucho mejor así. Confío en que mi padre tenga una muerte parecida.

—¡Pero yo no le veré más! —gritó Susan—. ¡La casa se ha quedado vacía!

—Ya lo sé, Susan. —La joven oyó que Blake tosía ligeramente—. Después de todo, era ya viejo. Ya había vivido su vida.

Susan hubiera deseado gritar a través del teléfono:

«¡Oh, no! Estás equivocado. No vivió su vida». Pero no lo hizo. Una especie de terror iba apoderándose de ella mientras escuchaba a Blake.

—No te pido que vengas, Blake, a menos que desees hacerlo.

—Susanne, querida —dijo Blake con voz ligeramente provocativa y un si es o no es apologética—. Yo no asisto nunca a funerales. Dudo incluso que vaya al de mi padre. Supongo que al mío no me quedará más remedio que asistir. Espero que nadie me obligue a ir a ninguno, ni siquiera tú. Asistir a los funerales es una costumbre bárbara. No, Susan, ve tú si quieres. Aunque te suplico que luego tomes el primer tren de regreso. ¡Es tan estúpido entristecerse en estas ocasiones! —Susan no contestó y Blake llamó de nuevo—. Susanne, ¿estás ahí?

—Sí —contestó Susan—. Estoy aquí.

—¿Me oyes?

—Sí, te oigo.

—Comprendes lo que te digo, ¿verdad? —preguntó Blake.

—Sí, perfectamente —repuso Susan.

—Entonces... ¿Puedo hacer algo por ti? Desearía ir, Susanne, pero...

—No —replicó la joven—. No, gracias, Blake. Voy a acostarme. Buenas noches.

—Eso es lo mejor que puedes hacer —asintió Blake—. Buenas noches, Susanne.

La voz de Blake murió en la lejanía y Susan colgó el receptor.

¿Cómo había podido pensar ella la noche anterior —tan sólo habían transcurrido veinticuatro horas— que la carne podía ser un eslabón que uniera a dos seres humanos?

Susan empezó súbitamente a sollozar mientras subía la escalera, y no pudo dejar de hacerlo. Se desnudó, se bañó y se metió en la cama, con el cuerpo tembloroso a consecuencia de los sollozos que la sacudían y que no podía contener. No sabía por qué lloraba con tanto desconsuelo, pero sabía que era por algo más que por la muerte.

Deseosa de tener sus hijos junto a ella, abrió la puerta al siguiente día para dejar paso a John y a Marcia. El pensamiento de aquel instante había apaciguado al fin sus sollozos de la noche anterior. Susan había pensado: «¡John y Marcia llegarán mañana!». Y esta seguridad cayó sobre su desolación como la luz de un gran consuelo. Se sentía atraída por sus hijos con apasionado amor. Eran sus hijos, seres que ella había concebido y a quienes amaba. Pero ya por la mañana se había dicho: «No debo, pensando en mí misma, hacer demasiadas demostraciones de cariño. Debo tener presente que ésta es la primera vez en su vida que se enfrentan con la muerte». Así que cuando les abrió la puerta supo dominar a su corazón y no se les echó encima. En lugar de ello, aunque los besó con todo su cariño para su secreto

consuelo, dijo casi con alegría:

—Entrad, queridos. ¿Tenéis frío? Jane, ¿puedes hacernos chocolate a todos?

Los muchachos se mostraron tímidos ante ella, pues ignoraban que había cambiado. Así que Susan intentó mostrarse con ellos tal como había sido en aquellos últimos tiempos. Pero durante todo el rato, su corazón iba haciendo descubrimientos en ellos: salud y buen aspecto, frescas mejillas y claros ojos. Susan se olvidó de los defectos de Marcia y sólo vio en ella su alada gracia de morena bonita. En cuanto a John, vio que era fuerte y guapo, con los cabellos rubios y los ojos azules, tal como eran los de Mark, pero apuesto y vivo, rápido de movimientos y con los labios de delicado dibujo.

—Jane nos lo ha contado todo, mamá —dijo gravemente el muchacho—. Y nos ha dicho que el entierro es hoy.

—¿Asistiremos nosotros? —preguntó Marcia.

—Sí —contestó tranquilamente Susan—. La abuela se sentiría ofendida si no lo hiciéramos, y no hay razón para que no lo hagamos, ya que queremos tanto a la abuela. Venid a verla. Está en su cuarto metida en la cama.

Los muchachos avanzaron tímidamente y se detuvieron ante el lecho. Su abuela les cogió las manos y estalló en sollozos.

—¡Sois todo lo que me queda! —murmuró.

John y Marcia volvieron sus apenados ojos hacia Susan. Ésta se sentó en la cama, y lo mismo hizo John, que empezó a dar golpecitos en la mano de su abuela.

—Lo siento mucho —dijo con la voz ronca—. Muchísimo.

Pero Marcia permaneció inmóvil, contemplando el trastornado rostro de su abuela.

—Claro que te quedamos nosotros —respondió Susan a su madre con acento cariñoso y amable—. Todos tenemos una porción de motivos para vivir. Nos tenemos los unos a los otros y, además, muchas otras cosas. Ahora, mamá, vas a beber algo caliente y luego te levantarás y todos daremos un paseo.

—¡Oh, yo no puedo hacerlo! —sollozó la anciana—. Y además, no estaría bien visto.

—No necesitamos pasear por la ciudad —dijo Susan—. Podemos pasearnos por el campo. Marcia va a decirle a Jane que nos sirva el chocolate aquí.

Su práctica voz le calmó, tal como esperaba que ocurriera, y Marcia salió de la habitación.

—¿No van los niños a verle antes... antes de que...? —murmuró la anciana dirigiéndose a su hija.

Susan miró a John.

—¿Quieres ver a tu abuelo tal como está ahora, querido? —le preguntó.

El muchacho miró a su madre con los ojos muy abiertos. Se había puesto un poco pálido.

—¿Puedo contestarte dentro de un rato? —preguntó.

—Sí, naturalmente —contestó Susan.

—¿De qué se trata? —preguntó Marcia entrando de nuevo.

—Le estaba preguntando a John si quería ver al abuelo —repuso Susan con voz tranquila.

Marcia, que atravesaba la habitación para acercarse al lecho, se detuvo a medio camino.

—Yo sí —dijo con calor—. Nunca he visto a una persona muerta.

—La chiquilla no tiene la menor idea... —murmuró la abuela cerrando los ojos.

—Perfectamente —contestó Susan.

—Pues vamos ahora —exclamó Marcia colocando su fina manita en la de su madre.

Ésta se puso en pie y las dos echaron a andar. Susan vio que su hijo las miraba con expresión titubeante, pero no las siguió.

Susan, sin decir una palabra, guió a Marcia hasta la habitación de los huéspedes, y permaneció unos instantes junto al lecho en compañía de la niña. Susan volvió la cabeza para contemplar el rostro de su hija, esperando sorprender en su cara una expresión de miedo. Pero Marcia no daba señales de sentir el menor temor.

—¡Tiene un aspecto de terrible quietud! —dijo al cabo de un momento.

—Sí —contestó Susan—. Y supongo que eso es la muerte: una completa quietud. Marcia permaneció unos instantes silenciosa.

—La abuela no puede decir ahora que yo no tengo la menor idea —dijo. Susan no contestó y permanecieron allí un rato más—. Ahora quiero irme —murmuró Marcia.

Salieron, encontrándose a John junto a la puerta.

—No quiero verle —murmuró.

Tenía los labios pálidos y temblaba.

—En ese caso, él no hubiera querido que le vieras —repuso Susan.

—La última vez que él... que yo le vi, estaba haciéndome mi barca, mis tres palos... Se reía, y cuando me despedí de él me dijo que me enviaría el barco tres o cuatro días después, como así lo hizo. ¿Crees que le hubiera producido mal efecto saber que yo no iba a entrar a verle muerto?

—Lo mejor es que te acuerdes de él tal como lo recuerdas —dijo Susan—. A él le hubiera gustado saber que le ibas a recordar haciéndote el barco.

Y apoyando la mano en el brazo de su hijo, le apartó de allí lentamente.

Por fin, de lo más íntimo de su propio ser, le llegó el consuelo. Bajo la fría y clara luz del sol de aquel día de noviembre, le llegó el consuelo. Su padre estaba muerto, pero de su muerte surgía una vida, una vida que ella crearía. Ella haría y dedicaría a su padre el mejor trabajo que nunca hiciera, un trabajo que brotaría de los recuerdos que ella tenía de su padre. Del sentimiento producido por la pérdida de su padre surgía atrevidamente una clara llama, el intenso y profundo éxtasis conocido por ella

desde los días de su niñez. La idea le asaltó mientras permanecía inmóvil aquella tarde ante la abierta tumba, con su madre apoyada en su brazo y sus manos en el juvenil brazo de John. Susan miraba al cielo, encendido por una temprana puesta de sol, sin ver a nadie de los que le rodeaban, sin oír la música y las palabras. Estaba recogida en el silencio de su propio ser, mientras sacaba del barro del muerto cuerpo de su padre una duradera imagen.

En sus oídos resonaron los fúnebres golpes del martillo sobre la madera.

—Polvo al polvo...

Las palabras eran un eco de lo que ella sentía. No veía ni escuchaba.

«Lo haré en mármol sin vetas», pensaba entregada por completo a aquella solemne exaltación. Y con los ojos interiores vio ya la estatua de su padre terminada, la oyó hablar, y, olvidándose de la ávida tierra que se tragaba su verdadero cuerpo, Susan sonrió y levantó la cabeza.

Blake le había dicho por teléfono: «Toma el primer tren». Pero ella no pudo hacerlo. De nuevo en la vacía casa, los muchachos se miraron el uno al otro, sin saber qué hacer. Y Susan, durante esta pausa, sintió, que su deseo daba forma a la variedad.

—¿Qué diríais si nos fuéramos todos a la granja unos cuantos días?

Jane se adelantó a contestar:

—Es una idea excelente, señora, si me hace el honor de apreciar mi opinión. Estando allí, la cosa no parecerá tan mala. Yo ya limpié perfectamente durante el verano, como hago siempre.

—Sí —dijo John—. Sí, mamá.

—Yo no me acuerdo ya de cómo es la casa —exclamó entonces Marcia.

—Me importa poco donde tenga que estar durante una temporada —dijo suspirando la abuela.

Metieron en el coche ropas de cama y alimentos, y se fueron inmediatamente. En el último momento, Lucile había telefoneado.

—Iré esta noche. La primera noche es tan triste... Lo sé de cuando mi madre murió. Entonces se siente que el cuerpo se ha marchado.

—Nos vamos todos a la granja —contestó Susan.

Y colgó el receptor sin esperar respuesta. Luego cerró la puerta y corrió al coche, donde ya la esperaban. Les convendría estar atareadas haciendo las camas, limpiando y cocinando... Sería un bálsamo para todos ellos entregarse a hacer aquellos vulgares quehaceres. Al día siguiente convencería a su madre de que debían continuar atareadas, y los muchachos podrían correr por los alrededores. Dejarían de ir a la escuela un poco de tiempo. Los necesitaba a su lado. Susan guió el coche, a través de la noche, hasta el extremo de la ciudad y bajó por el camino que ella había bajado una vez para encontrar a Mark enfermo. Y a continuación, como aquel mismo día, ascendió por el sendero cubierto. Las ramas permanecían entrelazadas por encima de

ellos, desnudas bajo el oscuro cielo de la noche. Las estrellas brillaban, pero no había luna. Por fin llegaron al familiar pórtico y Jane sacó de su bolso una gran llave de hierro.

—Pensé que la podríamos necesitar, así que la traje conmigo —dijo.

Susan fue la primera en entrar en la casa.

—Espere —exclamó Jane—. Yo sé dónde está todo. Dejé la lámpara con las cerillas en la mesa del recibidor como medida de precaución. No puede una fiarse de los ratones.

La lámpara brilló y todos miraron alrededor al entrar en el recibidor.

—Ahora me acuerdo —dijo John con acento maravillado.

—Pues yo sigo sin recordar nada —repuso Marcia—. Me parece cómico todo esto.

Susan no los oía. Estaba pensando: «Tengo que decírselo a Blake. Le he de explicar que tengo que hacer una obra y que he de hacerla aquí precisamente».

Había comprendido con toda claridad que no le sería posible hacer la estatua de su padre en la calle tan llena de gente y de ruidos donde tenía el estudio. Su padre no había estado nunca en aquel estudio, y si ella intentaba hacer allí la estatua, su imagen se le escaparía. Pero en medio del silencio y la paz de la granja, podría trabajar libremente. La joven se encontraba en su propio terreno, como si de veras hubiera llegado a su hogar.

VI

Susan escribía a Blake todos los días. Le hacía saber, día por día, todo lo que iba descubriendo en sí misma. Al principio le había escrito: «Permaneceré aquí hasta que vea lo que deseo hacer. Comprende que uno ve a determinada persona con más claridad en un sitio que en otro. Yo veo a mi padre mejor aquí».

Y Blake respondió: «Claro que lo comprendo». A continuación, Blake había pasado a decir lo que verdaderamente estaba pensando: «He recortado de los periódicos todas las críticas que hacen referencia a tu exposición. Todos los críticos han tenido algo que decir, tal como yo me figuré que harían después de las palabras de David Barnes que aparecieron en la Prensa. En general, las cosas han ido bastante bien... Han dicho que tus obras poseían un considerable mérito y que la escultura es un arte de prueba para las mujeres».

A Susan le importaba muy poco lo que los críticos dijeran, y así se lo comunicó a Blake. El bloque de mármol había llegado ya —Susan lo pidió por telegrama— y la joven había empezado su nueva obra. Lo pasado pertenecía por completo al pasado. Susan aceptaba aquello sin comprenderlo, olvidando todo en aras de los preparativos de su nueva creación.

En la casa, Jane limpiaba y cocinaba, y la madre de Susan pulía la plata y remendaba las cortinas, sollozando un poco de cuando en cuando y dejando de hacerlo cuando alguien se acercaba, para contarle al recién llegado lo que ella había dicho una vez y lo que le había contestado el difunto.

John dijo un día a su madre:

—Creo que tallaré la cabeza del abuelo en madera, mamá. Quiero tenerla para mí. ¿Serviría la madera de cerezo? He encontrado una pieza seca en el granero. ¿Me ayudarás un poco en el dibujo?

Marcia era la única que se sentía intranquila.

—Aquí no hay nada que hacer —decía muchas veces al día—. Si no he de volver a la escuela hasta que pasen las Navidades, mamá, ¿qué haré en todo el día?

Porque, día tras día, Susan iba aplazando su salida de aquella casa. Recorría habitación tras habitación, contemplando a través de las ventanas los campos, las colinas y el cielo, pensando, reflexionando en muchas cosas. Se había preguntado si Mark retornaría a ella en aquella casa donde habían vivido, pero no fue así. Mark se había ido para siempre, excepto en el sentido de que su vida constituiría siempre una parte de la vida de ella, como todo cuanto le había sucedido hasta entonces era una parte de su vida. Sus antiguas amigas iban a verla y le preguntaban: «¿Cuánto tiempo permanecerás aquí, Sue?». A lo que ella contestaba invariablemente: «No lo sé». Hasta ella llegaban fragmentos de los chismes que circulaban por la ciudad.

—¿Te acuerdas de Trina, Sue? Su marido era un cabeza loca... Bien, pues hace dos años, ella se suicidó... y ahora el marido se ha casado con una chica que es más loca que lo era él, por lo cual se siente muy fastidiado. Todos decimos que lo tiene

bien merecido.

Susan había seguido un camino muy distinto al de ellas y, sin embargo, al encontrarse de nuevo todas sus amigas recobraban sus antiguos puestos en su vida. Todo lo que había tenido, continuaba teniéndolo.

«Voy a inaugurar una exposición en Nueva York en el mes de enero y luego me iré a vivir a Francia —le escribió David Barnes—. He terminado la colección de mis titanes. En mi vida no habrá nada más. Siento como si hubiera vaciado el Olimpo. He permanecido viviendo con los dioses tanto tiempo que ya no puedo tratar con los humanos. En cuanto a usted, le aseguro que ha tenido un buen principio. Los críticos no saben todavía si usted les gusta o no, así que no será olvidada. Usted no tiene ahora más que seguir su propio estilo. No necesita usted de nadie. Si regresara usted a la ciudad, hágamelo saber».

Susan dobló la carta y la guardó. Quizá nunca más volvería a ver a Barnes, pero esto no importaba. Se habían dado el uno al otro todo lo que podían darse. Uno da lo que puede y lo que el otro puede recibir. Nada se perdía.

Blake escribió: «Empiezo a pensar que nunca volverás a mí».

Y Susan respondió: «Todavía no sé lo que voy a hacer. Por ahora no veo otra cosa que un día ante mí».

Fue entonces cuando él le telegrafió que iría a verla en seguida.

Susan no se había confesado a si misma si deseaba ver o no a Blake. Hasta entonces se había guiado por completo por lo que él representaba para ella. Pero ahora sabía que ya no vería a Blake como una vez le había visto. Blake era una persona nueva y tenía que ser mirado de una manera nueva. Y Susan no debía pensar solamente en cómo ella le veía, sino también en cómo le veía él a ella. Si Blake la necesitaba, ella debía reflexionar. Pero ella, en cambio, estaba segura de que no le necesitaba a él.

Susan dijo durante aquella mañana, como por casualidad:

—Blake va a venir hoy.

El rostro de Marcia se iluminó instantáneamente y la niña gritó:

—¡Oh, qué alegría! He echado mucho de menos a Blake, mamá.

—Voy a tener que preparar otro trozo de carne, señora —dijo Jane—. Él no querrá probar el estofado irlandés.

—¡Y pensar que tu padre no llegó a conocerle! —murmuró la madre de Susan suspirando.

Pero John permaneció con la boca cerrada. Estaba dibujando sobre la mesa y continuó atento a lo que realizaba.

Blake había telegrafiado que llegaría a las tres, en coche conducido por Bantie. Susan se vistió con el mayor cuidado y le esperó en la sala de estar. Habían pasado pocos minutos de las tres cuando Susan divisó a su marido envuelto en un abrigo de

piel, saliendo del coche y subiendo los escasos escalones del pórtico. Llevaba un bastón en la mano y Susan se apresuró a abrir la puerta.

—Entra, Blake —dijo.

—Bien, Susanne —exclamó inclinándose y besándola en la mejilla.

Le resultaba tan extraño ver a Blake en aquella casa que su beso en la mejilla constituyó una sorpresa para ella. Susan permaneció inmóvil mientras Blake se quitaba el abrigo.

—Es un sitio muy difícil de encontrar —dijo Blake—. Casi nadie le conoce, y hace un día de intenso frío.

La punta de su bella nariz aparecía un poco enrojecida, y Blake se frotó las manos, produciendo el ruido de hojas secas que el padre de Susan producía cuando se frotaba una mano con otra.

—Ven junto al fuego —dijo Susan.

John había traído leña y encendido un gran fuego en la enorme chimenea. La habitación, sobriamente amueblada, ofrecía un ambiente tibio, amistoso y agradable. Jane había preparado el té en una pequeña mesa situada junto al fuego, y la madre de Susan estaba sentada junto al fuego, esperando.

—He aquí a Blake, mamá —dijo Susan.

Blake se inclinó sobre la mano de la vieja señora, que alzó los ojos hacia él un poco asustada.

—Precisamente le estaba diciendo a Susan antes de que usted viniera... —empezó a decir.

Peto le interrumpió la súbita entrada de Marcia en la habitación.

—¡Blake, Blake! —gritó la niña—. ¡Ah, por fin has venido!

Se había puesto su mejor vestido, que era de tafetán granate, y se había atado su negro cabello con un lazo también granate. La niña tenía muy encendidos los labios y las mejillas.

—¡Marcia! —gritó Susan—. Ven aquí.

Marcia la miró con expresión súbitamente adusta y se acercó a su madre con paso lento.

—¿Qué quieres? —murmuró la niña.

Pero Susan la cogió por un brazo y empezó a frotar furiosamente con un pañuelo los labios y las mejillas de la niña.

—¡Por amor de Dios, Marcia! —gritó de pronto la joven mientras Blake dejaba escapar una de sus fuertes y sonoras carcajadas.

Todos miraron las marcas rojas que aparecieron en el blanco pañuelo, y los negros ojos de Marcia relampaguearon de ira.

—¡Esto no es asunto tuyo! —gritó la niña.

—¡Mi alma y mi cuerpo! —murmuró la señora Gaylord.

John había entrado en la habitación en aquel instante.

—Ya le dije que a ti no te gustaría, mamá —dijo a su madre; y se acercó

seguidamente para saludar a Blake—. ¿Cómo está usted, Blake?

Le tendió la mano, y Blake, con los ojos todavía brillantes de placer, se la estrechó.

—Aprecio en lo que vale eso que has hecho, Marcia. Sin embargo...

—Ve a lavarte el rostro, Marcia —ordenó Susan a su hija. Se sentía secretamente agradecida a Marcia por su travesura. Antes de que la niña saliera, añadió—: Apresúrate, querida. Jane tiene preparadas para el té tortitas de pasas.

Pero durante todo el tiempo tenía toda su atención pendiente de Blake, sólo de Blake. Porque iba descubriendo de segundo en segundo que ya no los unía a ambos ningún eslabón carnal. La carne de su marido le era extraña ahora. Ya no había nada mágico en ella. No deseaba tocar la mano de Blake y le producía disgusto que la hubiera besado al entrar.

Se sintió dominada por un creciente desmayo mientras servía el té, en tanto que Marcia, que había vuelto a reaparecer, charlaba sentada en las rodillas de Blake. En una ocasión, la niña hundió su rostro en el cuello de Blake y murmuró en voz sofocada:

—¡Te quiero mucho!

Y Blake volvió a reír.

Susan se daba perfecta cuenta durante todo aquel tiempo de que el momento se aproximaba, que estaba llegando el instante en que ella y Blake deberían reunirse de nuevo para siempre o separarse para siempre. Antes de que cayera la noche, el asunto debería quedar dilucidado. La joven se levantó de pronto.

—Ahora, marchaos todos de aquí —dijo a los demás—. Blake y yo hemos de hablar.

En el tono de su voz había algo que obligó a cumplir su orden hasta a Marcia. Por fin quedaron solos Blake y ella.

Susan esperaba que Blake hablara para saber si ella le era o no necesaria. Por si él la deseaba o tenía necesidad de ella, existía una promesa que Susan esperaba, un tanto asustada, y creía que cuando Blake despegase los labios sería para decir con acento apasionado: «¿Cuándo vendrás otra vez a mí, Susanne?».

Pero cuando Blake habló fue para decir simplemente:

—La causa de mi venida se debe, en parte, a cuestión de negocios, Susan. Joseph Hart, el viejo excéntrico... —E hizo una pausa sonriendo levemente—. Debes de sentirte muy halagada, Susanne. Hart quiere colocar una de tus obras en el Museo.

Susan se sintió tan aturdida, tan trastornada, que le fue imposible disimularlo y obligar a su mente a pensar en sus obras. Lo que Blake acababa de decir en aquel instante no tenía la menor importancia para ella. No pudo contestar en seguida, y Blake encendió un cigarrillo.

—Dice que espera tu consentimiento —continuó Blake—, o como se llamen esas formalidades —añadió dando una fuerte chupada al cigarrillo y lanzando una bocanada de humo—. Supongo que yo podría representarte —añadió.

Susan hizo un esfuerzo para pensar.

—No quiero que me dispersen la colección —dijo al cabo—. Quedaría incompleta. Tengo que añadir lo menos ocho figuras más. Si alguna vez van a un Museo, tendrá que ser la colección completa.

Blake enarcó las cejas.

—¡Susanne! —murmuró—. Parece como si no esperases nada. ¿No es así?

El tono de su voz era irónico y el corazón de Susan se estremeció.

—Lo espero todo —contestó orgullosamente.

—Bien —murmuró Blake—. Espero que lo obtengas.

Susan guardó silencio.

—Entonces, ¿qué he de decirle al viejo? —preguntó Blake a su mujer pasado un momento.

—Nada. Ya le diré yo lo que tenga que decirle —contestó Susan; luego se inclinó impulsivamente hacia delante—. Pero todo esto no importa lo más mínimo —dijo—. Blake, ¿qué hay de ti y de mí?

Ella había planteado la cuestión. Blake la miró y ella le sostuvo la mirada sin pestañear, mirándole al mismo tiempo con ojos interrogadores.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Blake.

—¿Eres feliz sin mí? —preguntó Susan.

—¿Lo eres tú sin mí? —replicó Blake.

—En este momento no puedo responderte —contestó Susan—. Hemos de hablar largo y tendido.

—Naturalmente —asintió Blake.

Susan esperaba, pero Blake no dijo nada más. Junto a la chimenea se había improvisado un lecho y cuando Susan hizo además de acercarse para arreglarlo, él se adelantó.

—Déjame —le pidió, y cuando volvió a sentarse, dijo—: Puedes hacer alguna obra grande en esta vieja casa, Susanne. Tiene líneas —añadió paseando la mirada por la habitación.

—Sí —contestó Susan.

Entonces se dio cuenta Susan de que él nunca le hablaría desde su interior. Hacía tanto tiempo que Blake se había evadido, hacía tanto tiempo que había huido de cualquier verdad, que cuando se encontraba cara a cara con una, se negaba a verla. Pero ella había nacido para la verdad y debía conseguirla. Si continuaban viviendo juntos, ahora que el eslabón de carne se había roto, ella, con su intolerable necesidad, le arrastraría hacia una finalidad de la que él se había evadido a menudo, hasta que al cabo, él acabaría odiándola, pues ella no le amaba ya. No, ella no le amaba ya, pero no podía olvidar que en otro tiempo le había amado con completa pasión. Susan permaneció silenciosa largo tiempo, reflexionando en tanto que él fumaba mirando el fuego.

—¡Blake! —dijo Susan con acento amable—. ¿Te importaría mucho si te pidiera

que me dejases vivir aquí?

—¿Que nos divorciemos?

Blake pronunció las palabras viva y rápidamente.

—Si tú deseas... —contestó Susan—. A mí me es igual divorciarme o no. Lo único que quiero es vivir aquí y consagrarme a mi trabajo.

—¿Hay otro hombre?

Susan sacudió la cabeza.

—No —contestó—. Claro que no.

Blake sonrió.

—Yo sería comprensivo —dijo.

Pero Susan no respondió. Era imposible saber realmente lo que Blake sentía.

—He sido muy feliz a tu lado, Susanne —continuó Blake con pausada y agradable voz—. Al principio, solía asombrarme de serlo. No eres mi tipo... Hay en ti algo de reto; eres inaprensible. En los primeros tiempos deseaba abatir tu orgullo y eso fue causa de que me enamorase de ti.

—Mi orgullo no se abate nunca —contestó tranquilamente Susan.

—Es una cualidad tuya malditamente instintiva.

Blake se encontraba muy cerca del momento de la verdad, y ella le comprendía. Dominada por una súbita simpatía, dijo:

—Ya sé que como esposa no soy una mujer agradable.

—Sólo era mía una mitad tuya —dijo sonriendo Blake—. Y a un hombre le gusta poseer por completo a su esposa.

—Ya lo sé —contestó Susan sin la menor pesadumbre—. Y yo no puedo ser poseída. —Y tras de una pausa, añadió con acento firme—: Nací así.

Blake la miró en silencio.

—He deseado siempre tenerlo todo —murmuró Susan, medio sincerándose, medio explicando la situación sobre sí misma—. Y deseé ser todo, ser una buena esposa, la clase de madre que los niños necesitan y, al mismo tiempo, realizar mi obra. Y cuando apareciste tú, deseé también... ser tu bien amada.

—Y supongo —dijo Blake con una especie de gruñido— que lograste ser todo eso.

—No sé por qué hablamos como si yo estuviera muerta —dijo Susan—. Estoy más viva que lo he estado nunca, y me doy cuenta de todo.

Ciertamente, era verdad. Con la comprensión que había adquirido, vio de un modo intuitivo y con suprema humildad que su más grave falta yacía en su propio ser, que se diferenciaba mucho del tipo medio humano y que no se podía hermanar con ellos. Las mujeres no podían ser sus amigas íntimas porque ella hacía todo lo que ellas hacían y mucho más. ¿Por qué no le había querido nunca Mary y por qué se apartaba Marcia a menudo de ella cuando le abría los brazos si no era porque la cordialidad de Marcia no era bastante para llenar la rica necesidad de cariño de su madre? Ella había sido demasiado para David Barnes, para quien sus titanes eran

suficientes. Ella había sido demasiado para Mark y era demasiado para Blake. Éste quizá la hubiera perdonado si a Joseph Hart no le hubiesen gustado sus obras. Ella era demasiado para todos, y ninguno era bastante para ella, y todos lo sabían y escapaban de su lado.

No le quedaba nadie, excepto John. Debía tener mucho cuidado con su hijo. Debía dejarle que tallara sus pequeñas figuras de madera, sin dejarle que las comparase con el enorme tamaño de sus esculturas de mármol. Debía ocultar la grandeza de su obra hasta el momento de su muerte.

—Me habías dicho tantas veces que era simple... Y creo que una vez dijiste que era estúpida —dijo a Blake—. Tenías razón. Me ha llevado mucho tiempo darme cuenta de lo que había equivocado en mí.

Pero Blake no le preguntaba qué era lo que estaba equivocado.

—A mí me parece —contestó Blake— que eres ingenua, y que esperas que la gente te tome tal como eres. Vas a ellos directamente, como hace un niño. Pero tú no eres una niña, y los demás no saben qué hacer contigo.

—Sí —contestó Susan—. Ya lo sé. La gente sólo toma a los demás tal como ellos son, tal como ellos son capaces de tomar a la gente. Yo debía de haber comprendido esto hace mucho tiempo, ¿no es verdad?

Hablaban marcando largas pausas. Las de ella, anhelosas y titubeantes y las de él cautelosas, mientras la tarde avanzaba rápidamente hacia su fin. El sol empezaba a entrar sesgado en la habitación. Un rayo se posó sobre la usada alfombra azul, la que ella y Mark habían comprado cuando empezaron su vida juntos. Esta vida había sido y había pasado, pero ocupaba un lugar en el todo, y ahora, a juzgar por las escasas palabras que se cruzaban entre ella y Blake, Susan comprendió que esta vida pertenecía ya al pasado.

—Yo no sé nada —contestó Blake—. No me preguntes cosas de psicología. La verdad sencilla y escueta es —continuó haciendo una pausa y volviendo la cabeza al otro lado— que cualquier cosa que tenemos nos parece de momento suficiente.

—Si yo no hubiera sido como soy... —empezó Susan.

—Si no fueses como eres yo no me hubiera enamorado de ti en absoluto —concluyó Blake.

Se había puesto de pie y se enfundaba en su abrigo. Estaba pálido y tenía los labios resecos. A Susan le invadió de pronto una sombría y profunda pena.

—¡Oh, Blake! —exclamó—. Me has dado tanto...

—Tú me has dado a mí mucho más, Susanne. —Pero cuando Susan levantó una mano, Blake movió la cabeza—. No, no intentes nada —dijo—. No intentes retener lo que se marcha. Siento que se haya marchado. Me hubiera gustado que continuase. Pero nada dura. Ya lo sé. Tengo esa sensación de acabamiento en todo. Siempre la he tenido. Antes de que empiece, ya siento el fin.

—¿La sentiste también en relación a mí? —preguntó Susan.

—Creo que sí la sentí —contestó lentamente Blake—. Creo que la sentí porque

todo esto de hoy no me resulta extraño. Siento como si ya lo hubiese vivido antes de ahora.

Cogió una mano de Susan y se la besó, y ella vio que los ojos de su marido estaban vidriosos. «Cuando sea viejo tendrá ese aspecto», pensó Susan.

—¿Nos veremos a menudo? —preguntó Susan.

—¿Por qué no? —repuso Blake.

Se inclinó y cogió su sombrero y sus guantes. El bastón se le cayó al suelo y se agachó para recogerlo.

—Ya te escribiré —dijo—, y convendremos todos los detalles. ¡Es extraño! —Hizo una pausa y miró alrededor—. He sentido la premonición de este final en cuanto he puesto el pie en esta estancia.

Era imposible conjeturar si sentía dolor o no.

—Si yo supiese que estabas apenado —dijo Susan con calor, apoyando la mano sobre el brazo de su marido—, me sentiría muy emocionada.

—¿Sientes tu pena? —preguntó Blake.

—Creí que la sentiría, Blake, y estoy como si fuera a sentirla.

—¡Bah! —exclamó Blake—. Sientes pena solamente porque nada es duradero. Eso es todo. Pero la pena más grande es que pasamos nuestras vidas intentando escapar. Adiós, Susanne, y gracias.

Se marchó tan rápidamente que su salida pareció una desaparición. Susan le vio entrar en el coche y que el coche se ponía en marcha y avanzaba hacia la oscuridad del crepúsculo, que se extendía bajo los árboles.

Susan, anonadada, entró de nuevo en la habitación. El sol se había puesto, pero el fuego ardía vivamente y la estancia estaba tan tibia e iluminada como antes. La joven, todavía bajo los efectos de la emoción, tomó asiento. Blake había hecho que el tiempo pasara rápidamente, a pesar de que la conversación había tenido aquella terrible finalidad. El momento había pasado. ¿Sentía pena? No lo sabía. Se encontraba como bajo los efectos de una poderosa anestesia, suministrada por Blake y que ella había tomado sin el menor titubeo.

«Sentirás pena porque nada es duradero. Eso es todo», había dicho su marido.

¡Ah! Pero en ella todo duraba. Había tenido todo cuanto había deseado. El hogar formado por ella y por Mark; la muerte de éste; el vivo y apasionado amor de Blake, que le había hecho que se sintiera mujer; los hijos. Tendría todo esto para siempre. Era la rica experiencia de la que ella extraería su vida, su vida, que sería mucho más de lo que sería, su simple cuerpo mortal.

Sí, ella sentiría pena algunas veces. Quizá por las noches. Pero por la mañana se levantaría y se pondría a trabajar, y entonces no sentiría la menor pena ni el más leve dolor. Se olvidaría del dolor y de la pena.



PEARL SYDENSTRICKER BUCK (Hillsboro, 1892 - Danby, 1973). Novelista estadounidense y Premio Nobel de Literatura en 1938, que pasó la mayor parte de su vida en China y cuya obra, influida por las sagas y la cultura oriental, buscaba educar a sus lectores. Recibió el premio Nobel en 1938. Hija de unos misioneros presbiterianos, vivió en Asia hasta 1933.

Su primera novela fue *Viento del este, viento del oeste* (1930), a la que siguió *La buena tierra* (1931), ambientada en la China de la década de 1920 y que tuvo gran éxito de crítica, recibiendo por ella el premio Pulitzer. Es un relato epopéyico de grandes relieves y detalles vívidos acerca de las costumbres chinas; está considerada, en esa vertiente, como una de las obras maestras del siglo.

La buena tierra forma la primera parte de una trilogía completada con *Hijos* (1932) y *Una casa dividida* (1935), que desarrollarían el tema costumbrista chino a través de sus tres arquetipos sociales: el campesino, el guerrero y el estudiante. Por la trilogía desfilan comerciantes, revolucionarios, cortesanas y campesinos, que configuran un ambiente variopinto alrededor de la familia Wang Lung. Se narra la laboriosa ascensión de la familia hasta su declive final, desde los problemas del ahorro económico y las tierras hasta la aparición de la riqueza y de conductas y sentimientos burgueses.

En 1934 publicó *La madre*, y en 1942 *La estirpe del dragón*, otra epopeya al estilo de *La buena tierra* donde apoyó la lucha de los chinos contra el imperialismo japonés, en un relato que parte de una familia campesina que vive cerca de Nankín. También

escribió numerosos cuentos, reunidos bajo el título *La primera esposa*, que describen las grandes transformaciones en la vida de su país de residencia. Los temas fundamentales de los cuentos fueron la contradicción entre la China tradicional y la nueva generación, y el mundo enérgico de los jóvenes revolucionarios comunistas.

En 1938 publicó su primera novela ambientada en Estados Unidos, *Este altivo corazón*, a la que le siguió *Otros dioses* (1940), también con escenario norteamericano, donde trata el tema del culto de los héroes y el papel de las masas en este sentido: el personaje central es un individuo vulgar que por azar del destino comienza a encarnar los valores americanos hasta llegar a la cima.

A través de su libro de ensayos *Of Men and Women* (1941) continuó explorando la vida norteamericana. El estilo narrativo de Pearl S. Buck, al contrario de la corriente experimentalista de la época, encarnada en James Joyce o Virginia Wolf, es directo, sencillo, pero a la vez con resonancias bíblicas y épicas por la mirada universal que tiende hacia sus temas y personajes, así como por la compasión y el deseo de instruir que subyace a un relato lineal de los acontecimientos.

Entre sus obras posteriores cabe mencionar *Los Kennedy* (1970) y *China tal y como yo la veo*, de ese mismo año. Escribió más de 85 libros, que incluyen también teatro, poesía, guiones cinematográficos y literatura para niños.

Notas

[1] «¿Conoces la tierra donde florece el naranjo?», romance de la ópera *Mignort*. <<